

crisis capitalista

economía,
política y movimiento

ricardo antunes

walden bello

robert brenner

jairo estrada álvarez
compilador

nelson fajardo

julio c. gambina

césar giraldo

david harvey

claudio katz

daniel libreros caicedo

ricardo sánchez ángel

libardo sarmiento anzola

beatriz stolowicz

renán vega cantor

Espacio crítico Ediciones

COLECCIÓN  movimiento

crisis capitalista

economía,
política y movimiento

RICARDO ANTUNES

WALDEN BELLO

ROBERT BRENNER

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ

NELSON FAJARDO

JULIO C. GAMBINA

CÉSAR GIRALDO

DAVID HARVEY

CLAUDIO KATZ

DANIEL LIBREROS CAICEDO

RICARDO SÁNCHEZ ÁNGEL

LIBARDO SARMIENTO ANZOLA

BEATRIZ STOLOWICZ

RENÁN VEGA CANTOR

crisis capitalista

economía,
política y movimiento

jairo estrada álvarez
compilador

Espacio crítico
Centro de estudios

COLECCIÓN  movimiento

Editores

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ

JESÚS GUALDRÓN SANDOVAL

Primera edición para Colombia: Bogotá, septiembre de 2009

© Espacio crítico - Centro de Estudios, Bogotá

© Los autores

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor.

ISBN 978-958-8341-17-0

Revisión editorial

JESÚS GUALDRÓN SANDOVAL

Maqueta

CAMILO UMAÑA

www.espaciocritico.com

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
<i>El significado de la crisis</i> JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ	
1 Naturaleza y carácter de la crisis	
Un análisis histórico-económico clásico de la actual crisis ROBERT BRENNER	19
¿Estamos realmente ante el fin del neoliberalismo? La crisis y la consolidación del poder de las clases dominantes DAVID HARVEY	37
La sustancia de la crisis RICARDO ANTUNES	50
Crisis de la civilización capitalista: mucho más que una breve coyuntura económica RENÁN VEGA CANTOR	61
Claves sobre la crisis, la barbarie y el socialismo RICARDO SÁNCHEZ ÁNGEL	102
Crisis económica mundial: entre una realidad objetiva y una subjetividad diferenciada NELSON FAJARDO	118

2	La crisis y América Latina	
	America Latina frente a la crisis global	139
	CLAUDIO KATZ	
	Crisis capitalista y políticas anticrisis: el debate regional	167
	JULIO C. GAMBINA	
3	La crisis y sus efectos en Colombia	
	Crisis capitalista y perspectivas del neoliberalismo autoritario en Colombia: ¿Se deshace el <i>virtuosismo</i> económico de la <i>seguridad democrática</i> ?	191
	JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ	
	La crisis estructural del sistema mundo capitalista y su impacto en Colombia	248
	DANIEL LIBREROS CAICEDO LIBARDO SARMIENTO ANZOLA	
	Elementos para un modelo alternativo	270
	CÉSAR GIRALDO	
4	Crisis y política	
	El debate actual: posliberalismo o anticapitalismo	285
	BEATRIZ STOLOWICZ	
	La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda	322
	WALDEN BELLO	

El significado de la crisis

Hace exactamente dos décadas se asistió al derrumbe estrepitoso de los proyectos del *socialismo realmente existente* de la Unión Soviética y de Europa oriental. Independientemente del significado y, sobre todo, de la valoración histórica de esos proyectos, que por cierto han merecido un intenso debate teórico y político, lo cierto es que ese suceso se inscribió dentro de lo que podría ser considerado como el cierre de un ciclo que representó la derrota de los proyectos políticos de los trabajadores conocidos hasta entonces.

Hacia principios de la década de 1970 se había iniciado el proceso de restauración del poder de clase (dominante) a escala planetaria, quebrantado en su momento por el triunfo de la revolución bolchevique, la revolución china y los procesos de liberación nacional, así como por la implantación del *consenso keynesiano de acumulación*. En su *Breve historia del neoliberalismo*, David Harvey definió magistralmente dicho proceso como un *proceso de neoliberalización*.

El clima intelectual y político que produjo el fin del *socialismo real* no tiene precedentes. La contraofensiva desatada por el capital trascendió las pretensiones de una redistribución regresiva del ingreso a favor de los fondos de acumulación y en desmedro de los fondos de consumo mediante el impulso –entre otros– de un paquete de (contra) reformas estructurales del Estado y de la economía, que conducirían a la precarización planetaria del trabajo y a la extensión y profundización de la lógica capitalista a todos los ámbitos de la vida social y de la naturaleza; se situó también en los campos sociocultural, de la cotidianidad, de la producción de subjetividades.

La síntesis de las nuevas pretensiones del proyecto capitalista encontró su mejor expresión en la tesis sobre el *fin de la historia*, en la fórmula *democracia liberal más libre mercado*, expuesta en su momento por Francis Fukuyama. De esa forma, se anunciaba un largo período de prosperidad capitalista que, además de cerrar cualquier intento de crítica a esa sociedad, a sus formas de organización, a sus instituciones,

tenía la pretensión de liquidar la posibilidad histórica de proyectos emancipatorios por una sociedad alternativa. La evidencia del fracaso yacía justamente entre las ruinas del muro de Berlín, o de frontera de seguridad (*Sicherheitsgrenze*), como se le denominaba en la extinta República Democrática Alemana.

Los cambios en el campo intelectual fueron notorios. Con el *fin de la historia* parecía llegar el fin del intelectual crítico, del intelectual orgánico. Se inauguraría un ciclo de abjuración, de transformismo, de cooptación, de deseo por lograr un nuevo tipo de reconocimiento por parte de las esferas del poder reconstituido. Las teorías críticas, dentro de ellas, el marxismo, fueron declaradas anacrónicas, sin capacidad teórica, metodológica o argumentativa para explicar no solo la debacle del *socialismo real* sino las nuevas configuraciones del capitalismo. Las más variadas expresiones teóricas del liberalismo habrían de copar el campo intelectual. La *nueva radicalidad* resultaría de algunas elaboraciones de la filosofía política, que ponían el acento en la justicia y la ética (lo cual es importante), pero sin cuestionar a fondo los fundamentos de la organización económica y social del capitalismo.

Los reductos del pensamiento crítico tuvieron incluso que moderar el lenguaje, arropar sus categorías de análisis. El pensamiento crítico parecía devenir en pensamiento utópico. De hecho, se hablaba con cierta timidez de *la utopía*, para evitar conceptos en desuso, como *socialismo* o *comunismo*.

Estas breves consideraciones, en la forma de un retrato de época, sin mayores pretensiones, tienen simplemente el propósito de contribuir a una mejor comprensión de la actual coyuntura capitalista. El acontecimiento de la *crisis* y el poder hablar acerca de ella tienen un profundo significado.

En primer lugar, por cuanto la crisis reafirma los fundamentos críticos de la reproducción del capitalismo y muestra –en forma descarnada y violenta– sus límites para ofrecer respuesta a las demandas económicas, políticas, sociales, ambientales y culturales del ser humano; así mismo, desvela su gigantesca capacidad destructora de riqueza material e inmaterial. Dados su carácter y sus alcances geográficos y sectoriales, la actual crisis pone en evidencia que no se trata de una simple disfuncionalidad transitoria –sectorial o geográfica– de los mecanismos de reproducción del sistema. La crisis controvierte en forma certera la posibilidad de una prosperidad capitalista indefinida y liquida con ello la tesis del *fin de la historia*.

En segundo lugar, porque la crisis asesta un rudo golpe a los proyectos político-económicos del capitalismo de las últimas décadas, particularmente al proyecto del neoliberalismo. Aunque en perspectiva histórica no se podría afirmar que la crisis representa el fin de los proyectos neoliberales, sí es evidente que se asiste a su resquebrajamiento. La derrota definitiva de estos proyectos sólo sería posible de mediar una acción política generalizada de los trabajadores, con capacidad para enfrentar sus versiones más ortodoxas, y también aquellas que en la forma del *posneoliberalismo* representan su capacidad adaptativa o de remozamiento.

En tercer lugar, la crisis genera las condiciones para una redefinición del campo intelectual, particularmente en la ciencia económica. Durante las últimas décadas se asistió a un predominio tal de la economía neoclásica (con sus más variadas expresiones políticas e ideológicas), que se logró no sólo imponer la idea del *pensamiento único*, sino extender sus fundamentos teóricos y metodológicos a las demás ciencias sociales, produciendo lo que habría de caracterizarse como el *imperialismo de la economía*. El individualismo metodológico y las teorías de la elección pretendieron liquidar el pensamiento crítico. La crisis inaugura un nuevo ciclo de crítica intelectual y política, estimula el análisis de las configuraciones actuales del capitalismo y reabre con fuerza la discusión sobre las alternativas al capitalismo. Socialismo y comunismo hacen parte –y lo harán con mayor presencia– de los debates teóricos y políticos actuales.

En cuarto lugar, la crisis modifica las condiciones de la producción de subjetividades y ofrece nuevas posibilidades para enfrentar la lógica sociocultural del capitalismo y del neoliberalismo. La crítica al capitalismo transcurrirá desde otro lugar. No desde aquel de la derrota histórica y del consecuente despliegue de las potencialidades plenas del sistema, sino precisamente desde la crisis y de los límites de ese sistema. En ese sentido, son distintas las disposiciones de acotación a la ética individualista, eficientista, meritocrática y de competencia, al *darwinismo social* que el neoliberalismo logró entronizar social y culturalmente, incluso en la vida cotidiana. La crisis contribuye a generar nuevas opciones para la (re)constitución de los sujetos. Anticapitalismo, socialismo y comunismo devienen en posibilidades socioculturales y de la vida cotidiana.

En el caso de América Latina, la crisis puede aportar, *en quinto lugar*, al desenvolvimiento de las potencialidades de crítica al neoliberalismo y de

anticapitalismo, que se desataron incluso con anterioridad a ella, y tienen su expresión en los cambios políticos ocurridos en la región durante la última década. El auge del movimiento social y popular, una renovada constitución del sujeto político, así como el surgimiento de los llamados gobiernos alternativos, son expresión de la intensa dinámica política y sociocultural de la América Latina anterior a la actual crisis capitalista. Los *gobiernos alternativos o progresistas* son una avanzada en la posibilidad de derrota del neoliberalismo, en forma desigual y diferenciada.

En algunos casos, como los de Brasil, Uruguay y Argentina, las pretensiones de transformaciones estructurales están prácticamente ausentes o son muy tímidas; en sentido estricto, se da continuidad, con algunos cambios de énfasis, sobre todo en lo social o en la política sectorial, a las políticas imperantes durante las últimas décadas. Un redespliegue del capitalismo productivo, un *modelo neodesarrollista*, el *posneoliberalismo*, parecieran caracterizar aspectos centrales de la agenda político-económica de estos gobiernos. Desde la perspectiva geopolítica y de las tendencias de la nueva geografía económica mundial y regional, no obstante, su presencia es importante y contribuye a contener las estrategias imperialistas en la región.

En otros casos, como los de Bolivia, Ecuador y Venezuela, con trayectorias históricas y configuraciones distintas del sujeto, se aprecia la voluntad y la decisión política de producir transformaciones estructurales, particularmente aquellas basadas en la modificación de las relaciones de propiedad y de distribución. Las expresiones de antimperialismo y anticapitalismo son evidentes; así mismo, los anuncios de construcción de una nueva sociedad. El ideario socialista busca abrirse paso en medio de las más intensas luchas sociales y de clase. La importancia política, económica y sociocultural de estos gobiernos consiste, entre otros, además de lo que ellas significan para sus propios pueblos, en que su quehacer hace resurgir los debates acerca de los fundamentos de sociedades alternativas, tales como los referidos a la socialización de los medios de producción, el papel del Estado, la posibilidad del socialismo en un solo país (o un grupo de países), la transición, el papel del sujeto político, de la organización política, el lugar de la trayectoria histórica propia. Todo ello obliga a una nueva valoración de las experiencias del pasado, de sus aciertos, así como de las causas que produjeron su derrota. Estos nuevos proyectos, que se unen a la sin igual experiencia cubana, han desatado toda suerte de potencialidades

para repensar el desarrollo sobre presupuestos de soberanía, dignidad, autodeterminación y bienestar de los pueblos; han reabierto la necesidad de superación del capitalismo.

América Latina es también la expresión de cómo la crisis puede representar una continuidad y una reafirmación de las políticas neoliberales y de las estrategias imperialistas diseñadas para la región. Por una parte, es evidente que los países con un mayor nivel de exposición de su economía a la economía capitalista mundial, como México, Chile y Colombia, han sentido con mayor severidad (unos más que otros) los impactos de la crisis. Así mismo, las salidas a la crisis intentadas por ellos se inscriben dentro de una línea de continuidad de las políticas imperantes; incluso, en el caso de Colombia y Perú, se pretende una profundización de tales políticas. El uso capitalista de la crisis consiste precisamente en mostrar que la única forma de superarla consistiría en impulsar reformas aplazadas para darle un nuevo sentido al proceso de *neoliberalización*.

Por otra parte, dado que la crisis también afecta a los *gobiernos alternativos o progresistas*, son notorias, tanto la ofensiva de la derecha latinoamericana por recuperar el terreno perdido, como la de los Estados Unidos por reafirmar su posición hegemónica en la región a través de una política que combina cambios cosméticos (aparentemente menos ideología y más pragmatismo) con una presencia militar sin precedentes al usar el territorio colombiano –con la anuencia *soberana* del gobierno de Uribe– como un *portaviones* desde el cual se podrán realizar operaciones ofensivas contra los países de la región; Venezuela, en primer lugar.

Frente al fracaso de la estrategia de regionalización normativa del neoliberalismo a través del ALCA y los límites presentados por las salidas bilaterales a través de los tratados del libre comercio, que sólo lograron abarcar a muy pocos países de la región, merced justamente a los cambios políticos, todos los esfuerzos del imperialismo y la derecha latinoamericana –en el marco de la crisis– se han concentrado en desprestigiar e impedir los diferentes esfuerzos de *integración alternativa o progresista* que se adelantan en el subcontinente. El proyecto del ALBA es minimizado y reducido a una estrategia de expansión del *chavismo* basada en la riqueza petrolera, y llamado, por ello, a fracasar. En realidad, se trata de un esfuerzo novedoso que supera enfoques economicistas de la integración desde el *libre mercado* y pone el acento en principios

como la solidaridad, la cooperación y la complementariedad. Así mismo, con la mayor presencia militar de Estado Unidos en la región a través de las bases militares en Colombia, se busca liquidar la *Unasur*, incluidos instrumentos de integración como el Consejo Suramericano de Defensa. Dados los cambios políticos en la región, una eventual consolidación de *Unasur* es concebida como una amenaza para los intereses imperialistas en América Latina. De ahí el apoyo a la quinta columna que representa el gobierno de Colombia, principalmente.

En suma, al considerar la trayectoria política de la última década en América Latina, la crisis capitalista desvela el campo de la lucha de clases y muestra con toda la fuerza –como en ninguna otra parte del mundo– los proyectos políticos en juego. Considerando que toda salida de la crisis es esencialmente política, es claro que el marco de la crisis están en juego la continuidad de las políticas neoliberales, la salidas *posneoliberales* y la opciones anticapitalistas y revolucionarias. Hacia dónde se encaminará América Latina dependerá en gran medida de la acción política organizada de los trabajadores a favor del cambio y la transformación social.

El caso colombiano presenta una cierta excepcionalidad en el actual contexto latinoamericano. No obstante, lo que parecen *especificidades* son más bien expresiones de las configuraciones que el capitalismo viene asumiendo en muchos lugares del planeta, a saber: un intenso proceso de *neoliberalización*, claramente inmerso en la producción de una nueva geografía mundial y regional del capital, acompañado de una progresiva militarización de la sociedad y de la vida y sustentado en un creciente autoritarismo, así como en una organización criminal y mafiosa del ejercicio del poder y la dominación. Resulta del mayor interés considerar hasta qué punto la crisis consolida esa tendencia, o en qué medida ella contribuye a redefinir o revertir esa orientación.

En el contexto descrito, y como fruto de un esfuerzo intelectual colectivo, se ha producido el libro *Crisis capitalista. Economía, política y movimiento*. Con las excepciones de los libros publicados por *Ediciones Aurora*, y de algunos trabajos aparecidos en revistas alternativas como *Taller*, *Cepa* y *Deslinde*, o de publicaciones de carácter académico, el estudio de la crisis ha estado prácticamente ausente en el país. Lo que ha primado es la trivialidad y el manejo parcializado de la información a través de los medios de comunicación, presentando la crisis como una sucesión de hechos relativamente anómalos, en proceso de superación, y sin mayor esfuerzo de análisis.

En el campo de la tecnocracia neoliberal, en forma por cierto apresurada, se desdijo de los discursos y de la retórica de las últimas décadas. Frente a la imposibilidad de desconocer la magnitud y los alcances de la crisis, en una actitud a la vez vergonzante, muy rápidamente y sin pudor, habrían de reconocerse las *fallas del mercado* e incluso se leerían en columnas de opinión críticas a la especulación y la voracidad financiera. La mayoría de los neoliberales se pondrían ropajes pseudokeynesianos y abogarían por medidas intervencionistas de Estado. Sus pretensiones eran claras: aceptando la crisis, de lo que se trataba era de copar la discusión sobre sus salidas y predeterminedar –en cierta forma– los lineamientos de la política económica para contribuir a evitar un resquebrajamiento estructural del proyecto político económico construido durante las últimas décadas. Los sectores más ortodoxos, luego de una ausencia en los debates iniciales –probablemente programada–, guardarían sus mejores armas más bien para las discusiones sobre las salidas a la crisis. Sin recato alguno, pretenden ahora usar la crisis para impulsar un nuevo paquete de reformas estructurales neoliberales que prolongue y profundice el proyecto que, justamente con la crisis, ha mostrado sus límites históricos a escala planetaria.

La precarización del trabajo producida por las reformas neoliberales de las últimas décadas ocurrió quebrando el consenso keynesiano de acumulación y los mecanismos de negociación y de concertación con los que éste se pretendió institucionalizar. En Colombia, tal precarización ha sido autoritaria y violenta. En el contexto de la crisis se escuchan voces sobre la necesidad de alentar salidas a la crisis a partir de formas de solidaridad y de cooperación entre el capital y el trabajo para salvar la *producción nacional*, o incluso de un *gran acuerdo nacional*. Así como la derecha busca copar el espectro político para darle continuidad a su proyecto, sectores antaño de izquierda o reformistas buscan ahora afanosamente hacer lo mismo desde las ambiguas posturas del *profundo centro*.

Considerando lo anterior, el presente libro representa una contribución a la *batalla de ideas* que se desarrolla en el país. No es un libro neutro; como no es ninguna producción en el campo de las ciencias sociales. El libro se inscribe dentro del pensamiento crítico y, más específicamente, dentro de la tradición marxista; en él predominan los análisis de economía política, pero no se circunscribe a ellos. Se trata de un esfuerzo por aportar a un mejor entendimiento de la crisis capitalista, así como de sus impactos sobre América Latina y Colombia.

La obra consta de cuatro partes. En la primera, con los trabajos de Robert Brenner, David Harvey, Ricardo Antunes, Renán Vega, Ricardo Sánchez y Nelson Fajardo, se analiza la naturaleza y el carácter de la actual crisis mundial, considerando la tendencia histórica de la acumulación capitalista y sus impactos a escala planetaria; en la segunda, se examina el lugar de América Latina en la crisis y se presentan las tendencias de discusión sobre las salidas a ella, con los textos de Claudio Katz y Julio Gambina. La tercera parte del libro se ocupa de estudiar la crisis colombiana, atendiendo sus especificidades, su articulación con la crisis mundial y algunas propuestas alternativas. A ello contribuyen los trabajos de Jairo Estrada, Daniel Libreros y Libardo Sarmiento, y César Giraldo. En la cuarta y última parte del libro, Beatriz Stolowicz y Walden Bello abordan una dimensión más política del análisis al someter a estudio las estrategias actualmente en juego, formulando la disyuntiva *posliberalismo* o *anticapitalismo*.

Este esfuerzo colectivo no hubiera sido posible de no haberse contado con el apoyo de *Sin Permiso*, proyecto político y cultural de difusión del pensamiento crítico, del cual tomamos los trabajos de Robert Brenner, David Harvey y Walden Bello, de la rápida respuesta de los intelectuales Beatriz Stolowicz en México, Ricardo Antunes en Brasil, Claudio Katz y Julio Gambina en Argentina, así como de Renán Vega, Nelson Fajardo, Libardo Sarmiento, Daniel Libreros, César Giraldo y Ricardo Sánchez en Colombia. A Chucho Gualdrón le debemos el tratamiento editorial de los textos; a Camilo Umaña el diseño de la obra.

Crisis capitalista. Economía, política y movimiento es el primer libro de la *Colección K-Movimiento*, proyecto de *Espacio Crítico – Centro de Estudios* que tiene el propósito de promover y difundir la crítica del capitalismo en nuestro país y de coadyuvar –desde las trincheras del campo intelectual– a la acción política organizada de los trabajadores.

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ

Profesor de la Universidad Nacional de Colombia

crisis capitalista

economía,
política y movimiento

1

NATURALEZA Y CARÁCTER
DE LA CRISIS

Un análisis histórico-económico

clásico de la actual crisis¹

ROBERT BRENNER²

La mayoría de analistas califican la presente crisis como crisis financiera. ¿Está usted de acuerdo con esta denominación?

Es comprensible que los analistas de la crisis hayan situado el punto de partida en la banca y el mercado de valores. Pero el problema es que no han ido más allá. Empezando por el propio secretario del Tesoro, Paulson, y el presidente de la Reserva Federal, Bernanke, han sostenido que la crisis puede explicarse en simples términos de problemas en el sector financiero. Al mismo tiempo, aseveran que la economía real subyacente es fuerte, que los llamados fundamentos están en forma. La desorientación no podría ser mayor. El principal origen de la crisis actual está en el declive del dinamismo de las economías avanzadas desde 1973 y, especialmente, desde 2000.

El crecimiento económico en los EE.UU., Europa occidental y Japón se ha deteriorado seriamente en cada ciclo en términos de indicadores

1. Entrevista realizada por Seongjin Jeong para el diario coreano *Hankyoreh* el 22 de enero de 2009. La traducción es de Daniel Escribano.

Fue publicada en castellano originalmente por *Sin Permiso*.

2. Director del *Center for Social Theory and Comparative History* en la Universidad de California-Los Ángeles. Es autor entre otros de *The Boom and the Bubble* (Verso, Londres, 2002). Hay una excelente versión castellana de Juan Mari Madariaga: *La expansión económica y la burbuja bursátil* (Akal, Madrid, 2003).

macroeconómicos muy estándar: PIB, inversión, salarios reales, etc. Aún más, el ciclo económico recién acabado, desde 2001 hasta 2007, ha sido, con mucho, el más endeble desde el período de posguerra, y ello a pesar del mayor estímulo económico público de la historia de los EE.UU. en tiempo de paz.

¿Cómo explicaría el debilitamiento a largo plazo de la economía real desde 1973, lo que usted llama la larga caída?

Lo que lo explica es sobre todo un declive profundo y duradero de la tasa de rendimiento en inversión de cap desde finales de los sesenta. La incapacidad de recuperar la tasa de beneficio es lo más destacable a la vista de la enorme caída de los salarios reales durante el período. La causa principal, aunque no la única, del declive de la tasa de beneficio ha sido una tendencia persistente a la sobrecapacidad en las industrias manufactureras mundiales. Lo que ha ocurrido es que nuevos poderes industriales fueron ingresando, uno tras otro, al mercado mundial: Alemania y Japón, los nuevos países industrializados del noreste asiático, los tigres del sureste asiático y, finalmente, el Leviatán chino. Esas economías de desarrollo tardío producían los mismos bienes que ya producían las economías más tempranamente desarrolladas, pero más baratos. El resultado ha sido un exceso de oferta en relación con la demanda en una industria tras otra, y eso ha implicado precios y, por lo mismo, beneficios bajos. Las empresas que han sufrido reducción de beneficios, además, no han abandonado dócilmente sus industrias. Han intentado conservar su lugar recurriendo a la capacidad de innovación, aumentando la inversión en nuevas tecnologías. Huelga decir que eso no ha hecho más que empeorar la sobrecapacidad. A causa de la caída de su tasa de rendimiento, los capitalistas obtenían plusvalías cada vez menores de sus inversiones. De ahí que no tuvieran más opción que aminorar el crecimiento en maquinaria, equipo y empleo; y, al tiempo, a fin de restaurar la rentabilidad, contener las indemnizaciones por desempleo, mientras los gobiernos reducían el gasto social. Pero la consecuencia de todos estos recortes de gasto ha sido un problema de demanda agregada a largo plazo. La persistente endeblez de la demanda agregada ha sido el origen inmediato de la endeblez a largo plazo de la economía.

La crisis, en realidad, ha sido provocada por el estallido de la histórica burbuja inmobiliaria, que se ha estado inflando durante toda la década. ¿Cómo juzga su importancia?

La burbuja inmobiliaria debe entenderse en relación con la sucesión de burbujas de precios de activos que ha sufrido la economía desde mediados de los noventa y, especialmente, con el papel de la Reserva Federal estadounidense en alimentar dichas burbujas. Desde el principio de la larga caída, las autoridades económicas públicas han intentado capear el problema de una demanda insuficiente incentivando el aumento del préstamo, tanto público como privado. De entrada, recurrieron al déficit presupuestario, evitando así recesiones verdaderamente profundas. Pero, con el tiempo, los gobiernos conseguían inducir cada vez menos crecimiento económico de lo que tomaban a préstamo. En efecto, a fin de conjurar el tipo de profundas crisis que han acosado históricamente al sistema capitalista, han tenido que aceptar la tendencia hacia el estancamiento. Durante los primeros noventa, los gobiernos en los EE.UU. y Europa, encabezados por la administración Clinton, intentaron célebremente romper su adicción al endeudamiento, poniendo todos proa de consuno hacia el territorio de los presupuestos equilibrados. La idea era dejar que el mercado libre gobernara la economía. Pero, como aún no se había recuperado la rentabilidad, la reducción de los déficits asestó un duro golpe a la demanda y contribuyó a producir, entre 1991 y 1995, la peor de las recesiones y el más bajo crecimiento de la era de posguerra. Para lograr que la economía volviera a una senda de crecimiento, las autoridades estadounidenses acabaron adoptando un enfoque aplicado por primera vez en el Japón de fines de los ochenta. Mediante la imposición de tipos de interés bajos, la Reserva Federal facilitaba el préstamo al tiempo que incentivaba la inversión en activos financieros. Al dispararse los precios de los activos, las empresas y familias obtendrían enormes aumentos de riqueza, al menos sobre el papel. Estarían, por tanto, en condiciones de tomar préstamos a una escala titánica, de incrementar infinitamente la inversión y el consumo y, así, conducir la economía. El déficit privado, pues, vino a substituir al déficit público. Lo que podría llamarse keynesianismo de precios de activos substituyó al keynesianismo tradicional. Por tanto, durante la última docena de años hemos asistido a un extraordinario espectáculo en la economía mundial, y es que la continuación de la acumulación de capital ha dependido literalmente de unas oleadas de especulación de dimensiones históricas cuidadosamente alimentadas y racionalizadas por los diseñadores –y reguladores– de las políticas públicas: primero, la burbuja del mercado de valores de finales de los noventa, y después, las burbujas de los mercados inmobiliario y crediticio de los primeros años 2000.

Usted fue profético al prever la actual crisis, así como la recesión de 2001. ¿Cuál es su perspectiva respecto a la economía mundial? ¿Empeorará o se recuperará antes del final de 2009? ¿Espera que la actual crisis sea tan severa como la gran depresión?

La crisis actual es más seria que la peor de las recesiones previas del período de posguerra, la que se dio entre 1979 y 1982, y es concebible que rivalice con la Gran Depresión, a pesar de que no hay modo de saberlo realmente. Quienes se dedican a la realización de pronósticos económicos subestimaron su virulencia porque sobreestimaron la solidez de la economía real, sin comprender hasta qué punto dependía ésta de una acumulación de deuda fundada en las burbujas de los precios de los activos. En los EE.UU., el crecimiento del PIB durante el reciente ciclo económico de 2001-07 ha sido, con mucho, el más bajo de la época de posguerra. No ha aumentado el empleo en el sector privado. El incremento de maquinaria y equipo ha sido cerca de un tercio más bajo que el de la posguerra. Los salarios reales se han mantenido prácticamente estancados. Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, no se han registrados aumentos en el ingreso medio familiar. El crecimiento económico ha ido a parar íntegramente al consumo personal y a la inversión en residencia, lo que ha sido posible por el crédito fácil y el aumento de los precios de la vivienda. El resultado económico ha sido esta endeblez, aun a pesar del enorme estímulo de la burbuja inmobiliaria y de los enormes déficits federales de la administración Bush. La vivienda por sí sola sumó casi un tercio del crecimiento del PIB y cerca de la mitad del aumento del empleo entre 2001 y 2005. Era, por tanto, esperable que cuando reventara la burbuja inmobiliaria, cayeran el consumo y la inversión en residencia y se hundiera la economía.

Muchos sostienen que la actual es una típica "crisis Minsky", no una crisis marxiana, aduciendo que la explosión de la burbuja financiera especulativa ha jugado un papel central en ella. ¿Cómo les respondería?

Es ocioso contraponer así los aspectos reales y financieros de la crisis. Como he resaltado, es una crisis marxiana: hunde sus raíces en una caída a largo plazo de la tasa de beneficio y en la incapacidad de recuperación de la misma, lo que está en el origen principal de la disminución de la acumulación de capital hasta ahora. En 2001, la tasa de beneficio de las empresas no financieras fue la menor del período de posguerra, con la excepción de 1980. Las empresas no han tenido, por tanto, otra opción que contener

la inversión y el empleo, pero eso ha agravado el problema de la demanda agregada, nublandose así el clima económico. Esto es lo que explica el extremadamente bajo crecimiento observable en el ciclo económico que acaba de terminar. Sin embargo, para comprender el colapso actual hay que demostrar la conexión entre la endeblez de la economía real y el desplome financiero. El vínculo principal es la que se da entre la cada vez mayor dependencia del préstamo para que la economía siga funcionando y la predisposición pública, todavía mayor, a confiar en las subidas de los precios de los activos para lograr mantener vida la dinámica del préstamo. La condición básica de las burbujas en los mercados inmobiliario y crediticio era la perpetuación de un coste bajo del préstamo. La endeblez de la economía mundial, especialmente después de las crisis de 1997-98 y 2001, además de las enormes adquisiciones de dólares por parte de gobiernos asiáticos para mantener al mismo nivel sus divisas y el crecimiento del consumo estadounidense, provocó unos tipos de interés insólitamente bajos. Al mismo tiempo, la Reserva Federal mantuvo los tipos de interés a corto plazo más bajos que nunca desde los años cincuenta. Como prestaban tan barato, los bancos estaban dispuestos a conceder préstamos a especuladores cuyas inversiones provocaban un precio cada vez más alto de activos de todo tipo y un rendimiento en el préstamo (tipos de interés de los bonos) cada vez menor. Sintomáticamente, los precios de la vivienda se dispararon y el rendimiento en términos reales de los bonos del tesoro estadounidense se hundió. Pero como los rendimientos cayeron cada vez más, a las instituciones del mundo que dependían de los rendimientos del préstamo les resultó cada vez más difícil obtener beneficios suficientes. Los fondos de pensiones y las compañías de seguros fueron golpeados de forma particularmente dura, pero también se vieron afectados los fondos *hedge* de cobertura y los bancos de inversión. Esas instituciones se mostraron más que dispuestas a realizar enormes inversiones en unas obligaciones respaldadas por hipotecas *subprime* más que dudosas a causa de los insólitamente elevados rendimientos ofrecidos y con desprecio de unos riesgos no menos insólitamente elevados. Lo cierto es que no lograron sacar tajada suficiente. Su masiva adquisición de obligaciones hipotecariamente respaldadas es lo que facilitó a los institutos bancarios generadores de hipotecas seguir realizando préstamos a prestatarios cada vez menos calificados. La burbuja inmobiliaria alcanzó proporciones históricas y permitió que prosiguiera la expansión económica. Ni que decir tiene, eso no podía durar mucho. Cuando cayeron los precios de la vivienda, la economía

real entró en recesión y el sector financiero se desplomó, porque el dinamismo de una y de otro se fundaba en la burbuja inmobiliaria. Lo vemos ahora es que la recesión está empeorando el desplome, porque contribuye a exacerbar la crisis inmobiliaria. Y que el desplome está intensificando la recesión, porque está dificultando el acceso al crédito. Precisamente es esa interacción entre una crisis de la economía real y una crisis del sector financiero que se alimentan mutuamente lo que hace que el despeñadero hacia la depresión se resista a todas las políticas intentadas por las autoridades y que el potencial de catástrofe resulte tan evidente.

Aun concediendo que el capitalismo de posguerra hubiera entrado en un período de larga caída en los años setenta, parece innegable que la ofensiva capitalista neoliberal ha impedido el empeoramiento de la caída de la producción desde los ochenta.

Si por neoliberalismo se entiende el giro hacia las finanzas y la desregulación, no veo cómo puede haber ayudado eso a la economía. Pero si por neoliberalismo se entiende el desmedido asalto de los empresarios y los gobiernos a los salarios obreros, a las condiciones laborales y al estado del bienestar, la cosa ofrece pocas dudas: se ha impedido que la caída de la tasa de beneficio haya sido todavía peor. Con todo, la ofensiva de la patronal no esperó hasta la denominada era neoliberal de los ochenta. Comenzó con el despertar de la caída de la rentabilidad, iniciada a principios de los setenta, de la mano del keynesianismo. No condujo, empero, a la recuperación de la tasa de beneficio, y no hizo sino exacerbar el problema de la demanda agregada. El debilitamiento de la demanda agregada terminó por obligar a las autoridades económicas a adoptar formas de estímulo económico más potentes y temerarias: el “keynesianismo de precios de activos” que condujo al actual desastre.

Hay quien ha defendido que un nuevo paradigma de “financiarización” o “capitalismo financiero” ha provocado un llamado “resurgimiento del capital” (Gerard Duménil) desde los ochenta hasta el presente. ¿Qué piensa de las tesis de la “financiarización” o “capitalismo financiero”?

La idea del capitalismo financiero es una contradicción en los términos, porque, genéricamente hablando –hay excepciones significativas, como el préstamo al consumidor–, el beneficio financiero sostenido depende de la obtención de beneficios sostenidos en la economía real. Para responder a la caída de la tasa de beneficio, algunos gobiernos, encabezados por el de los

EE.UU., incentivaron el giro hacia las finanzas mediante la desregulación del sector financiero. Pero, como la economía real seguía languideciendo, el principal resultado de la desregulación fue la intensificación de la competencia en el sector financiero, lo que hizo más difícil la obtención de beneficios e incentivó una especulación aún mayor y la adopción de riesgos. Destacados ejecutivos de bancos de inversión y fondos *hedge* estaban en condiciones de obtener fabulosas fortunas, ya que sus remuneraciones dependían de los beneficios a corto plazo. Podían asegurarse temporalmente altos rendimientos mediante la expansión de sus préstamos basados en activos e incrementando el riesgo. Pero esa forma de hacer negocio, tardara más o menos en verse, era a expensas de la salud financiera a largo plazo de las propias empresas, y en el caso más espectacular, condujo a la caída de los bancos de inversión más importantes de Wall Street. Todas y cada una de las sedicentes expansiones financieras habidas desde los años setenta han terminado rápidamente en una desastrosa crisis financiera y han precisado de enormes rescates públicos. Lo que vale para el *boom* crediticio del tercer mundo en los años 70 y principios de los 80, no menos que para el auge del ahorro y el crédito, la manía de compra apalancada de empresas y la burbuja de los bienes raíces comerciales de los 80, o para la burbuja del mercado de valores de la segunda mitad de los 90 y, huelga decirlo, para las burbujas inmobiliaria y crediticia de los primeros años 2000. El sector financiero parecía dinámico sólo porque los gobiernos estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta para apoyarlo.

El keynesianismo o estatismo parece presto a volver como el nuevo Zeitgeist [espíritu de la época]. ¿Cuál es su valoración general del keynesianismo o estatismo renaciente? ¿Puede contribuir a resolver o, cuando menos, aliviar la actual crisis?

Los gobiernos actualmente no tienen otra opción que la de volver al keynesianismo y al estado para intentar salvar la economía. Después de todo, el libre mercado se ha demostrado totalmente incapaz de impedir o hacer frente a la catástrofe económica, por no hablar de asegurar la estabilidad y el crecimiento económicos. De aquí que las elites del mundo político, que todavía ayer celebraban la desregulación de los mercados financieros, se hayan vuelto de un día para otro y sin excepción keynesianas. Pero hay razones para dudar de que el keynesianismo –en el sentido de enormes déficits públicos y crédito fácil para hinchar la demanda– pueda llegar a tener el impacto que muchos esperan. Lo cierto es que durante los últimos

siete años, y merced a la burbuja inmobiliaria cebada por el préstamo y el gasto de la Reserva Federal y por los déficits presupuestarios de la administración Bush, hemos asistido a lo que probablemente sea el mayor estímulo económico keynesiano de la historia en tiempos de paz. Y sin embargo, no ha alcanzado sino para lograr el ciclo económico más endeble de la época de posguerra. Ahora el desafío es mucho mayor, todavía. A medida que colapsa la burbuja inmobiliaria y que la obtención de crédito se hace más y más difícil, los hogares reducen el consumo y la inversión en residencia. Por consecuencia, caen los beneficios empresariales. Lo que trae consigo recortes salariales y un ritmo acelerado de despido de trabajadores, lo cual, a su vez, genera una espiral descendente de demanda y rentabilidad a la baja. Las familias han contado durante largo tiempo con el aumento de los precios de la vivienda para estar en condiciones de que les presten más y han ahorrado para ello. Pero ahora, forzadas por a acumulación de deudas, tienen que reducir el préstamo y aumentar el ahorro; y eso, en el preciso instante en que la economía más necesita que consuman. Lo presumible es que el grueso del dinero que el estado ponga en manos de las familias será destinado al ahorro, no al consumo. Si el keynesianismo a duras penas logró activar la vida económica en la fase de expansión, ¿qué puede esperarse que haga en medio de la peor recesión desde los años treinta? Para obtener un efecto significativo en la economía, la administración Obama tendrá probablemente que pensar en una enorme oleada de inversiones públicas directas o indirectas; en realidad, en una forma de capitalismo de estado. No obstante, acometer esa tarea en serio exige superar enormes obstáculos políticos y económicos. La cultura política estadounidense es tremendamente hostil a la empresa pública. Por otro lado, el nivel de gasto y endeudamiento que todo eso implicaría podría amenazar al dólar. Hasta ahora, los gobiernos del Este asiático han financiado alegremente los déficits externos y públicos estadounidenses, a fin de mantener, a un tiempo, el consumo estadounidense y sus propias exportaciones. Pero con una crisis que está llegando a afectar hasta a China, esos gobiernos podrían ver menguada su capacidad de financiación de los déficits estadounidenses, sobre todo porque estos últimos se han disparado a una magnitud sin precedentes. La perspectiva verdaderamente aterradora que asoma en el horizonte es el desplome del dólar.

¿Cuál es su valoración general de la victoria de Obama en las últimas elecciones a la presidencia? ¿Piensa que Obama es el “mal menor”,

comparado con la administración Bush? Muchos consideran a Obama el Franklin D. Roosevelt del siglo XXI. Obama promete un “nuevo New Deal”. ¿Cree usted que los progresistas anticapitalistas pueden dar apoyo crítico a algunas medidas de este “nuevo New Deal”?

El triunfo de Obama en las elecciones debe ser bienvenido. Una victoria de McCain habría sido una victoria para el Partido Republicano y habría dado un enorme impulso a las fuerzas más reaccionarias de la escena política estadounidense. Se habría visto como un aprobado al hipermilitarismo y al imperialismo de la administración Bush, así como a su programa explícito de eliminación de lo que queda de sindicalismo, estado de bienestar y protección ambiental. Dicho esto, Obama es, como Roosevelt, un demócrata de centro, de quien no puede esperarse que, por sí propio, haga gran cosa en defensa de los intereses de una inmensa mayoría que seguirá estando sometida a un desapoderado asalto empresarial empeñado en recuperar sus menguantes beneficios mediante la reducción del empleo, de las indemnizaciones, etc. Obama apoyó el titánico rescate del sector financiero, que acaso represente el mayor expolio al contribuyente estadounidense de la historia norteamericana, sobre todo porque se concedió sin contrapartidas para poner brida a los bancos. También apoyó el rescate de la industria automovilística, aun a sabiendas de que estaba a enormes reducciones de las indemnizaciones para los trabajadores. El balance es de Obama, como de Roosevelt, sólo puede esperarse que tome acciones resueltas en defensa del pueblo trabajador si se le empuja por la vía de la acción directa desde abajo. La administración Roosevelt sólo aprobó el grueso de la legislación progresista del New Deal, incluyendo la Ley Wagner y la Seguridad Social, arrastrado por la presión de una gigantesca y masiva oleada de huelgas. Algo parecido puede acaso esperarse de Obama.

Según Rosa Luxemburg y, más recientemente, David Harvey, el capitalismo supera su tendencia a la crisis mediante la expansión geográfica. Según Harvey, ello a menudo se incentiva mediante inversiones enormes en infraestructura para apoyar al capital privado, a menudo a la inversión extranjera directa. ¿Cree usted que el capitalismo puede encontrar una solución a la crisis actual, en la terminología de Harvey, mediante un “arreglo espacio-temporal-espacial”?

Ésta es una cuestión compleja. Para empezar, creo que es verdadera –y de importancia decisiva– la afirmación, según la cual la expansión geográfica ha sido un elemento esencial en todas las oleadas de acumulación

de capital que registra la historia. Puede decirse que el crecimiento del volumen de la fuerza de trabajo y el crecimiento del espacio geográfico son condiciones *sine qua non*, esenciales, del crecimiento capitalista. El auge de la posguerra es un buen ejemplo, porque se dieron espectaculares expansiones del capital en el sur y el suroeste de los EE.UU. y en una Europa occidental y un Japón devastados por la guerra. Las inversiones de los EE.UU. jugaron un papel decisivo, no sólo en los propios EE.UU., sino también en la Europa occidental de la época. Sin duda, la expansión de la fuerza de trabajo y del área geográfica capitalista era indispensable para las altas tasas de beneficio que hicieron tan dinámico el *boom* de posguerra. Desde un punto de vista marxista, éste fue un ciclo clásico de acumulación de capital, e implicó, necesariamente, tanto la integración de enormes masas de trabajadores fuera del sistema, especialmente del agro precapitalista en Alemania y en Japón, como la incorporación o reincorporación de espacios geográficos adicionales a una escala enorme. Sin embargo, yo creo que, vista en perspectiva, la pauta mostrada por el largo declive al que hemos venido asistiendo desde finales de los sesenta y principios de los setenta, ha sido diferente. Es cierto que el capital ha respondido a la rentabilidad menguante mediante la expansión exterior, intentando combinar técnicas avanzadas con mano de obra barata. Se calla por sabido que el Este asiático constituye el caso principal: representa indudablemente un momento de alcance histórico-universal, una transformación esencial, del capitalismo. Pero a pesar de que la expansión al Este asiático puede interpretarse como respuesta a una rentabilidad menguante, no ha sido, en mi opinión, una solución satisfactoria. Porque, a fin de cuentas, la nueva producción industrial que tan espectacularmente ha surgido en el Este asiático, a despecho de que produzca más barato, se solapa demasiado con lo que se produce en el resto del mundo. El problema es que, a escala sistémica, eso exacerba más que resuelve el problema de sobrecapacidad. En otras palabras: la globalización ha sido una respuesta a la rentabilidad menguante; pero como las nuevas industrias, lejos de ser esencialmente complementarias en la división mundial del trabajo, son redundantes, el resultado ha sido la persistencia de los problemas de rentabilidad. El balance, creo yo, es que para resolver realmente el problema de rentabilidad que ha asolado durante tanto tiempo al sistema –lenta acumulación de capital y generación de niveles de préstamo cada vez mayores para mantener la estabilidad–, el sistema necesitaba una crisis que había sido durante tan largo tiempo aplazada. Y como el problema es la sobrecapacidad, enormemente

agravada por la acumulación de deuda, lo que aún se necesita, según la visión clásica, es una depuración sistémica, esto es, la purga de las empresas de costes altos y beneficios bajos, con el consiguiente abaratamiento de los medios de producción y la reducción del precio de la mano de obra. Ésta de la crisis es la vía histórica por la que el capitalismo ha logrado restaurar la tasa de beneficio y sentar las bases necesarias para una acumulación de capital más dinámica. Durante el periodo de posguerra se logró evitar las crisis; el coste de evitarlas fue la incapacidad para reactivar la rentabilidad, lo que llevó a empeorar la situación de estancamiento. La crisis actual es la depuración que nunca sucedió.

Entonces, ¿cree usted que sólo la crisis puede resolver la crisis? Ésta es una respuesta marxiana clásica.

Creo que es lo más probable. La analogía sería como sigue. De entrada, a principios de los años treinta, el New Deal y el keynesianismo resultaron ineficaces. En realidad, a pesar de la amplitud temporal de toda una década, no lograron sentar las bases de un nuevo *boom*, como se vio con la caída en la profunda recesión de 1937-38. Pero, finalmente, como resultado de la larga crisis de los treinta, se llegó a la purga de los costes altos y de los medios de producción con beneficios bajos, lo que terminó por sentar las bases para unas tasas de beneficio altas. De manera que, a fines de los años treinta, podía decirse que la tasa potencial de beneficio era alta y que todo lo que se necesitaba era un estímulo de la demanda. Esa demanda, huelga decirlo, vino a proporcionarlas el enorme gasto armamentístico de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, durante la guerra se obtuvieron tasas de beneficio altas, y esas tasas altas sentaron las bases necesarias para el ulterior *boom* postbélico. Pero yo creo que, aun si se hubieran ensayado, los déficits keynesianos no habrían podido funcionar en 1933, porque antes era necesario, por decirlo en términos marxianos, una crisis que saneara el sistema.

¿Cree que la actual crisis supondrá un desafío a la hegemonía de los EE.UU.? Teóricos del sistema-mundo como Immanuel Wallerstein, también entrevistados por Hankyoreh, sostienen que la hegemonía del imperialismo americano está en declive.

Ésta es una cuestión muy compleja. Tal vez ande yo muy errado, pero pienso que muchos de los que creen que ha habido un declive de la hegemonía estadounidense tienden a ver esa hegemonía en términos de poder

geopolítico, y al final, como capacidad militar norteamericana. Desde este punto de vista, es principalmente el predominio estadounidense lo que produce el liderazgo americano, es el poder estadounidense sobre y contra otros países lo que mantiene a los EE.UU. en la cumbre. Yo no veo así la hegemonía estadounidense. Yo veo a las elites del mundo, especialmente a las del núcleo capitalista en el sentido lato de la palabra, muy satisfechas con esa hegemonía norteamericana, porque eso significa que son los EE.UU. quienes asumen el papel y el coste de policías del mundo. Eso vale también, en mi opinión, incluso para las elites de los países más pobres. ¿Cuál es el objetivo de los policías del mundo norteamericanos? No es atacar a otros países. Es, sobre todo, mantener el orden social a escala mundial, crear condiciones estables para la acumulación de capital global. Su principal propósito es erradicar cualquier desafío popular al capitalismo, proteger las relaciones de clase existentes. Durante la mayor parte del periodo de posguerra, hubo desafíos nacionalistas-estatistas, especialmente desde abajo, al libre albedrío del capital. Fueron, desde luego, sometidos por los EE.UU. con la fuerza más brutal, con las expresiones más descarnadas de la dominación estadounidense. Aunque dentro del núcleo lo que había hegemonía norteamericana, fuera de ese núcleo había dominación. Pero, con la caída de la Unión Soviética, la entrada de China y Vietnam en la vía capitalista y la derrota de los movimientos de liberación nacional en lugares como Sudáfrica y Centroamérica, la resistencia al capital en el mundo en vías de desarrollo fue, al menos temporalmente, debilitada. Así, actualmente, los gobiernos y elites no sólo de Europa occidental y oriental, Japón y Corea, sino también de Brasil, la India y China –la mayoría de países que pueda usted nombrar– prefieren el mantenimiento de la hegemonía estadounidense. La hegemonía norteamericana no caerá por el surgimiento de algún otro poder capaz de competir con ella por el dominio del mundo. China, más que nadie, prefiere la hegemonía americana. Los EE.UU. no planean atacar a China y, hasta la fecha, han mantenido su mercado completamente abierto a las exportaciones chinas. Con los EE.UU. en el papel de policías del mundo y asegurando un comercio y unos movimientos de capital cada vez más libres, China puede competir en términos de costes de producción en un campo en igualdad de condiciones, y eso es increíblemente beneficioso para China; mejor, imposible. ¿Puede seguir la hegemonía estadounidense con la actual crisis? Ésta es una pregunta harto más ardua. Pero creo que, en el primer caso, la respuesta es sí. Las elites del mundo quieren por encima de todo mantener el actual orden globalizado y los EE.UU. son la clave para

ello. Nadie, entre las elites del mundo, intenta explotar la crisis y los enormes problemas económicos de los EE.UU. para desafiar a la hegemonía norteamericana. China sigue diciendo “no vamos a seguir pagando para que los EE.UU. sigan derrochando”, en alusión a los actuales récords en déficits por cuenta corriente sufragados por China durante la pasada década y a los titánicos déficits presupuestarios que están generando actualmente los EE.UU. Pero ¿cree usted que China cortará ahora con los EE.UU.? En absoluto. China todavía está vertiendo todo el dinero que puede en los EE.UU. para intentar que mantengan a flote su economía y poder ella mantener así su vía de desarrollo. Claro está que siempre es posible todo lo que se desea. La profundidad de la crisis china puede llegar a ser de tal calado, que ya no le permita financiar por más tiempo los déficits de los EE.UU. O la política de la Reserva Federal de embarcarse en unos déficits cada vez mayores e ir imprimiendo moneda podría terminar llevando al hundimiento del dólar y provocando una verdadera catástrofe. Sea ello como fuere, los dados están echados. Si tales cosas llegaran a suceder, habría construir un nuevo orden. Pero en condiciones de crisis profunda sería extremadamente difícil, porque en circunstancias así, los EE.UU., lo mismo que otros estados, podrían fácilmente deslizarse por la pendiente del proteccionismo, el nacionalismo o incluso de la guerra. Creo que en este momento las elites del mundo están todavía tratando de evitar esa deriva: no están preparadas para eso. Lo que quieren es mantener los mercados, el comercio, abiertos. Y ello porque han comprendido que la última vez que el estado recurrió al proteccionismo para resolver el problema fue durante la Gran Depresión, lo que no sirvió más que para empeorarla, porque cuando algunos estados iniciaron políticas proteccionistas todo el mundo hizo lo propio y el mercado mundial se cerró. Luego, por supuesto, vino el militarismo y la guerra. En la actualidad, el cierre de los mercados mundiales sería evidentemente desastroso; por eso elites y gobiernos se afanan de consuno en impedir salidas proteccionistas, estatistas o militaristas. Pero la política no es sólo la expresión de lo que las elites quieren, y además, las elites son tornadizas, y lo que quieren puede cambiar de un día para otro. Por lo demás, las elites suelen estar divididas, y la política tiene autonomía. De manera que, por poner un ejemplo, difícilmente puede descartarse que, si la crisis se pone muy fea –lo que llegados a este punto no sería una gran sorpresa–, asistamos al regreso de políticas derechistas de carácter proteccionista, militarista, xenófobo o nacionalista. Este tipo de políticas podría tener no sólo un amplio atractivo popular. Sectores crecientes del mundo empresarial podrían llegar a verla

como la única salida, puesto que si ven a sus mercados hundirse y al sistema en depresión, pueden considerar necesaria la protección contra la competencia y subvenciones públicas a la demanda mediante el gasto militar. Ésta fue, huelga decirlo, la respuesta que prevaleció en gran parte de Europa y Japón durante la crisis del periodo de entreguerras. Tenemos ahora a una derecha apabullada por los fracasos de la administración Bush y por la crisis. Pero si la administración Obama no es capaz de impedir el hundimiento económico, podría volver fácilmente... sobre todo porque los demócratas no ofrecen la menor alternativa ideológica real.

Ha hablado de una crisis potencial en China. ¿Qué piensa del estado actual de la economía china?

Creo que la crisis china irá a peor, mucho peor de lo que la gente espera. Por dos razones esenciales. La primera es que la crisis norteamericana, y la crisis global más en general, es mucho más grave de lo que la gente esperaba, y en última instancia, la suerte de la economía china depende inextricablemente de la suerte de la economía estadounidense y de la de la economía global. No sólo porque China depende en gran medida de sus exportaciones al mercado estadounidense; también porque la mayor parte del resto del mundo depende a su vez mucho de los EE.UU., y eso incluye especialmente a Europa. Si no voy errado, Europa se ha convertido recientemente en el mayor mercado de las exportaciones chinas. Pero como la crisis originada en los EE.UU. ha llegado a Europa, el mercado europeo se contraerá también para los bienes chinos. De modo, pues, que la situación es para China mucho peor de lo que la gente esperaba, porque la crisis económica es mucho peor de lo que se esperaba. La segunda razón es ésta: el entusiasmo con el crecimiento realmente espectacular de la economía China ha llevado a mucha gente a ignorar el papel desempeñado por las burbujas en curso seguido por la economía china. China ha crecido básicamente con las exportaciones, y señaladamente, merced a un creciente excedente comercial con los EE.UU. A causa de ese excedente, el gobierno chino ha tenido que tomar medidas políticas para mantener baja su moneda y competitiva su industria. Concretamente, ha comprado a gran escala activos denominados en dólares estadounidenses imprimiendo enormes cantidades de *renminbi*, la moneda china. Pero el resultado ha sido la inyección de enormes cantidades de dinero en la economía china, haciendo cada vez más fácil el crédito durante un largo periodo. Por un lado, las empresas y gobiernos locales han utilizado este crédito fácil para financiar inversiones en

masa. Pero esto ha hecho cada vez mayor la sobrecapacidad. Por otro lado, han usado el crédito fácil para comprar tierras, casas, acciones y otros tipos de activos financieros. Pero eso ha contribuido a generar grandes burbujas de precios de activos, las cuales, lo mismo que en los EE.UU., han contribuido a su vez a disparar préstamos y gastos. Cuando estallen las burbujas chinas, el calado de la sobrecapacidad se hará más evidente. El estallido de las burbujas chinas representará, también en gran parte del resto del mundo, un duro golpe para la demanda de consumo e inducirá una dañina crisis dañina. En suma: la crisis china puede llegar a ser una cosa muy seria, y podría hacer que la crisis global tomara un rumbo todavía más grave.

Así, usted cree que la lógica capitalista de superproducción se da también en China.

Sí, como en Corea y en gran parte del Asia oriental a finales de los noventa. No es tan distinto. Lo único que no ha ocurrido todavía es el tipo de revaluación de la moneda que mató, que liquidó realmente a la expansión industrial coreana. El gobierno chino está haciendo todo por evitarlo.

Por lo tanto, no está usted de acuerdo con la definición de la sociedad china como "economía de mercado no capitalista".

No, en absoluto.

¿Cree usted, pues, que China es actualmente capitalista?

Creo que es totalmente capitalista. Acaso pudiera haberse dicho que China tenía un mercado no capitalista durante los ochenta, cuando experimentaba un impresionante crecimiento merced a las empresas urbanas y aldeanas. Eran de propiedad pública, de los gobiernos locales, pero operaban en el mercado. Esa forma económica puede decirse que iniciaba la transición al capitalismo. Así, tal vez hasta principios de los noventa, se mantuvo un tipo de sociedad de mercado no capitalista, especialmente porque había un gran sector industrial de propiedad y dirección del estado central. Pero a partir de entonces lo que ha habido es una transición al capitalismo que, a día de hoy, puede darse por completamente colmada.

¿Qué piensa de la dureza de la crisis económica coreana que se avecina?

¿Cree que podría ser más grave que la crisis del FMI de 1997-98? Para hacer frente a la crisis venidera, el gobierno de Lee Myung-bak está resucitando ahora la inversión para construir enormes infraestructuras

sociales al estilo de Park Cheng-Hee, especialmente el “Gran Canal” de la península coreana, al tiempo que copia las políticas de crecimiento verde de Obama. Sin embargo, el gobierno de Lee Myung-bak intenta todavía mantener las políticas de desregulación neoliberal del período que siguió a la crisis de 1997, especialmente mediante el Acuerdo de Libre Comercio entre los EE.UU. y Corea. Podría llamársele propuesta híbrida, ya que combina lo que parece un anacrónico retorno al método de desarrollo dirigido por el estado al estilo de Park Cheng-Hee con el neoliberalismo contemporáneo. ¿Servirá para combatir o paliar la crisis que se avecina?

Lo dudo mucho. No necesariamente porque represente una vuelta al capitalismo organizado por el estado, al estilo de Park, ni porque abrace el neoliberalismo. Es porque, cualquiera que sea su forma interna, sigue dependiendo de la globalización en un momento en que la crisis global está produciendo una extraordinaria contracción del mercado mundial. Hablando de China daba yo hace un rato por probable que se encuentre con un grave problema. Pero China tiene salarios bajos y un mercado interno potencial enorme, de manera que con el tiempo es concebible que pueda tener una posición mejor que Corea para afrontar la crisis, aunque tampoco estoy totalmente seguro de eso. Descuento, en cambio, como seguro que Corea se verá duramente golpeada por la crisis. Ya le ocurrió en 1997-98, pero le salvaron la burbuja del mercado de valores estadounidense y el consiguiente crecimiento del préstamo, el gasto y las importaciones norteamericanos. Pero cuando reventó la burbuja del mercado de valores estadounidense en 2000-02, Corea cayó en lo que se antojaba como una crisis aún más grave que la de 1997-98. Hete aquí, sin embargo, la burbuja inmobiliaria estadounidense vino recientemente al rescate de Corea. Pero ahora ha reventado esa burbuja, la segunda burbuja estadounidense, y no hay una tercera para sacar a Corea de la crisis. No es necesariamente porque Corea lo esté haciendo mal. Es que no creo que haya en parte alguna del mundo una vía de salida fácil para nadie que se haya convertido en parte de un sistema capitalista verdaderamente global e interdependiente.

Así, está diciendo que el entorno externo está mucho peor que nunca antes.

Ésa es la idea principal.

¿Cuáles son, pues, las tareas más urgentes de los progresistas en Corea? Los coreanos progresistas son muy críticos con Lee Myung-bak. Suelen apoyar el estado del bienestar y la redistribución de la renta

como alternativa al proyecto de Lee de invertir en la construcción del Canal, con grandes costes sociales. Ésta es la cuestión más caliente en la sociedad coreana de hoy. Los progresistas coreanos señalan que, a pesar de que Lee Myung-bak hable de crecimiento verde, su proyecto de construcción destruiría ecosistemas enteros. ¿Está de acuerdo con ellos?

Evidentemente, hay que oponerse a esos proyectos, ecológicamente desastrosos.

¿Cree que, en plena crisis económica, la construcción de un estado del bienestar como el de Suecia sería una estrategia razonable para los progresistas coreanos?

Creo que lo más importante para los progresistas coreanos es el refuerzo de las organizaciones del movimiento obrero. Sólo reconstruyendo el movimiento obrero coreano puede la izquierda construir el poder que necesita para obtener cualquiera de sus reivindicaciones. La única manera de que el pueblo trabajador pueda realmente desarrollar su poder es mediante la construcción de nuevas organizaciones en el transcurso de la lucha, y solo mediante la lucha puede lograr el advenimiento de políticas progresistas o la definición de lo que debería ser una política progresista en este momento. Creo que la mejor manera de forjar una respuesta política de izquierda actualmente es contribuir a que la gente más afectada se organice y logre poder para definir colectivamente sus intereses. De modo que, más que intentar resolver ahora, de modo tecnocrático, desde arriba, la cuestión de cuál sea la mejor respuesta, la clave para la izquierda es catalizar la reconstitución del poder del pueblo trabajador. Obviamente, el movimiento obrero coreano se ha visto debilitado desde la crisis de 1997-98. Como mínimo, la prioridad para los progresistas debería ser plantearse qué hacer para mejorar el contexto de la organización de la fuerza de trabajo, qué hacer, precisamente ahora, para reforzar los sindicatos. Sin una reactivación del poder de la clase obrera, la izquierda no tardará en descubrir que la mayor parte de cuestiones de políticas públicas se convierten en materia de pura especulación académica. Quiero decir que si la izquierda tiene que influir en las políticas públicas, ha de haber un cambio, un gran cambio, en la correlación de fuerzas de clase.

¿Espera usted que los recientes fracasos del neoliberalismo abran puertas a los progresistas de todo el mundo?

El fracaso del neoliberalismo ofrece, desde luego, importantes oportunidades que no teníamos antes. El neoliberalismo nunca resultó atractivo

para buena parte de la población. El pueblo trabajador jamás se ha identificado con mercados libres, finanzas libres y todo eso. Pero creo que la mayor parte de la población se había convencido de que era la única opción, de que no había alternativa. Pero ahora la crisis ha revelado la bancarrota total del modelo neoliberal de organización económica, y puede vislumbrarse el cambio. Se ha manifestado eso con vigor en la oposición del pueblo trabajador americano a los rescates de los bancos y del sector financiero. Dicen, sobre poco más o menos: “nos han contado que salvar las instituciones financieras, los mercados financieros, es la clave para restablecer la economía, la prosperidad. Pero no nos lo creemos. No queremos que ni un centavo más de nuestro dinero vaya a aquellos que no hacen más que robarnos”. De modo que hay un gran vacío ideológico y se ha abierto un importante flanco para la penetración de ideas de izquierda. El problema es que hay muy poca organización del pueblo trabajador; está solo, carece de expresión política. Así que puede decirse que hay grandes oportunidades creadas por el contexto político o por el clima ideológico, pero que eso, por sí mismo, no proporcionará soluciones progresistas. De modo que, nuevamente, la máxima prioridad para los progresistas –para cualquier activista de izquierda–, allí donde deberían ser más activos, es en el intento de reavivar las organizaciones del pueblo trabajador. Sin resucitar el poder de la clase obrera, poco progreso podrá hacerse, y el único modo de revivir ese poder es la movilización para la acción directa. Sólo mediante la acción, colectiva y masiva, del pueblo trabajador se podrá crear la organización y acumular la energía necesaria para proporcionar la base social para una transformación, por así decirlo, de su propia conciencia, para la radicalización política.

¿Estamos realmente ante el fin del neoliberalismo?

La crisis y la consolidación del poder

de las clases dominantes¹

DAVID HARVEY²

¿Marca esta crisis el final del neoliberalismo? Yo creo que depende de lo que se entienda por neoliberalismo. En mi interpretación, el neoliberalismo ha sido un proyecto de clase camuflado bajo una proteica retórica sobre la libertad individual, el albedrío, la responsabilidad personal, la privatización y el libre mercado. Pero esa retórica no era sino un medio para la restauración y consolidación del poder de clase y, en este sentido, el proyecto neoliberal ha sido todo un éxito.

Uno de los principios básicos que quedaron sentados en los setenta fue que el poder del Estado tenía que proteger las instituciones financieras, costara lo que costara. Ese principio fue puesto por obra en la crisis de

1. El texto fue inicialmente publicado por *Sin Permiso*; corresponde a una conferencia del autor transcrita y editada por Kate Ferguson y Mary Livingstone; Mínima Estrella la tradujo al castellano.

2. Geógrafo, sociólogo urbano e historiador social marxista. Entre sus libros traducidos al castellano se encuentran: *Espacios de esperanza* (Akal, Madrid, 2000) y *El nuevo imperialismo* (Akal, Madrid, 2004). Actualmente, es Distinguished Professor en el CUNY Graduate Center de Nueva York. Su último libro es *A Brief History of Neoliberalism* [traducción castellana: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].

Nueva York de mediados de los setenta, y fue internacionalmente definido por vez primera cuando se cernía sobre México el espectro de la bancarrota, en 1982. Eso habría destruido los bancos de inversión neoyorquinos, de modo que el Tesoro estadounidense y el FMI actuaron de consuno en rescate de México. Mas, al hacerlo, impusieron un programa de austeridad a la población mexicana. En otras palabras, protegieron a los bancos y destruyeron al pueblo; no otra ha sido la práctica regular del FMI desde entonces. El presente rescate es el mismo viejo cuento, una vez más, sólo que a una escala ciclópica.

Lo que pasó en los EE.UU. fue que 8 hombres nos dieron un documento de 3 páginas a modo de pistola que nos apuntaba a todos: “dadnos 700 mil millones de dólares, y no se hable más”. Para mí eso fue una suerte de golpe financiero contra el Estado y contra la población norteamericanos. Lo que significa que no se saldrá de esta crisis con una crisis de la clase capitalista; se saldrá de ella con una consolidación todavía mayor de esa clase. Terminará habiendo 4 o 5 grandes entidades financieras en los EE.UU., no más. Muchos en Wall Street están medrando ahora mismo. Lazard’s, a causa de su especialización en fusiones y adquisiciones, está ganando dinero a espuestas. Algunos no escapan a la quema, pero habrá por doquiera una consolidación del poder financiero. Andrew Mellon –banquero norteamericano, Secretario del Tesoro en 1921-32– dejó estupendamente dicho que en una crisis los activos terminan siempre por regresar a sus legítimos propietarios. Una crisis financiera es un modo de racionalizar lo que es irracional: por ejemplo, el inmenso crac asiático de 1997-8 resultó en un nuevo modelo de desarrollo capitalista. Las grandes alteraciones llevan a una reconfiguración, a una nueva forma de poder de clase. Podría ir mal, políticamente hablando. El rescate bancario ha sido resistido en el Senado y en otras partes, de manera que es posible que la clase política no se alinee tan fácilmente: pueden poner estorbos en el camino, pero, hasta ahora, han tragado y no han nacionalizado los bancos.

Sin embargo, esto podría llevar a una lucha política de mayor calado: se percibe una vigorosa resistencia a dar más poder a quienes nos metieron en este lío. La elección de equipo económico de Obama está siendo cuestionada; por ejemplo, la de Larry Summers, que era Secretario del Tesoro en el momento clave en que muchas cosas empezaron a ir realmente mal, al final de la administración Clinton. ¿Por qué dar cargos a tantas gentes favorables a Wall Street, al capital financiero, que reintrodujeron el predominio del capital financiero? Eso no quiere decir que no vayan a rediseñar

la arquitectura financiera, porque saben que su rediseño es ineludible, pero la cuestión es: ¿para quién la rediseñarán? La gente está verdaderamente descontenta con el equipo económico de Obama; también el grueso de la prensa.

Se precisa una nueva forma de arquitectura financiera. Yo no creo que deban abolirse todas las instituciones existentes; no, desde luego, el Banco Internacional de Pagos (BIS, por sus siglas en inglés), ni siquiera el FMI. Yo creo que necesitamos esas instituciones, pero que tienen que transformarse radicalmente. La gran cuestión es: quién las controlará y cuál será su arquitectura. Necesitaremos gente, expertos con alguna inteligencia del modo en que esas instituciones funcionan y pueden funcionar. Y eso es muy peligroso, porque, como podemos ver ya ahora mismo, cuando el Estado busca a alguien que entienda lo que está pasando, suele mirar a Wall Street.

Un movimiento obrero inerte: hasta aquí hemos llegado

Que podamos salir de esta crisis por alguna otra vía depende, y por mucho, de la relación de fuerzas entre las clases sociales. Depende de hasta qué punto el conjunto de la población diga: “¡hasta aquí hemos llegado; hay que cambiar el sistema!”. Ahora mismo, cuando se observa retrospectivamente lo que les ha pasado a los trabajadores en los últimos 50 años, se ve que no han conseguido prácticamente nada de este sistema. Pero no se han rebelado. En los EE.UU., en los últimos 7 u 8 años, se ha deteriorado en general la condición de las clases trabajadoras, y no se ha dado un movimiento masivo de resistencia. El capitalismo financiero puede sobrevivir a la crisis, pero eso depende por completo de que se produzca una rebelión popular contra lo que está pasando, y de que haya una verdadera embesitada tendente a reconfigurar el modo de funcionamiento de la economía.

Uno de los mayores obstáculos atravesados en el camino de la acumulación continuada de capital fue, en los 60 y comienzos de los 70, el factor trabajo. Había escasez de trabajo, tanto en Europa como en los EE.UU., y el mundo del trabajo estaba bien organizado, con influencia política. De modo, pues, que una de las grandes cuestiones para la acumulación de capital en ese período era: ¿cómo puede lograr el capital tener acceso a suministros de trabajo más baratos y más dóciles? Habían varias respuestas. Una pasaba por estimular la inmigración. En los EE.UU. se revisaron en serio las leyes migratorias en 1965, lo que les permitió el acceso a la población mundial excedente (antes de eso, sólo se favorecía migratoriamente

a caucásicos y europeos). A fines de los 60, el gobierno francés subsidiaba la importación de mano de obra magrebí, los alemanes traían a turcos, los suecos importaban yugoslavos y los británicos tiraban de su imperio. Así que apareció una política pro inmigración, que era una forma de lidiar con el problema.

Otra vía fue el cambio tecnológico rápido, que echa a la gente del trabajo, y si eso fallaba, ahí estaban personajes como Reagan, Thatcher y Pinochet para aplastar al movimiento obrero organizado. Finalmente, y por la vía de la deslocalización, el capital se desplaza hacia donde hay mano de obra excedente. Eso fue facilitado por dos cosas. Primero, la reorganización técnica de los sistemas de transporte: una de las mayores revoluciones ocurridas durante ese período fue la de los containers, que permitieron fabricar partes de automóviles en Brasil y embarcarlas a bajo coste hacia Detroit, o hacia donde fuera. En segundo lugar, los nuevos sistemas de comunicación permitieron una organización más ajustada en el tiempo de la producción en cadena de mercancías a través del espacio global.

Todas estas vías se encaminaban a resolver para el capital el problema de la escasez de trabajo, de modo que hacia 1985 el capital había dejado de tener problemas al respecto. Podía tener problemas específicos en zonas particulares, pero, globalmente, tenía a su disposición abundante trabajo; el subitáneo colapso de la Unión Soviética y la transformación de buena parte de China vinieron a añadir a cerca de 2 mil millones de personas al proletariado global en el pequeño espacio de 20 años. Así, pues, la disponibilidad de trabajo no representa hoy problema ninguno, y el resultado de eso es que el mundo del trabajo ha ido quedando en situación de indefensión en los últimos 30 años. Pero cuando el trabajo está inerme, recibe salarios bajos, y si te empeñas en represar los salarios, eso limitará los mercados. De modo que el capital comenzó a tener problemas con sus mercados. Y ocurrieron dos cosas.

La primera: el creciente hiato entre los ingresos del trabajo y lo que los trabajadores gastaban comenzó a salvarse mediante el auge de la industria de las tarjetas de crédito y mediante el creciente endeudamiento de los hogares. Así, en los EE.UU. de 1980 nos encontramos con que la deuda media de los hogares rondaba los 40.000 dólares [constantes], mientras que ahora es de unos 130.000 dólares [constantes] por hogar, incluyendo las hipotecas. La deuda de los hogares se disparó, y eso nos lleva a la financiarización, que tiene que ver con unas instituciones financieras lanzadas a sostener las deudas de los hogares de gente trabajadora, cuyos ingresos

han dejado de crecer. Y empiezas por la respetable clase trabajadora, pero más o menos hacia 2000 te empiezas a encontrar ya con hipotecas subprime en circulación. Buscas crear un mercado. De modo que las entidades financieras se lanzan a sostener el financiamiento por deuda de gente prácticamente sin ingresos. Mas, de no hacerlo, ¿qué ocurriría con los promotores inmobiliarios que construían vivienda? Así pues, se hizo, y se buscó estabilizar el mercado financiando el endeudamiento.

Las crisis de los valores de los activos

Lo segundo que ocurrió fue que, desde 1980, los ricos se fueron haciendo cada vez más ricos a causa de la represión salarial. La historia que se nos contó es que invertirían en nuevas actividades, pero no lo hicieron; el grueso de los ricos empezó a invertir en activos, es decir, pusieron su dinero en la bolsa. Así se generaron las burbujas en los mercados de valores. Es un sistema análogo al esquema de Ponzi, pero sin necesidad de que lo organice un Madoff. Los ricos pujan por valores de activos, incluyendo acciones, propiedades inmobiliarias y propiedades de ocio, así como en el mercado de arte. Esas inversiones traen consigo financiarización. Pero, a medida que pujas por valores de activos, eso repercute en el conjunto de la economía, de modo que vivir en Manhattan llegó a ser de todo punto imposible, a menos que te endeudaras increíblemente, y todo el mundo se ve envuelto en esta inflación de los valores de los activos, incluidas las clases trabajadoras, cuyos ingresos no crecen. Y lo que tenemos ahora es un colapso de los valores de los activos; el mercado inmobiliario se ha desplomado, el mercado de valores se ha desplomado.

Siempre ha habido el problema de la relación entre representación y realidad. La deuda tiene que ver con el valor futuro que se les supone a bienes y servicios, de modo que supone que la economía seguirá creciendo en los próximos 20 o 30 años. Entraña siempre un palpito, una conjetura tácita, que luego se refleja en la tasa de interés, descontada a futuro. Este crecimiento del área financiera luego de los 70 tiene mucho que ver con lo que yo creo es el problema clave: lo que yo llamaría el problema de absorción del excedente capitalista. Como nos enseña la teoría del excedente, los capitalistas producen un excedente del que luego tienen que hacerse con una parte, recapitalizarla y reinvertirla en expansión. Lo que significa que siempre tienen que encontrar algo en lo que expandirse. En un artículo que escribía para la *New Left Review*, “El derecho a la ciudad”, señalaba yo que en los últimos 30 años un inmenso volumen de excedente

de capital ha sido absorbido por la urbanización: por la reestructuración, la expansión y la especulación urbanas. Todas y cada una de las ciudades que he visitado constituyen enormes emplazamientos de construcción aptos para la absorción de excedente capitalista. Ahora, ni que decir tiene, muchos de esos proyectos han quedado a medio hacer.

Ese modo de absorber excedentes de capital se ha ido haciendo más y más problemático con el tiempo. En 1750, el valor del total de bienes y servicios producidos rondaba los 135 mil millones de dólares (constantes). Hacia 1950, era de 4 billones de dólares. En 2000, se acercaba a los 40 billones. Ahora ronda los 50 billones. Y si no yerra Gordon Brown, se doblará en los próximos 20 años, hasta alcanzar los 100 billones en 2030.

A lo largo de la historia del capitalismo, la tasa general media de crecimiento ha rondado el 2,5% anual, sobre base compuesta. Eso significaría que en 2030 habría que encontrar salidas rentables para 2,5 billones de dólares. Es un orden de magnitud muy elevado. Yo creo que ha habido un serio problema, particularmente desde 1970, con el modo de absorber volúmenes cada vez más grandes de excedente en la producción real. Sólo una parte cada vez más pequeña va a parar a la producción real, y una parte cada vez más grande se destina a la especulación con valores de activos, lo que explica la frecuencia y la profundidad crecientes de las crisis financieras que estamos viendo desde 1975, más o menos. Son todas crisis de valores de activos.

Yo diría que, si saliéramos de esta crisis ahora mismo, y si se diera una acumulación de capital con una tasa de un 3% de crecimiento anual, nos encontraríamos con un montón de problemas endemoniados. El capitalismo se enfrenta a serias limitaciones medioambientales, así como a limitaciones de mercado y de rentabilidad. El reciente giro hacia la financiarización es un giro forzado por la necesidad de lidiar con un problema de absorción de excedente; un problema, empero, que no se puede abordar sin exponerse a devaluaciones periódicas. Es lo que está ocurriendo ahora mismo, con pérdidas de varios billones de dólares de valores de activos.

El término “rescate nacional” es, por lo tanto, inapropiado, porque no están salvando al conjunto del sistema financiero existente; están salvando a los bancos, a la clase capitalista, perdonándoles deudas y transgresiones. Y sólo les están salvando a ellos. El dinero fluye a los bancos, pero no a las familias que están siendo hipotecariamente ejecutadas, lo que está comenzado a provocar cólera. Y los bancos están usando ese dinero, no para

prestarlo, sino para comprar otros bancos. Están consolidando su poder de clase.

El colapso del crédito

El colapso del crédito para la clase trabajadora pone fin a la financiarización como solución de la crisis del mercado. Por consecuencia, veremos una importante crisis de desempleo, así como el colapso de muchas industrias, a menos que se emprenda una acción efectiva para cambiar el curso de las cosas. Y en este punto es donde se desarrolla ahora la discusión sobre el regreso a un modelo económico keynesiano. El programa económico de Obama consiste en invertir masivamente en grandes obras públicas y en tecnologías verdes, regresando en cierto sentido al tipo de solución del New Deal. Yo soy escéptico respecto de su capacidad para lograrlo.

Para entender la presente situación, necesitamos ir más allá de lo que ocurre en el proceso de trabajo y en la producción, necesitamos entrar en el complejo de relaciones en torno al Estado y las finanzas. Necesitamos comprender el modo en que la deuda nacional y el sistema de crédito han sido, desde el comienzo, vehículos fundamentales para la acumulación primitiva, o para lo que yo llamo acumulación por desposesión (según puede verse en el sector de la construcción). En “El derecho a la ciudad” observaba yo la manera en que había sido revitalizado el capitalismo en el París del Segundo Imperio: el Estado, de consuno con los banqueros, puso por obra un nuevo vínculo Estado-capital financiero, a fin de reconstruir París. Eso generó pleno empleo y los bulevares, los sistemas de suministro de agua corriente y los sistemas de canalización de residuos, así como nuevos sistemas de transporte; gracias a ese tipo de mecanismos se construyó también el Canal de Suez. Una buena parte de todo eso se financió con deuda. Ahora, ese vínculo Estado-finanzas viene experimentando una enorme transformación desde 1970: se ha hecho más internacional, se ha abierto a todo tipo de innovaciones financieras, incluidos los mercados de derivados y los mercados especulativos, etc. Se ha creado una nueva arquitectura financiera.

Lo que yo creo que está pasando ahora mismo es que ellos están buscando una nueva forma de esquema financiero que pueda resolver el problema, no para el pueblo trabajador, sino para la clase capitalista. En mi opinión, están en vías de hallar una solución para la clase capitalista, y si el resto de nosotros sufre las consecuencias, pues ¡qué se le va a hacer! La única cosa que les preocupa de nosotros es que nos alcemos en rebelión. Y

mientras esperamos a rebelarnos, ellos tratan de diseñar un sistema acorde con sus propios intereses de clase. Desconozco cómo será esa nueva arquitectura financiera. Si se mira con atención lo que pasó durante la crisis fiscal en Nueva York, se verá que los banqueros y los financieros no tenían la menor idea de qué hacer; lo que terminaron haciendo fue una especie de bricolaje a tuestas, pieza aquí, pieza allí; luego juntaron los fragmentos de un modo nuevo, y terminaron con una construcción de nueva planta. Mas, cualquiera sea la solución a la que lleguen, les vendrá a su medida, a menos que nosotros nos plantemos y comencemos a decir que queremos algo a nuestra medida. Las gentes como nosotros podemos desempeñar un papel crucial a la hora de plantear cuestiones y de desafiar la legitimidad de las decisiones que se están tomando ahora mismo. También, claro está, a la hora de realizar análisis muy claros de la verdadera naturaleza del problema y de las posibles salidas ofrecidas al mismo.

Alternativas

Necesitamos empezar a ejercer de hecho nuestro derecho a la ciudad. Tenemos que preguntar qué es más importante, el valor de los bancos o el valor de la humanidad. El sistema bancario debería servir a la gente, no vivir a costa de la gente. Y la única manera en que seremos capaces de ejercer el derecho a la ciudad es tomando las riendas del problema de la absorción del excedente capitalista. Tenemos que socializar el excedente de capital, y escapar para siempre al problema del 3% de acumulación. Nos hallamos ahora en un punto en el que seguir indefinidamente con una tasa de crecimiento del 3% llegará a generar unos costes ambientales tan tremendos, y una presión sobre las situaciones sociales tan tremenda, que estaremos abocados a una crisis financiera tras otra.

El problema central es cómo se pueden absorber los excedentes capitalistas de un modo productivo y rentable. En mi opinión, los movimientos sociales tienen que coaligarse en torno a la idea de lograr un mayor control sobre el producto excedente. Y aunque yo no apoyo una vuelta al modelo keynesiano del tipo que teníamos en los 60, me parece fuera de duda que entonces había un control social y político mucho mayor sobre la producción, la utilización y la distribución del excedente. El excedente circulante se derivaba hacia la construcción de escuelas, hospitales e infraestructura. Eso es lo que sacó de sus casillas a la clase dominante y causó un contramovimiento a fines de los 60: no tenían control bastante sobre el excedente. Sin embargo, si se atiende a los datos disponibles, se ve que la proporción

de excedente absorbido por el Estado no ha variado mucho desde 1970; lo que hizo, así pues, la clase capitalista fue frenar una ulterior socialización del excedente. También lograron transformar la palabra “gobierno” en la palabra “gobernanza”, haciendo porosas las actividades gubernamentales y empresariales, lo que permite situaciones como la que tenemos en Irak, en donde contratistas privados muñeron implacablemente las ubres del beneficio fácil.

Creo que estamos a proados a una crisis de legitimación. En los pasados treinta años, se ha repetido una y otra vez la ocurrencia de Margaret Thatcher, según la cual “no hay alternativa” a un mercado libre neoliberal, a un mundo privatizado, y si no tenemos éxito en ese mundo, es por culpa nuestra. Yo creo que es muy difícil decir que, enfrentados a una crisis de ejecuciones hipotecarias y desahucios inmobiliarios, se ayuda a los bancos pero no a las personas que pierden su vivienda. Puedes acusar a los desahuciados de irresponsabilidad, y en los EE.UU. no deja de haber un componente fuertemente racista en esa acusación. Cuando la primera ola de ejecuciones hipotecarias golpeó zonas como Cleveland y Ohio, resultó devastadora para las comunidades negras, pero la reacción de algunos fue poco más o menos ésta: “¿pues qué esperábais? Los negros son gente irresponsable”. Las explicaciones dilectas de la derecha acerca de la crisis giran en torno a la codicia personal, tanto en lo que hace a Wall Street, como en lo que hace a la gente que pidió prestado para comprarse una vivienda. Lo que tratan es de cargar la culpa de la crisis a sus víctimas. Una de nuestras tareas consiste en decir: “no, no se puede hacer eso en absoluto”, y tratar luego de ofrecer una explicación cogente de esta crisis como un fenómeno de clase: una determinada estructura de explotación se fue a pique y está en vías de ser desplazada por otra estructura aún más profunda de explotación. Es muy importante que esta explicación alternativa de la crisis sea presentada y discutida públicamente.

Una de las grandes configuraciones ideológicas que está en vías de formarse tiene que ver con el papel que habrá de desempeñar en el futuro la propiedad de la vivienda, una vez comencemos a decir cosas como que hay que socializar buena parte del parque de viviendas, puesto que desde los años 30 hemos tenido enormes presiones a favor de la vivienda individualizada como forma de asegurar los derechos y la posición de la gente. Tenemos que socializar y recapitalizar la educación y la asistencia sanitaria públicas, a demás de la provisión de vivienda. Esos sectores de la economía tienen que ser socializados, de consuno con la banca.

Una política radical, más allá de las divisiones de clase

Hay otro punto que debemos reconsiderar: el trabajo y, particularmente, el trabajo organizado es sólo una pequeña pieza de este conjunto de problemas, y sólo juega un papel parcial en lo que está ocurriendo. Y eso por una razón muy sencilla, que se remonta a las limitaciones de Marx a la hora de plantear la cosa. Si decimos que la formación del complejo Estado-finanzas es absolutamente crucial para la dinámica del capitalismo (y, obviamente, lo es), y si nos preguntamos qué fuerzas sociales actúan en punto a contrarrestar o promover esas formaciones institucionales, hay que reconocer que el trabajo nunca ha estado en primera línea de esta lucha. El trabajo ha estado en primera línea en el mercado de trabajo y en el proceso de trabajo, y ambos son momentos vitales del proceso de circulación, pero el grueso de las luchas que se han desarrollado en torno al vínculo Estado-finanzas han sido luchas populistas, en las que el trabajo sólo parcialmente ha estado presente.

Por ejemplo, en los EE.UU. de los años 30 hubo un montón de populistas que apoyaban a los atracadores de bancos Bonnie y Clyde. Y actualmente, muchas de las luchas en curso en América Latina tienen una dirección más populista que obrera. El trabajo siempre ha tenido un papel muy importante a jugar, pero no creo yo que ahora mismo estemos en una situación en la que la visión convencional de proletariado como vanguardia de la lucha sea de mucha ayuda, cuando la arquitectura del vínculo Estado-finanzas (el sistema nervioso central de la acumulación de capital) es el asunto fundamental. Puede haber épocas y lugares en los que los movimientos proletarios resulten de gran importancia, por ejemplo, en China, en donde yo les auguro un papel críticamente decisivo que, en cambio, no veo en nuestro país. Lo interesante es que los trabajadores del automóvil y las compañías automovilísticas son ahora mismo aliados frente al nexo Estado-finanzas, de modo que la gran división de clase que siempre hubo en Detroit no se da ya, o no del mismo modo. Lo que ahora está en curso es un nuevo tipo, completamente distinto, de política de clase, y algunas de las formas marxistas convencionales de ver estas cosas se atraviesan en el camino de una política verdaderamente radical.

También es un gran problema para la izquierda el que muchos piensen que la conquista del poder del Estado no debe jugar ningún papel en las transformaciones políticas. Yo creo que están locos. En el Estado radica un poder increíble, y no se puede prescindir de él como si careciera de importancia. Soy profundamente escéptico respecto de la creencia, según la cual

las ONG y las organizaciones de la sociedad civil están en vías de transformar el mundo; no porque las ONG no puedan hacer nada, sino porque se requiere otro tipo de concepción y de movimiento políticos, si queremos hacer algo ante la crisis principal que está en curso. En los EE.UU., el instinto político es muy anarquista, y aunque yo simpatizo mucho con bastantes puntos de vista anarquistas, sus inveteradas protestas contra el Estado y su negativa a hacerse con el control del mismo constituyen otro obstáculo atravesado en el camino.

No creo que estemos en una posición que nos permita determinar quiénes serán los agentes del cambio en la presente coyuntura, y es palmario que serán distintos en las distintas partes del mundo. Ahora mismo, en los EE.UU. hay signos de que la clase de los ejecutivos y gestores empresariales, que han vivido de los ingresos procedentes del capital financiero todos estos años, están enojados y pueden radicalizarse un poco. Mucha gente ha sido despedida de los servicios financieros, y en algunos casos, han llegado a ver ejecutadas sus hipotecas. Los productores culturales están tomando consciencia de la naturaleza de los problemas que enfrentamos, y de la misma manera que en los años 60 las escuelas de arte se convirtieron en centros de radicalismo político, no hay que descartar la reaparición de algo análogo. Podríamos ver el auge de organizaciones transfronterizas, a medida que las reducciones en las remesas de dinero enviadas extiendan la crisis a lugares como el México rural o Kerala.

Los movimientos sociales tienen que definir qué estrategias y políticas quieren desarrollar. Nosotros, los académicos, no deberíamos vernos jamás en el papel de misioneros en los movimientos sociales; lo que deberíamos hacer es entrar en conversación y charlar sobre cómo vemos la naturaleza del problema.

Dicho esto, me gustaría proponeros algunas ideas. Una idea interesante en los EE.UU. ahora mismo es que los gobiernos municipales aprueben ordenanzas anti-desahucio. Creo que hay muchos sitios en Francia donde han hecho eso. Entonces podríamos montar una empresa municipal de vivienda que asumiera las hipotecas y devolviera al banco el principal de la deuda, renegociando los intereses, porque los bancos han recibido un montón de dinero, supuestamente, para lidiar con eso, aunque no lo hacen.

Otra cuestión clave es la de la ciudadanía y los derechos. Yo creo que los derechos a la ciudad deberían garantizarse por residencia, independientemente de qué ciudadanía o nacionalidad tengáis. Actualmente, se está

negando a la gente todo derecho político a la ciudad, a menos que tengan la ciudadanía. Si eres inmigrante, careces de derechos. Creo que hay que lanzar luchas en torno a los derechos a la ciudad. En la Constitución brasileña tienen una cláusula de “derechos a la ciudad” que versa sobre los derechos de consulta, participación y procedimientos presupuestarios. Creo que de todo eso podría resultar una política.

Reconfiguración de la urbanización

Hay en los EE.UU. posibilidades de actuación a escala local, con una larga tradición en cuestiones medioambientales, y en los últimos quince o veinte años los gobiernos municipales han sido a menudo más progresistas que el gobierno federal. Hay ahora mismo una crisis en las finanzas municipales, y verosíblemente habrá protestas y presiones sobre Obama para que ayude a recapitalizar a los gobiernos municipales (lo que figura ya en el paquete de estímulos). Obama ha dejado dicho que ésta es una de las cosas que más le preocupan, especialmente porque mucho de lo que está pasando se desarrolla a nivel local; por ejemplo, la crisis hipotecaria subprime. Como vengo sosteniendo, las ejecuciones hipotecarias y los desahucios han de entenderse como crisis urbana, no como crisis financiera: es una crisis financiera de la urbanización.

Otra cuestión importante es pensar políticamente sobre la forma de convertir en un componente estratégico algún tipo de alianza entre la economía social y el mundo del trabajo y los movimientos municipales como el del derecho a la ciudad. Eso tiene que ver con la cuestión del desarrollo tecnológico. Por ejemplo: yo no veo razón para no tener un sistema municipal de apoyo al desarrollo de sistemas productivos como la energía solar, a fin de crear aparatos y posibilidades más descentralizados de empleo.

Si yo tuviera que desarrollar ahora mismo un sistema ideal, diría que en los EE.UU. deberíamos crear un banco nacional de re-desarrollo y, de los 700 mil millones que aprobaron, destinar 500 mil para que ese banco trabajara con los municipios para ayudar a los vecinos golpeados por la ola de desahucios. Porque los desahucios han sido una especie de Katrina financiero en muchos aspectos: han arrasado comunidades enteras, normalmente comunidades pobres negras o hispánicas. Pues bien; entras en esos vecindarios y les devuelves a la gente que vivía allí y les reubicas sobre otro tipo de base, con derechos de residencia, y con un tipo distinto de financiación. Y hay que hacer verdes esos barrios, creando allí oportunidades de empleo local.

Puedo, pues, imaginar una reconfiguración de la urbanización. Para hacer algo en materia de calentamiento global, necesitamos reconfigurar totalmente el funcionamiento de las ciudades norteamericanas; pensar en pautas completamente nuevas de urbanización, en nuevas formas de vivir y de trabajar. Hay un montón de posibilidades a las que la izquierda debería prestar atención; tenemos oportunidades reales. Y aquí es donde tengo un verdadero problema con algunos marxistas que parecen pensar: “¡Sí, señor! Es una crisis, ¡y las contradicciones del capitalismo terminarán por resolverse ahora, de uno u otro modo!”. No es éste momento de triunfalismos, es momento de hacerse preguntas y plantearse problemas. Por lo pronto, yo creo que el modo en que Marx planteó las cosas no está exento de dificultades. Los marxistas no comprenden muy bien el complejo Estado-finanzas de la urbanización, son terriblemente torpes a la hora de entender eso. Pero ahora tenemos que repensar nuestra posición teórica y nuestras posibilidades políticas.

Así que, tanto como la acción práctica, se precisa volver a pensar teóricamente muchas cosas.

La sustancia de la crisis

RICARDO ANTUNES¹

I

Mucho se ha escrito sobre la crisis. Crisis de los *subprime*, crisis especulativa, crisis bancaria, crisis financiera, crisis global, réplica de las crisis de 1929, etc. Florece una fenomenología de la crisis, donde lo que ayer se dijo se vuelve hoy obsoleto. Los grandes periódicos, empezando por *The Economist*, hablan de “crisis de confianza”, y la máxima se expande. La crisis se reduce a un acto volitivo. ¡*Fiducia!*, dirían los latinos. He ahí la clave analítica.

Los gobiernos de los países en crisis, los de Estados Unidos, Europa y otras partes del mundo, parecen redescubrir el *estatismo todoprivatizado* como el recetario para eliminar la crisis de “desconfianza”. El remedio nekeynesiano, sepultado en las últimas cuatro décadas, considerado uno de los principales males de las crisis anteriores, resurge como salvación para el *verdadero camino de la servidumbre*, o sea, la sujeción de la humanidad a los designios de la lógica destructiva del capitalismo y en particular a los de su polo hegemónico financiero.

Pero, más allá de esa fenomenología de la crisis, podríamos recordar a varios autores críticos dentro de la izquierda, que intentaron ir más allá de

1. Profesor Titular en Sociología del Trabajo en la Universidad de Campinas (UNICAMP). Fue “Visiting Research Fellow” junto a la Universidad de SUSSEX. Autor de *Los Sentidos del Trabajo*, Ed. Herramienta, 2005, Buenos Aires y *¿Adiós al Trabajo?* (Ed. Herramienta, 2003, 2ª Edición; *Riqueza e Miséria do Trabalho no Brasil* (Ed. Boitempo, 2006), entre otros libros. Coordinador de la Colección *Mundo do Trabalho* (Ed. Boitempo) y *Trabalho e Emancipação* (Ed. Expressão Popular).

las apariencias y develar los fundamentos estructurales y sistémicos del derretimiento y licuación del sistema del capital.

Robert Kurz, por ejemplo, ha venido alertando desde principios de 1990 que la crisis que llevó a la bancarrota a los países del llamado “socialismo real” (con la URSS al frente), no sin antes haber devastado el “Tercer Mundo”, era expresión de una crisis del modo de producción de mercancías, que después migraría en dirección al corazón del sistema capista.

François Chesnais señaló las complejas conexiones existentes entre producción, financierización (“la forma más fetichizada de la acumulación”) y mundialización del cap, enfatizando en que la esfera financiera se nutre de la riqueza generada por la inversión y de la explotación de la fuerza de trabajo dotada de múltiples cualificaciones y amplitud global. Y es parte de esa riqueza, canalizada para la esfera financiera, que infla el flácido cap ficticio.

Pero es István Mészáros quien, desde finales de la década de 1960, viene sistemáticamente develando la crisis que ya entonces comenzaba a asolar al sistema global del cap: alertaba acerca de que las rebeliones de 1968, así como la caída de la tasa de ganancia y el inicio de la monumental reestructuración productiva del cap, que se manifestaba en 1973, ya eran ambas expresiones del cambio substantivo que se diseñaba tanto en el sistema capista como en el propio sistema global del cap².

Indicaba que el sistema de cap (y, en particular, el capismo), tras experimentar la era de los ciclos, se adentraba en una nueva fase, inédita, de crisis

2. Es decisivo resaltar que, para Mészáros, *capital* y *capitalismo* son fenómenos distintos.

El sistema de capital, según el autor, antecede al *capitalismo* y tiene vigencia también en las sociedades postcapitalistas. El capitalismo es una de las formas posibles de la realización del capital, una de sus *variantes históricas*, presente en la fase caracterizada por la generalización de la *subsunción real* del trabajo al capital, que Marx denominaba como capitalismo pleno. Así como existía *capital* antes de la generalización del capitalismo (de que son ejemplos el capital mercantil, el capital usurario, etc.), las formas recientes de metabolismo sociometabólico permiten constatar la continuidad del capital incluso después del capitalismo, a través de la constitución de aquello que Mészáros denomina como “sistema de capital postcapitalista”, de lo que fueron ejemplos la URSS y demás países de Europa del Este. Estos países *postcapitalistas* no consiguieron romper con el sistema de metabolismo social del capital, y la identificación conceptual entre capital y capitalismo hizo que, según el autor, *todas* las experiencias revolucionarias vividas en este siglo se mostraran incapaces para superar *el sistema de metabolismo social del capital* (el complejo caracterizado por la división jerárquica del trabajo, que subordina sus funciones vitales al capital). Ver, sobre la experiencia soviética, especialmente el capítulo XVII, ítems 2/3/4 de *Más Allá del Capital*. Sobre las más importantes diferencias entre el capitalismo y el sistema soviético, ver especialmente la síntesis en las páginas 630/1.

estructural, marcada por un continuum depresivo que haría que aquella fase cíclica anterior se volviera *historia*. *Aunque pudiera haber alternancia en su epicentro, la crisis se revelaría longeva y duradera, sistémica y estructural*.

Y más aún, demostraba la falencia de los dos más osados sistemas estatales de control y regulación del cap experimentados en el siglo XX. El primero, de índole keynesiana, que estuvo en vigor especialmente en las sociedades capistas marcadas por el welfare state. El segundo, de “tipo soviético” –vigente, según Mészáros, en la URSS y en las demás “sociedades postcapistas”–, que aunque fue resultado de una revolución social que buscó destruir el cap, resultó finalmente absorbido por él. En ambos casos, el ente político regulador fue desregulado al término de un largo periodo por el propio sistema de metabolismo social del cap³. Proceso similar parece ocurrir en China –laboratorio excepcional para la reflexión crítica– en nuestros días.

II

El libro *A Crise Estrutural do Capital*⁴ de István Mészáros es la condensación de un conjunto de artículos y entrevistas que exponen las principales tesis y formulaciones de su analítica, escritos a lo largo de más de tres dé-

3. *El sistema de metabolismo social del capital tiene su núcleo central formado por el trípede capital, trabajo asalariado y Estado, tres dimensiones fundamentales y directamente interrelacionadas, lo que imposibilita la superación del capital sin la eliminación del conjunto de los tres elementos que comprenden este sistema. No es suficiente, por tanto, según Mészáros, eliminar uno o igual dos de los polos del sistema de metabolismo social del capital, sino que es imperioso eliminar sus tres pilares. Y esta tesis tiene una fuerza explicativa que contrasta con la totalidad de lo que se escribió hasta el presente sobre el fin de la URSS y de los países del erróneamente llamado “bloque socialista”.*

4. Este libro, publicado en Brasil en mayo de 2009 (Boitempo Editorial, São Paulo), nació de una correspondencia que István Mészáros y yo intercambiamos en enero del 2009, cuando le envié un artículo que recién publicaba sobre la crisis actual. Buscaba indicar, entonces, de manera brevísima, la fuerza, la densidad y la originalidad de su análisis crítico, frente al completo desconocimiento de los más distintos segmentos del capital –intelectuales, gestores, gobiernos– tras décadas de una apologética deprimente que predicaba la *eternización del capital* sin percibir que se encontraba en la víspera de su *derretimiento y licuación*. De ahí nació la idea de publicar, bajo la forma de un pequeño libro, un conjunto de sus artículos y entrevistas, desde sus primeros escritos hasta los más recientes, que de algún modo rescataran su análisis e indicaran una línea de continuidad decisiva para la comprensión de los elementos determinativos más esenciales de la crisis que dejó huérfanos y asombrados a los ideólogos del sistema y tantos otros que se habían conformado con la máxima del fin de la historia, que Mészáros llamó irónicamente como “fukuyamización pseudohegeliana”.

cadras y que han sido ahora publicados en un único volumen, condensando algunas de sus formulaciones más fuertes, en un momento decisivo de este siglo XXI, donde *todo lo que parecía sólido se desvanece, encontrándose el capitalismo en fuerte proceso de licuación*. La suma de recursos que fenecieron en los últimos meses y que se contabilizan en billones de dólares, es por sí misma contundente. La crisis del sistema financiero global y la retracción de la producción industrial, agrícola y de servicios son también demasiado evidentes. Desde 1929, el capitalismo no presenciaba un proceso crítico tan profundo, el cual aflora incluso en el propio discurso de los detentores del capital, sus gestores y principales gendarmes políticos. Así, István Mészáros ha sido, en las últimas décadas, uno de los críticos más densos, profundos, calificados y radicales. De esta manera, el pequeño libro en mención es una muestra de esa contundencia y fuerza que se encuentra presente en el enorme y poderoso conjunto de su obra.

Si pudiéramos condensar en pocas páginas algunas de las principales tesis que caracterizan la actual *crisis estructural del capital*, comenzaríamos diciendo que Mészáros somete los engranajes que caracterizan su sistema *sociometabólico* a una crítica devastadora.

Su aguda investigación, indagando profundamente a lo largo de todo el siglo XX, lo lleva a constatar que el sistema de capital, por *no tener límites para su expansión*, termina por convertirse en una procesualidad incontrolable y profundamente *destruccionista*. Conformados por lo que denomina, en la línea de Marx, *mediaciones de segundo orden* –cuando todo pasa a ser controlado por la lógica de la valorización del capital, sin que se tomen en cuenta los imperativos humano-societarios vitales–, la producción y el consumo superfluos terminan generando la corrosión del trabajo, con su consecuente precarización y el desempleo estructural, además de impulsar una destrucción de la naturaleza a escala global jamás vista anteriormente.

Expansionista en la búsqueda creciente y desmedida de plusvalor, *destruccionista* en su procesualidad pautada por lo descartable y la superfluidad, el sistema de capital se vuelve, en el límite, *incontrolable*. Todo esto, aquí resumido de manera breve, ha generado que, después de un largo período dominado por los ciclos, el sistema de capital venga asumiendo, siempre según la formulación de István Mészáros, la forma de una *crisis endémica, acumulativa, crónica y permanente*, lo que replantea como imperativo global de nuestros días, dado el espectro de destrucción global, la búsqueda de una alternativa societaria que apunte a la construcción de un nuevo

modo de producción y de un nuevo *modo de vida* cabal y frontalmente contrario a la lógica destructiva del capital hoy dominante.

Por tanto, al contrario de los ciclos de expansión que conforman el capitalismo a lo largo de su historia, en los que se alternan períodos de expansión y crisis, nos encontramos desde finales de los años 60 e inicios de los 70 del siglo pasado sumergidos en lo que István Mészáros denomina un *depressed continuum*, que exhibe las características de una *crisis estructural*.

Su análisis ya anticipaba que, al interior de los países capitalistas centrales, los mecanismos de “administración de las crisis” serían cada vez más recurrentes –y también cada vez más insuficientes–, una vez que la disyunción radical entre producción para las necesidades sociales y autoreproducción del cap cambiaba la tónica del capitalismo contemporáneo de nuestros días, generando consecuencias devastadoras para la humanidad.

Dada la nueva *forma de ser* de la crisis, ingresamos entonces en una nueva fase, sin intervalos cíclicos entre expansión y recesión, pero presenciando la *eclosión de precipitaciones cada vez más frecuentes y continuas*. Tratándose, por tanto, de una crisis en la propia realización del valor, la lógica destructiva que se acentúa en nuestros días permitió a Mészáros desarrollar otra tesis, central en su análisis, según la cual el sistema de capital no puede desarrollarse más sin recurrir a la *tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías* como mecanismo que le es intrínseco. Esto porque el capital no considera el *valor de uso* (que remite a la esfera de las necesidades) y el *valor de cambio* (esfera de la valorización del valor) como separados, sino que, al contrario, subordinando radicalmente el primero al segundo, lo que significa, agrega el autor, que una mercancía puede variar de un extremo a otro, es decir, desde realizar su valor de uso inmediatamente o, en el otro extremo, jamás ser utilizada, sin dejar de tener para el capital su utilidad esencial. Y, en la medida en que la *tendencia decreciente del valor de uso* reduce drásticamente el tiempo de vida útil de las mercancías –condición *sine qua non* del funcionamiento del proceso de valorización en su ciclo reproductivo–, ella se convierte en uno de los principales mecanismos a través del cual el capital viene realizando su proceso de acumulación por la vía de la destrucción del tiempo de vida útil de las mercancías y de la subordinación de su valor de uso a los imperativos del valor de cambio.

Al profundizar la disyunción entre la producción orientada genuinamente a la atención de las necesidades humanas y aquellas dominantes

orientadas a la autoreproducción del capital, se intensifican las consecuencias destructivas, de las cuales dos anteriormente referidas ponen en riesgo el presente y el futuro de la humanidad: la precarización estructural del trabajo y la destrucción de la naturaleza. La conclusión de Mézáros es fuerte: aunque el 90% del material y de los recursos de trabajo necesarios para la producción y distribución de una mercancía comercializada dada –un producto cosmético, por ejemplo– fuese directamente para el basurero y sólo 10% efectivamente destinado al preparado del producto, buscando los beneficios reales o imaginarios del consumidor, las prácticas obviamente devastadoras aquí envueltas serían plenamente justificadas, desde que estuvieran sintonizadas con los criterios ‘eficiencia’, ‘racionalidad’ y ‘economía’ capitalistas, en virtud de la rentabilidad comprobada de la mercancía en cuestión. Y agrega: ¿qué será de la humanidad cuando menos del 5% de la población mundial (EUA) consuman 25% del total de los recursos energéticos disponibles? Y, ¿si el 95% restante viniera a adoptar el mismo patrón de consumo? La tragedia china actual, con su destrucción ambiental, es emblemática.

Esto acentúa otra contradicción vital en la que el mundo se sumergió en este inicio de siglo: si las tasas de desempleo continúan ampliándose, aumentan explosivamente los niveles de degradación y barbarie social oriundos del desempleo. Si, al contrario, el mundo productivo retomara los niveles de crecimiento anteriores, aumentando la producción y consolidando el modo de vida fundado en la superfluidad y en el desperdicio, tendríamos la intensificación de la devastación de la naturaleza, ampliando la lógica destructiva hoy dominante.

Sin embargo, el cuadro de *crisis estructural y sistémica* tiene otro componente vital, dado por la corrosión del trabajo. Después de la intensificación del cuadro crítico en EE.UU. y demás países capitalistas centrales, estamos presenciando profundas repercusiones en el mundo del trabajo a escala global. En el medio del huracán de la crisis que ahora alcanza el corazón del sistema capitalista, vemos la erosión del trabajo relativamente contratado y reglamentado, heredero de la era taylorista y fordista, que fue dominante en el siglo XX –resultado de una secular lucha obrera por los derechos sociales–, que está siendo substituido por las diversas formas de “empreendedorismo”, “cooperativismo”, “trabajo voluntario”, “trabajo atípico”, formas que oscilan entre la superexplotación y la autoexplotación del trabajo, siempre caminando en dirección a una precarización estructural de la fuerza de trabajo a escala global. Esto, sin hablar de la explosión del desempleo que

alcanza enormes contingentes de trabajadores, sean hombres o mujeres, fijos o precarizados, formales o informales, nativos o inmigrantes, siendo éstos últimos los primeros en ser fuertemente penalizados⁵.

La OIT proyectó en un reciente informe, con datos que son bastante moderados, 50 millones de desempleados a lo largo del 2009. Bastaría que una de las grandes automotrices de los EUA cerrase sus puertas y tendríamos millones de nuevos desempleados. En Europa, los periódicos listan diariamente millares de nuevos trabajadores sin empleo.

El mismo informe de la OIT agrega aún que cerca de 1,5 mil millones de trabajadores son afectados por la fuerte erosión salarial y la ampliación del desempleo en ese mismo período (*Informe mundial sobre salarios, febrero de 2009*). Pero se sabe que la contabilización mundial del empleo no capta en profundidad el desempleo oculto, frecuentemente enmascarado en las estadísticas oficiales. Y, como advirtió Mészáros innumerables veces, si incluimos los datos reales del desempleo en China e India, estos números se multiplicarían en muchas veces.

Es importante destacar que en China 26 millones de ex trabajadores rurales –que estaban trabajando en las industrias de las ciudades– perdieron sus empleos entre los últimos meses de 2008 y los primeros de 2009 y no encuentran trabajo disponible en el campo, desencadenando una nueva ola de revueltas obreras en dicho país. En América Latina, la OIT agrega que debido a la crisis “hasta 2,4 millones de personas podrán entrar en las filas del desempleo regional en 2009”, sumándose a los casi 16 millones hoy desempleados (Panorama Laboral para América Latina y el Caribe, enero de 2009).

En EUA, Inglaterra y Japón los índices de desempleo en los inicios del 2009 son los mayores de las últimas décadas. Es por eso que los empresarios presionan, en todas partes del mundo, para aumentar la flexibilidad en la legislación laboral, con la falacia de que así preservan los empleos. En EUA, Inglaterra, España y Argentina, para dar algunos ejemplos, esa flexibilización fue intensa y el desempleo sólo ha venido aumentando.

5. Recientemente, en febrero del 2009, en una manifestación de trabajadores británicos había un cartel que decía las siguientes frases: “*Put Brithsh Workers First*” (*Empleen primero a los trabajadores británicos*). Esta manifestación era contraria a la contratación de trabajadores inmigrantes italianos y portugueses con salarios inferiores a los británicos. Si la lucha por la igualdad salarial es justa y antigua, la exclusión de trabajadores inmigrantes tiene un evidente sentido xenófobo. En Europa, Japón, EUA y en otras partes del mundo se esparcen manifestaciones semejantes.

De manera que, diferenciándose totalmente de los análisis que circunscriben la crisis al universo de los bancos, a la “crisis del sistema financiero”, a la “crisis de créditos”, para István Mészáros, la “inmensa expansión especulativa del aventurerismo financiero –sobre todo en las últimas tres o cuatro décadas– es naturalmente inseparable de la *profundización de la crisis de las ramas productivas y de la industria*, así como de las resultantes perturbaciones que surgen con la absolutamente letárgica acumulación de capital (en verdad, acumulación fracasada) en el campo productivo de la actividad económica. Ahora, como es inevitable, también en el dominio de la producción industrial la crisis se está poniendo mucho peor. Naturalmente, la consecuencia necesaria de la crisis en permanente profundización en las ramas productivas de la ‘economía real’ (...) es el crecimiento por doquier del desempleo, asociado a la miseria humana, en una escala aterradora. Esperar una solución feliz para esos problemas surgida de las operaciones de rescate del Estado capitalista sería una gran ilusión”.

Y agrega: “(...) las recientes tentativas de contener los síntomas de la crisis que se intensifican por la nacionalización de proporciones astronómicas –camuflada de forma cínica– de la bancarrota capitalista por medio de recursos del Estado que aún deben ser inventados, solo cumplen el papel de subrayar las determinaciones causales antagónicas profundamente enraizadas de la destructividad del sistema capitalista, pues lo que está fundamentalmente en curso hoy no es apenas una crisis financiera maciza, sino el potencial de autodestrucción de la humanidad en el actual momento del desarrollo histórico, tanto militarmente como por medio de la destrucción en curso de la naturaleza”.

Si el neokeynesianismo de *Estado todo privatizado* es la respuesta encontrada por el capital para su crisis estructural, las respuestas de las fuerzas sociales del trabajo deben ser radicales. Contra la falacia de la “alternativa” neokeynesiana que siempre encuentra acogida en varios sectores de la “izquierda” que actúan en el universo del Orden –“alternativas” condenadas al fracaso, como demostró Mészáros analizando el siglo XX, pues se inscriben en la *línea de menor resistencia del capital*–, el desafío ya estaba indicado en su artículo “*Política Radical y Transición hacia el Socialismo*” (escrito en 1982 y publicado en Brasil por la primera vez en 1983, el cual está contenido en libro citado). El artículo presenta tanto la distinción crucial entre la *crisis* de tipo *estructural y sistémica* y las *crisis cíclicas coyunturales* del pasado, como la necesidad de una *política radical*, al contrario de las alternativas (neo)keynesianas a las cuales el capital recurre en sus momentos de crisis.

Vale recordar aquí la reciente *Nota de los Editores de Monthly Review* que así se refiere a la decisiva contribución de István Mészáros: “¿Cómo irá la izquierda a reaccionar frente a la crisis económica y a las tentativas de socializar las pérdidas entre la población como un todo? Al sobrevenir una depresión y crisis financiera, ¿debemos aceptar que las cargas recaigan sobre nuestros hombros a través de la implantación de estrategias ligeramente más benignas para salvar el sistema?”

Y agrega la *Nota*: “En septiembre [de 2008] algunos sectores progresistas en Estados Unidos argumentaron que era necesario apoyar el plan de ‘Socorro a los Ricos’ de Paulson, para que no hubiera una depresión. Tres meses más tarde tenemos billones en fondos gubernamentales entregados a las personas más ricas del planeta y a la depresión. El punto crucial, a nuestro modo de ver, fue capturado por István Mészáros, en su *Más allá del capital*, donde él explicó que ‘la política radical sólo puede acelerar su propia renuncia (...) consintiendo en definir su propio objeto en términos de blancos económicos determinados, los cuales, de hecho, son necesariamente dictados por la estructura socioeconómica establecida en crisis’ (Notes from the Editors, en *Monthly Review*, vol. 60, n° 10, marzo de 2009, p. 64).

Dado que las manifestaciones inmediatas de la crisis son económicas, Mészáros escribía ya en el artículo premonitorio de 1982,

“de la inflación al desempleo y de la bancarrota de empresas industriales y comerciales locales a la guerra comercial en general y al colapso potencial del sistema financiero internacional, la presión que emana de la referida base social inevitablemente tiende a definir la tarea inmediata en términos de encontrar respuestas económicas urgentes al nivel de las manifestaciones de la crisis, mientras son dejadas intactas sus causas sociales.” Y añadía: “(...) ‘apretar los cinturones’ y ‘aceptar los sacrificios necesarios’ para ‘crear empleos reales’, ‘inyectar nuevos fondos de inversión’, ‘aumentar la productividad y la competitividad’ etc., impone premisas sociales del orden establecido (en nombre de imperativos puramente económicos) sobre la iniciativa política socialista (...) dentro del marco de las viejas premisas sociales y determinaciones estructurales, terminando, de ese modo, (...) por ayudar a la revitalización del capital.”

Es por eso que para Mészáros, cualquier intento de superar este sistema de metabolismo social que siga la *línea de menor resistencia del capital*, que se restrinja a la esfera *institucional y parlamentaria* está condenado a la derrota. En contrapartida, solamente una política radical y extraparlamentaria

reorientando radicalmente la estructura económica, podrá ser capaz de destruir el sistema de dominio social del capital y su lógica destructiva.

Crear un *modo de producción y de vida* profundamente distinto del actual es, por tanto, un desafío vital lanzado por Mészáros. La construcción de un modo de vida dotado de sentido replantea, en este inicio del siglo XXI, la imperiosa necesidad de construcción de un *nuevo sistema de metabolismo social*, de un nuevo *modo de producción* basado en *actividad autodeterminada*, en la acción de los *individuos libremente asociados* (Marx) y en valores *más allá del capital*. La actividad basada en el *tiempo disponible* para producir valores de uso socialmente útiles y necesarios, contraria a la producción basada en el *tiempo excedente* para la producción exclusiva de valores de cambio para la reproducción del capital se vuelve vital.

Durante la vigencia del capitalismo (y también del capital), *el valor de uso de los bienes socialmente necesarios se subordinó a su valor de cambio*, que pasó a comandar la lógica del sistema de producción. Las funciones productivas y reproductivas básicas fueron radicalmente separadas entre aquellos que *producen* (los trabajadores) y aquellos que *controlan* (los capitalistas y sus gestores). Habiendo sido el primer *modo de producción* en crear una lógica que no toma en cuenta prioritariamente las reales necesidades societarias, el capital instauró, según la rica indicación de Mészáros, un sistema orientado a su autovalorización, independiente de las reales necesidades autoreproductivas de la humanidad.

En contrapartida, una nueva forma de sociedad solamente será dotada de sentido y efectivamente emancipada cuando sus funciones vitales, controladoras de su sistema de metabolismo social, *fueran efectivamente ejercidas de manera autónoma por los productores libremente asociados y no por un cuerpo exterior extraño y controlador de estas funciones vitales*.

El desvelamiento más profundo de los significados de la *crisis actual*, su *sentido global, estructural y sistémico*, su marca agudamente destructiva, ese es la principal contribución que hace István Mészáros en el poderoso (pequeño) libro citado, el cual debería ser leído por todos aquellos hombres y mujeres que, en las luchas sociales, en sus embates cotidianos, afrontan, de algún modo, el sistema de metabolismo social hoy dominante y esencialmente destructivo para la humanidad y la naturaleza. Su lectura ayudaría a reflexionar, imaginar y pensar en otra forma de sociabilidad auténticamente socialista, capaz de rescatar el sentido social de la producción y reproducción de la vida humana y, de esta manera, contribuir, en el mejor espíritu de la incansable obra de István Mészáros en su ardorosa

y apasionada defensa de la humanidad, a la creación de las condiciones críticas imprescindibles para el florecimiento de una nueva sociabilidad auténtica y emancipada, lo cual significaría un gran avance en este siglo XXI que acaba de comenzar.

Bibliografía

- Chesnais, François (2008). “El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera” en *Revista Herramienta*, nº 37, marzo.
- Mészáros, István (2001). *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas.
- (2009). *A Crise Estrutural do Capital*, Trad. Cornejo, Francisco Raul e outros, Boitempo Editorial, São Paulo.
- “Notes from the Editors” (2009). *Monthly Review*, vol. 60, nº 10, marzo.
- Organización Internacional del Trabajo (2009). *Informe mundial sobre salarios*, febrero.
- Organización Internacional del Trabajo (2009) *Panorama Laboral para América Latina y el Caribe*, enero.

Crisis de la civilización capitalista: mucho

más que una breve coyuntura económica

RENÁN VEGA CANTOR¹

Sin futuro el presente no sirve para nada, es como si no existiese. Puede que la humanidad acabe consiguiendo vivir sin ojos, pero entonces dejará de ser la humanidad. Creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que, viendo, no ven.

JOSÉ SARAMAGO²

Ninguna teoría social del medio ambiente y la degradación ecológica puede captar adecuadamente los orígenes de esa degradación o proporcionar una base para intentar su control si no se ocupa de la dinámica de la producción y el consumo capitalistas³.

DAVID GOLDBLART³

En estos momentos se desenvuelve otra crisis, que a primera vista hace parte del recurrente ciclo capitalista que en forma periódica desemboca en una caída drástica en todos los órdenes de la vida económica. Pero si se mira con algún cuidado, la crisis actual tiene unas caracte-

1. Profesor Universidad Pedagógica Nacional.

2. José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*, Editorial Alfaguara, Madrid, 1998, pp. 291 y 373.

3. David Goldblart, citado en Franz J. Broswimmer, *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Editorial Laetoli, Pamplona, 2002, p. 149.

rísticas diferentes a todas las anteriores ya que hace parte de un *quiebre civilizatorio* mucho más amplio, de carácter integral, que incluye factores ambientales, climáticos, energéticos, hídricos y alimenticios. En este ensayo se pretende mostrar algunas de las múltiples dimensiones de esta crisis, cuyas consecuencias son de indudable alcance para el presente y el futuro de la humanidad. Para ello se consideran tres aspectos: en un primer momento se realizan unas indicaciones de tipo histórico y económico sobre el trasfondo de la crisis, para concluir que la actual, en el marco del ciclo capitalista, debe considerarse como una crisis de sobreproducción; en un segundo momento, de manera sintética se esbozan los componentes principales de la crisis de la civilización capitalista, que por lo común no son tratados como si no existiesen y no incidiesen en el funcionamiento del capitalismo; y, por último, se examina la cuestión de los límites de diversa índole a los que se enfrenta el capitalismo realmente existente, y que ponen en duda el optimismo de una rápida recuperación económica y del regreso a una época de plena acumulación y de crecimiento sostenido.

Crisis económica general y no sólo financiera

Los medios de comunicación internacionales y gran parte de los economistas han impuesto la idea de que la actual es una crisis de tipo financiero, de carácter sectorial, para negar que ésta involucre todos los aspectos del sistema económico, empezando por la producción. Además, el enfoque ortodoxo afirma que la crisis es un resultado de las burbujas especulativas en el mercado inmobiliario y bancario como producto de la acción desahorada de ciertos inversores que colapsaron el mercado por su desmedida ambición personal. Esta explicación, aparte de ser cómica, es falsa, porque concibe un sistema capitalista ideal de tipo armonioso y supone que las crisis se deben a las malas acciones individuales y no a las contradicciones propias del modo de producción capitalista.

La crisis, en el sentido económico de la palabra, que ha estallado ahora con toda su brutalidad, está inscrita en un período histórico amplió que se remite a los últimos 35 años, porque desde el fin de los “Treinta Gloriosos” (1945-1973) el capitalismo ha tratado, sin mucho éxito, de recuperar su tasa de ganancia, para lo cual ha recurrido sucesivamente a tres estrategias: al *neoliberalismo*, a la expansión mundial exacerbada (bautizada por sus apologistas como *globalización*) y la *financiarización*, todo con el fin de eludir la caída en la tasa de ganancia que, a su vez, está relacionada con

un aumento desmesurado en la producción⁴. Con esto último enfatizamos que el origen de la crisis se encuentra en la esfera productiva, es decir, estamos contemplando una típica crisis de sobreproducción, que se originó a comienzos de la década de 1970 por el aumento de la capacidad productiva del capitalismo mundial, al tiempo que se erosionaba el poder adquisitivo de gran parte de la población por el desmonte del Estado de bienestar en los países centrales y por la arremetida mundial contra los trabajadores⁵.

En forma sintética es necesario mostrar cómo han operado las tres estrategias mencionadas, con el objetivo supremo por parte de los capitalistas de recuperar la tasa de ganancia. En primer lugar, el *neoliberalismo* se impulsó desde finales de la década de 1970 –luego del experimento inicial en Chile, en 1973– en Inglaterra y Estados Unidos con los gobiernos conservadores de Thatcher y Reagan, respectivamente, mediante la disminución de impuestos a los grandes capitales, la desregulación financiera, la disminución de los salarios y la destrucción de sindicatos con la finalidad de fortalecer al gran capital que, libre de compromisos laborales y sociales, tendría incentivos para invertir en la producción y estimular el crecimiento económico. Al mismo tiempo, en el sur del mundo, se implementaron los planes de ajuste, vinculados al estallido de la crisis de la deuda en 1982, para obligar a los países a someterse al recetario neoliberal de privatizaciones, disminución del gasto público, liberalización comercial, desindustrialización, primarización de las economías y, por supuesto, desorganización de los trabajadores y de los sectores populares.

Todo esto se ha justificado, por parte de los ideólogos neoliberales con la *teoría del goteo* (*Trickle down*), que considera necesario concentrar aún más la riqueza en manos de los grandes capitalistas para que inviertan en la producción; el sacrificio de los pobres sería recompensado luego con la redistribución de la riqueza, que fluiría desde las clases dominantes hacia abajo. De hecho, esto nunca sucedió y todavía 30 años después del anuncio neoliberal se está esperando, inútilmente por lo demás, que la teoría del goteo se plasme en la realidad. Como resultado del neoliberalismo, el crecimiento económico mundial nunca alcanzó los índices de las décadas de 1950 y 1960, de 3.5 y 2.4 por ciento, respectivamente, y sólo llegó a un 1.4 en la de 1980 y 1,1 por ciento en 1990. De manera simultánea, el neoliberalismo

4. Nos hemos basado en Walden Bello, “Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo”, *Rebelión*, octubre 6 de 2008.

5. Robert Brenner, *La economía de la turbulencia global*, Editorial Akal., Madrid, 2009. p. 31

contrajo al máximo el poder adquisitivo de la población y acentuó la crisis de sobreproducción⁶.

En cuanto a la segunda estrategia, la expansión mundial (apodada *globalización*), se llevo a cabo para integrar al mercado capitalista a todas las zonas del planeta, con la inclusión de nuevos segmentos de la periferia, incluyendo regiones de la antigua URSS y de China. Esto ha incrementado la producción mundial de mercancías, cuyo epicentro principal se encuentra en la República Popular China, que en los últimos 15 años se ha convertido en el nuevo taller del mundo, el cual arroja excedentes de mercancías que, literalmente hablando, hace innecesaria la producción de zapatos, camisas, pantalones y otros bienes de consumo que se realiza en otros lugares del planeta. Por supuesto, eso ha sido posible por los bajos costos laborales y la explotación intensiva de los trabajadores en los nuevos países industrializados, lo que ha ocasionado el traslado masivo de sedes de las empresas multinacionales hacia esos lugares. Además, con la expansión mundial del capitalismo, los países periféricos han sido sometidos a una competencia feroz entre ellos para producir lo mismo, lo que ha aumentado la oferta de ciertos productos ensamblados y ha deprimido los ingresos de los trabajadores y de los sectores populares, junto con la especialización de las economías periféricas en la producción y exportación de materias primas energéticas y/o agrícolas, lo que ha facilitado la caída en los precios internacionales de las mismas.

La globalización como estrategia encaminada a recuperar la tasa de ganancia ha sido un fracaso, por la sencilla razón de que ha ahondado los resultados simétricamente negativos del neoliberalismo de aumentar la oferta de mercancías y reducir el poder adquisitivo de importantes segmentos de la población mundial, aunque al igual que el neoliberalismo haya permitido una reorganización del poder de clase de los capitalistas de todo el orbe. Esto se muestra con la caída de la tasa de rentabilidad de las 500 multinacionales más importantes del mundo, que mostró un descenso continuado en el último medio siglo, ya que paso de 7,15 en la década de 1960 a un 5,30 en la de 1980, a 2,29 en la de 1990 y a 1,32 por ciento a comienzos del siglo XXI⁷.

La última estrategia usada ha sido la *financiarización*, que se deriva y está

6. Walden Bello, ob. cit.

7. Walden Bello, ob. cit.; David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Editorial Akal, Madrid, 2007.

en relación directa con las otras dos estrategias, puesto que al aumentar la sobreproducción la vía de escape para el capital excedentario consistió en invertir en la esfera financiera. Esto no significa, como dice la propaganda, que se ha separado el mundo financiero del mundo real (la producción) y que el primero es el ámbito de lo especulativo y voraz y el segundo es un reino de la concordia y la tranquilidad, sino que sencillamente la huida hacia las finanzas ha pretendido eludir la caída en la tasa de ganancia, buscando la rentabilidad especulativa. O, en otros términos, el crecimiento desmesurado del sector financiero ha pretendido compensar la crisis de sobreproducción y la caída en la tasa de ganancia, lo cual es una vana ilusión porque en el sector financiero no se puede generar valor, sino trasladar el valor creado en el sector productivo, así crezcan de manera vertiginosa los precios de los papeles, porque ese aumento de precios no tiene nada que ver con el valor real. Así se forma una burbuja, como una pompa de jabón, que se infla y estalla en cualquier momento, como ha sucedido en varias ocasiones en los últimos años. En efecto, en la década de 1990 se formó la burbuja puntocom de las nuevas tecnologías y después del 2001 la burbuja inmobiliaria en el caso de los Estados Unidos. En el mismo sentido, en forma sucesiva han estallado crisis en México en 1994 (efecto tequila), en el sudeste asiático en 1997 (que desangró a los tigres asiáticos y los incorporó de manera brutal al neoliberalismo), en Rusia en 1998 y en Argentina (el corralito financiero) en 2001-2002.

En conclusión, la crisis no es de tipo financiero o especulativo en sí misma, puesto que las contradicciones fundamentales del capitalismo están referidas a la sobreproducción y a la caída de la tasa de ganancia. Por ello, lo que hoy se está viviendo es similar, desde la lógica dominante del capital, a lo experimentado en otras crisis cíclicas, lo que con cierta dosis de cinismo Josep Shumpeter llamó “destrucción creadora”, para denominar la aniquilación sistemática de fuerzas productivas y de mercancías, el despido de trabajadores del proceso productivo, el deterioro aún mayor y acelerado del nivel de vida de los sectores populares y el arrasamiento del medio ambiente, porque los capitalistas del mundo entero buscan crear las condiciones para la recuperación económica que los favorezca sólo a ellos, sin importar el costo para las clases explotadas y oprimidas (trabajadores y campesinos) ni el impacto ecológico de la catástrofe productiva.

Aunque este ensayo no tiene la finalidad de ocuparse de la crisis económica como tal, es necesario referirse con brevedad a algunos elementos teóricos, con consecuencias políticas, relacionados con las implicaciones

de esta crisis. Por un lado, es muy probable que la situación actual esté indicando que los ciclos Kondratieff han llegado a su fin, como lo ha recalorado Jorge Berstein y como se indica en la gráfica adjunta⁸.

Al examinar las tendencias de la economía mundial capitalista desde la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII, se observa que hasta el tercer ciclo Kondratieff (que concluyó con el fin de la Segunda Guerra Mundial) existió cierta regularidad que incluso se mantuvo hasta la primera fase del cuarto Kondratieff, bautizado como los Treinta Gloriosos. Sin embargo, desde entonces, lo que se observa es una tendencia decreciente de la economía capitalista que se prolonga hasta el día de hoy, sin que se avizoren perspectivas que señalen el cambio de tendencia y el comienzo del quinto ciclo Kondratieff. Este elemento estaría indicando una modificación en el ciclo capitalista, siendo su característica más importante el estancamiento permanente y el parasitismo, como elementos distintivos de la *crisis civilizatoria* a que hacemos referencia.

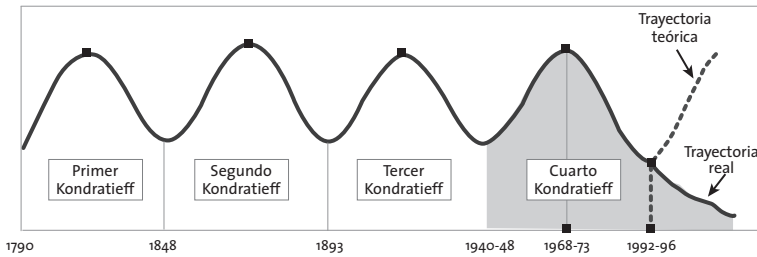
Un segundo elemento de tipo analítico tiene que ver con la necesidad de recalcar que ésta es una crisis de producción y que no es justificable presentar aquella apología del capital productivo que consiste en afirmar que éste si es eficaz y creador de riqueza, mientras que el capital financiero es puramente especulativo y que la crisis sólo se explica por el crecimiento del capital ficticio. Afirmar esto es desconocer que la reestructuración capitalista de los últimos 35 años ha estado acompañada de una brutal recomposición del trabajo, que incluyó la destrucción de las organizaciones obreras y los derechos laborales, así como el retorno a condiciones similares a las existentes en la primera época del capitalismo, en la que predominaba la extracción de plusvalía absoluta. Ese es el verdadero telón de fondo de las transformaciones del mundo del trabajo, que ha venido acompañado de un retroceso impresionante en las condiciones laborales y vitales de la mayor parte de los trabajadores del mundo⁹.

Así mismo, la contraposición falaz entre capital financiero y productivo apunta en muchos casos a reivindicar la existencia de supuestas “burguesías nacionales”, visualizadas como defensoras de la producción interna de un país en oposición al capital golondrina de tipo especulativo y trans-

8. Jorge Berstein, “La crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente el quinto Kondratieff”, *El Viejo Topo*, n° 253, enero de 2009, pp. 63 y ss.

9. Adolfo Gilly y Riox, “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”, *Rebelión*, diciembre 24 de 2008.

Gráfico 1
Ciclos Kondratieff



Fuente: Jorge Berstein, "La crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente el quinto Kondratieff", en *El Viejo Topo*, n° 253, enero de 2009

nacional. Esta es una fábula candorosa que no tiene ninguna relación con la realidad, porque en las últimas décadas lo que se ha consolidado es una estrecha vinculación entre los diversos capitales, locales e imperialistas, a escala nacional, y esa alianza se sustenta en la acentuada explotación de los trabajadores en todos los países, pero con más virulencia en los territorios periféricos.

En tercer lugar, la crisis que afecta al capitalismo mundial tiene una consecuencia teórica, ideológica y política que poco es mencionada y que, sin embargo, es de una trascendencia notable. Nos referimos en concreto al fin del mito de la globalización, tras 25 años exactos de existencia, desde cuando la noción fue usada por primera vez por Theodore Lewit en 1983 en un artículo sobre la "globalización de los mercados". Así como la crisis de la burbuja tecnológica a finales de la década de 1990 produjo la muerte rápida de la llamada "era de la información" (que había sido difundida por Manuel Castells) y el ataque a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001 significó el colapso de la noción de Imperio (diseñado por Toni Negri) y del culto a los relatos microfragmentarios, propios del pensamiento posmoderno, lo que está aconteciendo hoy en los Estados Unidos implica el fin del mito de la globalización.

Este mito, auspiciado por los Estados Unidos, el FMI y el Banco Mundial, difundido por los medios de comunicación y presentado por académicos de derecha y algunos de izquierda, como una nueva época, como una ley inexpugnable (con la misma significación que la ley de la gravedad en el mundo físico) y una realidad irreversible, ha quedado hecha añicos con la crisis económica que se inició en los Estados Unidos. El mito de la globalización tenía, por lo menos, cuatro componentes principales: el

mercado, guiado por la mano invisible, se autorregula y equilibra y por sí sólo, sin constricciones externas, produce bienestar y felicidad a los seres humanos; para que el mercado funcione armoniosamente no se requiere de la intervención del Estado, el cual era presentado como un incómodo obstáculo, del que, en teoría, se había prescindido; como el Estado-nación ya no era necesario, había sido reemplazado por poderosas corporaciones transnacionales (financieras, comerciales y productivas), que se suponía no tenían base territorial definida y cuyo accionar se desplegaba sin el concurso ni ayuda de ningún ente estatal, llevando confort y felicidad a los seres humanos por todo el planeta; y, este sistema armonioso de mercados libres, sin Estado, y de corporaciones transnacionales, había encontrado, por fin, la dicha perpetua, eliminando las crisis periódicas del capitalismo, en la medida en que se le dejara actuar sin restricciones, es decir, sin la acción de fuerzas perversas como las del mismo Estado, los sindicatos o cualquier otro obstáculo “antinatural” que se le quisiera oponer.

En términos ideológicos y propagandistas, el mito de la globalización se difundía diciendo que ésta era perfecta, que era una época plena de bondades, que sólo si nos conectábamos a los centros mundiales podríamos ser competitivos y que eso traería beneficios a los países y a sus habitantes, que el que se quedara desligado del tren de la globalización estaba condenado al fracaso, que únicamente los conectados tendrían éxito y mil pampas por el estilo.

Pues bien, en estos momentos todos los componentes de este mito se han desmoronado, como sus cultores nunca lo sospecharon, porque no solamente ha quedado vapuleado el neoliberalismo –entendido como la fase de regulación que sustituyó al keynesianismo– sino la globalización. En efecto, los cuatro elementos básicos de la retórica de la globalización ya son cosa del pasado, de un pasado que parece muy lejano, por la serie de acontecimientos de los últimos meses en los Estados Unidos, de donde han irradiado a Europa, Japón, China, Corea del Sur, América Latina y otros lugares del orbe. Que el mercado funcionaba sin problemas y no necesitaba del Estado, una falacia que en la realidad capitalista nunca ha sido posible ni nunca lo será, parece hoy un mal chiste en vista de la intervención salvadora del Estado estadounidense con la inyección de una cifra, por lo demás impresionante, de 700 mil millones de dólares: el monto de intervención estatal más grande en la historia del capitalismo para salvar a un sector económico. (Entre paréntesis: esta cifra, que no nos cabe en la cabeza, adquiere algún sentido si recordamos que ese monto equivale

a dos veces la deuda de los 49 países más pobres del mundo y que con el mismo se podría erradicar la pobreza durante dos años en el planeta –porque las Naciones Unidas considera que harían falta 300 mil millones de dólares para superar la línea de pobreza por encima de un dólar diario). De igual manera, es notable la nacionalización de la General Motors por el gobierno estadounidense, tras la declaración de bancarrota de uno de los símbolos industriales del capitalismo yanqui, mediante la inyección de una suma de 70 mil millones de dólares y la posesión del 60 por ciento de la propiedad de la empresa por el Estado. Ésta se ha constituido en la principal recuperación oficial de una empresa manufacturera privada en tiempos de paz en los Estados Unidos, como muestra del papel que desempeña el Estado para mantener el funcionamiento del capitalismo.

Que el poderío económico de las corporaciones transnacionales era tal que éstas superaban a los Estados y no necesitaban de ellos también ha quedado demolido en estos momentos, cuando se sabe que grandes bancos, compañías de seguros, empresas inmobiliarias y fábricas automovilísticas han sido salvadas por el Estado mediante un proceso de ayuda y hasta de nacionalización, que algunos han llamado el “socialismo de Wall Street”, lo mismo que ha sucedido en varios países europeos, empezando por Inglaterra, la otra cuna del neoliberalismo. Y lo de un mercado libre de contracciones cíclicas es una quimera reaccionaria porque, al parecer, la mano invisible entró en huelga, o se la amputaron al demiurgo de los economistas neoliberales, y porque la crisis actual es la más grave del sistema capitalista desde la que aconteció en la década de 1970 y podría llegar a ser, es una posibilidad que no puede descartarse, similar o peor a la gran depresión de la década de 1930.

De tal manera que el mito de la globalización ha muerto y, con él, toda una época histórica, que escasamente duró un cuarto de siglo, tiempo durante el cual se nos anunció que habíamos llegado al fin de la historia y a la consolidación de un mundo sin fronteras, sin límites de ninguna clase, y que traería dicha y prosperidad a toda la humanidad. Durante todo este tiempo los críticos de la globalización fueron presentados como dinosaurios que se oponían a los designios naturales de un proceso irreversible, críticas que se aducía no tenían ningún sentido, porque como dijo alguna vez Mario Vargas Llosa, uno de sus plumíferos mejor pagados, criticar a la globalización era como ladrarle a la luna.

Esto no quiere decir, desde luego, que el capitalismo vaya a desaparecer en estos momentos ni tampoco que haya dejado de tener una vocación

mundial. Sencillamente, uno de los mitos que éste construyó en las últimas décadas ya no funcionará más como había operado desde 1983, momento en que se acuñó el vocablo de globalización en los círculos económicos de los Estados Unidos. Sus objetivos, entre los que se encontraban la expansión mundial del capital, debilitar a los Estados nacionales, justificar la eliminación de los derechos y conquistas de los trabajadores (como se ve en China y en todo el planeta), arrasar los ecosistemas, instaurar tratados de libre (sic) comercio, suprimir como inútil cualquier idea de soberanía – fuera ésta alimenticia, monetaria o productiva– ... y muchas cosas más, ya no podrán seguir siendo presentados en forma creíble como resultado de una pretendida fuerza irreversible e indiscutible, porque tal aserto ha sido desmentido en los propios Estados Unidos. En consecuencia, sólo los cínicos o los autistamente *bobalizados* podrían decir hoy que la globalización existe, trae beneficios a todos los seres humanos y es una pócima salvadora para aquellos que se han sabido posicionar en el mercado mundial, porque hasta capitalistas y rentistas de muchos países consideran como maldita la hora en que se subieron al tren suicida de la globalización e invirtieron en el “mercado más grande y seguro del mundo”, como se presentaba al de los Estados Unidos hasta hace algunos meses.

Por todo lo anterior, saludemos el fin del mito de la globalización porque brinda una oportunidad teórica y política para recuperar el lenguaje crítico del capitalismo y del imperialismo –razón por la cual, el espectro de Marx reaparece en estos días entre los escombros del capital financiero– y para emprender en nuestra América procesos de independencia económica y política, con participación de todos los sujetos populares que han sido pisoteados durante años por los voceros de la globalización, así como para emprender nuevamente la senda del internacionalismo.

Las otras crisis

La pretensión capitalista de retomar la senda del crecimiento económico choca, sin embargo, con una serie de obstáculos que antes no habían adquirido las dimensiones que asumen en estos momentos y que aunque intenten ser escamoteados, como si no existiesen, son cruciales a la hora de sopesar la magnitud y alcance de la crisis actual. Para ello es necesario ir más allá de los análisis económicos convencionales que se restringen al terreno financiero o inmobiliario, como lo señalamos antes. Incluso, no basta remitirse al terreno de la producción, sino que es necesario mirar la crisis desde una óptica amplia que permita examinar las crisis energética,

alimenticia, hídrica y el trastorno climático, entre otros factores. Para integrar el análisis de todos estos aspectos es necesario hablar de una *crisis civilizatoria*, lo que indica que nos encontramos ante una encrucijada histórica en la que confluyen un sinnúmero de cuestiones que muestran los límites de una forma de organización social, el capitalismo, con todos los elementos de tipo económico, social, cultural, técnico y ambiental que lo caracterizan. La noción de *crisis civilizatoria* es importante porque con ella se quiere enfatizar que estamos asistiendo al agotamiento de un modelo de organización económica, productiva y social, con sus respectivas expresiones en el ámbito ideológico, simbólico y cultural. En pocas palabras, la lógica capitalista ha incidido en términos espaciales en todos los rincones del planeta (con la incorporación a la producción y al consumo mercantil y la imposición de las relaciones sociales típicas de este modo de producción), en todos los ámbitos de la vida y la naturaleza (con la conversión en mercancías de los ecosistemas y sus productos, así como de las especies vivas y de los genes) y hasta en los aspectos más recónditos de la psique humana (con la generalización del individualismo, el carácter posesivo de la propiedad privada, el consumismo exacerbado y el egoísmo como pretendida característica de la naturaleza humana). Esa lógica demencial nos está conduciendo a una encrucijada que sólo puede sortearse mediante la superación de la *civilización capitalista*¹⁰. Para ello, es indispensable la construcción de una forma de organización social de productores asociados que se sustente en otras fuentes energéticas, distintas a los combustibles fósiles, tenga como pautas de vida el respeto a la naturaleza, la solidaridad y la fraternidad, rompa con el fetichismo de la mercancía y reivindique el valor de uso y la economía moral.

Esa crisis civilizatoria señala las terribles consecuencias de la producción de mercancías que se ha hecho universal en los últimos 25 años con el objetivo de acumular ganancias para los capitalistas de todo el mundo y que sólo es posible con el gasto exacerbado de materiales y energía. Esto es así puesto que el reino de la mercancía, característico de la lógica del capital, arrasa con los recursos energéticos y naturales de la tierra, origina una crisis alimenticia planetaria (que produce, al mismo tiempo, obesos y famélicos), conduce al agotamiento del agua y altera el clima, entre otros problemas. Examinemos en forma concisa cada una de estas crisis.

10. Empleamos esta noción a partir de Emmanuel Wallerstein. *El futuro de la civilización capitalista*, Editorial Icaria, Barcelona, 1996.

Crisis energética: el comienzo del fin del petróleo

La civilización industrial capitalista consolidada durante los dos últimos siglos, un breve lapso de la historia humana, se ha sustentado en la extracción intensiva de combustibles fósiles (carbón, gas y, de manera primordial, petróleo). Las transformaciones tecnológicas que se han producido desde la Revolución Industrial en Inglaterra, a finales del siglo XVIII, han sido posibles por el uso de estos combustibles, a los cuales están asociados la maquina de vapor, el ferrocarril, el avión, el televisor, el tanque de guerra, el automóvil, el computador, el teléfono celular y, en la práctica, casi cualquier artefacto que se nos ocurra. El uso de esos combustibles ha permitido al capitalismo extenderse por todo el mundo, ya que los medios de transporte han aumentado su velocidad, tamaño y alcance, con lo cual la producción de mercancías ha rebasado el ámbito local y se ha desplegado por el orbe entero.

La utilización de petróleo a vasta escala ha urbanizado el mundo, como nunca había sucedido en la historia humana, hasta el punto de que hoy por primera vez habita en las ciudades un poco más del 50 por ciento de la población mundial, una tendencia que se incrementara en los años por venir, marcando la desruralización del planeta. En las ciudades, a escala planetaria, se reproduce la diferenciación social entre una minoría opulenta que reproduce el *American Way of Life* y una mayoría que vive en la más espantosa pobreza, sin tener acceso a los servicios públicos fundamentales, apiñados en tugurios y sin contar con lo básico para vivir en forma digna, constituyendo las *ciudades de la miseria*¹¹. En la misma forma, hoy, la agricultura capitalista es una actividad dependiente del petróleo, lo cual aumenta los rendimientos económicos a corto plazo en desmedro de la sostenibilidad ambiental.

El petróleo es la savia que mueve al mundo contemporáneo y sin él no existirían las ciudades como las conocemos, con sus rascacielos, luces de neón y avenidas asfaltadas, ni tampoco los millones de automóviles y miles de barcos y aviones que se desplazan a todas horas por la tierra, el espacio aéreo, los ríos y el mar. Aun más, la expansión mundial del capitalismo, que tanto se aplaude, no habría sido posible sin el petróleo, ya que la producción de China o India, que vincula a millones de personas al mercado capitalista como productores (en las maquilas y fábricas de la muerte) y consumidores (vía uso de automóviles o celulares, para indicar los íconos

11. Mike Davis, *Planeta de ciudades de la miseria*, Editorial Foca, Madrid, 2007.

de este sistema), se ha logrado con la reproducción de la lógica depredadora del capitalismo y el uso a vasta escala de combustibles fósiles. En ese sentido, no resulta extraño que China sea el segundo productor mundial de CO₂, y necesite para mantener su irracional sistema de producción capitalista, concentrado en la zona norte del país, de ingentes cantidades de agua, madera, minerales y toda clase de materiales.

Pero el petróleo tiene un problema, es un recurso no renovable, y en estos momentos, cuando ha comenzado su agotamiento irreversible, nos encontramos en un punto de inflexión. Esto se explica por el hecho elemental de que la cantidad de combustibles fósiles existentes es fija y en la medida en que sean extraídos a una mayor velocidad, más rápido se acabarán. Y eso es lo que está sucediendo hoy como consecuencia de la generalización de la lógica capitalista de producción y consumo a todo el mundo, puesto que las clases dominantes replican el modelo estadounidense por doquier. Esto ha conducido al aumento del gasto diario de petróleo para garantizar que se incremente la producción de cualquier tipo de mercancías que se consumen a vasta escala en las cuatro esquinas del planeta, así como para permitir la construcción de infraestructura que posibilite el transporte de esas mercancías, con nuevas ciudades, carreteras, puertos, viaductos y aeropuertos.

Dado el aumento de la población vinculada al mercado capitalista, y del consumo que de allí se deriva, no hay duda de que nos encontramos en el *cenit* no solamente de la producción de petróleo y de carbón, sino de los principales recursos minerales que posibilitan el funcionamiento de la civilización capitalista. Sobre eso no existe discusión, salvo entre los estúpidos personajes ligados a las multinacionales petroleras que, de dientes para afuera, pretenden convencernos que no existen razones para preocuparnos porque petróleo se conseguirá siempre. Dejando de lado tales estupideces, la discusión no es de fondo sino de tiempo, si se considera que en lo que no están de acuerdo quienes han estudiado el asunto es en la cantidad de años que aún faltan para que se agote el petróleo –si son 30, 40 o 50–, lo cual a la larga no tiene mucho sentido.

Para recalcar la importancia crucial de la crisis energética valga recordar que desde hace algunos años ciertos investigadores vienen estudiando, a partir de los descubrimientos del ingeniero estadounidense King Hubber, el *pico del petróleo*, y vaticinaron que ese pico se alcanzaría entre 2000 y 2010, momento en el que nos encontramos y que coincide en forma milimétrica con el estallido de la actual crisis económica. En rigor,

las dos no están desconectadas porque la sobreproducción capitalista –el origen fundamental de la crisis económica– ha sido posible por la incorporación de nuevos territorios a la producción mercantil, con lo cual se incrementa el gasto de energía y de materiales. Esto, además, desmiente las falacias de quienes sostienen que en la pretendida “era de la información” nos estábamos deslizando hacia una sociedad posmaterial, en la que se consumiría menos petróleo, algo que no pasa de ser una fantasía sin sentido alguno.

Al respecto resulta necesario referirse a la *Teoría de Olduvai* del ingeniero Richard Duncan, quien sostiene que la época del petróleo va a durar, casi en forma exacta, sólo un siglo, puesto que su despegue se presentó en la década de 1930 y se proyectará hasta comienzos de la década de 2030. Basándose en múltiples cálculos, Duncan considera que el eclipse del petróleo se consumará en las próximas dos décadas, lo cual implica un cambio radical en la forma de vida que nosotros conocemos, incluyendo una disminución de la población, una reducción del tamaño las ciudades y una desaparición de los grandes sistemas de transporte hoy existentes. Uno de los esquemas elaborados por Duncan ilustra el alcance de su análisis:

Este esquema muestra bastante bien los resultados de las investigaciones del autor mencionado sobre el pico del petróleo y el futuro energético de la humanidad. Claramente, según Duncan, se evidencia que la época del petróleo puede considerarse como una fiesta de corta duración que va a durar sólo un siglo y al cabo de la cual terminará el derroche energético emprendido por el capitalismo, a lo que se llegará en escasas dos décadas, cuando se retorne a otra era, en la cual ya no habrá petróleo, que puede catalogarse como el regreso a Olduvai. Este nombre es significativo, si se recuerda que así se ha denominado a una de las grutas, localizada en Tanzania (África), en las que se encontraron algunos de los restos humanos más antiguos, y cuya sociedad no conocía la luz artificial¹².

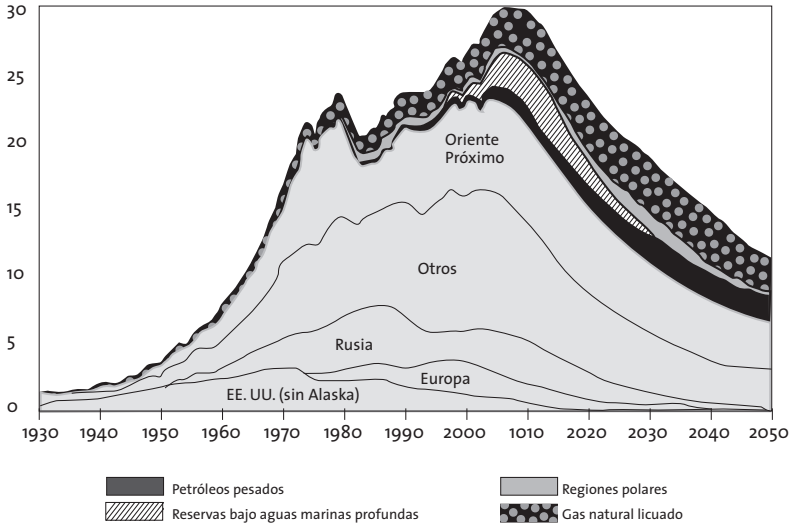
Aunque sean difíciles de admitir a primera vista, las predicciones de este ingeniero se están volviendo realidad a partir del hecho indiscutible de la llegada al pico de petróleo mundial, en el cual ya hemos entrado, y que según algunos autores se alcanzó en julio de 2008, cuando se logró la cota máxima de producción de petróleo de todos los tiempos¹³. En estas

12. Richard C. Duncan, “La teoría de Olduvai. El declive final es inminente”, en www.crisisenergetica.org/ficheros/TeoriaOlduvaiFeb2007.pdf

13. Juan Jesús Bermúdez, “Julio de 2008, cenit del petróleo”, *Rebelión*, junio 22 de 2009.

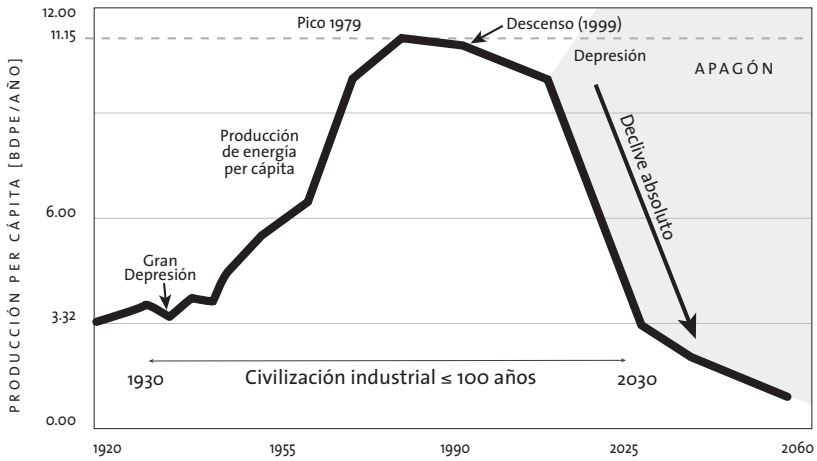
Gráfico 2
El pico de la extracción

(Miles de millones de barriles por año)



FUENTE: Fernando Bullón Miró, *El mundo ante el cenit del petróleo*, en www.crisisenergetica.org/.../El_mundo_ante_el_cenit_del_petroleo.htm

Gráfico 3
El pico del petróleo



FUENTE: Richard Duncan, "La cima de la producción mundial de petróleo y el camino a la garganta de Olduvai", en www.crisisenergetica.org/staticpages/index.php?...

condiciones, entre más aumente la producción y consumo de energía fósil, ésta última se acabará más rápido de lo previsto, y tal carencia provocará el regreso a las crisis precapitalistas de subproducción por la imposibilidad de mantener los ritmos frenéticos de despilfarro de petróleo en el mundo actual, como una expresión de la decadencia y el parasitismo ya señalados. Por supuesto, esto también acarrea el aumento de guerras por el control de los últimos reductos de hidrocarburos, como ya se aprecia con los diversos conflictos que asolan a los territorios que tienen la desgracia de poseer petróleo (Irak), que están cerca de las fuentes de petróleo o de gas (Afganistán), o se ubican en lugares estratégicos de la circulación mundial de mercancías (Somalia y el cuerno africano).

Pero la crisis no se presenta solamente con el petróleo, puesto que los más recientes estudios indican que el carbón –del que hasta hace poco se anunciaba que iba a durar por varios siglos– también se acerca a su pico máximo, al cual se llegará en las próximas dos décadas. Lo mismo acontece con otros minerales estratégicos, cuyo agotamiento está próximo: uranio, 40 años; antimonio y plata, entre 15 y 20 años; tantalio y zinc, entre 20 y 30 años; indio, entre 5 y 10 años; platino, 15 años; hafnio, menos de 10 años¹⁴. Lo verdaderamente crítico radica en que “el pico del petróleo será un punto de inflexión histórico, cuyo impacto mundial sobrepasará todo cuanto se ha visto hasta ahora, y eso pasará en la vida de la mayoría de las personas que viven hoy en el planeta”¹⁵.

En resumen, y con relación al agotamiento de los hidrocarburos y de los materiales esenciales, puede decirse que “el capitalismo está herido de muerte”. Aunque el capitalismo haya existido desde antes de la era del petróleo, ahora no puede concebirse sin el oro negro y, por eso, hoy “por primera vez en la historia, se va a topa contra un muro insalvable: no existe patrón energético fuera de los hidrocarburos fósiles que le permita funcionar como lo viene haciendo bajo el dominio anglosajón”¹⁶.

De todo lo anterior puede derivarse una predicción sombría, como la que plantea el científico argentino Mauricio Schoijet:

Sugiero que la humanidad se encamina hacia el evento más traumático de su

14. Pedro Prieto y Manuel Talens, “Michael Moore y el caso de la General Motors: ¿Se acerca el fin del capitalismo?”, *Rebelión*, junio 12 del 2009.

15. Richard Duncan citado en Ramón Fernández Durán, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, copia a máquina, p. 1.

16. P. Prieto y M. Talens, ob. cit.

historia, que probablemente ocurrirá en el siglo XXI, de una caída drástica de la población y las fuerzas productivas, que cierra el ciclo comenzado con la Revolución Industrial. Sería causado por el agotamiento de los combustibles fósiles, luego una caída importante de la producción agrícola, y por el cambio climático. A diferencia de los eventos traumáticos mencionados, afectaría a toda la humanidad. Una ideología en el sentido marxista mencionado, puede no ser inmediatamente reconocida como tal¹⁷.

Por supuesto, para que tan sombría perspectiva no se hiciera realidad se requiere una transformación social radical, una revolución anticapitalista, que modifique por completo las condiciones actualmente existentes, lo cual supone una desmercantilización de la sociedad y de la vida, la reivindicación del valor de uso y la satisfacción de las necesidades humanas mediante una economía solidaria y fraterna, que rompa con el culto a la ganancia y el consumo, y, desde luego, como condición previa, una transformación radical en las relaciones de producción y en las formas de propiedad, de tal manera que el control de la economía no esté en manos ni de los capitalistas, ni de las empresas, ni de los Estados, sino de los trabajadores y sectores productivos asociados de manera libre y democrática.

Crisis alimenticia: el regreso de los motines de subsistencia

El capitalismo es una fábrica simultánea de riqueza y de miseria, productor constante de injusticia y desigualdad, en razón de lo cual la polarización de clase es una de sus características intrínsecas. Eso se manifiesta en los más diversos tópicos de la vida social, como sucede con la producción de alimentos. Que el capitalismo produzca hambrientos no es nuevo, puesto que su expansión mundial ha generado, de manera invariable, hambre a vasta escala, como resultado de la destrucción de las economías locales, sometidas a nuevas exigencias para que se “adapten” a los requerimientos del mercado mundial, como reza la fórmula de los economistas ortodoxos. En la práctica, la mundialización del capital ha dado origen a una realidad profundamente injusta en términos alimenticios, porque al mismo tiempo unos pocos consumen hasta el hartazgo (como puede apreciarse en los “esbeltos cuerpos” de millones de estadounidenses, mofletudos y regordetes, que no pueden ni andar de tanto ingerir comida

17. Mauricio Schoijet, *Límites del crecimiento y cambio climático*, Siglo XXI Editores, México, 2008, p. 20.

basura), mientras que en todos los continentes millones de seres humanos soportan la desnutrición o mueren de hambre.

En tal sentido, el hambre y la desnutrición actuales son un resultado directo de la destrucción de las economías campesinas por parte de las empresas agroindustriales que monopolizan las mejores tierras, imponen costosos paquetes tecnológicos y controlan la producción de alimentos y materias primas de origen agrícola. Esto ha venido acompañado del despojo y expulsión de los campesinos e indígenas de sus territorios ancestrales por parte de compañías transnacionales y empresarios locales, con lo que la producción agrícola y pecuaria es dominada por pocos países, unas cuantas empresas y algunos terratenientes, habiéndose liquidado la soberanía alimenticia de territorios antaño autosuficientes, en los cuales se siembran productos comerciales en sustitución de alimentos esenciales. Ese proceso anticampesino se fortalece con la llamada revolución genética, que pretende convertir, en el mejor de los casos, a algunos pequeños productores en empleados de las multinacionales para la producción de materias primas que forman parte de cadenas productivas –desde la generación de semillas hasta la venta de productos elaborados en los supermercados– que son controladas por esas empresas, proceso en el cual los alimentos ya no son la base de la producción agrícola. Justamente, la conversión de los alimentos en mercancías y la aplicación de los principios criminales del libre comercio destruyen los mecanismos de producción, distribución, comercialización y consumo que posibilitan la supervivencia de los pueblos de la periferia, entre los cuales sobresalían la ayuda mutua, la solidaridad, el don y la reciprocidad, mecanismos todos arrasados por el librecambio, que ha asesinado a millones de personas de física inanición.

El modelo agroexportador, como forma de vinculación de los países periféricos al mercado mundial, se ha generalizado otra vez, para hacerlos más dependientes de los países imperialistas y destruir los sistemas industriales y de autoabastecimiento que se habían podido construir desde la década de 1950 en muchos países del mundo. Ese esquema agroexportador se sustenta en la falacia de las “ventajas comparativas”, que sirve al propósito de obligar a los países dependientes a especializarse en la producción de uno o pocos productos agrícolas, al tiempo que los constriñe a comprar los alimentos básicos en el mercado mundial, dominado por los grandes conglomerados. A su vez, la mercantilización de la producción de alimentos ha incrementado sus precios a nivel internacional, complicando la compra de esos productos por parte de los países dependientes,

cuyo poder adquisitivo se ha deteriorado en razón del empobrecimiento de gran parte de la población, incluyendo a los campesinos, por la imposición de los *planes de ajuste estructural* aplicados a rajatabla en el último cuarto de siglo.

Las grandes empresas han despojado a los pequeños agricultores basándose en la retórica del libre comercio, falacia con la cual justifican la eliminación de los subsidios y los mecanismos proteccionistas por parte de los Estados, obligan a los países dependientes a especializarse en la producción de géneros agrícolas para el mercado mundial (los de siempre, café, banano, azúcar, o los nuevos, como palma aceitera, soja, colza o frutas exóticas), impulsan la conversión de las mejores tierras en zonas ganaderas, de cultivos forestales y, últimamente, las destinan a la siembra de cultivos de los que se extraen *necrocombustibles* (combustibles de la muerte es su verdadero nombre, pues el de biocombustibles que se emplea frecuentemente es un embuste). Todo esto ha ocasionado la pérdida de la seguridad alimenticia en los países pobres, donde ya no se producen los alimentos básicos, los cuales deben ser comprados en el mercado mundial a los precios que fijen las empresas multinacionales y los países imperialistas. Como lo anunció Estados Unidos hace tres décadas, en el documento de Santafé 1, los alimentos se han convertido en una arma de guerra, para someter a los países pobres y destruir a sus campesinos e indígenas.

Este modelo agrícola capitalista es el responsable del hambre que se extiende por el mundo y que afecta a millones de seres humanos –se calcula que 1200 millones de personas soportarán hambre crónica de aquí a 2025–, y de que se hayan vuelto cotidianas las escenas de muerte de niños por inanición en Sudán, Argentina, Haití, Colombia (como en la región de El Chocó) y en muchos otros países; también en todos ellos –en épocas de “capitalismo posmoderno”, cuando se suponía que estaba solucionado el problema del hambre– han reaparecido los motines de subsistencia. Resulta paradójico que durante mucho tiempo se haya repetido el estribillo de que las crisis alimenticias eran características de las sociedades precapitalistas, mientras se aseguraba que los motines de subsistencia, como forma fundamental de protesta contra ellas, no se volverían a presentar porque el capitalismo generaba abundancia de alimentos y había erradicado el hambre. Este supuesto, además de falso, es eurocéntrico, pues siempre en la historia del capitalismo ha habido hambrunas en el mundo periférico, las que hoy se generalizan en forma dramática, y, junto con ellas, distintas formas de insubordinación, como los motines aludidos.

En realidad, para el capitalismo actual la mejor forma de solucionar el problema del hambre es devorando a los pobres, como lo sugería Jonathan Swift en *Una modesta proposición* (1729), cuando en forma satírica proponía que los irlandeses pobres devoraran a sus propios hijos, con lo cual aparte de evitar la hambruna, le ahorrarían a los niños más sufrimientos; o, como gráficamente, lo decía un graffiti en la ciudad de Buenos Aires: “¡Combata el hambre y la pobreza! ¡Cómase a un pobre!”. Eso es lo que efectivamente sucede cuando el maíz o la caña se siembran para producir gasolina. Cuando a un automóvil se le está suministrando combustible originado en los alimentos se está devorando a un pobre, porque, por un antinatural metabolismo que sólo puede ser resultado del capitalismo, el alimento ya no tiene por destino saciar el hambre de los seres humanos sino el de las voraces máquinas de cuatro ruedas, la máxima expresión del modo americano de muerte.

Por otro lado, la crisis alimenticia se conecta con la crisis energética por múltiples vías: la industrialización de la agricultura la hace *petrodependiente* en todos los ámbitos: por el uso de fertilizantes, abonos y fungicidas y por la utilización de medios de transporte que requieren de combustibles fósiles para funcionar; el aumento en los precios del petróleo, una tendencia que cobrará más fuerza a medida que se agote el crudo, incide en la producción agrícola; los intentos de sustituir petróleo por agrocombustibles originan un proceso de concentración de tierras para sembrar productos destinados a alimentar carros y aviones y no a seres humanos, al tiempo que aumenta también los precios de los alimentos. Así, el arroz, el azúcar, el maíz, la papa y otros productos esenciales se están convirtiendo en biomasa para producir combustibles y no para satisfacer las necesidades nutricionales de millones de seres humanos que viven en la periferia.

De igual forma, la crisis alimenticia está vinculada con las modificaciones climáticas en marcha, puesto que estas últimas inciden en forma directa en la disminución de las cosechas, sobre todo en las zonas más pobres del mundo. Así, por los cambios en la temperatura y en el volumen de precipitaciones se calcula que en los próximos años caerán los rendimientos de los principales productos alimenticios en diversos lugares del mundo: la caña de azúcar en un 3 por ciento en los Andes; el arroz en un 10 por ciento en Asia Meridional; el maíz en un 47 por ciento en el sur de África; el trigo en un 3 por ciento en Asia oriental¹⁸.

18. Joel K. Bourne, “El fin de la abundancia. La crisis alimentaria mundial”, *National Geographic en Español*, junio de 2009, pp. 44-45.

Para rematar, hay una pérdida sostenida de las tierras productivas, cuya degradación se agudiza a medida en que el capitalismo se extiende por las zonas rurales del mundo, como se muestra en el cuadro resumen que aparece a continuación.

CUADRO 1

Principales causas de la degradación de las tierras

<p style="text-align: center;">Pastoreo excesivo alrededor de 680 millones de hectáreas, casi 20% de los pastizales de todo el planeta.</p>
<p style="text-align: center;">Deforestación alrededor de 580 millones de hectáreas, a causa de la tala y desmonte de bosques a gran escala. Se han destruido más de 230 millones de hectáreas de bosques tropicales.</p>
<p style="text-align: center;">Gestión agrícola inadecuada alrededor de 550 millones de hectáreas, a causa de la erosión hídrica, la salinización y otros factores.</p>
<p style="text-align: center;">Consumo de leña alrededor de 137 millones de hectáreas, por el uso de leña como principal fuente de energía.</p>
<p style="text-align: center;">Urbanización alrededor de 19,5 millones de hectáreas, por el crecimiento urbano, la construcción de caminos y carreteras, la minería y la industria.</p>

Fuente: Julio A. Baisre, S.O.S. *Homo Sapiens*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2008, p. 34.

Crisis hídrica: secando la fuente de la vida

A la par de la crisis alimenticia discurre otra relacionada con la destrucción de los reservorios de agua, el agotamiento del agua dulce y la contaminación de ríos, lagos y mares, junto al arrasamiento de los humedales. Hasta no hace mucho tiempo se suponía que el agua era un recurso inagotable y no había ningún problema en garantizar su suministro de manera permanente. Hoy se sabe que el agua dulce es limitada y su agotamiento y escasez corre paralela al aumento demográfico, al crecimiento urbano, a la industrialización de la agricultura, a las modificaciones climáticas y a su derroche en la producción de mercancías. En esta dirección, la crisis hídrica es un resultado de la expansión mundial del capitalismo porque el agua misma se ha convertido en una mercancía y ha dejado de ser un bien común y público, ya que conglomerados transnacionales (como Coca-Cola, Danone y otros) la han convertido en un nicho de mercado, con el que obtienen cuantiosas ganancias por diversos medios: la producción de agua embotellada, la privatización de los servicios de acueducto y alcantarillado y la apropiación de ríos y lagos por empresarios capitalistas.

A esto debe añadirse que la urbanización acelerada necesita de importantes cantidades de agua, aunque su distribución y calidad sigan los parámetros de clase propios del capitalismo, puesto que en las grandes urbes sólo una parte de la población tiene acceso a agua potable y suficiente, mientras que la mayoría no la disfruta y tampoco cuenta con alcantarillado. De la misma manera, los procesos tecnológicos más sofisticados requieren cantidades ingentes de agua, como la que precisa la producción de automóviles, computadores, celulares y televisores. Igual acontece con la producción de determinado tipo de cultivos, como las flores, que consumen enormes volúmenes de agua.

A la par con todo lo anterior, los procesos de industrialización, la urbanización desaforada, la agricultura industrial, los megaproyectos y la explotación de recursos minerales y energéticos han contaminado las más importantes fuentes de agua en el mundo. No sorprende que, casi sin excepción, junto a una gran ciudad se encuentre un río convertido en una fuente de aguas fétidas y malolientes, al lado del cual malviven los sectores más empobrecidos.

Tanto al interior de los países como en el plano mundial existe una distribución injusta y desigual del agua, porque mientras sectores minoritarios tienen a su disposición agua de calidad que despilfarran sin vergüenza (para lavar autos, regar campos de golf o surtir su propia piscina), la mayor parte de la sociedad carece del vital líquido, lo cual ocasiona la muerte diaria de miles de personas por problemas estomacales y produce la enfermedad de millones de ellos por consumir agua impotable. Esta desigual apropiación del agua también existe en el terreno mundial, ya que algunos países cuentan con importantes reservas hídricas, o por su poder económico, militar y político pueden apropiarse del agua de sus vecinos, a los que dejan exhaustos y muriéndose de sed (el caso de Israel con los palestinos es emblemático al respecto), con lo cual se avizora una de las contradicciones determinantes de los conflictos del futuro inmediato que va a ocasionar *guerras por el agua*, con la misma frecuencia que las actuales guerras por el petróleo.

Para mostrar las interrelaciones entre la explotación de hidrocarburos y el agua, valga recordar, entre otras cosas, que la extracción de los primeros conlleva siempre despilfarro de la segunda de múltiples formas: para extraer un barril de petróleo o de gas se precisan cientos o miles de barriles de agua; con todas las labores propias de la industria petrolera se contaminan las fuentes de agua; los derrames de crudo llegan inexorablemente a

los cursos de agua, como nos lo recuerdan las tragedias de contaminación hídrica que han generado los numerosos accidentes de grandes buques petroleros en los mares del mundo.

Y el otro aspecto que debe mencionarse es el relativo a los nexos directos entre el trastorno climático y la crisis hídrica. Así, el trastorno climático se manifiesta en primera instancia con un aumento de la temperatura en diversos sitios del planeta, lo que ocasiona transformaciones bruscas e inesperadas: se producirá, y se está produciendo ya, el deshielo de glaciares, con lo que se reducirá la oferta hídrica en muchos países, pues las principales reservas de agua dulce están en los nevados y en los páramos. Al mismo tiempo, y como consecuencia de lo anterior, aumentará el caudal de muchos ríos mientras que otros se secarán, lo cual afectará a las poblaciones que viven gracias a esos cursos de agua. Esto generará inundaciones y sequías a un ritmo antes no conocido, como ya se evidencia en algunos continentes, Europa, por ejemplo, donde se han presentado en los últimos años inviernos más lluviosos y veranos más cálidos.

De la misma manera, la transformación climática influye en el cambio de la cantidad y la calidad del agua disponible, ya que al aumentar la temperatura del aire se altera la temperatura del agua, con lo cual se reduce su contenido de oxígeno, se afecta la distribución de los organismos acuáticos y se altera el ciclo de los nutrientes, entre otras muchas consecuencias nefastas. Igualmente, las modificaciones climáticas ocasionan la mezcla de agua salada con aguas dulces en los acuíferos litorales, afectando otra importante reserva de agua dulce en muchos lugares del planeta.

Adicionalmente, en la medida en que cambia el clima mundial se altera el régimen de lluvias en ciertas zonas del planeta, lo que produce la sequía, la desertificación y la hambruna y genera las migraciones hídricas, cuando la gente huye de sus terrenos ancestrales, convertidos en lugares yermos y sin vida, de los que las fuentes de agua que les possibilitaban la subsistencia han desaparecido, como es el caso de algunos países del Sahel en África. Valga citar al respecto un trágico caso de actualidad, que a su vez anticipa lo que vendrá en poco tiempo, con relación a los llamados “refugiados ambientales”, cuya importancia estriba en que está directamente relacionado con el agua porque la comunidad afectada vivía en el mar: La primera evacuación de una comunidad entera debida al calentamiento global antropogénico está ocurriendo en las islas Carteret.

Los niveles crecientes del nivel del mar han erosionado gran parte de la

línea de costa en las zonas bajas de las islas Carteret situada a 50 millas de la isla Bougainville, en la costa sur del Pacífico.

Hace dos semanas ocurrió un evento trascendental. El comienzo de la primera evacuación mundial de una población entera como resultado del cambio climático provocado por el hombre.

Las islas Carteret están fuera de la costa de Bougainville, que, a vez, está fuera de la costa de Papua Nueva Guinea. Hay un pequeño atolón de coral en el que viven 2.600 personas. Aunque no por mucho tiempo.

Las cinco primeras familias se han mudado a Bougainville para preparar el terreno para la evacuación total. Hay varios factores que contribuyen –la eliminación de los bosques de manglares y algo de actividad volcánica local–, pero el principal problema parece ser el aumento del nivel del mar. El punto más alto de la isla es de 170 cm por encima del nivel del mar. Durante los últimos años han sido inundados repetidamente por mareas primaverales, eliminando los jardines agrícolas, destruyendo la subsistencia y haciendo sus vidas imposibles.

Esta parece ser la primera vez que una población entera ha comenzado a abandonar sus casas como resultado del cambio climático actual.

Las cifras pueden ser pequeñas, pero, este es un evento que prefigura un desplazamiento masivo probable de población de las ciudades costeras y regiones de escasa altitud como consecuencia del aumento del nivel del mar. El desastre ha comenzado, pero hasta ahora casi nadie se ha dado cuenta¹⁹.

Crisis ambiental: la destrucción de las condiciones de producción y de vida

Junto con todas las crisis antes nombradas, y como síntesis de las mismas, hay que considerar la crisis ambiental, hoy generalizada a todo el planeta. Son numerosos los componentes de la degradación medioambiental que hoy soportamos, en la que deben incluirse la destrucción de fuentes de agua, la desaparición de tierras y suelos aptos para la agricultura, el arrasamiento de selvas y bosques, la reducción de recursos pesqueros, la disminución de la biodiversidad, la extinción de especies animales y vegetales, la generalización de distintos tipos de contaminación, la reducción de la capa de ozono y la destrucción de ecosistemas.

Todos estos componentes de la catástrofe ambiental que ponen en

19. George Monbiot, “Los desplazamientos por el cambio climático han comenzado, pero casi nadie se ha dado cuenta”, *Rebelión*, mayo 21 de 2009.

riesgo la misma continuidad de la especie humana, se han originado en la lógica depredadora del capitalismo con su concepción arrogante de mercantilizar todo lo existente y de dominar la naturaleza a su antojo. Pretendiendo eludir los límites naturales, la expansión mundial del capitalismo ha transformado los paisajes del planeta al someter los recursos y las especies a la férula de la valorización del capital, dando por sentado, en forma optimista, que la naturaleza es una externalidad que no tiene costo y que, al no contabilizarse en términos económicos, se puede destruir impunemente, pero que, además, es posible regenerarla de manera rápida o sustituirla de manera artificial.

El resultado no podía ser más terrible, si se considera que nunca antes se había asistido a una situación como la actual con su cúmulo de desastres pretendidamente “naturales”, de lo cual, en realidad, tienen muy poco, tales como huracanes, tifones, inundaciones, maremotos, avalanchas, *tsunamis* y terremotos que año a año matan a miles de personas y hunden en mayor pobreza a los miserables del mundo. Esta es una clara manifestación del precio que debe pagarse por haber sometido la naturaleza a una transformación acelerada, como parte del uso intensivo de combustibles fósiles y del uso descomunal de materiales y de recursos naturales para obtener ganancias. Esto se ha acentuado en las últimas décadas por el incremento en el consumo mundial de mercancías y por la apropiación subsecuente de los bienes naturales, considerados ahora como propiedad privada.

Nada tiene de raro, en esa perspectiva, que se libere una guerra mundial por parte de los países imperialistas y sus compañías multinacionales para apoderarse de los recursos energéticos, naturales, forestales e hídricos en aquellas zonas que todavía los tienen, como se evidencia en el Congo, en Colombia, en Brasil, en México, en Indonesia y otros países. El consumo a vasta escala de ciertos artefactos electrónicos viene acompañado del arrasamiento de ecosistemas y de guerras locales en países africanos, por ejemplo, para satisfacer la necesidad de suministrar materias primas (metales y minerales) a las empresas transnacionales que financian ejércitos estatales y privados con el fin de asegurarse el abastecimiento de esas materias primas y mantener la oferta de sofisticados instrumentos tecnológicos²⁰.

De otra parte, una de las expresiones más críticas de la situación am-

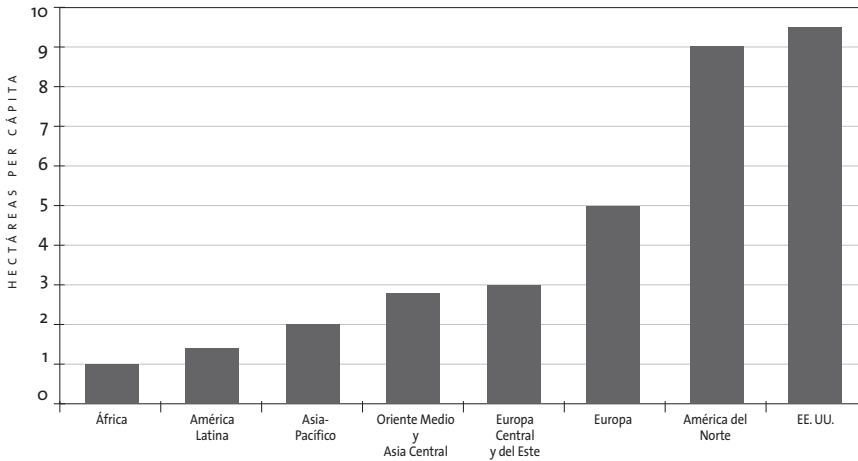
20. Michael Klare, *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*, Ediciones Urano, Barcelona, 2008, pp. 207 y ss.

biental está relacionada con la reducción de la biodiversidad y con la extinción de especies, un fenómeno que ha alcanzado una escala nunca antes vista. En efecto, ahora se está presentando la sexta extinción de especies, provocada no por causas naturales sino económicas y sociales, por acción de la lógica capitalista, si recordamos que la quinta extinción se presentó hace 65 millones de años, cuando desaparecieron los dinosaurios y gran parte de la vida existente en la tierra, por obra de un meteorito que se estrelló contra nuestro planeta. La extinción actual es producida de manera directa e indirecta por el capitalismo al generalizar la mercantilización de la vida, lo que ha conducido a apreciar a los animales y plantas como una fuente más de ganancia, sin importar el impacto destructor de esta consideración, como puede verse con el tráfico mundial de especies (la segunda actividad ilícita en el mundo por las ganancias económicas que genera) y la conversión de los animales en factorías de leche, carne o grasa, lo que ha desencadenado enfermedades como las de la vaca loca, la gripa aviaria o la influenza porcina, tan de moda en estos días.

Algunos datos elementales son indicativos de la pérdida de especies en curso: el Índice de Planeta Viviente, que pretende medir el estado de la biodiversidad mundial, muestra que se ha presentado un declive promedio del 30 por ciento entre 1970 y 2005 en 3.309 poblaciones de 1.235 especies, y ese mismo Índice, pero aplicado a los trópicos, constata que allí el declive ha sido más dramático, alcanzando un 51 por ciento en ese mismo período, al considerar 1.333 poblaciones de 185 especies.

De la misma manera, nuestra huella ecológica –con la que se establece la cantidad de recursos de la tierra y el mar, medido en hectáreas, que cada uno de nosotros necesita para vivir, incluyendo la destinada a absorber nuestros desechos– señala que la demanda humana sobre la biosfera aumentó más del doble entre 1961 y 2005, lo que indica en términos más concretos que en la actualidad, al ritmo de población y consumo existentes, son necesarios algo así como 1,2 planetas tierra para vivir y que en el 2030 se necesitaran ya dos planetas, algo insostenible, por supuesto. Como es obvio, la huella ecológica de todos los países y todos los seres humanos no es similar, puesto que el nivel de consumo de los países capitalistas del centro es sensiblemente mayor que el del resto del mundo, ya que Estados Unidos es el país que tiene una mayor huella ecológica, que de lejos supera su capacidad de carga. Así, esa huella es de un promedio de una hectárea en los países más pobres y de 2,1 hectáreas para toda la población humana,

Gráfico 4
Huella ecológica mundial por zonas (2000)



Fuente: Federico G. Martin, *Desarrollo sostenible y huella ecológica*, en books.google.com.co/books?isbn=8497450809

mientras que en los Estados Unidos se acerca a las 10 hectáreas²¹. Eso puede apreciarse en la gráfica 4.

Así mismo, la desaparición de las selvas y bosques para extraer maderas y otros recursos, o como parte de la expansión de la frontera agrícola para soportar el crecimiento demográfico y la concentración de suelos productivos en pocas manos, les reduce el espacio indispensable para subsistir a muchas especies animales y vegetales. De la misma forma, el modelo exportador, como mecanismo de vinculación al capitalismo mundial por parte de las clases dominantes de los países periféricos, destruye los ecosistemas para cumplir con las exigencias de los conglomerados multinacionales de extraer todos los recursos exigidos en zonas ecológicamente frágiles, como sucede en la Amazonia o en la costa pacífica colombiana. Esta última se ha convertido en una tierra de megaproyectos para explotar oro, maderas, platino o sembrar cultivos como el caucho o la palma aceitera, o para diseñar represas que garanticen el funcionamiento energético de tales engrandecimientos del capitalismo mundial.

Al final, sin embargo, la crisis ambiental influye sobre el funcionamiento

21. Fondo Mundial por la Naturaleza, Informe de Planeta Vivo, 2006 y 2008, pp. 2-3; Edward O. Wilson, *El futuro de la vida*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, p. 54.

económico del capitalismo, así éste intente escamotearla, en razón de que este sistema no puede eludir las leyes físicas de la materia y la energía y no puede producir a partir de la nada, mucho menos lograr que los desechos, cada vez más abundantes, desaparezcan como por arte de magia. Como no es posible construir un capitalismo posmaterial (una de las falacias de los cultores de la información), la expansión mundial del modo de producción capitalista requiere, como un Dios devorador, de cantidades ingentes de recursos y energía. Sin embargo, como estos recursos son finitos (salvo el sol en términos de la temporalidad humana, pues va a existir durante otros cinco mil millones de años), el capitalismo tiene que enfrentar la dura realidad de estar sometido a ese límite, el del agotamiento y carácter finito de los combustibles fósiles y la reducción acelerada de los recursos naturales, así estos sean renovables. No es posible conciliar, en última instancia, una lógica de crecimiento ilimitado, propia del capitalismo, con la existencia limitada de recursos energéticos y materiales, si tenemos en cuenta que la tierra es un sistema cerrado en términos de materia.

Una síntesis del impacto de la civilización capitalista sobre los ecosistemas se presenta en el Cuadro nº 2.

CUADRO Nº 2

Impactos de la sociedad actual sobre los ecosistemas

Elevada extracción de los recursos naturales
Simplificación de la trama alimenticia
Homogeneización del paisaje (campos agrícolas, desertificación)
Uso intensivo de plaguicidas y herbicidas
Grandes importaciones de energía no solar (combustibles fósiles)
Grandes importaciones de nutrientes (fertilizantes sintéticos)
Modificación de los ciclos hidrológicos (represas, canales, desvíos)

Fuente: Julio A. Baisre, S.O.S. *Homo Sapiens*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2008, p. 34.

Trastorno climático producido por el uso intensivo de combustibles fósiles

Para completar el círculo perverso, todos los elementos anteriores influyen en otra modificación de dimensiones imprevisibles, como es el trastorno climático. Utilizamos este nombre para enfatizar que no puede seguir considerándose como un simple cambio, porque con ello se estaría indicando que es algo gradual y puramente natural. Aunque a lo largo de la historia del planeta tierra se hayan presentado incontables modificaciones climáticas,

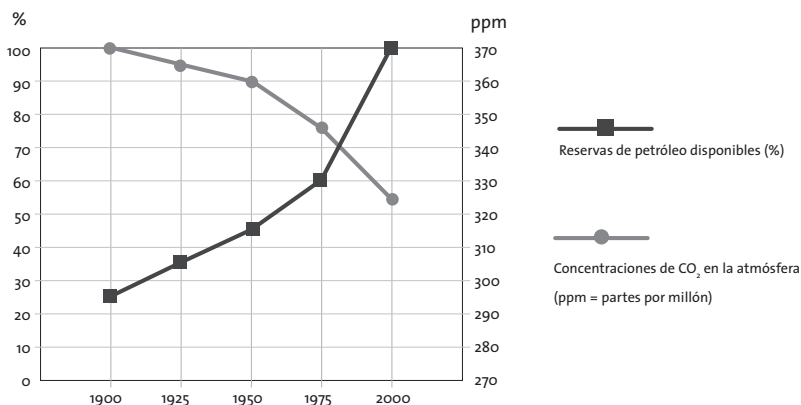
con bruscos cambios hacia épocas glaciales o calidas, todas las modificaciones anteriores tenían un origen natural. Ahora, existe un trastorno climático asociado de manera directa al uso de combustibles fósiles, especialmente del petróleo. No por casualidad, en la medida en que se llegaba al pico del petróleo han aumentado en forma proporcional las emisiones de CO₂ y su concentración en la atmósfera, como se observa en el gráfico 5.

Algunos científicos han establecido que el clima es uno de los factores fundamentales para explicar la extraordinaria biodiversidad, y, por lo mismo, sus modificaciones tienen efectos devastadores sobre variadas formas de vida. Aunque entre los climatólogos no exista consenso sobre la magnitud que tendrá el trastorno climático, muy pocos dudan que estamos asistiendo a una transformación brusca que es resultado de la acción antrópica, ligada a la constitución de la moderna sociedad industrial desde finales del siglo XVIII. Tal transformación climática ya ha tenido sus primeras manifestaciones desde hace unos cuarenta años, cuando se detectó la destrucción de la capa de ozono en algunos lugares de la Antártida. En tiempos más recientes se ha incrementado el número de huracanes en el Mar Caribe –cada vez más destructivos– por el aumento de la temperatura del agua del océano debido al efecto invernadero. Incluso, hace poco tiempo se presentó un primer huracán que azotó a las costas de España, un fenómeno nunca antes visto. En general, durante el siglo XX, la temperatura promedio del mundo se modificó en 0.6 grados centígrados, como consecuencia del uso de combustibles fósiles y de la producción de otros gases de efecto invernadero. Como en la actualidad no hay perspectivas reales de una reducción del empleo de esos combustibles –pese a su agotamiento irreversible–, puede predecirse con toda seguridad un aumento aún mayor de la temperatura del planeta, lo cual va a originar una catástrofe climática con efectos desastrosos, como ya se comienza a observar a nuestro alrededor²².

Eso se constata con los anuncios preocupantes sobre la desaparición de los páramos en Colombia, el deshielo de grandes nevados en diversos lugares de América del Sur (Argentina, Chile, Bolivia, entre otros) y el descongelamiento del casquete polar que cubre al Ártico. Hasta hace poco se predecía que este último suceso podría acontecer en 50 o 100 años, pero los últimos estudios han indicado que eso puede ser posible en los próxi-

22. Federico Velásquez de Castro, *25 preguntas sobre el cambio climático. Conceptos básicos del efecto invernadero y del cambio climático*, Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, 2008.

Gráfico 5
Agotamiento de las reservas de petróleo e incremento de las concentraciones de CO₂



Fuente: Fernando Bullón Miró, El mundo ante el cenit del petróleo, en www.crisisenergetica.org/.../El_mundo_ante_el_cenit_del_petroleo.htm

mos 5 o 10 años, con devastadoras consecuencias no sólo para diferentes especies, empezando por el oso polar, sino para grandes comunidades humanas, porque el deshielo aumenta la cantidad de agua y el nivel del mar que de inmediato repercutirá en las zonas costeras habitadas del norte de América. Al respecto, ciertos estudios anuncian que en un lapso de 50 años desaparecerán, como resultado de las modificaciones climáticas, unas 450 mil especies animales y vegetales, algo así como el 30 por ciento de todas las especies vivas actualmente existentes.

Como para sopesar el interés y las preocupaciones que esta transformación climática suscita en el capitalismo, ya hay quienes –en Estados Unidos, Rusia, Canadá y otros países– piensan que el descongelamiento del polo norte es una buena noticia porque propiciará negocios y nuevas oportunidades de obtener dividendos, al dejar un espacio libre para que por allí circulen embarcaciones y se acorte la distancia entre ciertos lugares del norte (por ejemplo, se afirma que la distancia entre Róterdam y Yokohama se podría reducir en un 42 por ciento), al tiempo que será más barato realizar prospecciones petroleras y extraer los hidrocarburos que se encuentran en el subsuelo de esa zona ártica, congelada durante miles de años²³. Finalmente, este optimismo cínico se sustenta en la falacia de que la economía puede crecer sin límites y superar todos los obstáculos

23. Ver al respecto Mckenzie Funk, “El Ártico en conflicto”, *National Geographic en Español*, mayo de 2009, pp. 30 y ss.

que encuentre a su paso, incluyendo, las modificaciones climáticas. Sobre este optimismo criminal del capitalismo y de sus economistas, vale la pena citar la opinión de Richard Alley, un connotado climatólogo:

La tierra es finita y el paso de los vuelos espaciales puede resultar terriblemente costoso, así que quizá no debamos asumir que la economía pueda crecer eternamente. También entra en juego el tema de la justicia: el cambio climático puede perjudicar a la mayoría de la población al planeta, pero hoy en día la quema de combustibles fósiles que contribuye a ese cambio beneficia a algunas personas (las que viven en el mundo desarrollado, responsables de la mayor parte de su consumo) más que a otras (las que viven en el mundo en desarrollo)²⁴.

Esto nos conduce al último tema de este ensayo, el cual versa en forma somera sobre el asunto de los límites que enfrenta el capitalismo y que se constituyen en una barrera infranqueable que obliga a pensar y construir, en forma urgente, otro tipo de organización social.

El capitalismo y sus límites

Como acabamos de mostrar, la actual crisis es completamente distinta a todas las anteriores en virtud de la sincronía de diversos factores que hacen de la presente una *crisis civilizatoria*, que marca la frontera de una época histórica en la que se ha puesto en peligro la misma permanencia de la especie humana, conducida al abismo por un sistema ecocida y genocida, regido por el afán de lucro.

Sin embargo, el capitalismo pretende en forma arrogante que no existe ningún tipo de límite que impida su funcionamiento hacia el futuro inmediato, y por ello sus voceros más emblemáticos (jefes de Estado, banqueros, empresarios, economistas) proponen como recuperación de la economía más de lo mismo, es decir, un regreso a las pautas de crecimiento económico existente antes de que comenzara la crisis, esto es, más producción en vasta escala de mercancías, con derroche de materia y energía, para que se siga consumiendo y se reactive la economía en su conjunto. Efectivamente, el capitalismo no va a desaparecer en esta crisis, por la sencilla razón de que, por lo menos por ahora, no se dibuja en el horizonte una fuerza alternativa que lo derrote, pero esto no quiere decir que vaya a seguir funcionando “armónicamente” como antes porque debe afrontar

24. Richard B. Alley, *El cambio climático. Pasado y futuro*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2007, p. 195

límites infranqueables que, como nunca antes, la crisis civilizatoria actual ha puesto al orden del día y no pueden eludirse. Entre dichos límites deben mencionarse los siguientes: a) el *límite energético*, relacionado con el agotamiento del petróleo, el gas y el carbón; y dado que no emerge a la vista una alternativa real a esos combustibles fósiles, la sociedad del automóvil y de las ciudades iluminadas no tiene perspectivas de mantenerse en el largo plazo, aunque de seguro se van extender en los próximos años, con lo cual, con plena certeza y para usar una metáfora del mismo medio automovilístico, se estará metido en un carro de alto cilindraje pero sin combustible para andar; b) el *límite científico y tecnológico*, el cual supone reconocer en la práctica el carácter restringido y relativo de cualquier solución basada en los desarrollos de la ciencia y la tecnología como panacea para solucionar algunos de los problemas creadas por la sociedad capitalista, los que, incluso, en muchos casos, son causados y agravados por los mismos inventos tecnológicos o los descubrimientos científicos, como ha sido el caso del automóvil, considerado hoy, con toda razón, uno de los peores inventos de todos los tiempos; c) el *límite ambiental*, que resulta del hecho comprobado de que los recursos naturales se encuentran en un momento crítico en razón del ritmo desenfrenado de explotación a que han sido sometidos en los últimos decenios, junto con la extinción de miles de especies; y aunque esto último no parece preocupar al capitalismo, éste si debe enfrentar la perspectiva poco halagadora de mantener unos irracionales ritmos de producción y consumo que no pueden ser satisfechos ante la disminución real de los recursos materiales que posibilitan la producción; d) el *límite demográfico*, producto del crecimiento de la población, que se apiña en grandes urbes de miseria, y cuya mayoría soporta deplorables condiciones de vida –mientras recibe mensajes ideológicos y propagandísticos de que las cosas van a mejorar para los exitosos y triunfadores– y debe luchar por participar en la repartición de un pedazo de la tarta, cada vez más concentrada en pocas manos. Este crecimiento lleva a que, tarde o temprano, el capitalismo busque la reducción de la población, y para eso, como está demostrado hasta la saciedad, empezará por eliminar a los más pobres, tal como se ejemplifica hoy con las epidemias, hambrunas, guerras y otros mecanismos malthusianos de control demográfico; e) *límites sociales y laborales*, porque con la crisis se acentúan las diferencias de clases, la explotación y diversas formas de opresión que, de seguro, originarán resistencias, rebeliones, revoluciones y estallidos sociales, de los cuales no sabemos hacia dónde conducirán, aunque si podemos decir que estarán

presentes ante la confluencia de todas las crisis señaladas en este escrito.

En forma sintética, el problema de los límites reales para el capitalismo puede expresarse con una fórmula elemental: $I = C \times T \times P$ (*Impacto sobre la tierra = Consumo x Tecnología x Población*)²⁵. Examinemos con algún detalle el contenido de esta fórmula en relación con los límites insuperables que enfrenta el capitalismo.

En teoría existirían varias posibilidades por parte del capitalismo para contrarrestar el impacto de su acción sobre la tierra y alargar su permanencia. Una primera posibilidad, por ejemplo, se basa en considerar la disminución del consumo con una tecnología y población que se mantienen constantes, es decir: $I = C \downarrow \times T \text{ (CTE)} \times P \text{ (CTE)}$. Aunque tal cosa hipotéticamente pueda ser considerada, en la realidad capitalista no es posible por varias razones: el consumo está asociado a la producción de mercancías, las cuales necesitan de materiales y energía que, a su vez, inciden en la tecnología, por lo que es muy difícil sostener un incremento del consumo a un mismo nivel de tecnología, o, más precisamente, las modificaciones tecnológicas son un incentivo para el consumo y ellas mismas requieren materiales y energía. Además, el consumo de mercancías es uno de los elementos distintivos del capitalismo, relacionado con su lógica de maximización de ganancias. Por otra parte, el consumo es la razón que explica el crecimiento del Producto Interno Bruto, una de las variables distintivas del funcionamiento del capitalismo. Y en cuanto a la variable población en este ejemplo, uno podría pensar que sería algo así como el caso que ya se vive en algunos países europeos que conocen un estancamiento demográfico y aun una reducción de población, tales como Rusia, España, Hungría, porque su estructura demográfica se ha modificado a tal punto que se puede representar como una pirámide invertida. Pero eso sólo sucede en algunos países, pues en conjunto se nota un crecimiento poblacional en África, Asia y otros continentes. Aun así, el estancamiento de la población no garantiza que se reduzca el impacto sobre la tierra, si no viene acompañado de un decrecimiento del consumo.

Una segunda posibilidad: que el consumo descienda mientras se incrementa la tecnología y aumenta la población, $I = C \downarrow \times T \uparrow \times P \uparrow$. Esta hipótesis es prácticamente irrealizable porque el avance tecnológico viene acompañado de un aumento del consumo, más aún, esa es su finalidad expresa, y no se concibe un aumento de la población sin un incremento del consumo, como se aprecia en la actualidad cuando a pesar de las desigualdades so-

25. Susan George, *El informe Lugano*, Editorial Icaria, Barcelona, 2002.

ciales se ha desarrollado un consumo masivo, aunque también claramente segmentado. Así, existen, por ejemplo, celulares para todas las clases sociales y para producirlos es indispensable gastar más materia y energía. La única posibilidad de lograr un escenario como el de esta fórmula radicaría en transformar la sociedad, modificando los hábitos de consumo e implementando unas tecnologías sustentables, cuyo objetivo sea tanto beneficiar a los seres humanos como mantener los ecosistemas, y eso en el capitalismo no es posible. Aún más, en otra sociedad distinta al capitalismo es necesario pensar en un indispensable control demográfico, aunque sin recurrir a los mecanismos propios del malthusianismo, dado el carácter limitado de los recursos materiales y energéticos.

Una tercera posibilidad: que se incrementen el consumo y la tecnología, pero descienda la población $\uparrow X \uparrow \uparrow T \uparrow \uparrow \downarrow P$. Aunque de esta manera el problema no se soluciona para el capitalismo, sí se alarga su agonía, porque se concibe un mundo como el que en realidad existe: un consumo exacerbado junto a innovaciones tecnológicas, que cada vez tienen una menor duración, mientras lo único que cambia es lo relativo a la población, cuya cantidad debe ser reducida de manera drástica. Y esto es lo que en efecto está haciendo el capitalismo, y lo que sus ideólogos más francos anuncian sin tapujos.

Valga recordar los diferentes instrumentos de reducción demográfica en marcha en estos momentos, como las guerras, las epidemias, las nuevas enfermedades, la privatización de los servicios médicos y sanitarios, la conversión del agua en una mercancía, todos los cuales pueden considerarse como mecanismos neomalthusianos. Si se necesitan datos, recordemos que en la invasión a Irak se habla de más de un millón de muertos, que en la desconocida guerra del Congo se registran más de cuatro millones de muertos, que por el SIDA han muerto en el mundo en el último cuarto de siglo unos 32 millones de personas, que en Rusia, luego de la disolución de la URSS, murió más de un millón de personas entre 1990 y 1995, y así sucesivamente.

Como en el horizonte del capitalismo no está, de ninguna manera, la reducción del consumo, ni tampoco las innovaciones tecnológicas suponen el ahorro de materia y energía, es evidente que la variable a modificar es la población, como por lo demás se observa en la política demográfica de las potencias, empezando por Estados Unidos, que durante las últimas décadas han estado impulsando un control demográfico en diversos lugares del mundo con el fin de reducir la cantidad de pobres, como se comprueba

con las guerras y agresiones que han emprendido desde 1989 contra los países de la periferia.

Con respecto a los elementos antes esbozados, el pensador brasileño Leonardo Boff ha entendido bien el sentido de los límites del capitalismo, al resaltar la importancia decisiva de los aspectos ecológicos:

Una naturaleza devastada y un tejido social mundial desgarrado por el hambre y por la exclusión anulan las condiciones para reproducir el proyecto del capital dentro de un nuevo ciclo. Todo indica que los límites de la Tierra son los límites terminales de este sistema que ha imperado durante varios siglos.

El camino más corto hacia el fracaso de todas las iniciativas que buscan salir de la crisis sistémica es esta desconsideración del factor ecológico. No es una “externalidad” que se pueda tolerar por ser inevitable. O lo situamos en el centro de cualquier solución posible o tendremos que aceptar el eventual fracaso de la especie humana. La bomba ecológica es más peligrosa que todas las bombas letales ya construidas y almacenadas²⁶.

Tal situación plantea la pregunta sobre la posibilidad de colapso de la civilización capitalista y con ella de la humanidad, pero esta última perspectiva sólo sería real si no se admite la existencia de alternativas revolucionarias, imprescindibles para evitarlo. Como diría Walter Benjamin: hoy la revolución es más actual que nunca para colocar los frenos de emergencia que detengan la caída rauda en el abismo e impidan que el capital nos hunda en la locura mercantil que nos conduce hacia la muerte como especie y a la desaparición de diversas formas de vida²⁷.

Ahora bien, la posibilidad de un colapso para el sistema capitalista no quiere decir que los capitalistas del mundo vayan a renunciar a seguirlo siendo y vayan a optar por otra forma de organización social, pues está demostrado a través de la historia que el capitalismo no va a desaparecer gracias a sus propias crisis, sino por acción de sujetos colectivos, conscientes de la necesidad de superar esta forma de organización social y que actúan en consecuencia, como sucedió al estallar los procesos revolucionarios que se presentaron durante el siglo XX. Y, en ese sentido, la actual crisis no es diferente, puesto que como modo de producción el capitalismo la va a superar en el sentido de reactivar el crecimiento por un breve tiempo, aunque ello vaya a agravar tanto las condiciones de reproducción del sistema como

26. Leonardo Boff, “El camino más corto hacia el fracaso”, *Rebelión*, abril 26 de 2009.

27. *Ibíd.*

la vida de la mayor parte de la población mundial. Estas dos circunstancias son las que indican que la crisis actual, en la que confluyen todos los aspectos mencionados en este ensayo, no es otra más, pasajera y circunstancial, sino una con repercusiones de largo plazo, porque su costo humano y ambiental va a tener impacto en la vida de millones de seres humanos, lo cual puede conducir o a un cambio revolucionario o a que se acentúen las tendencias más destructivas y criminales del capitalismo, cuyo funcionamiento se enfrenta a un límite insuperable: el fin del petróleo y el agotamiento de los recursos. Esto hace, precisamente, que no sea una simple crisis económica sino una *crisis civilizatoria*, una de sus características distintivas radica en que, a muy corto plazo, no va a ser una crisis de sobreproducción sino de escasez, como las que han afectado a la humanidad antes de la emergencia del capitalismo. Como bien lo resume Armando Bartra:

Cambio climático y deterioro ambiental significan escasez global de recursos naturales; crisis energética remite a la progresiva escasez de los combustibles fósiles; crisis alimentaria es sinónimo de escasez y carestía de granos básicos; lo que está detrás de la disyuntiva comestibles-biocombustibles, generada por el *boom* de los agroenergéticos, es la escasez relativa de tierras y aguas por las que compiten; tras de la exclusión económico-social hay escasez de puestos de trabajo, ocasionada por un capitalismo que al condicionar la inversión a la ganancia deja sin opciones de trabajo social a sectores cada vez más numerosos. Éstos y otros aspectos, como la progresiva escasez de espacio y de tiempo que se padece en los hacinamientos urbanos, configuran una Gran Crisis de escasez de las que la humanidad creyó que se iba a librar gracias al capitalismo industrial y que hoy regresan agravadas, porque el sistema que debía conducirnos a la abundancia resultó no sólo injusto, sino social y ambientalmente insostenible y ocasionó un catastrófico deterioro de los recursos indispensables para la vida²⁸.

De igual forma, con la crisis civilizatoria ya no se presenta sólo un desplome económico al que sigue una rápida recuperación, sino que por el contrario se asiste, como ahora, a un deterioro incontrolable de las condiciones naturales y sociales de la producción, motivado por la acción del mismo capitalismo, aunque eso no impida que en el cortísimo plazo algunas fracciones del capital alcancen ganancias extraordinarias como resultado del acaparamiento, la especulación o la inversión en actividades re-

28. Armando Bartra, "Achicando la crisis. De la crisis múltiple a la recesión", *La Jornada*, junio 28 de 2009.

lacionadas con la misma crisis, tal como la compra de empresas petroleras o de automóviles. En pocas palabras, la crisis civilizatoria, o la Gran Crisis, como la denomina Armando Bartra, “es silenciosa persistente, caladora y su sorda devastación se prolonga por lustros o décadas, marcados por estallidos a veces intensos, pero no definitivos, que en la perspectiva de la cuenta larga configuran un periodo de crisis epocal”²⁹.

Y este carácter insoluble de la *crisis civilizatoria* plantea la urgencia de un cambio revolucionario para sustituir al capitalismo, si es que la humanidad quiere tener mañana. Esto exige la construcción de otra civilización distinta al capitalismo que recobre los valores de la justicia, la igualdad, el valor de uso, la solidaridad, la fraternidad y otro tipo de relaciones con la naturaleza, y que rompa con el culto al consumo, a la mercancía y al dinero. Eso supone reconocer la existencia de límites de diversa clase para los seres humanos: naturales, materiales, energéticos, económicos, tecnológicos y sociales, que tornan imposible un crecimiento ilimitado como el postulado por el capitalismo realmente existente, que hoy se exalta como el milagro salvador que va a sacar al capitalismo de la crisis y pretende estar por encima de cualquier tipo de condicionamiento para sostener que no hay ningún tipo de barrera, ni natural ni social, que pueda impedir una expansión incontenible de la acumulación de capital.

Un movimiento anticapitalista en las actuales circunstancias de *crisis civilizatoria* debe plantearse una estrategia doble, que es complementaria y no antagonica: uno, impulsar todas las medidas indispensables para mejorar las condiciones de vida de la población pobre mediante la redistribución mundial y nacional de la riqueza que permita romper con la injusticia y la desigualdad de clase, sin que esto se de por la órbita mercantil que privilegia el afán de lucro, sino mediante la recuperación del valor de uso, la solidaridad y la fraternidad, todo lo cual sólo puede hacerse con una revolución que posibilite el control de los medios de producción por los productores asociados que, por supuesto, requiere como condición fundamental la “expropiación de los expropiadores”; y, dos, replantear en forma radical la noción de progreso tecnológico, proponiendo un programa político y económico que cuestione la producción mercantil y todos sus efectos ambientales y energéticos. Sobre esto último, un tema sobre el que poco se reflexiona en la izquierda, es bueno recordar la recomendación del pensador argentino Mauricio Schoijet:

29. *Ibíd*

El cambio climático y el agotamiento probable de los combustibles fósiles implican probablemente una gran incertidumbre para el futuro del capitalismo, por sus consecuencias económicas y políticas.

La liquidación del automóvil como medio dominante de transporte seguramente implicaría una disminución del producto bruto, luego de la acumulación del capital.

Repito muy brevemente las medidas esenciales que propondría el ambientalismo radical: liquidación o restricción muy severa del uso de los combustibles fósiles para la generación de energía; restricción severa del uso del automóvil; limitaciones a la aviación y al transporte marítimo; limitaciones a la pesca y al uso de fertilizantes industriales (...)³⁰.

Esto, desde luego, supone todo un reto ideológico y político para afrontar la crisis porque implica que las *izquierdas históricas* deben romper con su inveterado culto al progreso, a las fuerzas productivas y a los artefactos tecnológicos generados por el capitalismo, lo cual requiere de un nuevo tipo de educación y politización, puesto que, como dice el autor antes citado, “es imprescindible refundar un movimiento comunista rojo-verde, que ponga en el centro de su actividad política las medidas ambientalistas radicales”³¹.

En esta dirección, hoy, ante la crisis civilizatoria, se precisa complementar dos tipos de crítica, la de Marx a la explotación de los trabajadores, con otra, más reciente, la de la destrucción de las condiciones que permiten la reproducción de la vida. Y esta doble crítica debería recobrar la indignación, aquella que Marx mostró cuando denunció que la búsqueda insaciable de plusvalía por parte de los capitalistas degrada las relaciones humanas. Es la misma indignación se requiere para enfrentar las consecuencias de la crisis ambiental y la transformación climática, ya que “frente a esta posibilidad de una gran perturbación que pondría en peligro la base material de la reproducción social, los sectores dominantes de la burguesía han caído aún más bajo, en una degradación moral sin precedentes, que pone en peligro el futuro de la humanidad en su temerario intento de continuar las prácticas productivas que han creado esta situación”³².

Con relación a esta decadencia moral e histórica de las clases dominantes que representan un régimen económico y social que puede catalogarse

30. M. Scholjet, ob. cit., p. 343.

31. *Ibíd.*, p. 341.

32. *Ibíd.*, p. 344.

como *capitalismo senil*, es imprescindible reivindicar otra ética, la de los límites y la de la autocontención, que deben llevar a plantear la urgencia del decrecimiento en algunos lugares del mundo (en los países altamente industrializados), junto con la redistribución económica allá y en el sur del mundo, como resultado de una modificación revolucionaria en las relaciones de propiedad, como un proyecto político, colectivo y urgente, que claramente reivindique la superación del capitalismo, porque solamente una ruptura con su culto al crecimiento, su consumismo exacerbado y su productivismo sin límites puede evitar la catástrofe. En pocas palabras, porque “la dinámica del capitalismo de consumo masivo desemboca en la aberración de un planeta para usar y tirar. Frente a esto, el ecologismo es insurgente: ¡la Tierra no es desechable!”³³. Por ello, como dicen Adolfo Gilly y Rhina Roux “en el mundo de hoy, razonar con lucidez y obrar con justicia conduce a la indignación, el fervor y la ira, allí donde se nutren los espíritus de la revuelta. Pues el presente estado del mundo es intolerable; y si la historia algo nos dice es que, a su debido tiempo, no será más tolerado”³⁴.

De todas formas, como sucede en todos los momentos históricos decisivos, el futuro no está determinado de antemano, aunque cada vez sea más urgente enmendar el camino hacia el abismo a que nos lleva el capitalismo. En las actuales circunstancias, como señala Guillermo Almeyra, en el corto plazo:

La salida de la crisis, en China y en el resto del mundo, puede tomar dos formas: o la crisis mundial destruye masas enormes de empresas y capitales y, mediante la desocupación masiva, reduce aún más los salarios hasta que las grandes empresas capitalistas sobrevivientes, aunque maltrechas, recomiencen a preparar la crisis siguiente, o, por el contrario, surge un sistema alternativo basado en la satisfacción de las necesidades de la población, en la producción de valores de uso, de medios de consumo, y no de valores de cambio, de cualquier tipo de mercancías para ganar dinero³⁵.

Esas posibilidades existen, y que una u otra se realice depende, en úl-

33. Jorge Riechmann. *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Ediciones La Catarata, Madrid, 2004. p. 113.

34. A. Gilly y R. Roux, ob. cit.,

35. Guillermo Almeyra, “¿Y China, para cuándo?” en *La Jornada*, marzo 1º de 2009.

tima instancia, de la capacidad de todos los sujetos que creen que otro mundo es posible y necesario de refundar un proyecto anticapitalista de tipo ecosocialista, el cual, tal vez, podría expresarse de manera sintética en la actualización de una célebre máxima revolucionaria, de esta manera: “Ecosocialismo o barbarie tecnofascista”.

Bibliografía

- Alley, Richard B. (2007). *El cambio climático. Pasado y futuro*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- Almeyra, Guillermo (2009). “¿Y China, para cuándo?”, *La Jornada*, 1 de marzo.
- Baisre, Julio A. (2008). *S.O.S. Homo Sapiens*, Editorial Científico-Técnica, La Habana.
- Bartra, Armando (2009). “Achicando la crisis. De la crisis múltiple a la recesión”, *La Jornada*, 28 de junio.
- Bello, Walden (2008). “Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo”, *Rebelión*, 6 de octubre.
- Bermúdez, Juan Jesús (2009). “Julio de 2008, cenit del petróleo”, *Rebelión*, junio 22.
- Berstein, Jorge (2009). “La crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente el quinto Kondratieff”, *El Viejo Topo*, nº 253, enero.
- Boff, Leonardo (2009). “El camino más corto hacia el fracaso”, *Rebelión*, 26 de abril.
- Diamond, Jared (2005). *Colapso*, Editorial Debate, Madrid.
- Bourne, Joel K. (2009). “El fin de la abundancia. La crisis alimentaria mundial”, *National Geographic en Español*, junio.
- Brenner, Robert (2009). *La economía de la turbulencia global*, Editorial Akal, Madrid.
- Broszimmer, Franz J. (2005). *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Laetoli, Pamplona.
- Davis, Mike (2007). *Planeta de ciudades de la miseria*, Editorial Foca, Madrid.
- Duncan, Richard C. (2007). *La teoría de Olduvai. El declive final es inminente*, Traducción por Prieto, Pedro. TSCQ, Febrero. En www.crisisenergetica.org/ficheros/TeoriaOlduvaiFeb2007.
- Duncan, Richard citado en Fernández Durán, Ramón. *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, copia a máquina (s.f.)
- Fondo Mundial por la Naturaleza, Informe de Planeta Vivo, 2006 y 2008.
- Funk, Mckenzie (2009). “El Ártico en conflicto”, *National Geographic en Español*, mayo.

- George, Susan (2002). *El informe Lugano*, Editorial Icaria, Barcelona.
- Gilly, Adolfo y Riox (2008). “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”, *Rebelión*, 24 de diciembre.
- Goldblart, David citado en Broswimmer, Franz J. (2002) *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Editorial Laetoli, Pamplona.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Ediciones Akal, Madrid.
- Klare, Michael (2008). *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*, Ediciones Urano, Barcelona.
- Monbiot, George (2009). “Los desplazamientos por el cambio climático han comenzado, pero casi nadie se ha dado cuenta”, *Rebelión*, 21 de mayo.
- Prieto, Pedro y Talens, Manuel (2009). “Michael Moore y el caso de la General Motors: ¿Se avecina el fin del capitalismo?”, *Rebelión*, 12 de junio.
- Riechmann, Jorge (2004). *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Ediciones La Catarata, Madrid.
- Saramago, José (1998). *Ensayo sobre la ceguera*, Editorial Alfaguara, Madrid.
- Schoijet, Mauricio (2008). *Límites del crecimiento y cambio climático*, Siglo XXI Editores, México.
- Velásquez de Castro, Federico (2008). “25 preguntas sobre el cambio climático. Conceptos básicos del efecto invernadero y del cambio climático”, *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires.
- Wallerstein, Emmanuel (1996). *El futuro de la civilización capitalista*, Editorial Icaria, Barcelona.
- Wilson, Edward O. (2002). *El futuro de la vida*, Círculo de Lectores, Barcelona.

Claves sobre la crisis,

la barbarie y el socialismo

RICARDO SÁNCHEZ ÁNGEL¹

La simultaneidad de las crisis

Está en curso una crisis generalizada de la economía mundial, un año largo, con sus componentes regresivos, destrucción de capital, cierre de empresas de todo orden, aumento dramático del desempleo, caída de los precios de las materias primas, aumento de la deuda externa, devaluación de las monedas de los países de América latina, caos del comercio internacional, proteccionismo metropolitano. Estados Unidos ha sido el epicentro, se manifiesta en Europa, Japón y la onda se expande en todo el planeta. Nuestra América ha conocido la caída de las exportaciones, la recesión industrial, desempleo, crisis agraria y la deuda. Colombia no es la excepción.

Una sobreproducción de capital y mercancías estimulada por una especulación financiera y bancaria, creó una situación de la economía e ilusión sobre el apogeo del sistema capitalista y del mercado. El desplome financiero

1. Abogado, Magíster en Filosofía y Doctor en Historia . Profesor Asociado Universidad Nacional de Colombia. Profesor Titular Universidad Externado. Forma parte de la línea en Historia Social y Política del Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas. Integrante del grupo interdisciplinario THESEUS de la Universidad Nacional de Colombia, clasificado por Colciencias en la categoría A . Miembro del comité editorial de la revista virtual *Espacio crítico*

en Estados Unidos precipitó el colapso de la construcción y vivienda -gran multiplicador de la actividad productiva—y del conjunto de la cadena de la actividad económica. La gran industria metalúrgica, automotriz y derivados han sufrido el impacto de esta situación. Es toda la matriz de la economía la que se ha contraído. La bonanza financiera era una creación ficticia de valor y capital, verdadera burbuja que la sociedad consumista alimentó como la panacea. Y a todas estas “el capitalismo accionario”, “la democratización de las empresas”, resultó una enorme operación de captación de los ahorros de las clases medias y de los trabajadores para alimentar la acumulación del capital y la concentración de las ganancias en la cúpula de financieros y altos ejecutivos.

La acumulación del capitalismo venía descansando en los años finiseculares en la sobreexplotación del trabajo con su flexibilización, precarización, desempleo estructural, neocolonización de los recursos naturales del planeta, aumento del intercambio desigual, intereses especulativos a la deuda, comercio e industria armamentista, ofensiva de las multinacionales con pautas monopólicas de explotación y comercio. Todo esto en medio de una oleada de violencias, orgía financiera, desalojo y expropiación.

El punto de inflexión del periodo histórico lo constituye el fin de la onda larga expansiva y del Estado reformista con el pacto social integrador obrero-empresarial: el del Estado de bienestar. A partir de los años setenta comienza una onda larga de estancamiento, con drásticas recesiones como la de 1974-1975; la crisis mundial 1980-1983 y la del Japón durante una década, la crisis mexicana de la deuda, la bancarrota Argentina y las oscilaciones de recuperación y caída en diversos países de Europa. Colombia también ofrece su larga crisis a fines y comienzos de siglo XXI. Este censo es indicativo e incompleto, pero constata el carácter desigual y oscilante de la curva del desarrollo capitalista.

Definidas como periodos históricos, las curvas se incorporan a su configuración con las luchas de clases, las guerras, revoluciones y contrarrevoluciones, las transformaciones sociales como las urbanizaciones y las diásporas, las mutaciones en la cultura, los efectos de las hambrunas, las enfermedades y la destrucción ambiental.

Pues bien, este periodo histórico de onda larga descendente se corresponde con una intensa lucha del capital contra la clase trabajadora y su poder material, como palanca del relanzamiento de la acumulación. Los cambios en el modo de producción y la organización social del trabajo, se relacionan directamente con esta tendencia orgánica del capital.

Las guerras se han mantenido como expresión permanente del orden-desorden de la globalización neocapitalista. La guerra es una manera de controlar el petróleo en una realidad de crisis energética, con la invasión de Estados Unidos a Iraq, obtener primacías geopolíticas con el genocidio de los palestinos a manos de Israel, mantener caliente la economía de guerra para la guerra, como sucede en Colombia y Afganistán. El curso de la guerra y el armamentismo es demasiado amplio, su economía está por encima de la muy rentable del tráfico de drogas duras, y es uno de los primeros renglones en los inventarios financieros en la sociedad criminal. La guerra contra el terrorismo y las drogas es necesaria para el modelo de acumulación vigente, con resultados contra las libertades, los pueblos indígenas y campesinos, y el control imperial sobre el tráfico aéreo y marítimo, la movilidad de las personas y la soberanía nacional. El nuevo Imperialismo que señala la geopolítica mundial en el epicentro del petróleo y las guerras, la recolonización y neocolonización en el mundo².

Las políticas neoliberales fueron aplicadas durante las últimas tres décadas para coadyuvar a esta fase del capitalismo histórico, reforzando sus tendencias mercantilistas que han invadido la naturaleza y todas las actividades humanas. Acompañando la expansión del sistema y el modelo al ámbito de la globalización financiera³.

La crisis en curso también es social, creando una estructura global de desempleo nuevo –más de 50 millones estima la OIT-, reforzando la pobreza, el hambre y el abandono, haciendo a las mayorías naufragos del planeta, los condenados de la tierra. La bitácora es clara: desaceleración, recesión, depresión. Barbarie como hilo unificador.

El modelo económico llevó a una crisis alimentaria a amplias zonas de

2. Ver Harvey, David. "El nuevo Imperialismo", *Cuestiones de antagonismo*, n° 26, Madrid, 2004. Rosa Luxemburgo Señaló: "El militarismo ejerce en la historia del capital una función perfectamente determinada. Acompaña los pasos en todas sus fases históricas... Hay que agregar a esto, todavía, otra importante función. El militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campo de acumulación" (p. 352). Y más adelante: "... la historia diaria de la acumulación del capital en el escenario del mundo se irá transformando más y más en una cadena continuada de catástrofes y convulsiones políticas y sociales que, junto con las catástrofes económicas periódicas en forma de crisis, harán necesaria la rebelión de la clase obrera internacional contra la dominación capitalista, aún antes de que haya tropezado económicamente con la barrera natural que se ha puesto ella misma" (p. 363). En Luxemburgo, Rosa. *La acumulación del Capital*. México, Editorial Grijalbo, primera edición, 1967.

3. Para el caso colombiano, ver Estrada, Jairo. *Capitalismo Criminal y Organización Mafiosa de la Sociedad*. Y Ricardo Sánchez Ángel. "Claves de la Ilegitimidad", *Revista CEPA*, n° 3, abril, 2007.

los países asiáticos, africanos y de América latina, y tiende a agravarse de acuerdo con la FAO. La destrucción ambiental es producto directo de la producción capitalista, multinacional, del estilo consumista de la sociedad de masas y de la primacía del paradigma del liberalismo comercial.

El desarrollo del capitalismo hasta su actualidad tardía se acompaña de una reproducción de todas las formas de explotación en forma simultánea al igual que de dominación, articuladas a las necesidades de reproducción del capital.

La tradición teórica

La historia de las teorías de las Ondas y los ciclos de la economía, comienza con el análisis del industrial-comercial por Marx, el cual surge como el resultado de la acumulación, su sobreacumulación y la subsunción. Es el movimiento de ascenso, caída y revitalización de la tasa de ganancia. En vez de ir más allá de Marx, soy de los que insisten en volver a él, a sus análisis, discusiones y errores⁴.

Esta teoría es continuada en forma integral, interrelacionada, por los marxistas Parvus, Kautsky, Van Gelderen y Trotsky⁵⁶. Pero como lo señala Ernest Mandel, el más importante teórico renovador de la teoría de las ondas, “Los marxistas, paradójicamente, han vuelto de forma resuelta la espalda al concepto desde que éste fue adoptado por economistas académicos como Kondratiev, Schumpeter, Siminard y Dupuiez”⁷.

Carlos Kautsky presentó una exposición de la crisis en su larga polémica con Bernstein en forma razonada y documentada y se puede leer con

4. Ernest Mandel da esta orientación bibliográfica sobre el tratamiento de Marx a las crisis: “Se trata sobre todo del cap. XVII de las *Teorías sobre la plusvalía*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1974, t. II, pp. 405-67; de los cap. XV y XXX del tomo III de *El Capital*, cit.; de los caps. XVI, XX y XXI del tomo II de *El Capital*; y del pasaje sobre las crisis del *Anti Dühring* de Engels, que fue revisado y corregido, si no escrito, por el propio Marx. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1973, pp. 223-25, 231-33”. En Mandel Ernest. *La Crisis 1974-1980. Interpretación marxista de los hechos*. México, Editorial Era, 1980, Nota de pie de página 114, p. 298. De igual forma, en Mandel, Ernest. *La formación del pensamiento económico de Marx. De 1843 a la redacción de El Capital. Estudio genético*. México, Décima edición, Siglo XXI editores, 1980, cap. 5.

5. Ver Mandel, Ernest. *Las Ondas largas del desarrollo capitalista: la interpretación marxista*, Capítulo 1, *Las ondas largas: Las pruebas empíricas y su explicación por medio de las fluctuaciones de la tasa media de ganancia*. Madrid, Siglo XXI de España editores, 1986.

6. Ver Trotsky, León. “La curva del desarrollo capitalista”, *Críticas de la Economía Política*, Edición latinoamericana. n° 3, México, abril-junio de 1977.

7. Mandel, Ernest. Ob. cit., p. 1.

provecho, con sentido de actualidad. No queda mal una visita al maestro de la socialdemocracia originaria, a quien Lenin consideró un sucesor digno de Marx y Engels. Vino luego lo del renegado y la ruptura de Lenin, Luxemburgo y Trotsky con él. La escisión entre el marxismo de la II Internacional donde Kautsky fue jefe y la III donde ejercieron su dirección los dirigentes del bolchevismo.

Para Kautsky las crisis son hechos reales que como tales sacuden el funcionamiento del sistema capitalista y merecieron la atención temprana de Marx: “no ha inventado el ciclo de las crisis, lo ha observado y lo ha dado a conocer”. Comenta que poco importa si las crisis se presentan cada diez años, lo que importa es que se renuevan periódicamente. Con precisión señala que las crisis son resultado y no estructura, aunque se corresponden de manera íntima con el modo de producción capitalista.

Presenta una síntesis del movimiento del capital así:

Así es como todo aumento sensible de la demanda extiende rápidamente la producción mucho más allá de las necesidades. Este exceso de producción va seguido de una paralización en la venta, de una baja en los precios, de una limitación en la producción, de numerosas quiebras, en una palabra, de una crisis⁸.

En una aplicación del materialismo histórico, en el sentido de las interrelaciones entre ciclo económico y ciclo de la lucha de clases Kautsky nos presenta esta reseña histórica:

Hemos tenido grandes crisis industriales en 1815, 1825, 1836, 1847, 1857. Entonces ocurrieron las grandes guerras, la de Italia, la de Secesión americana, la danesa, la austroprusiana, la francoalemana. Desde entonces ha fallado la ley empírica y aproximativa del ciclo decenal. En 1873 ocurrió la gran crisis general, y una depresión de duración desusada de quince años. Por fin, hacia el año 1890 en la República Argentina, en 1893 en los Estados Unidos, y desde hace tres años aproximadamente gozamos una era de prosperidad general. ¿Es el signo precursor de una nueva crisis o el principio de una época duradera de felicidad capitalista sin mezcla?⁹

¿No hemos oído en círculos universitarios y sociales, la afirmación vacía de

8. Kautsky, Carlos. *La doctrina socialista. Réplica al libro de Bernstein: Socialismo Teórico y práctico*. Argentina, Editorial Claridad, 1966, pp. 176-177.

9. Kautsky, Carlos. *La doctrina socialista. Réplica al libro de Bernstein: Socialismo Teórico y práctico*. *Ibíd.*, p. 175.

que “en semanas el capitalismo se derrumba”?. Desde que existen crisis este presagio suele exhibirse. Quien lo presentó con credenciales de alta alcurnia marxista fue Edward Bernstein en su libro *El Socialismo Teórico*. En verdad, tal como lo advierte el erudito Kautsky, Marx y Engels no han formulado una teoría especial del derrumbamiento. Y señala: “la palabra es de Bernstein”¹⁰. Para el gran revisionista, los fundadores del Marxismo esperaban que el socialismo sería una consecuencia del derrumbamiento del capitalismo “que resultaría de la acumulación del capital y de las crisis cada vez más terribles que se producían. Bernstein no hablaba de lucha de clase del proletariado”¹¹, omitiendo a juicio de Kautsky lo más importante y lo más natural.

Ante la actual crisis del capitalismo como sistema y del ciclo recesivo como tal, este debate contra el derrumbe y la catástrofe que nos entregará el socialismo como criatura con vida propia, hay que volver a asumirlo. Porque la lucha es inevitable contra el capital con ésta crisis o sin ella, para evitar que la barbarie se expanda de manera triunfante. El texto de Trotsky al igual que su informe al Tercer Congreso de la Internacional Comunista (1921), resultó un aporte provechoso por su carga de lucidez histórica y teórica. En el congreso se refirió al asunto de la curva y los ciclos refiriéndose a las revoluciones de 1848, 1905 y a los años rusos de la revolución 1920-1921.

La discusión entre el marxismo económico y el político expresa el interés por esclarecer los complejos componentes y sus interrelaciones entre la base material y económica, la forma de la producción y el mercado, la conformación de las clases, sus luchas, y el desarrollo del Estado, los partidos, las formas ideológicas, artísticas e intelectuales. En un arco histórico que rebasa cualquier reflejo metafórico entre base y superestructura y refuta el economicismo que todo lo subsume a la forma productiva y no capta que es en último análisis que lo económico es determinante.

Entre el ciclo de prosperidad y el de estancamiento no hay causalidad directa, mecánica sobre la lucha de clases y su dinámica política. Trotsky estableció: “Ni el empobrecimiento ni la prosperidad como tales pueden conducir a la revolución, sino los cambios de prosperidad a empobrecimiento, las crisis, la mutabilidad, la ausencia de estabilidad, estas son las fuerzas motrices, los factores que causan la revolución”.

10. Kautsky, Carlos. *La doctrina socialista. Réplica al libro de Bernstein: Socialismo Teórico y práctico*. Ob. cit., p. 63.

11. Kautsky, Carlos. *La doctrina socialista. Réplica al libro de Bernstein: Socialismo Teórico y práctico*. *Ibíd.*, p. 65.

Cuando Trotsky afirmó esto tenía en mente el texto de Federico Engels, *Introducción a las luchas de clases en Francia 1848-1850* que citará en su artículo sobre *La Curva del Desarrollo Capitalista*. En este texto, se diferencia la estructura y la dinámica de lo económico que descansa en las fuerzas productivas y el mercado de los ciclos que son derivados del desarrollo y constituyen un resorte dialéctico indispensable en el capitalismo. Agrega: “Los puntos de crisis de la coyuntura industrial-comercial nos llevan a aproximarnos a los nudos críticos de la red del desarrollo de las tendencias políticas, la legislación y todas las formas de ideología”¹².

No hay solo recurrencia de los ciclos, una mera repetición, sino un desarrollo dinámico, haciendo de los ciclos industriales comerciales de carácter distinto en cada periodo. A su vez, las interrelaciones de la sociedad capitalista en su conjunto anudan las fuerzas internas con las externas definiendo las épocas históricas.

Así sintetiza Trotsky:

La adquisición del capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, como consecuencia de éstos últimos hechos, esos momentos históricos mayores como las guerras y las revoluciones en el orden superestructural, determinan el carácter y el cambio de las épocas ascendentes, estancadas y decadentes del desarrollo capitalista¹³.

Se trata de un pensamiento histórico –la superioridad del marxismo– y no el mero análisis económico o político lo que se propone. De allí, que la fórmula sea establecer la curva del desarrollo capitalista, en sus fases constantes y periódicas, sus pautas de expansión, ruptura y su dinámica internacional. En la tendencia constante a la centralización y concentración al igual que a la competencia. La curva está pensada como desarrollo desigual y combinado que tanto Trotsky como Lenin, utilizaron para sus análisis¹⁴.

Un desarrollo creativo de esta teoría histórica de la Curva del Desarrollo es la formulada por Ernest Mandel en *El Capitalismo Tardío y Las Ondas Largas del Desarrollo Capitalista*. Se comparte que no existe ninguna lógica interna automática del capitalismo que pueda conducir de una onda larga

12. Trotsky, León. *La Curva del Desarrollo Capitalista*, ibíd., p. 7.

13. Trotsky, León. *La Curva del Desarrollo Capitalista*, ibíd., p. 9.

14. De Lenin especialmente contundente es su aplicación en *Sobre El Impuesto en Especie. Significación de la Nueva Política y sus condiciones* (1921). En *Obras Escogidas*, tomo III, Moscú, Editorial Progreso, 1970. Trotsky formula la ley del Desarrollo Desigual y Combinado en la introducción a la *Historia de la Revolución Rusa*.

depresiva a una expansiva. Los factores exógenos, extraeconómicos vienen a concurrir en forma decisiva en la explicación de los cambios de la tasa media de ganancia, de su caída en 1848, 1893 y 1940-1948 a sus ascensos.

A su vez, las revoluciones científico-técnicas aplicadas a la producción, han tenido como presupuesto a formas diferentes de reorganización del trabajo. La transición de una forma social de organización del trabajo a otra, se acompaña siempre de una intensa lucha de clases. Los procesos de la revolución científico tecnológica, de cambios en la forma de organización del trabajo y de la lucha de clases constituyen una unidad diversa, heterogénea, del proceso histórico. Esta aclaración de Mandel es necesario tenerla en cuenta:

Y aunque los ciclos largos de la lucha de clases y su interrelación con la búsqueda de una transformación radical del proceso de organización del trabajo deben integrarse en este análisis, hay que subrayar su relativa autonomía, así como el papel decisivo que desempeña el factor subjetivo a la hora de determinar si una fase inevitable de lucha de clases exacerbada (fase que es naturalmente el resultado directo de una crisis a largo plazo en la valorización del capital) acabará en una derrota o una victoria de la clase obrera¹⁵.

Las ondas largas son empíricamente demostrables con medias estadísticas en cortes temporales. No hay nada formal, ni posible de empaquetar. “Representan realidades históricas, segmentos de la historia global del modo de producción capitalista que poseen unos rasgos claramente distintivos. Por esa misma razón son de duración irregular”¹⁶. La periodización histórica de las Ondas Largas en el capitalismo tiene esta propuesta:

1789-1848: periodo de la revolución industrial, de las grandes revoluciones burguesas, de las guerras napoleónicas y de la constitución de un mercado mundial para los productos industriales: fase “ascendente”, 1789-1815/25; fase “descendente”, 1826-1848.

1848-1893: periodo del capitalismo industrial de “libre competencia”: fase “ascendente”, 1848-1873; fase “descendente”, 1873-1893 (larga depresión del capitalismo de libre competencia).

15. Mandel, Ernest. *Las Ondas Largas del Desarrollo Capitalista*. La interpretación marxista. Ob. cit., p. 49.

16. Mandel, Ernest. *Las Ondas Largas del Desarrollo Capitalista*. La interpretación marxista. *Ibíd.*, p. 85.

1893-1913: apogeo del imperialismo y del capital financiero clásicos; fase “ascendente”.

1914-1940: inicio de la época del declive del capitalismo, de las guerras imperialistas, las revoluciones y contrarrevoluciones; fase “descendente”.

1940/48-?: capitalismo tardío surgido de la tardanza histórica de la revolución mundial y de las grandes derrotas de la clase obrera en los años treinta y cuarenta, pero acompañado de fenómenos posteriores de declive y descomposición del sistema: fase “ascendente” (pero limitada a un área geográfica significativamente reducida), 1940/48-67; fase “descendente”, 1968-?¹⁷.

Cada crisis tiene sus particularidades en el curso del capitalismo histórico, pero sus causas específicas distan de ser únicas y excepcionales. Expresan una tendencia manifiesta del comportamiento del sistema capitalista.

De acuerdo a Ernest Mandel, la fecha del estallido de las crisis se sitúa en el país que domina el mercado mundial. Así, Gran Bretaña antes de la primera guerra mundial y Estados Unidos después de esta guerra. La historia del capitalismo hasta la crisis general de 1974-1975 ha conocido la cifra de 21 crisis de sobreproducción a intervalos más o menos regulares: las crisis de 1825, 1836, 1847, 1857, 1866, 1873, 1882, 1891, 1900, 1907, 1913, 1921, 1929, 1937, 1949, 1953, 1958, 1961, 1970, la de 1974-1975¹⁸ y la de 1980-1983. Cada una de estas crisis con su propia intensidad y amplitud.

Después de 1968 comenzó una reanimación concomitante con una ofensiva en toda la línea del capital contra los trabajadores, con la política de austeridad y el incremento del desempleo en búsqueda de la tasa de plusvalor y la tasa de ganancia.

Pero tales avances de la patronal encontraron duras resistencias en la clase trabajadora en Europa y Estados Unidos. Estalló la recesión generalizada en 1974-1975 precedida del boom especulativo 1972-1973, y luego el intento de relanzar la dinámica del desarrollo con los esquemas de recorte a los derechos de los trabajadores, desempleo y caída del salario encontrando de nuevo la resistencia de la clase trabajadora a escala internacional.

Adolfo Gilly nos da esta propuesta de la curva revolucionaria del Siglo XX, que hay que leer en concordancia con las ondas del capitalismo:

Desde la Comuna de París las revoluciones han tenido su sello proletario, social,

17. Mandel, Ernest. *Las Ondas Largas del Desarrollo Capitalista*. La interpretación marxista. *Ibid.*, p. 92. Una versión más amplia de esta periodización está en Mandel, Ernest. *Sobre las Ondas Largas*, capítulo 4 de *El Capitalismo Tardío*, México, ediciones ERA, 1979, pp. 127-130.

18. Ver Mandel, Ernest. *La Crisis 1974-1980. Interpretación marxista de los hechos*. Ob. cit.

democrático y nacional. Han adquirido una personalidad internacional definida: México (1910), Rusia (1917), China (1949), Bolivia (1952), Corea (1953), Vietnam (1954), Argelia (1954), Guatemala (1954), Egipto (1956), Hungría (1956), Cuba (1959), Checoslovaquia (1968), Angola, Mozambique, Guinea-Bissau (60-70), Chile (1970-1973), Irán (1979), Nicaragua (1979), El Salvador (1980), Granada (1983)¹⁹.

A esto se agrega Venezuela (1989), Bolivia y Ecuador en años recientes.

Debemos a Ernest Mandel el estudio de ésta crisis y el desarrollo de la nueva situación económica en su libro *La Crisis 1974-1980*. La reanimación de la economía mundial y sus oscilaciones al alza, se dieron en el curso de una onda larga con tendencia al estancamiento. Para 1976 la reactivación se encontró que era débil y a costo de un desempleo crónico, con inflación, vacilante, sin lograr sus propósitos acumulativos.

La importancia de la recesión de 1974-1975 en el ciclo 1972-1980 radica en su carácter general, internacional, combinando cinco crisis de diferente naturaleza. Estas son: 1. Una crisis clásica de sobreproducción; 2. La inversión de la onda larga expansiva hacia una depresión; 3. Una nueva fase de la crisis del sistema imperialista; 4. Una crisis social y política agravada en los epicentros metropolitanos que se corresponde con un ciclo específico ascendente de las luchas de los trabajadores quienes enfrentan de manera combativa el traslado de la crisis del capital al trabajo.

5. La conjunción de esas cuatro crisis con la crisis estructural de la sociedad burguesa que actúa profundamente desde hace más de un decenio acentúa *la crisis de todas las relaciones sociales burguesas* y más particularmente *la crisis de las relaciones de producción capitalistas*. La credibilidad del sistema capitalista como garante del constante mejoramiento del nivel de vida, del pleno empleo y de la consolidación de las libertades democráticas queda considerablemente socavada, en función de las repercusiones de la recesión.

“Ondas largas con tendencia al estancamiento” no implican en absoluto una depresión permanente de la producción material, que se extendería en veinte-veinticinco años. Estas se caracterizan por una sucesión de crisis de sobreproducción y de periodos de reactivación y de aumento de la producción, exactamente como las “ondas largas de tendencia expansiva”. El ciclo sigue funcionando como tal. La diferencia es que durante las “ondas largas de tendencia expansiva”, las fases de recesión son más cortas y menos profundas,

19. Ver Gilly, Adolfo. *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el Siglo XX*. México, La jornada Ediciones, 2002, p. 35.

las fases de reactivación y de boom más largas y más prósperas. Al contrario, durante las “ondas largas con tendencia al estancamiento”, las recesiones son más largas y más profundas, las reactivaciones más cortas y menos expansivas, topándose con dificultades para transformarse en fases de prosperidad propiamente dicha. ¡Acabamos de vivir una contundente confirmación de ello!²⁰

La barbarie leprosa

El pensamiento de Marx-Engels se apartó de una idea del progreso liberal, de un constante mejoramiento de lo social, al afirmar lo inevitable de las crisis y la necesidad de la revolución como realizadora de la emancipación en todos los órdenes. Es conveniente recordar a Marx en este concepto luminoso:

Las leyes de beneficencia pueden ser consideradas como un corolario de esta teoría. Exterminio de las ratas. Arsénico. *Workhouses*. Pauperismo, en general. De nuevo el infierno, dentro de la civilización. Reaparece la barbarie, pero naciendo de nuevo de la entraña de la civilización y formando parte de ésta; es, por tanto, una barbarie leprosa, la barbarie como la lepra de la civilización. Las *Workhouses*, Bastillas del obrero. Separación de hombre y mujer²¹.

La expresión de la barbarie no es exterior al capitalismo actual, ni su expresión se da solo en las guerras: Ni una vuelta al pasado sino algo inextricablemente ligado a la forma del capitalismo actual. Barbarie y progreso son las dos caras de la misma moneda. Asunto que la revolución científico-técnica no superó sino que ratificó y desarrolló²².

Desde que Rosa Luxemburgo caracterizó el capitalismo de “*la belle époque*” y la primera guerra mundial, esta tendencia a la barbarie como fuerza del capitalismo no ha dejado de existir, avanza, acecha:

Avergonzada, deshonrada, nadando en sangre y chorreando mugre; así vemos a la sociedad capitalista. No como la vemos siempre, desempeñando papeles de paz y rectitud, orden, filosofía, ética, sino como bestia vociferante, orgía de anarquía, vaho pestilente, devastadora de la cultura y la humanidad: así se nos aparece en toda su horrorosa crudeza²³.

20. Mandel, Ernest. *La Crisis 1794-1980. Interpretación marxista de los hechos*. Ob. cit., pp. 246-248

21. Marx, Carlos. *El Salario*. En Carlos Marx, Federico Engels. *Escritos económicos varios*. Colección Ciencias Económicas y Sociales, México DF, editorial Grijalbo, 1966, p. 179

22. Ver Ricardo Sánchez Ángel. *Huelga: Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009.

23. Luxemburgo, Rosa. *El folleto Junius. La crisis de la socialdemocracia alemana*. En

La Rosa Roja destacó su visión recordando al maestro Federico Engels:

Federico Engels dijo una vez: La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie y se pregunta ¿Qué significa “regresión a la barbarie” en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. *Esta guerra mundial* es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias. Así nos encontramos, hoy tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras. Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el futuro de la cultura y la humanidad. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada brutal y asesina ha precipitado la balanza, con sobrecogedora brutalidad, a las profundidades del abismo de la vergüenza y la miseria. Si el proletariado aprende *a partir de* esta guerra y en esta guerra a esforzarse, a sacudir el yugo de las clases dominantes, a convertirse en dueño de su destino, la vergüenza y la miseria no habrán sido en vano.²⁴

Esta tradición marxista, en lucha contra la concepción de progreso de la social-democracia y de la historia como etapas sucesivas del estalinismo se va a enriquecer con *Las Tesis Sobre El Concepto de Historia*, de Walter Benjamin en su doble acepción de ángel de la historia y de la revolución. Allí la crítica a la idea mixtificadora del progreso en sus distintas variantes se sintetiza en el aserto de la Tesis VII: “No hay ningún documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie”²⁵.

Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, tomo II. Bogotá, editorial Pluma, 1976, p. 61.

24. Luxemburgo, Rosa, *ob. cit.*, p. 70-71.

25. Ver Lowy, Michael. *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2002. Ver Ricardo Sánchez Ángel. *El Ángel de la Revolución*. V Seminario Internacional Marx Vive, Alternativas y gobiernos alternativos en América Latina. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006. También fue publicado en la revista *Praxis Filosófica* n° 27 (julio-diciembre), Departamento de Filosofía, Universidad del Valle, 2008. pp. 121-134.

Para István Mészáros, la aproximación al concepto de barbarie es diferente a la que estoy presentando, ya que la fórmula de Rosa Luxemburgo hay que ubicarla en una perspectiva que en la primera versión de Marx estaría situado “en el último horizonte histórico de las contradicciones en evolución. De acuerdo con su visión, en un futuro indeterminado los individuos serían forzados a enfrentar el imperativo de tomar decisiones acertadas con relación al orden social a ser adoptado, para salvar su propia existencia”²⁶.

Para Rosa, no hay una línea histórica única del desarrollo, un horizonte inevitable sino varios. Como en el verso de Antonio Machado, se hace camino al andar. El papel consciente, programático de la clase trabajadora es el de decidir el rumbo, en una tarea que no admite sustitutos: la liberación de los trabajadores es obra de los mismos trabajadores²⁷.

Las respuestas

El gobierno del presidente Barak Obama está dando respuestas convencionales, acudiendo al expediente del nekeynesianismo, manteniendo la perspectiva de la socialización de las pérdidas y privatizando las ganancias. Salvar los bancos y las corporaciones, que son los responsables de la catástrofe, con nacionalización a través de intervenciones y controles estatales sin tocar la bolsa de los grandes financieros. Está en curso una acción de los empresarios “buitres”, quienes prestan para apropiarse, ejercen el control corporativo, realizando una variedad de transacciones, fusiones, recapitalizaciones y liquidaciones. Son los caballeros y capitanes del capitalismo, usufructuando la crisis. Si, verdaderos buitres, o como los llaman los mexicanos, Coyotes.

Tal línea de acción de Obama se replica con variantes en otros centros del capitalismo internacional. Esta política económica de Obama la aprecia así Walden Bello:

Como medidas preferentes para evitar una depresión, el paquete de estímulos de 787.000 millones de dólares del Presidente Barack Obama, así como los estímulos públicos ofrecidos en Europa y en la China, son clásicamente keynesianos. La medida del triunfo de Keynes, después de casi 30 años en la oscuridad, se puede

26. Mészáros, István. *Socialismo o Barbarie. La alternativa al orden social del capital*. Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2009.

27. Ver Lowy, Michael. “La significación Metodológica de la Consigna Socialismo o Barbarie”, Capítulo VI de *Dialéctica y Revolución*, pp. 101-113. México, Quinta edición, Siglo XXI Editores, 1983.

ver en el impacto punto menos que marginal del discurso público de gentes como el republicano Russ Limbaugh, el Instituto Cato y otras especies de dinosaurios neoliberales, con sus jeremiadas sobre la “gran deuda que se pasa a las generaciones futuras”²⁸.

Con Obama se reeditan las políticas del *New Deal* de Roosevelt: “Como Roosevelt, no se ata a fórmulas del *ancien régime*. Como Lula y como Roosevelt, es un pragmático cuyo criterio básico es el éxito en la gestión social”²⁹. El Neokeynesianismo es más una técnica que un programa y sus alcances suelen ser coyunturales:

Entre otras cosas, el keynesianismo es principalmente un instrumento para reavivar las economías nacionales, y la globalización ha complicado enormemente este problema. En las décadas de 1930 y 1940 reavivar la capacidad industrial en economías capitalistas relativamente integradas era cosa que tenía que ver sobre todo con el mercado interior. Actualmente, con tantas industrias y servicios transferidos o deslocalizados hacia zonas de bajos salarios, los programas de estímulo de tipo keynesiano que ponen dinero en manos de los consumidores para que los gasten en bienes tienen un impacto mucho menor como mecanismos de recuperación sostenible³⁰.

Las nacionalizaciones son necesarias a condición de que sean un camino a la solución planificada de la crisis mediante la participación y control ciudadano y de los trabajadores. Que implique que las altas finanzas, los portadores de las inmorales ganancias, paguen.

Las civilizaciones humanas han sido llevadas en esta era de capitalismo tardío a una encrucijada: de un lado la barbarie que nos rodea y que puede agravarse; y de otro la necesidad de cambiar el curso de los acontecimientos en forma colectiva y democrática con un programa de salvación de la humanidad alternativo al hipercapitalismo, el socialismo liberado y liberador³¹.

28. Bello, Walden. *Keynes: ¿Un Hombre actual?*, disponible en www.rebellion.org, julio 19 de 2009, p. 2.

29. Bello, Walden. *La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda*. Conferencia dictada en Berlín, el 21 de Marzo, en el marco de la Conferencia sobre la Crisis Global, organizada por el Partido de la izquierda alemán. P. 10.

30. Bello, Walden. *Keynes: ¿Un hombre actual?*, ob. cit., p. 4.

31. Ver Ricardo Sánchez Ángel. *Solo el socialismo liberado puede ser liberador. Claves para el socialismo del Siglo XXI*. Conferencia dictada en el marco del

Las crisis actuales tienen que ser enfrentadas con la movilización de la clase trabajadora, la acción revolucionaria como praxis sociocultural que rescate el programa de transición hacia el Socialismo Liberador y Liberado. Para Nuestra América implica la unidad de un conjunto de países y de todo el continente, una especie de renacimiento de la Gran Colombia en estos tiempos de bicentenario. Comenzando por la ciudadanía y nacionalidad comunes, unidad monetaria y cambiaria, comercio común, integración de la infraestructura energética y de todos los servicios. Una confederación de repúblicas con instituciones representativas, unitarias, constitución y leyes, reforma agraria, derechos indígenas y afrodescendientes.

No existe otra alternativa, de raíz revolucionaria que permita la democracia real con soberanía, control y propiedad nacional y de los trabajadores de los recursos naturales, energéticos y de los complejos comerciales e industriales. La revolución no es el socialismo pero este no es posible sin la revolución. Esta es la aplicación de la revolución permanente de Marx a nuestro continente y época.

Bibliografía

Bello, Walden (2009). *La crisis capitalista y la respuesta política de la izquierda*.

Conferencia dictada en Berlín, el 21 de marzo, en el marco de la *Conferencia sobre la Crisis Global*, organizada por el Partido de la izquierda alemán.

(2009). *Keynes: ¿Un Hombre actual?*, disponible en www.rebellion.org, 19 de julio.

Estrada, Jairo (2007). "Capitalismo criminal y organización mafiosa de la sociedad", *Revista CEPA*, n° 3, Bogotá, abril.

Gilly, Adolfo (2002). *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el Siglo XX*, La Jornada Ediciones, México.

Harvey, David (2004). "El nuevo imperialismo", *Cuestiones de antagonismo*, n° 26, Madrid.

Kautsky, Carlos (1966). *La doctrina socialista. Réplica al libro de Bernstein: Socialismo Teórico y práctico*, Editorial Claridad, Argentina.

Lenin, Vladimir Ilich (1921). "Sobre el impuesto en especie. Significación de la nueva política y sus condiciones", *Obras Escogidas*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1970.

"III Simpósio Lutas Sociais na América Latina" realizado del 24 al 26 de septiembre de 2008, en la Universidad Estadual de Londrina en Brasil.

- Lowy, Michael (2002). *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. Editorial Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Luxemburgo, Rosa (1976). “El folleto Junius. La crisis de la socialdemocracia alemana”, *Obras Escogidas*, tomo II, Editorial Pluma, Bogotá.
- (1967). *La acumulación del Capital*. Editorial Grijalbo, primera edición, México.
- Mandel Ernest (1980) *La Crisis 1974-1980. Interpretación marxista de los hechos*. Editorial Era, México.
- (1980). *La formación del pensamiento económico de Marx. De 1843 a la redacción de El Capital. Estudio genético*, 10ª edición, Siglo XXI editores, México.
- (1986). *Las Ondas largas del desarrollo capitalista: la interpretación marxista*. Siglo XXI de España editores, Madrid.
- Marx, Carlos (1962). “El Salario”, en Carlos Marx, Federico Engels. *Escritos económicos varios*. Editorial Grijalbo Colección Ciencias Económicas y Sociales, México DF.
- Mészáros, István (2009). *Socialismo o Barbarie. La alternativa al orden social del capital*. Ediciones Desde Abajo, Bogotá.
- Sánchez Ángel, Ricardo (2007). “Claves de la Ilegitimidad”, *Revista CEPA*, n° 3, Bogotá, Abril.
- (2006). “El Ángel de la Revolución”. *V Seminario internacional Marx Vive, Alternativas y gobiernos alternativos en América Latina*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. También fue publicado en la *Revista Praxis Filosófica* n° 27 (julio-diciembre), Departamento de Filosofía, Universidad del Valle, 2008.
- (2009). *Huelga: Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- (2009). *Sólo el socialismo liberado puede ser liberador. Claves para el socialismo del Siglo XXI*. Artículo inédito.
- Trotsky, León. (1977). “La curva del desarrollo capitalista”, *Críticas de la Economía Política*, Edición latinoamericana, n° 3, México, abril-junio.

Crisis económica mundial:

entre una realidad objetiva y una

subjetividad diferenciada

NELSON FAJARDO¹

Terminada la confrontación entre los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas –URSS–, se propagó la idea del arribo a un mundo libre y democrático en el que las crisis harían parte de las piezas del pasado y entraríamos por la senda de unas sociedades en paz, en las que el individuo estaría en el centro, libre tanto de la opresión del Estado, como de los conflictos de clases. Así arribaríamos a una sociedad poscapitalista.

Precisamente, la crisis económica mundial del momento parece poner en duda esas certezas ideológicas del capitalismo triunfante en 1991, y es precisamente eso lo que tenemos que estudiar para dar respuestas que conduzcan a una acción política verdaderamente liberadora de la apología y la distorsión de la teoría –que pretenden ocultar la realidad en su expresión objetiva–, por una parte, y permitan, además, caracterizar lo que está sucediendo y derivar sus efectos sobre la conciencia política y la

1. Magister en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, Economista de la Escuela Superior de Berlín/ Alemania, Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá, Colombia.

perspectiva que se puede sugerir. Desde luego, valga la aclaración, se trata, en primera instancia, de puntos de reflexión para el debate.

La derrota de la apología del fin de la historia

El final de la confrontación entre los Estados Unidos de América y la URSS generó una euforia sin límites en los círculos del capital mundial que los condujo a declarar, a través de sus ideólogos de cabecera y sus áulicos, el fin de la historia, basados en una especie de círculo hegeliano que conlleva el encuentro entre su cierre y su final para dar cuenta de un punto de inflexión que impediría trascender la historia. Según éste ejercicio hegeliano, el sistema quedaría liberado de ruidos trascendentales que lo interfirieran y pretendieran negarlo. Dicha liberación, en palabras del apologista Francis Fukuyama, consistía en la consolidación definitiva por todo el globo terráqueo de la democracia liberal plena y el libre mercado como únicas opciones posibles para acceder, igualmente, al pleno progreso de la humanidad.

La práctica y el devenir histórico de la realidad vienen demostrando que estas salidas no han traído el resultado esperado; más bien, lo que se confirma es la existencia de un sistema capitalista ensimismado que, a partir de su lógica, es depredador, destructor y enemigo de la humanización de la humanidad. En el plano de la economía política, la crisis del capital mundial confirma sus ciclos largos; ciclos que agudizan la lucha de clases del proletariado mundial contra la lógica depredadora y destructora del capital y en la búsqueda de salidas que trasciendan el sistema basado en él.

Teorías de las crisis económicas del capitalismo

Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, entre otros pensadores del siglo XIX y principios del siglo XX, fueron quienes descubrieron y fundamentaron, a partir del estudio de la realidad capitalista, la existencia de los ciclos económicos; estudios que fueron profundizados por diversas corrientes marxistas a lo largo y ancho del siglo XX. Entre los pensadores más destacados tenemos a Kondratiev, Leontiev, Eugen Varga y Ernesto Mandel.

Se trata de un cúmulo teórico que contiene una rica diversidad de enfoques, posturas analíticas y reflexiones críticas que requieren ser rescatadas del ostracismo a que las llevó la visión “poscapitalista y neoliberal”. Independientemente de esta diversidad en la riqueza, hay que empezar por rescatar la versión de Marx.

Según Marx, “las crisis son siempre sólo soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que reponen

por un momento el equilibrio perturbado”². A partir de esta definición se deriva que la causa decisiva de las crisis en el capitalismo radica en *la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista*.

De dicha contradicción fundamental del capitalismo se originan otras –principales, secundarias y complementarias–, de las cuales vale destacar la contradicción entre producción y mercado, producción y consumo, organización de los capitales particulares y anarquía de producción total en competencia de la sociedad; tal complejidad de contradicciones ha configurado en la realidad un ciclo económico que partió desde 1825, año de la primera crisis del capitalismo de la libre competencia. El capitalismo transitó a capitalismo monopolista y, posteriormente, a capitalismo monopolista de Estado; éste último existe independiente de la intensidad de la presencia del Estado en los procesos económicos, bien sea ésta directa, indirecta o combinada.

Es este devenir histórico el que ha configurado los ciclos económicos, que vuelven a aparecer hoy y determinan las etapas que les dan contenido. Ellas son: a) *la crisis*, caracterizada por la desaceleración de la producción, la destrucción parcial de las fuerzas productivas, la sobreproducción de mercancías con caída fuerte de los precios, la ruina masiva con destrucción de capital fijo, el desempleo y el deterioro de los salarios, así como por la restricción de los créditos. b) El *estancamiento*, que consiste en un estado constante de la producción, en el que las reservas de mercancías no sigue creciendo, los precios se detienen, hay desempleo masivo con bajos salarios y las tasas de interés decrecen. c) La tercera etapa se denomina *auge o reanimación* y constituye un estado de precrisis de la producción, en la que las existencias de mercancías se reducen, el crecimiento del desempleo es lento y la corriente de los créditos crece. Estas tres etapas clásicas de los ciclos cortos, se conjugan con estados coyunturales de *prosperidad* y *grandes depresiones* en los ciclos largos de la economía (fin del sostenimiento de determinadas formas de acumulación de capital).

Las características de la crisis económica actual

De la teoría a las realidades mundiales y latinoamericanas

La crisis empezó a manifestarse en el marco del auge o reanimación con

2. Marx, Carlos, “El Capital”, *Obras completas de Marx y Engels*, tomo 23, Dietz Verlag, Berlín 1973, p. 259.

la volatilidad de los precios de los valores en las bolsas del mundo, posteriormente se expreso a través de la crisis hipotecaria de la economía de los Estados Unidos, que consistió en la incapacidad de los ahorradores para pagar las hipotecas, lo que condujo a una devolución masiva de viviendas con efecto multiplicador negativo sobre la industria de la construcción y la rentabilidad del sector financiero por medio de la manipulación de las tasas de interés.

Dicho efecto multiplicador negativo condujo a elevar la preocupación del Estado a tal punto que el discurso de posesión del presidente de Estados Unidos (2008), Barak Obama, se caracterizó por dejar en claro la aspiración por concentrar su esfuerzo en mejorar las difíciles condiciones por las que atraviesa la economía de esta potencia mundial. Y no era para menos, cuando el índice de la Bolsa de Nueva York bajó 4,1 por ciento y frenó la tendencia al alza que se venía registrando, como anuncio de un posible mejoramiento del estado de crisis de la economía. Al respecto Obama, sin hacer anuncios concretos, hizo un llamado a la responsabilidad y a la esperanza para trascender las dificultades existentes; esto significa que cada ciudadano estadounidense debe poner su cuota de ‘sacrificio’ para ‘comenzar de nuevo a rehacer América’.

El sacrificio que el Presidente solicita de los ciudadanos estadounidenses consiste en apretar sus cinturones y entender que sus ingresos se verán menguados, al punto que esa amplia capacidad de consumo de que hace gala el “American way of life” –o estilo de vida americano– se verá fuertemente afectado por la crisis económica.

Desde luego que mientras esto sucede con los del común, la salida a la crisis que se viene oficializando pasa porque el Estado, a través de la Reserva Federal, procura salvar los bancos con fuertes inyecciones de capital para que lo irriguen, al tiempo que otorga alivios tributarios a los otros capitales para incentivar la producción, y detener, de esa manera, el aumento del desempleo. Así las cosas, el déficit fiscal se incrementa y las finanzas públicas son golpeadas.

Por su parte, la intención de ‘comenzar de nuevo a rehacer América’ significa un reconocimiento explícito de los efectos del modelo de acumulación neoliberal, sobre el cual estuvo sustentado, por largo tiempo, el crecimiento económico de la nación. La reiteración de esta expresión en el discurso da cuenta del interés por concentrar su atención en la economía nacional, para lo cual tiene que recurrir a medidas de corte intervencionista y de regulación que frenen uno de los aspectos centrales de la crisis, la especulación financiera.

Desde luego que la posibilidad señalada no niega la búsqueda de unas relaciones económicas internacionales que le permita ponerse de acuerdo con China y Rusia, con el fin de impedir el deterioro creciente del comercio internacional desde los Estados Unidos, cuestión que conduce también a un déficit en la balanza comercial.

Déficit presupuestal y déficit en la balanza comercial se conjugan, entonces, con la caída de los valores en la bolsa; un asunto que no es de poca monta y que obligará a los demócratas en el gobierno a recurrir a la emisión de bonos, en una espiral especulativa que profundizará la propia crisis, hasta conducirla a las fronteras de una larga depresión económica.

Una posibilidad importante para impedir lo señalado podría consistir en frenar la producción de armamentos, pero con reconversión industrial a favor de la economía civil, el mejoramiento de la capacidad de consumo de la población a partir de dicha reconversión y la reorientación del sector financiero hacia las demandas de crédito interno a largo plazo y bajos intereses. Estas medidas permitirían reanimar la economía, que tendría la posibilidad de mejorar las condiciones de la balanza comercial con exportaciones a precios bajos de productos posicionados en el mercado mundial.

Consideramos que especulación financiera y armamentismo conducen a largo plazo a la crisis que se está viviendo. Barak Obama tiene ante sí, efectivamente, un gran reto difícil de resolver mientras la economía se siga moviendo dentro de compromisos tan fuertes con el complejo industrial-militar, los capitales del petróleo y el sector financiero, propios de las tendencias expansionistas e imperialistas históricas y actuales.

La situación relacionada muestra a las claras que la tendencia a la crisis y la depresión del capitalismo mundial es un hecho que no pueden ocultar ni los grandes estadistas del sistema ni los tecnócratas ligados a la apología de las bondades de un capitalismo de libre competencia falsa, ni mucho menos los detractores del marxismo que se sumaron a esa apología y definieron que la última sociedad posible era y es el capitalismo.

La situación se ha tornado tan complicada que la cumbre reciente de ministros de Hacienda de los países del G-8, reunida en febrero del 2009, asumió en sus análisis que el gran peligro de la crisis está en el retorno al proteccionismo.

Esta tendencia, que viene ganando fuerza, se relaciona con la necesidad de las grandes potencias del capitalismo de impedir el retorno a condiciones de desempleo masivo, causado por la sobreoferta de mercancías que

no tienen capacidad de realización y por la especulación financiera que ha llegado a niveles altamente incontrolables, al punto de afectar significativamente los valores en las bolsas y los indicadores más representativos de las grandes empresas del capital, tal como sucede con el *Dow Jones* en los Estados Unidos.

Es así como el desempleo, según la Organización Internacional del Trabajo –OIT–, podría llegar a 50 millones a finales de 2009. De ellos, los Estados Unidos ya tienen 3,6 millones desde 2007, mientras que en España el desempleo llega al 14,4 por ciento, en Irlanda y Francia asciende a 8,2 por ciento y 8,1 por ciento, respectivamente, y en países como los mismos Estados Unidos, Grecia, Canadá y Alemania supera el 7 por ciento³. Por su parte, en Colombia, sin confiar demasiado en los datos oficiales del DANE, el porcentaje podría superar el 12 por ciento al finalizar el mismo 2009, dato que ya empieza a ser observado como una muestra de la debilidad del fementido blindaje de nuestra economía.

Los datos del desempleo mundial y nacional, así como la preocupación de los ministros de Hacienda de los países del G-8, son elementos que van ratificando la decadencia del modelo de acumulación neoliberal, supraestatal y transnacional. Mientras las proyecciones señalan que la perspectiva seguirá siendo negativa, los ministros permanecen aferrados a la defensa del mencionado modelo, favorable a los grandes capitales, pero al mismo tiempo al deterioro de las condiciones humanas, laborales y ecoambientales. En su lógica ven en el proteccionismo un peligro y no en los efectos causados por un modelo salvaje, destructor y depredador. No entienden que el retorno al proteccionismo, por parte del capital, tiene que ver con la necesidad objetiva de la intervención directa del Estado en la economía cuando hay que socializar las pérdidas y detener o amortiguar los rigores de la crisis con tendencia depresiva. Igualmente, el proteccionismo está asociado con el desarrollo desigual del capitalismo mundial, que hace de las fobias al proteccionismo una disculpa para permanecer aferrados tercaamente a un modelo que en vez de igualar el desarrollo, profundiza su desigualdad y hace extensiva su lógica destructiva a la naturaleza y al ecosistema.

El “proteccionismo” que se viene aplicando actualmente es parte de la lógica global de funcionamiento del capital, en la que, además de socializarse las pérdidas, se busca defender el sistema de sus propios desmanes,

3. “¿Se cerrará el mundo?”, *Coyuntura Internacional de Dinero*, n° 319, febrero 20 de 2009, p. 24.

tal como lo vienen señalando las protestas de Atenas y las que están por venir en Colombia. Así las cosas, la economía política contemporánea debe volver sobre el estudio del capitalismo monopolista de Estado como antesala del socialismo, en expresión de Lenin.

El fenómeno de la crisis trasciende las fronteras estadounidenses y repercutirá en profundidad en los precios de los valores en la bolsa que irán a la baja de manera espectacular. Así se van conjugando el estancamiento del crecimiento productivo con sobreproducción de mercancías y el incremento del desempleo con inflación (recesión). Se trata de una bola de nieve que crece en la medida que la especulación con el mercado de activos incrementa la masa monetaria en detrimento de la actividad productiva de bienes y servicios, lo que genera temporalmente una oferta cara que no se absorbe por el deterioro de los ingresos de los consumidores, quienes se empobrecen por doble vía: por el desempleo y los bajos ingresos debidos a la reducción de costos y la sobreoferta.

Lo cierto es que la situación envía serias señales de la crisis del modelo de acumulación por el deterioro de las condiciones de explotación del trabajo y de valorización del capital, la concentración excesiva de la riqueza, la especulación en la bolsa con el capital dinero y el freno brusco de la inversión en la actividad productiva.

Para discutir al respecto fue invitado a Colombia, por la firma *Samper Head Hunting* y patrocinado por *El Tiempo* y *Portafolio*, Nouriel Roubini, uno de los expertos que pronosticó la crisis financiera. Roubini dictó una conferencia centrada en los problemas de América Latina en el contexto de la actual crisis económica mundial. Según él, un tercio de los resultados que muestra la situación de la región responde a un golpe de suerte causado por el papel de las exportaciones que permitieron fortalecer la rentabilidad del sector y, con ello, el crecimiento económico favorable en condiciones de un auge económico del capitalismo⁴. En estas circunstancias, países como Colombia se vieron obligados a frenar el déficit presupuestal y en la cuenta corriente de las balanzas de pagos, así como la inflación alta y los fuertes endeudamientos. Estos últimos condujeron a la crisis de la deuda en América Latina en el primer lustro de la década de los años ochenta del siglo pasado.

Los éxitos alcanzados para frenar estos males tuvieron que ver con unas políticas económicas propias del modelo de acumulación neoliberal que

4. Ver *Portafolio*, mayo 20 de 2009, p. 7.

sacrificaban el gasto público estatal, golpeaban los ingresos de los trabajadores con salarios flexibilizados y abrían la economía a la lógica agroexportadora. Por esta vía, el capital aseguró óptimas tasas de crecimiento y ganancia, sin que ello redundara en mejoramiento de las economías domésticas.

Es así como después del agotamiento del auge de los capitales y de ser ellos los causantes de la crisis económica en plena marcha, el experto Roubini descubrió que la solución está en el retorno a la inversión en la economía interna y la generación de procesos de integración regional, pues la rentabilidad agroexportadora ya se agotó. Se trata de estimular la superación de la dependencia con respecto a Estados Unidos y fomentar una dimensión integradora horizontal desde los países sureños.

Esta propuesta la hemos planteado las fuerzas democráticas y de izquierda desde hace varias décadas; por lo tanto, no es nada novedosa. La diferencia entre Roubini y nosotros consiste en que él la sugiere como salida a la coyuntura de crisis del capitalismo mundial para reducir sus efectos inmediatos sobre la región, mientras que nosotros la entendemos como un escalón fundamental para superar la crisis estructural que agobia históricamente a las economías latinoamericanas. Son dos visiones diferentes del tratamiento del concepto de la crisis.

Si tenemos en cuenta que para este 2009, el comportamiento del crecimiento esperado para América Latina oscilará entre $-0,7$ y $-4,6$ por ciento, que la inflación estimada estará entre $2,5$ y $4,4$ por ciento, que la proyección de crecimiento para la región en su conjunto será de $-2,1$ por ciento y que los déficits fiscales irán hacia arriba, entonces podemos derivar en una situación tal en que se conjuguen la crisis del modelo de acumulación con la crisis estructural e histórica de América Latina.

Bajo estas condiciones, la propuesta del experto es muy válida, pero es necesario tener en cuenta que las diversas dimensiones de la crisis se pretenden solucionar con el retorno a un Estado que protege a los capitales de las fechorías realizadas a lo largo de tres décadas. Al respecto es nula la referencia que hace Roubini.

Desde los espacios democráticos y de izquierda comprometidos con las transformaciones estructurales que requieren las economías latinoamericanas, se parte de la necesidad de reindustrializar la región con respeto por el entorno ambiental y la debida adecuación tecnológica; de implementar un Estado democrático moderno que actué sobre la distribución y la redistribución de la riqueza, y de unos procesos de integración de los

Estados y los pueblos que fortalezcan la capacidad de acumulación para el progreso integral y nos liberen de la dependencia con respecto a las potencias dominantes.

Colombia en el contexto de la crisis

La pirámide de Bernard Madoff en Estados Unidos; la incapacidad de la transnacional suiza *Glencore* de asumir los compromisos adquiridos en Colombia para la ampliación de la refinería de Cartagena por un precio de 3.000 millones de dólares en inversión; los efectos que causa sobre la economía colombiana la reciente intervención en Estados Unidos a *Standford International Bank* por fraude con certificados de depósito por 8.000 millones de dólares, intervención, ésta última, que afecta a la firma comisionista de bolsa *Standford S.A.*, filial del grupo que opera en Colombia, y que conduce a que pueda cesar sus operaciones en Colombia, y otros casos que están por emerger a la opinión pública, son muestras claras de la situación convulsiva en la que se mueve el mundo del capital globalizado en un contexto de crisis económica con perspectiva de una gran depresión mundial.

En efecto, el caso de la pirámide de Madoff demuestra la capacidad manipuladora que posee el capital-dinero para estafar personas y capitales menores, incluidos nacionales colombianos que no han tenido el carácter para manifestar su preocupación por los efectos negativos de dichas manipulaciones, tal como lo hacen los afectados de la pirámide criolla DMG; desde luego, dicho silencio es cómplice.

Por su parte, la incapacidad de *Glencore* para asumir sus compromisos en Cartagena es una simple manifestación de las consecuencias de la agudización de la competencia internacional en el marco de una profunda crisis financiera que está quebrando dicha transnacional.

Esta tendencia se hace extensiva a *Standford* en Colombia, una empresa financiera del capital transnacional estadounidense que, a pesar de haber recibido 3 millones de dólares para asegurar su liquidez, no tiene el suficiente capital independiente de la matriz en el exterior para sostener sus operaciones.

A los casos mencionados se agrega la información del 18 de febrero de 2009 que da cuenta del comportamiento inestable de los valores de las acciones en las diferentes bolsas del mundo. La consecuente tendencia a la baja de los precios de esos valores constituye la nota relevante del momento.

Se trata, entonces, de una crisis económica mundial cuyo aspecto

significativo consiste en su inicio por la zona del capital-dinero, afecta los mercados y presiona hacia la destrucción de la actividad productiva, en el marco de un efecto multiplicador negativo que no se puede detener ni siquiera con medidas coyunturalistas, las cuales procuran ajustes que no curan la enfermedad, sino que la agudizan.

Es por lo anterior, que es absolutamente falsa la idea del establecimiento criollo, según la cual estamos blindados ante la crisis, cuyos efectos serían colaterales, de tal suerte, como la afirma el presidente de la Asociación Nacional de Industriales –Andi–, que la producción industrial experimentarían una simple recesión, mientras que la economía iría bien.

Lo cierto es que los casos mencionados son la cima de unos fenómenos que van a seguir creciendo y que, de manera acumulativa, pondrán en evidencia una crisis que no se puede seguir tapando.

La crisis económica que atraviesa a Colombia tendrá efectos profundamente negativos no calculados –que se quieren ocultar bajo la falsedad del ‘blindaje’ que nos protege o el supuesto de efectos colaterales de poca monta–. Este ocultamiento, desde una falsa ideología, no va lograr remontar el estado actual en sentido favorable y a corto plazo. Por el contrario, un estado de crisis económica golpea fuertemente los ingresos de los trabajadores, sus posibilidades de empleo y reduce el mejoramiento de las condiciones de vida.

Es por ello que hay que reconocer el desempleo creciente como una expresión clara de la debilidad de la tesis del logro del pleno empleo en condiciones de un capitalismo cuya lógica descarga el peso de su crisis sobre el conjunto de la sociedad, pero especialmente sobre los trabajadores. Veamos, según el Departamento Nacional de Estadísticas –Dane–, el índice o tasa de desempleo nacional en porcentajes ha tenido el siguiente comportamiento desde 2005 hasta el presente año:

TABLA 1

Tasa de desempleo (2005 a 2009)

2005	2006	2007	2008	2009
13,2	13,4	13,9	13,1	14,2

Fuente: Dane

Como se puede observar, la tendencia de los últimos cinco años muestra que el desempleo nacional, en vez de reducirse, aumentó; que de 2005 a 2008, la tasa de desempleo permaneció constante, con propensión al alza y por encima de dos dígitos, y que en 2009 la señal de una aceleración

del desempleo es clara, como consecuencia de una crisis que se articula con los efectos de un modelo de acumulación que lleva cerca de 20 años en ofensiva total de los capitales contra los trabajadores, principalmente contra aquellos que todavía actúan dentro de la versión formal del mismo.

Por otra parte, el mismo Dane afirma que las cosas no están mejores para el caso de los trabajadores que actúan dentro de la versión informal del trabajo. Así, tenemos para los últimos tres años las siguientes tasas como proporción porcentual del total de ocupados en trece áreas metropolitanas:

TABLA 2

Proporción total de ocupados

2006	2007	2008
57,0	56,9	57,7

Fuente: Dane

Si sumamos los porcentajes de los años correspondientes de desempleo y subempleo (trabajo informal), obtenemos:

TABLA 3

2006	2007	2008
70,2	70,8	71,9

En sólo tres años se confirma el aumento de la precariedad de las condiciones de trabajo, la cual se manifiesta cuantitativamente en el enorme peso que tiene el trabajo informal sobre el desempleo formal; aunque el aumento es notorio en ambos componentes y hará la crisis más aguda.

Cualitativamente, entonces, la crisis pretende ser descargada sobre los trabajadores a través de propuestas hechas por el gobierno, que apuntan a una redistribución de los sacrificios entre los propios trabajadores, cuestión que no es novedosa en el actual modelo de acumulación. La propuesta consiste, entonces, en eliminar los ingresos parafiscales a través de los cuales se asegura un mínimo bienestar social y educación profesional para el trabajo, como en los casos del SENA, Bienestar Familiar y la Cajas de Compensación Familiar.

A esa propuesta se agrega el planteamiento del debate con los trabajadores en términos de elegir entre sacrificar ingresos y mayor empleo. Bajo las circunstancias de la crisis, una tal dicotomía se torna, naturalmente,

inadmisible. Lo grave del asunto consiste en que algunas direcciones sindicales juegan a esa disyuntiva, sin considerar una política de salario y empleo que beneficie al conjunto de los trabajadores en una ofensiva contra el modelo y su crisis, cuyos causantes se encuentran del lado del capital, en especial del financiero.

Se trata de una crisis que afecta fuertemente el volumen y los flujos de las inversiones de los capitales, entendidos éstos como relaciones sociales en el plano de las condiciones materiales de la sociedad. Dicho efecto tiene las más diversas formas y manifestaciones, pero, en lo esencial, se trata de una crisis en la que se detiene y decrece la dinámica inversionista debido a la existencia de una actividad productiva que no encuentra espacios para su realización, al punto de contraer los capitales, y con ello, el consumo de la sociedad.

La contracción significa que las condiciones de valorización se deterioran, lo cual conduce a desacelerar los ritmos de producción a través de la baja de los costos de producción. Ello, a su vez, incluye esfuerzos por adoptar tecnologías que abaraten los procesos de trabajo, pero principalmente la reducción del valor de la fuerza de trabajo, que es lo que conlleva el incremento del desempleo masivo y el castigo de la capacidad adquisitiva de los ingresos de los trabajadores.

La situación se agudiza más cuando se desaprovechan los momentos de auge y prosperidad por los que pasa el capital en sus ciclos económicos. Es así como en el caso de Colombia, los momentos señalados estuvieron atados a la burbuja financiera estimulada por la actividad especulativa del sector financiero del capital, aspecto que condujo a grandes flujos de capitales externos de diferentes orígenes y procedencias que no sembraban raíces óptimas en la producción y, por lo tanto, derivaron en capital ficticio con una alta aversión al riesgo en las inversiones.

Bajo estas circunstancias se buscaba obtener altos niveles de rentabilidad por medio de la competencia y la manipulación con las tasas de interés, pero con créditos a corto plazo que aseguraran el retorno veloz del capital-dinero prestado, pero igualmente incrementado. Esta rentabilidad especulativa de los capitales nunca se irrigó óptimamente sobre todo el aparato de reproducción socioeconómica desde la producción, pasando por la distribución y por el mercado, hasta llegar al consumo y los servicios. Y esto trajo como consecuencia principal un crecimiento ficticio de la economía.

Hoy, en momentos en que el auge y la prosperidad para los capitales se agotaron, cuando se tiene que reconocer la crisis y sus efectos sobre

Colombia, es necesario asumir que se perdió el momento propicio para dar mayor solidez a la base material de la sociedad colombiana.

El plan de ajuste anticrisis propuesto por el gobierno uribista, después del agotamiento de la prosperidad para los capitales, es insuficiente y falaz, por cuanto es un plan basado en recursos por 55 billones de pesos dirigidos al estímulo de la infraestructura, que, en realidad, habían sido programados con anterioridad y que no contienen recursos extras para condiciones tan adversas como las que se empiezan a vivir. Es bueno recordar que este tipo de planes se ha puesto en marcha en otros momentos y en condiciones adversas, pero sus resultados no han logrado potenciar nuestra base material; igualmente, el plan está soportado en una actividad económica como la construcción que exige proyectar a largo plazo; por lo tanto, su efecto inmediato sobre la crisis se hace imperceptible.

Seguimos insistiendo en la necesidad perentoria de romper con el modelo de acumulación actual y sustituirlo por otro que asuma la inversión para fortalecer la estructura productiva de la base material y tenga un verdadero carácter redistributivo –a partir de fortalecer la capacidad de consumo de la población con fundamento en una mayor capacidad adquisitiva de sus ingresos–. Esto último incluye complementar la baja de las tasas de interés con la reducción y posible eliminación del IVA, medida que fortalecería esa capacidad de compra.

Se trata un plan anticrisis basado en el mejoramiento del consumo directo de la población trabajadora, que alcanzaría un alto poder adquisitivo; con control de las tasas de interés y los impuestos sobre el consumo, pero acompañado de inversión para potenciar el progreso industrial de Colombia. Es una propuesta que sin ser socialista, impide que la crisis se descargue sobre los trabajadores.

Crisis y conciencia social política

El reconocimiento de la existencia de una realidad objetiva, como la crisis económica actual del capitalismo, no genera automáticamente una respuesta subjetiva. Ella requiere de un proceso complejo en el que “la dialéctica de la actividad y de la pasividad en el conocimiento humano se manifiesta, ante todo, en el hecho de que el hombre para conocer las cosas como son en sí mismas, debe transformarlas antes en cosas para sí; para poder conocer las cosas como son independientemente de él, debe someterlas primero a su propia práctica; para poder comprobar cómo son cuando no está en contacto con ellas, debe primeramente entrar en contacto

con las cosas. El conocimiento no es contemplación. La contemplación del mundo se basa en los resultados de la praxis humana. El hombre sólo conoce la realidad en la medida que crea la realidad humana y se comporta ante todo como ser práctico”⁵.

Esta afirmación da cuenta de la existencia en el mundo de una dialéctica de la actividad y una dialéctica de la pasividad en la praxis humana. Si trasladamos esta reflexión a la relación entre crisis económica y subjetividad, surge la necesidad de atravesar dicha relación por los estados de la conciencia social. Es Lenin quien hace importantes referencias al respecto en su obra *¿Qué hacer?* Según su clasificación, existen tres estados de conciencia altamente significativos para transitar una dialéctica de la actividad protuberante. Estos son la conciencia espontánea o artesanal, la conciencia económica y, la más protuberante, la conciencia política para las transformaciones. Los tránsitos entre un estado y otro dependen de la fuerza de la organización.

El capital financiero, con la agudización de la competencia intermonopólica y las manipulaciones financieras legales e ilegales, conforma un conjunto de acciones criminales y delictivas, que vuelven a dar bagaje al carácter parasitario y descompuesto del capital contemporáneo. Carácter que trasciende los escenarios de la economía política para tomar connotaciones altamente políticas, que incluyen la generación de resistencias sociales en crecimiento, la inestabilidad oscilante entre la caída de gobiernos corruptos funcionales a los poderes reales y la profundización de gobiernos reaccionarios en proceso de desgaste.

La gran depresión económica de 1929 a 1932 disparó las alarmas de la violencia. La guerra civil española (1936-1939) fue el preámbulo de la segunda guerra mundial (1939-1945); pero igualmente, se daba una fuerte confrontación entre el sistema socialista y el sistema capitalista.

Las condiciones de hoy han variado significativamente y en ellas prima la hegemonía y la ofensiva del capital mundial. Así las cosas, una depresión económica del capital no afecta mecánicamente la conciencia social política para grandes transformaciones positivas y revolucionarias. En la actualidad, está al orden del día la lucha por la democracia amplia y plena, que abarque desde los derechos civiles y políticos hasta los derechos económicos, sociales y culturales. Esto requiere tener en cuenta que los niveles de conciencia política en las sociedades contemporáneas son profundamente

5. Kosik, Karel, *Dialéctica de lo Concreto*, Editorial Enlace-Grijalbo, 1967, pp. 39-40.

disímiles y fragmentados, que no logran una óptima compactación para reconstruir un interés general que encause ese acumulado hacia una mayor *humanización de la humanidad*.

La economía política burguesa contemporánea nos entrega una densa gama de conceptos como crecimiento, estancamiento, contracción, recesión técnica, caída, descenso y decrecimiento, que son utilizados de manera esotérica y positivista, para dar cuenta de un tipo de análisis económico en el que se abordan los fenómenos de la superficie de la economía política del capitalismo sin ir a la esencia de los mismos, es decir, con un sentido concreto y positivista, así como ahistórico. Es una actitud que deriva en apología favorable al fin de la historia y la eternidad de un sistema que tiene defectos superables en el taller de las reformas dentro del mismo sistema. En verdad, sin embargo, los datos estadísticos dan cuenta de una realidad concreta que no puede seguir ocultándose, tal como lo pretenden los funcionarios del gobierno neoliberal colombiano al lanzar la idea del blindaje frente a la crisis.

Pero la superación de esa realidad debe pasar por el rescate del método dialéctico de lo abstracto a lo concreto y viceversa, para poder verla más allá de su forma, es decir, introducirnos en su esencia; esto es precisamente lo que niegan los economistas del establecimiento que desde su análisis priorizan la apología del sistema frente al análisis crítico.

Si bien los análisis de la superficie de la economía política del capital, en las condiciones actuales, tienen un margen de veracidad que debemos tener en cuenta, también es cierto que, para el caso colombiano, se conjugan la crisis de la economía mundial con unos procesos de acumulación de capitales que oscilan entre la violencia (economía mafiosa y narcoparamilitar) y la funcionalidad (capitales transnacionales, tradicionales y emergentes).

Estos procesos buscan alcanzar una modernización antidemocrática, excluyente, autoritaria y despótica, que afecta el conjunto de las relaciones sociales, principalmente al movimiento popular y trabajador sobre el que recae concretamente la dinámica de un progreso del cual no es partícipe. Es precisamente la movilización para presionar, para exigir y para protestar organizadamente, lo que puede impedir que el capital descargue su crisis sobre el pueblo y los trabajadores.

La profundización de la crisis económica mundial del capitalismo puede derivar, como salida a la misma, en regímenes autoritarios de aguda violencia, dando cuenta de una nueva modalidad de fascismo globalizado que proteja los intereses del capital financiero altamente globalizado.

La crisis puede derivar también en la irrupción de fuertes luchas políticas, sociales y económicas por más democracia, en sentido político, mejores condiciones de vida, en sentido social, y reformas laborales que frenen la ofensiva del capital sobre el trabajo.

En esta dirección debemos tener presente que el rebusque para subsistir ha sido una constante en la historia de nuestro país desde épocas remotas, tanto en condiciones coloniales precapitalistas, como en las actuales condiciones de un capitalismo deformado y dependiente. Lo novedoso hoy consiste en que ese rebusque se torna dramático y desembozado, porque se convierte en funcional a una estructura en la que las relaciones sociales entre el capital y el trabajo lo asimilan para convertirlo en parte “dinámica” de una estructura de reproducción socioeconómica precaria en su capacidad de reducir los efectos de una acumulación de capitales que frena el progreso a favor de los intereses mezquinos de una oligarquía sedienta de poder personal.

Es así como el Estado al servicio de esa sed de poder descubre, en el marco de la crisis económica que nos impacta, que la calidad del empleo, como uno de los factores de su productividad, se viene deteriorando; cuestión que puede generar serias dificultades a esa estructura de reproducción precaria y mezquina.

El Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE– reveló recientemente que la economía generó 800.000 puestos de trabajo en los primeros meses de 2009, entre los cuales, sin embargo, pesan la informalidad y el rebusque. Si bien la desocupación oficial se ubicada en mayo en 11,7 por ciento, lo que representa a 2.447.000 personas buscando empleo, esto conduce a que hay más miembros de las familias que recurren al rebusque para obtener nuevos ingresos debido, entre otros factores, al creciente deterioro del trabajo formal.

Según esta entidad, para el trimestre marzo-mayo de 2009, la tasa de desocupación pasó del 11,1 al 11,9 por ciento, que representa 283.000 personas más sin nada que hacer. Por su parte, el número de ocupados subió en 656.000 hasta consolidar 18.378.500. De ese consolidado, el mayor renglón de ocupados se ubica en trabajos familiares sin remuneración (23,5 por ciento); siguen los empleadores de bajo capital (11,8 por ciento), el servicio doméstico (8 por ciento), los trabajadores particulares (6,3 por ciento) y los trabajadores por cuenta propia (2,8 por ciento). Se trata de un 52,4 por ciento sobre el total, que corresponde a 9.628.500 colombianos.

Estas cifras dan muestra de la deformación de la estructura económica

de un país que a lo largo y ancho de su historia no ha logrado generar una verdadera dinámica que articule producción, distribución, mercado, consumo y servicios modernos. Como se puede observar, hay un dominio absoluto de la prestación de servicios para la realización del capital, que al concentrar su atención en la ganancia para la acumulación, no distribuye, ni redistribuye, el capital para elevar la escala productiva a mayores niveles, lo cual estanca la dinámica productiva y, por lo tanto, torna más vulnerable esta economía ante la crisis.

Si al rebusque y la informalidad se agrega el desempleo abierto (11,9 por ciento) tenemos 11.815.125 compatriotas que viven en condiciones de precariedad y degradación de sus condiciones de trabajo. Eso explica que ante la profundidad de la crisis, el Estado y su capital implementen medidas coercitivas, que van desde la criminalización hasta la violencia y el terror abierto contra amplios sectores sociales, entre los que se incluye la juventud, con el propósito de controlar los posibles “desmanes” que se puedan presentar ante una reacción popular contra esa precariedad y degradación.

Esta situación que conjuga la historia con la implementación de un modelo de acumulación de ofensiva abierta contra los trabajadores, y que para el caso colombiano tiene cerca de 25 años de hegemonía, tiende a fortalecer la represión en todas sus expresiones, tendencia, que ante la crisis del Uribismo, puede agudizarse y buscar salidas en un régimen político más autoritario que el actual, esto con el propósito de asegurar la llamada “seguridad democrática”, como estrategia y medio para arribar al 2019 con el triunfo definitivo de su proyecto político, social y económico.

Desde luego que contra ello juega la creciente organización de las fuerzas políticas, sociales y económicas que vienen tejiendo otro futuro para el país, pero que tienen que confrontar salidas oligárquicas peligrosas como la que acaba de suceder en Honduras.

Si recordamos los paradigmas del modelo de acumulación de capitales de corte neoliberal, transnacional y supraestatal, que se propagaron por el mundo, entre ellos, y desde una visión más administrativa que económica, tenemos como prioridad la mejor atención al cliente y al consumidor. Se trata de una concepción administrativista que tiene por objetivo ubicar en la etapa del consumo el campo de acción sobre el cual actúa el capital para alcanzar los mayores niveles de realización de la tasa de valorización y de ganancia del mismo. Esta estrategia hace parte de los cambios y el direccionamiento que le dio el capital al énfasis en las etapas en el proceso de reproducción socioeconómica de la sociedad, énfasis que se colocó del

lado del consumo y los servicios financieros para acelerar la velocidad de rotación del capital. Por esta vía quedaron relegados a un segundo orden de importancia la producción, la distribución e incluso el comercio.

Esta ruptura en la relación lógica y coherente que debe soportar la reproducción socioeconómica de la sociedad entre producción, distribución, comercio y consumo/servicios a favor de los intereses mezquinos de una élite prepotente del gran capital mundial, es la que está haciendo crisis en la coyuntura mundial que estamos atravesando.

En el marco de dicha crisis, los niveles globales del consumo van para abajo tanto en las economías capitalistas desarrolladas, como en las llamadas economías emergentes, y qué decir de las economías periféricas o marginales. Se trata de un fenómeno alimentado por la lógica perversa del capital de colocar por delante la seguridad de sus tasas de ganancia y valorización al servicio de la acumulación concentrada de riqueza sin beneficio redistributivo para el conjunto de la sociedad. Es una lógica que refrenda la validez de la contradicción fundamental del capitalismo entre el creciente carácter social de la actividad económica y la propiedad privada, la cual se extiende a la apropiación privada de la riqueza generada por el trabajo humano y las condiciones naturales en que se desenvuelve la humanidad.

Dicha contradicción viene funcionando a tales niveles de agudización, que ha trascendido la pugna entre el capital y el trabajo asalariado para manifestarse en serias contradicciones entre la existencia de la sociedad y las condiciones naturales de su desarrollo, lo cual incluye no sólo las grandes catástrofes naturales que nos vienen azotando, sino también la relación perversa entre fondo alimentario de la humanidad y los biocombustibles que se requieren para sostener la industria automotriz, particularmente para la producción de carros privados. Todo ello contribuye enormemente al deterioro del consumo alimentario de la humanidad, principalmente de los sectores más empobrecidos de las sociedades capitalistas.

Así las cosas, se refrenda la existencia del capitalismo y de una modernidad capitalista violenta que con su racionalismo hace extensiva sus profundas contradicciones, en torno al progreso que ha fomentado, al conjunto de la sociedad. Marx y la crítica marxista al capitalismo vuelven a revivir, después del entierro que le dieron sus enemigos y los oportunistas de izquierda.

Al respecto es bueno recordar, según el mismo Marx, que los capitalistas a través de sus movimientos “se ven obligados a explotar los gigantesco

medios de producción a nueva escala y con tal finalidad ponen en movimiento todas las palancas del crédito. En la misma medida aumentan los depósitos industriales a través de los cuales se sostiene el comercio mundial que entrega a los dioses de la catástrofe una porción de la riqueza, los productos y también de las fuerzas productivas; en otras palabras, aumentan la crisis”⁶.

Se trata de la crítica a un capitalismo que en sus ciclos económicos muestra una lógica persistente de explotación cruel y salvaje del trabajo ajeno, generando el desempleo crónico en sus diferentes manifestaciones y el aumento de la pobreza también en sus más variadas manifestaciones. A esto se agrega el individualismo recalcitrante, una “cultura” *light* y banal, que estimula la superficialidad y la infantilización de las relaciones sociales, y, por vía de la competencia, estimula la degradación y la lumpenización social.

Es precisamente la existencia de estas realidades económicas y sociales la que debe permitir la trascendencia de la conciencia espontánea y fragmentada de la acción hacia una conciencia política activa que promueva la organización y la movilización social por la democracia y el socialismo. Es la relación entre democracia y socialismo la que permite transitar de la lucha contra el modelo de acumulación de capitales a los grandes espacios de la lucha contra el sistema hegemónico y dominante.

Para el caso de América Latina, el comportamiento de la subjetividad conjugada, en medio de la crisis económica, una gama muy variada de niveles de conciencia, pero la región constituye el centro de grandes transformaciones en las que la lucha por la democracia pasa por confrontar el modelo de acumulación hegemónico y trasciende en expresiones revolucionarias que consolidan una fuerza latinoamericanista poderosa que entra en conflicto con la estrategia imperialista diseñada desde los Estados Unidos para América Latina, que, a su vez, persiste en la búsqueda de la integración regional a favor de una posible modernidad con identidad propia.

Bibliografía

- Kosik, Karel (1967). *Dialéctica de lo Concreto*, Editorial Enlace-Grijalbo.
 Marx, Carlos (1973). “El Capital”, *Obras completas de Marx y Engels*, tomo 23, Dietz Verlag, Berlín.

6. Marx, Karl, “Trabajo asalariado y capital”, *Obras escogidas*, tomo 1, Dietz Verlag, Berlin, 1977, p. 96.

- Marx, Carlos (1977). “Trabajo asalariado y capital”, *Obras escogidas*, tomo 1, Dietz Verlag, Berlin.
- Roubini, Nouriel, “‘Hay salida de esta situación, así se demore’, dice Nouriel Roubini, gurú que pronosticó crisis actual”, entrevista en *Portafolio*, mayo 20, p. 7.
- “¿Se cerrará el mundo?” (2009). *Coyuntura Internacional de Dinero*, n° 319, febrero 20, p. 24.

2

LA CRISIS Y AMÉRICA LATINA

América Latina frente a la crisis global

CLAUDIO KATZ¹

Introducción

El impacto económico de la crisis ya es visible en toda la región. Las esperanzas en un desacople se han diluido, mientras los escudos monetarios y fiscales resultan insuficientes para frenar el efecto del terremoto financiero. Es cierto que el apalancamiento de los bancos es menor, pero las expatriaciones de capital son más intensas. La sobreproducción golpea a la industria internacionalizada y el abaratamiento de las materias primas revierte el crecimiento. Además, los intentos de reactivación chocan con la existencia de recursos inferiores a las economías centrales.

La expectativa de beneficios geopolíticos ulteriores olvida que el impacto inicial del 30 fue demoledor y que la crisis de los 70 concluyó sofocando los ensayos de autonomía periférica. Este margen de independencia enfrenta actualmente un nivel superior de internacionalización de la economía y depende de acontecimientos políticos imprevisibles.

Existe una crisis de dominación estadounidense, pero ya se vislumbra una contraofensiva. El carácter acotado o perdurable de la declinación norteamericana no está definido, ya que la primera potencia preserva un liderazgo militar aceptado por sus competidores.

1. Profesor de la Universidad de Buenos Aires
Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet
Miembro del EDI (Economistas de Izquierda). Coordinador del grupo
de trabajo de CLACSO, Unión Latinoamericana e integración

Las clases dominantes de la región actúan con estrategias propias, especialmente en el sur del continente, y no se verifica el tipo de sujeción neocolonial que impera en África. Un eventual escenario multipolar presentaría rasgos opresivos y acentuaría la asociación de las elites locales con las potencias hegemónicas.

Brasil ya comanda esa opción a través de empresas multinacionales que desatan conflictos con los países vecinos. Con el rearme, la ocupación de Haití y la geopolítica de UNASUR, Itamaraty busca ocupar el espacio abierto por la crisis estadounidense, sin chocar con el gigante del Norte.

Esta política subimperialista consolida la desaparición de la vieja burguesía nacional. Además, ilustra cómo los sectores dominantes invierten en el exterior el capital sobrante, generado por una acumulación interna restrictiva. Es también importante reconocer la existencia de formaciones semiperiféricas, para superar las simplificaciones del esquema de centro-periferia.

Los capitalistas de México, Brasil y Argentina reciben los socorros que deberían destinarse a los desamparados. Los gobiernos social-liberales y neodesarrollistas convergen en un estatismo favorable a los poderosos y no coordinan sus programas anticrisis.

Es evidente que los pueblos sufrirán duros embates si no afianzan la resistencia al atropello que se avecina. Hay que prepararse para enfrentar el desempleo y la pobreza con medidas de expropiación de los banqueros, suspensión del pago de la deuda y nacionalización de los recursos naturales.

Las condiciones políticas para implementar este viraje están dadas en varios países. Aunque la derecha busca recuperar terreno, ha perdido las principales batallas. Los gobiernos nacionalistas radicales podrían adoptar un programa contundente, reforzando la alianza con Cuba y revitalizando el ALBA. La lucha contra el neoliberalismo exige acciones contra el capitalismo, en una perspectiva socialista que supere la mera regulación del sistema actual.

El impacto de la crisis mundial sobre América Latina suscita tres tipos de discusiones: la incidencia económica inmediata, los efectos políticos de largo plazo y las medidas sociales requeridas para enfrentar el descalabro financiero.

Especulaciones posdesacople

En el terreno económico, la crisis ha producido un generalizado desplome de las bolsas y fugas de capital que han contraído el crédito. La de-

preciación de las materias primas induce a la recesión, el desempleo se expande y se agota el crecimiento con desigualdad que predominó en los últimos cinco años.

También la esperanza en un desacople se ha diluido y decae la expectativa de evitar el temblor, por haberlo sufrido anticipadamente durante la década pasada. La protección esperada de tres escudos –reservas sustanciales, menor deuda con relación al PBI y superávit fiscal– resulta ya insuficiente.

Esas barreras probablemente habrían contrarrestado el desplome internacional acotado que prevalecía hasta septiembre del 2008. Pero el desmoronamiento financiero asumió una dimensión muy superior desde esa fecha. Esta vez, América Latina es receptora del *tsunami*. Soporta desde afuera la conmoción que protagonizó en repetidas oportunidades. ¿Qué gravedad tendrá este golpe en comparación con otras zonas de la periferia?

Algunos economistas estiman que el efecto bursátil será más agudo que en las economías centrales por la fragilidad local de los mercados accionarios. Pero esperan una incidencia manejable en los bancos, que han limpiado mayoritariamente sus balances durante los desplomes anteriores. También evalúan que las entidades financieras se encuentran menos contaminadas con títulos tóxicos (hipotecas) y operaciones especulativas (*securitización*, derivados). La reducida gravitación del crédito en la zona redujo la envergadura de esas transacciones².

Otros diagnósticos destacan que la situación fiscal luce mejor que en Europa Oriental. También estiman que la retracción de las exportaciones será más digerible que en África, aunque más impactante que en Asia. Atribuyen esta adversidad a la gran concentración de ventas en una limitada canasta de productos básicos³.

Pero el principal problema de estas evaluaciones es su carácter efímero. Irrumpen y desaparecen de la crónica periodística con asombrosa velocidad. Un día se coloca a Latinoamérica fuera del vendaval y a la jornada siguiente en el centro de la tormenta.

Algunas estimaciones presentan, además, un tono sospechosamente sesgado. El FMI, por ejemplo, considera que Argentina, Venezuela y Ecuador afrontan mayores amenazas de cesación de pagos que México, Chile o

2. "América Latina se prepara para tiempos duros", en *The Economist-La Nación*, enero 22 de 2009.

3. "Emergentes: ¿caída o tropezo?", *The Economist- La Nación*, enero 20 de 2009.

Colombia. Esos mensajes están en realidad plagados de resentimiento hacia los gobiernos contestatarios y los deudores incumplidores⁴. Ninguna caracterización sería surge de esas especulaciones.

Tres efectos

América Latina receipta, en primer lugar, la crisis de sobreacumulación global que generó la aglomeración de capitales ficticios en la esfera financiera. Dado el reducido alcance del endeudamiento personal en la región, este impacto no se traduce por ahora en bancos corroídos por préstamos irrecuperables.

Pero el crac ha creado una necesidad de liquidez en las economías centrales que provoca fuertes sustracciones de fondos. Especialmente los bancos extranjeros transfieren recursos desde América Latina hacia sus casas matrices. Estas repatriaciones ya afectan a un cuarto del total de recursos manejados por esas entidades en las economías emergentes.

También los segmentos internacionalizados de las finanzas regionales son vulnerables al desplome global. Algunos fondos privados de pensión –enlazados al vaivén especulativo mundial– acumulan pérdidas que amenazan su supervivencia (especialmente en Chile).

América Latina soporta, en segundo lugar, la sobreproducción de mercancías, que caracteriza a la crisis actual. Este excedente fue desencadenado por el modelo de competencia mundial en torno a salarios descendentes, que generalizó el neoliberalismo. El efecto de este desequilibrio se verifica particularmente en las ramas más globalizadas de la industria regional. El sector automotor sufre, por ejemplo, la misma plétora de productos que golpea a las economías metropolitanas⁵.

Este sobrante es dramático en México, que exporta vehículos ensamblados a Estados Unidos, y en Brasil, que soporta una destrucción de empleos equiparable a la registrada en la primera potencia. El panorama es igualmente problemático en Argentina, a pesar de la extraordinaria rentabilidad que tuvieron las automotrices en los últimos años.

El ajuste industrial que sacude a Latinoamérica es impuesto por las empresas transnacionales, que reorganizan su producción a escala mundial.

4. “La sequía del financiamiento comercial pone en jaque a los mercados emergentes”, *The Wall Street Journal- La Nación*, diciembre 22 de 2008.

5. Hemos analizado esta combinación de sobreacumulación de capitales y sobreproducción de mercancías, en Katz Claudio, *Codicia, regulación o capitalismo* (30-12-08) y *Lección acelerada de capitalismo*, en <http://katz.lahaine.org> (4-10-08).

En el sombrío clima actual ya no se escuchan elogios a la globalización neoliberal, ni alabanzas a cualquier tipo de inversión. Las terribles consecuencias de la fabricación mundial integrada –bajo los principios de la competencia y el beneficio– comienzan a salir a flote.

Pero la mayor amenaza en ciernes para la zona proviene de un tercer impacto mundial: la abrupta caída de los precios de las materias primas. Este desmoronamiento revierte el crecimiento del último quinquenio, que se apoyó en una significativa mejora de los términos de intercambio (33% en comparación al promedio de la década precedente). Esa coyuntura permitió incluso alcanzar volúmenes de exportación superiores a la deuda externa en 2006 y 2007.

Pero el cambio de tendencia afecta ahora las balanzas comerciales y los presupuestos públicos. El crecimiento consecutivo al 5,5% anual desde 2003 ha quedado atrás. El PBI de 2008 se desaceleró a 3,3% y todas las estimaciones para 2009 se están ajustando hacia abajo.

Muchos economistas sostienen que América Latina podrá soportar igualmente el huracán, si adopta medidas audaces de reactivación keynesiana. Estas iniciativas ya se están implementando para aumentar la liquidez, expandir el crédito público y subvencionar la industria. Los debates sobre su efectividad o suficiencia han ganado la primera plana⁶.

Pero, en los hechos, esa viabilidad depende de la magnitud de la crisis y no tanto del acierto de los correctivos. Las políticas monetarias y fiscales anticíclicas inciden dentro de ciertos límites. Pueden reanimar la demanda o detener la caída de la producción en un cuadro recesivo, pero tienen poca influencia en una depresión en picada.

Por ahora el colapso financiero golpea con mayor furia a las economías centrales, pero Estados Unidos, Europa Central y Japón cuentan con recursos superiores para intentar un contrapeso. Pueden ensayar reactivaciones con el sostén del Tesoro y emiten los dólares, euros y yenes que utiliza América Latina. Además, incrementan el déficit fiscal, mientras la región continúa atada a las normas del superávit.

En síntesis, en la cambiante coyuntura latinoamericana tiende a estrecharse el margen de las políticas macroeconómicas que intentan frenar el vendaval.

6. Por ejemplo, Vanoli, Alejandro. "Cómo inmunizar a la Argentina en el casino global", *Clarín*, agosto 16 de 2007.

¿Beneficios de largo plazo?

El escenario que emergerá de la crisis dependerá de desenlaces políticos imprevisibles y autónomos de la tormenta económico-financiera. Basta recordar, para notar cuán gravitante es la incidencia de los acontecimientos políticos, que la depresión del 30 fue zanjada con una guerra mundial y que la Unión Soviética se desmoronó por la implosión de un régimen.

América Latina se encuentra en un punto de cruce de tendencias geopolíticas contradictorias determinadas por tres procesos: la autonomía regional, la postura de Estados Unidos y el perfil de Brasil.

En el primer terreno de independencia zonal, algunos analistas estiman que la adversidad actual tendrá efectos favorables, si se repite lo ocurrido en los años 30. Recuerdan que la debacle de entreguerras generó condiciones propicias para la gestación de los procesos posteriores de industrialización⁷.

Pero olvidan que el impacto inicial de la gran depresión fue una dolorosa depreciación de las materias primas. La sustitución de importaciones apareció sólo posteriormente, como consecuencia del proteccionismo y la guerra mundial, y se instrumentó en una región que pudo mantenerse al margen de esa conflagración.

La única comparación apropiada, hasta el momento, es con el *shock* adverso que inicialmente generó la gran depresión. Nadie puede predecir qué sucederá posteriormente. Una eventual reproducción del contexto de posguerra choca no sólo con la ausencia de confrontaciones bélicas interimperialistas, sino también con la mayor internacionalización de la economía.

Es cierto que algunos rasgos de autonomía regional ya aparecieron en Sudamérica antes del estallido actual, especialmente en el plano financiero. En el último quinquenio de crecimiento se registraron recompras de títulos públicos y reducciones del endeudamiento, que guardan cierto paralelo con lo ocurrido luego de la gran depresión. Pero la continuidad de esta atenuación de la carga financiera es un interrogante.

Lo importante es percibir que un desmoronamiento económico en el centro del capitalismo no amplía necesariamente los márgenes de acción de la periferia. La crisis de los 70 demostró que puede suceder lo contrario.

Esa conmoción empalmó inicialmente con un marco favorable para el Tercer Mundo. La derrota de Vietnam había recortado la capacidad de

7. Esta tesis plantea, por ejemplo, Cardoso, Fernando Henrique, "Ante una reingeniería de las finanzas mundiales", *Clarín*, octubre 15 de 2008.

intervención norteamericana y el encarecimiento de las materias primas mejoraba los ingresos de la periferia, en el novedoso marco que rodeaba a la OPEP. Un bloque de 77 a 125 países no alineados proponía el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Promovía estabilidad de precios para las materias primas, mayor acceso a los mercados desarrollados, transferencias de recursos al Sur y participación de la periferia en las decisiones de ONU.

Pero este curso quedó abruptamente clausurado en los 80 con la ofensiva neoliberal. Mediante aumentos de tasas de interés y recortes de la demanda de insumos que provocaron la depreciación de los productos básicos, las grandes potencias retomaron su control del Tercer Mundo.

América Latina soportó el brusco aumento de su endeudamiento –y en lugar de un desahogo post-30– padeció un desplome equivalente a la gran depresión. El breve alivio de las desigualdades internacionales quedó sustituido por una nueva etapa de polarización global que perduró hasta el fin del siglo XX.

Este antecedente ilustra cuán acotado y frágil puede resultar un período de autonomía periférica. Se pueden ponderar las numerosas diferencias que distinguen la etapa actual de los años 70, comparando por ejemplo el viejo rol de la Unión Soviética con el papel reciente de China. Pero resulta imposible definir si estos cambios serán ventajosos o desfavorables para la periferia. Más especulativo aún es presagiar un escenario de nueva industrialización independiente para América Latina.

Multipolaridad opresiva

La apuesta a un beneficio latinoamericano de la crisis actual se apoya en la previsión de un escenario multipolar. Muchos analistas estiman que la región podría aprovechar la mutación del marco global para adoptar políticas más autónomas⁸.

Ese período de mayor dispersión o equilibrio entre fuerzas capitalistas del planeta es ciertamente una posibilidad. Pero resulta decisivo subrayar que no favorecería por sí mismo a las mayorías populares. Más bien fortalecería a las clases dominantes locales vinculadas con las potencias hegemónicas. Esta hipótesis es omitida por la tesis multipolar.

8. Es la tesis que presentan Gersh, Alain. “El consenso de Pekín”, *Le Monde Diplo*, noviembre de 2008; Sercovich, Francisco. “Globalización: los nuevos desencantados”, *Clarín*, 19 de agosto de 2007; Golub, Philip “Hacia un mundo descentralizado”, *Le Monde Diplo*, noviembre de 2008, Buenos Aires.

El mayor ascenso geopolítico de China, India o Rusia seguramente incluiría agudos conflictos con los capitalistas del centro, pero tendería esencialmente a asentarse en la asociación con esos sectores. Estas alianzas se forjaron durante las últimas dos décadas y dieron lugar a llamativas compras de activos en las economías avanzadas por parte de las multinacionales emergentes⁹.

Estas mismas tendencias han persistido luego del estallido global y se verifican en el financiamiento asiático del déficit norteamericano. La activa participación oriental en el rescate de los bancos estadounidenses y el traspaso de empresas quebradas a propietarios de ese origen forman parte de este mismo proceso¹⁰.

En las últimas décadas la dominación global estuvo en manos de una tríada de potencias encabezadas por Estados Unidos. El imperialismo clásico –de países que derrotan y subordinan a sus rivales por medio de la guerra– fue sustituido por el imperialismo colectivo. Norteamérica ha liderado en las últimas décadas un poder compartido con Europa y Japón. Un eventual escenario multipolar surgiría de la incorporación de nuevos asociados a ese entramado. Remodelaría la opresión y obstruiría la emancipación popular¹¹.

La crisis de dominación estadounidense

La localización central de la crisis en la economía norteamericana agrava los problemas que enfrenta la primera potencia en América Latina. Estas dificultades derivan de fracasos políticos militares extraregionales (Medio Oriente) y rebeliones antiimperialistas en la zona.

Desde el fallido proyecto del ALCA se registra una pérdida de posiciones del gigante del Norte, que ha dado lugar al estancamiento de los Tratados de Libre Comercio. Un afianzamiento del giro proteccionista actual acotaría adicionalmente el alcance de esos convenios. Cualquier aumento

9. Algunos periodistas utilizaron el término NAN (Nuevas Naciones Adquisitivas) para describir este proceso que incluyó la transferencia de una parte de British Petroleum a capitalistas chinos, así como de la canadiense Inco a empresarios brasileños y de la norteamericana Asaco a potentados de la India. Cohen, Roger, “El mundo está al revés”, *La Nación*, junio 2 de 2008.

10. Los países del sudeste asiático tienen en su poder la mitad de la deuda de EE.UU., y China jugó un papel directo en los salvamentos de Fanny Mae y Freddie Mac. Bular, Martine, “El poder mundial se desplaza”, *Le Monde Diplo*, noviembre de 2008.

11. El concepto de imperialismo colectivo ha sido desarrollado por Amin, Samir, “US imperialism, Europe and the middle east”, *Monthly Review*, vol. 56, n° 6, November 2004.

significativo de los aranceles en la principal economía del continente haría trastabillar a los TLCs.

La crisis actual golpeará especialmente a los socios fronterizos de Estados Unidos. México afronta, en un explosivo contexto de retorno de emigrantes, deterioro social y crimen organizado, el desplome del mercado que absorbe el 90% de sus exportaciones. El viejo idilio con el Nafta se ha transformado en una pesadilla. También la expectativa estadounidense de capturar PEMEX ha decaído, junto al desmoronamiento de varias multinacionales mexicanas dependientes de la economía estadounidense¹².

Más grave es la situación de los pequeños países centroamericanos atados a la afluencia de remesas. La escasa significación pasada de los emigrantes latinos en la economía del Norte (1,7 millones en 1970) contrasta con su enorme gravitación actual (17, 4 millones en 2005). La repatriación –que ya genera el desempleo masivo en la metrópoli– afectará directamente las relaciones de Estados Unidos con estas naciones¹³.

El contexto político que afronta el Departamento de Estado es más adverso en Sudamérica. Como resultado de grandes conmociones políticas y sociales, gran parte de los gobiernos han tomado distancia de su vieja subordinación al Norte. Durante el año pasado Estados Unidos quedó marginado de las negociaciones para enmendar dos conflictos claves: la incursión militar de Colombia a territorio ecuatoriano y el frustrado golpe derechista en Bolivia. Debió soportar, además, la inédita expulsión de dos embajadores (Venezuela y Bolivia), que hasta ahora no han retornado a sus cargos.

Algunos analistas estiman que este marco obligará a Estados Unidos a atenuar su control sobre América Latina. Consideran que el Departamento de Estado adoptará una postura más condescendiente (o menos interesada) en el futuro del continente. Suponen, especialmente, que Obama podría también deslizarse hacia actitudes que “superen los vestigios de la guerra fría”¹⁴.

12. Una empresa de este tipo –como Cementos mexicanos– se encuentra en un estado crítico por la retracción de insumos que provocó el desplome del negocio inmobiliario. “Cemex, un símbolo de la globalización ahora hace frente a su costado adverso”, *The Wall Street Journal- La Nación*, diciembre 11 de 2008.

13. Un detallado análisis de estos problemas presenta: Canales, Alejandro. “Incluidos y segregados”, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI, México, 2007.

14. Es la conducta que sugiere: Tokatlian, Juan Gabriel, “Fin a la guerra fría en América Latina”, *Clarín*, enero 20 de 2009; Tokatlian, Juan Gabriel.

Pero, en realidad, el nuevo presidente no se dispone a introducir cambios significativos en el área latinoamericana. Retirá los presos de Guantánamo, pero no devolverá el enclave a Cuba, ni juzgará a Bush por las torturas. Aliviará las restricciones para viajar a la isla, pero sin levantar el embargo, y buscará acercamientos diplomáticos que eviten reconocer la derrota imperial. Habrá que ver si aligera el encubrimiento al terrorismo de Estado en Colombia y si atenúa el acoso sobre Venezuela y Bolivia.

La continuidad de políticas imperialistas consensuadas con los republicanos ha sido la norma de todas las administraciones demócratas. Seguramente Obama retomará una combinación de garrote y zanahoria, con más incidencia diplomática (tradicción de Clinton) que brutalidad descarada (herencia de Bush).

Los virajes que el nuevo presidente debe encarar en el plano interno no se proyectan a la política exterior. Un mandatario de color –que no representaba inicialmente al *establishment*– enfrenta un terremoto social sin precedentes desde Roosevelt en un contexto de transformaciones democráticas inéditas desde Kennedy. Este aluvión interno obliga a cambiar la agenda tradicional. Pero el libreto para el Patio Trasero se mantiene sin variantes.

Desde hace siglos los gobiernos estadounidenses implementan estrategias de sujeción basadas en la doctrina Monroe. Tarde o temprano la primera potencia encarará una contraofensiva, cuyos anticipos ya se vislumbran en la reactivación de IV flota. Con el pretexto del narcotráfico (o del terrorismo), el Comando Sur de Miami gana terreno. Ya reúne más personal civil dedicado a Latinoamérica que todos los departamentos diplomáticos y comerciales de Washington. Las bases de Colombia tienen extensiones en Perú y existe una novedosa hipótesis de intervención militar a México¹⁵.

La primera potencia perdió en la última década cierta gravitación económica, frente a sus competidores europeos. Las empresas del Viejo

“Obama y el cambio”, p. 12, noviembre 19 de 2008; Tokatlian, Juan Gabriel, “Un golpe a la hegemonía de EE.UU.”, *La Nación*, octubre 6 de 2008.

15. La IV flota tiene previsto navegar por ríos interiores con un equipamiento equivalente a la V flota (Golfo Pérsico) o la VI flota (Mediterráneo). Introducirá un complemento marítimo al control aéreo y territorial que Estados Unidos detenta de la zona. Boron, Atilio, “La IV flota destruyó a Imperio”, en *ALAI*, agosto 21 de 2008; Boron, Atilio, *Gatopardismo imperial*, p. 12, enero 21 de 2009; Dufour, Jules, “El regreso de la cuarta flota y el futuro de América Latina”, en www.mondalisation.ca/ (28-8-08).

Continente desplazaron a las compañías norteamericanas en el monto de las inversiones externas¹⁶.

Pero la Unión Europea no aspira a reemplazar a su rival y se ha limitado a ensayar tratados de libre comercio calcados del ALCA. Habrá que ver, además, cómo la crisis global afecta al artífice español de la avanzada europea. Las compañías ibéricas deben lidiar con una montaña de pérdidas, que las obliga a retirarse y vender activos¹⁷.

Es cierto también que Estados Unidos ha debido tolerar la primera incursión comercial china, la visita de la marina rusa a Cuba y los viajes de funcionarios iraníes a Venezuela. Pero estas presencias amenazan menos que Europa la dominación tradicional norteamericana. Ningún dato corrobora, por lo tanto, las tesis de la indiferencia (o la resignación) de Estados Unidos frente a Latinoamérica.

¿Declinación inexorable?

Ciertos analistas atribuyen el futuro desahogo latinoamericano a una declinación estructural e inevitable de Estados Unidos. Las versiones más vulgares de este enfoque son habitualmente recogidas por los medios de comunicación. Han sido enunciadas por futurólogos de instituciones próximas al Departamento de Estado y auguran el liderazgo de Europa o Asia y el ascenso de nuevas potencias (China, Rusia, India). Luego del fracaso neoconservador de Bush, algunos le han puesto fecha al fin de la primacía norteamericana (año 2025)¹⁸.

Esos pronósticos contrastan con el deslumbramiento pro norteamericano que prevalecía en la década anterior y también con la euforia mediática que rodeó al ascenso de Obama. Los mismos medios –que teorizan la agonía de Estados Unidos– resaltaron los atributos del nuevo presidente para restaurar el sueño americano. En este sube y baja, el fin del imperio y

16. Cammack Paul. "Signos de los tiempos: capitalismo, competitividad y el nuevo rostro del imperio en América Latina", *El imperio recargado*, CLACSO, Buenos Aires, 2005.

17. Estas empresas invirtieron en la región 165.000 millones de dólares (10% de PBI español) y ahora predomina una oleada de ventas, visible en la salida del grupo Marsans de Aerolíneas, la nacionalización de los fondos de pensión en Argentina (manejados por el BBVA) y la estatización venezolana de filiales locales del Santander. También Repsol se desprende de sus participaciones en Venezuela, Bolivia y Ecuador. "Las inversiones en América Latina les cuestan caro a las empresas a las empresas españolas", *The Wall Street Journal- La Nación*, diciembre 4 de 2008.

18. Fukuyama, Francis. "Nuevos desafíos geopolíticos", *Clarín*, septiembre 29 de 2008; Gray John, ¿Fin del liderazgo estadounidense?, *Clarín*, octubre 1de 2008; Diament, Mario, "Adiós a la era de EE.UU.", *La Nación*, mayo 17 de 2008.

su resurrección se alternan con sorprendente velocidad¹⁹. Otros teóricos de la decadencia ponderan esta regresión. Estiman que permitirá superar las desventajas de la dominación global en el terreno económico (menor productividad) y político (creciente desprestigio). Con esta visión transmiten una idílica imagen de renuncia estadounidense a sus prerrogativas²⁰.

Pero es bastante absurdo presentar al imperialismo norteamericano como víctima de una supremacía indeseada. El Pentágono y el Departamento de Estado ejercen un rol mundial opresivo a favor de empresas norteamericanas y custodian los grandes lucros que genera esa dominación.

Desde una óptica muy diferente, los analistas serios han buscado aplicar a Latinoamérica la tesis de la declinación norteamericana. Presentan datos significativos del retroceso tecnológico y productivo de la primera potencia y evidencias de su debilitamiento para ejercer la hegemonía frente a sus rivales²¹. Pero este enfoque contiene un reconocimiento problemático: el dominio militar estadounidense persiste sin rivales a la vista y es aceptado por sus competidores. Esta ausencia de reemplazante bélico (europeo o asiático) es particularmente decisiva, en el esquema de la escuela sistémica. Esta corriente asocia cada etapa de la historia contemporánea con la existencia de una potencia dominante o en curso de ejercer esa supremacía²².

Como los candidatos a ocupar ese liderazgo no pasaron la prueba de las últimas décadas (Alemania en los 70, Japón en los 80, Unión Europea en los 90), habría que ser más cauteloso con los pronósticos sobre China.

La supremacía norteamericana atraviesa por una crisis, cuyo desemboque final es una incógnita. No está escrito en ningún lado que concluirá con el ascenso de un contrincante o con el reciclaje del propio liderazgo. Resulta imposible determinar, por el momento, si Estados Unidos atraviesa un retroceso acotado o definitivo.

Pero el trasfondo teórico de este problema es la controvertida noción de auge y decadencia de los imperios. Esta tesis de reemplazos cíclicos de

19. Con la obamanía recuperaron terreno los que apuestan a un resurgimiento basado en la capacidad norteamericana para absorber inmigrantes. Oppenheimer, Andrés, "EE.UU. y la era post-Bush", *La Nación*, noviembre 25 de 2008.

20. Roubini, Nouriel, "La decadencia del imperio americano", *Global EconomMonitor*, septiembre de 2008.

21. Guillén, Arturo, "La declinación de la hegemonía estadounidense y sus implicaciones para América Latina". Ponencia al Segundo Coloquio de la SEPLA, Caracas, noviembre 14-16 de 2007.

22. Es el enfoque de Wallerstein, Immanuel, *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas-mundo*, 2004, Akal, Madrid, cap. 28.

la supremacía mundial presupone una filosofía de etapas predeterminadas de la historia. Es un enfoque con razonamientos fatalistas, que choca con la asignación de protagonismo a los sujetos sociales. La interpretación de la historia como un devenir de la lucha de clases –en un marco de condiciones objetivas– es incompatible con la regla de la dominación imperial sustitutiva.

El nuevo perfil de Brasil

La actual discusión sobre la regresión estadounidense contrasta también con la imagen de una superpotencia imponiendo sus prioridades a Latinoamérica, que acompañó al debut del neoliberalismo. Este cambio indica una crisis del viejo rol pretoriano del Pentágono, protegiendo a clases dominantes frágiles, Estados inestables y elites poco autónomas. Especialmente en Sudamérica no se verifica actualmente el tipo de sujeción neocolonial que rige, por ejemplo, en varias regiones de África.

Es incorrecto observar a las principales clases dominantes locales como títeres de un imperio. Actúan como grupos de explotadores con intereses y estrategias propias, en un escenario que difiere sustancialmente del marco semicolonial. Este cambio de contexto es soslayado por muchos teóricos de la recolonización, que sólo resaltan la reinserción subalterna de la región en el mercado mundial o la reaparición de formas de sujeción prenacionales²³.

Con esta visión se pierde de vista no solo el retroceso de la dominación norteamericana, sino también la nueva gravitación de Brasil. No se registra que este país es el gran candidato a comandar una multipolaridad opresiva en Sudamérica.

A pesar del bajo crecimiento de los últimos años, las empresas transnacionales de ese origen se han consolidado en toda la región. Se apoderaron del 50% de la principal actividad económica uruguaya (industria de la carne), comprando tierras y controlando un tercio de la faena. Capturaron varias firmas estratégicas de Argentina (especialmente Pecom y Loma Negra) y ya manejan el 95% de la soja exportada desde Paraguay.

23. Estos enfoques remarcan también la subordinación de las elites locales al capital foráneo y la restauración de formas primitivas de acumulación basadas en la depredación. Un debate sobre estos temas plantea por Sorans Miguel, “¿Hay una recolonización mundial?”, *Correspondencia Internacional* núm. 26, octubre-diciembre de 2008. Ver también Salinas Figueredo, Darío, “Las coordenadas de la política estadounidense”. *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI, México, 2007.

A principios de la década, Petrobrás se apropió del 45% del gas, el 39% del petrolero y de toda refinación de Bolivia. En Perú dos conglomerados brasileños controlan el grueso de las minas de zinc y fosfato. En Ecuador gestionan varios yacimientos estratégicos y administran los principales proyectos de obra pública.

La expansión sudamericana de las multinacionales brasileñas se ha sostenido en la financiación oficial (BNDES). Esos créditos han crecido más que los fondos aportados a la región por el FMI o el Banco Mundial. Las compañías de Brasil sustraen materias primas, dominan fuentes de energía y abastecen mercados de consumo. Su principal núcleo –Petrobrás, Gerdau, VM, Oderbrecht, Friboi, Marfrig, Vale– opera con elevados niveles de internacionalización²⁴.

El principal proyecto de estas firmas es un conjunto de autopistas e hidrovías programados en el IIRSA (Infraestructura regional sudamericana). Este plan involucra a todos los países vecinos y se localiza prioritariamente en la Amazonia. Apunta a explotar los gigantescos recursos naturales de esa región²⁵.

La expansión multinacional brasileña se apoya también en la agresiva diplomacia de negocios que desarrolla Itamaraty. Esta política ha provocado numerosos conflictos. Petrobrás se opuso a las nacionalizaciones dispuestas por Evo Morales, y Lula buscó imponer términos leoninos a las indemnizaciones en juego. También en Ecuador, Brasilia llamó inmediatamente a consultas a su embajador ante los cuestionamientos oficiales que recibió la empresa Oderbrecht por represas construidas con fallas estructurales.

Es probable que el próximo conflicto involucre a Itaipú, ya que Paraguay tiene vedado el manejo soberano de sus recursos hidroeléctricos. Debe vender la energía excedente a una tarifa inferior al precio de mercado para solventar una deuda odiosa con el acreedor brasileño²⁶.

24. La proporción de las ventas externas en comparación con las internas es muy significativa en todas estas compañías. Un completo análisis de estas empresas presenta: Luce, Mathias, “La expansión del subimperialismo brasileño”, *Patria Grande*, n° 9, diciembre de 2008.

25. Son 514 proyectos de energía, transporte y comunicaciones a desarrollar diagramados y concebidos para el período 2005-2010. Verdum, Ricardo, “Financiamiento a megaproyectos: novos desafíos”, en *Contra Corriente*, enero de 2009; Tautz, Carlos, “A Amazonia como alvo principal”, *Contra Corriente*, enero de 2009.

26. Lamarque, Cecile, “El tratado entre Paraguay y Brasil: un escándalo que duró demasiado”, en www.cadtm.org/spip.php (25-12-08).

Geopolítica de dominación

Para sostener la política de las corporaciones, Brasil se militariza con tecnología francesa. Se construyen submarinos, aviones y helicópteros destinados a custodiar los intereses de esas compañías en las vastas regiones inexploradas del subcontinente.

Este correlato militar de la expansión multinacional no se limita al radio fronterizo. Desde 2004, Brasil lidera las fuerzas de ocupación que reemplazaron a los marines en Haití. Garantiza allí una política neoliberal, que agrava la tragedia de hambre, pobreza y emigración, utilizando los métodos policiales que ensayó en las favelas. Esas acciones han facilitado el ingreso de las firmas brasileñas al Caribe.

La estrategia geopolítica en curso apunta a lograr desde UNASUR el ambicionado asiento brasileño en el Consejo de Seguridad. Con este objetivo Itamaraty amplía el radio de alianzas (ahora con México) y estimula el ingreso de Cuba al Grupo de Río.

Lula repite la política de lobby que desarrolló Felipe González para posicionar a las empresas españolas en América Latina. Como busca garantizar la estabilidad de negocios arbitrados por la diplomacia brasileña, rechaza las pretensiones separatistas de la extrema derecha sudamericana (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija en Bolivia, Zulia en Venezuela, Guayas en Ecuador).

Brasil subordina incluso la continuidad del MERCOSUR a su liderazgo. Demorará la moneda común y el parlamento regional hasta que tenga asegurada esa conducción. Tampoco renuncia a estrategias unilaterales. En la última reunión de la OMC abandonó a sus aliados del G 20 para buscar un compromiso directo con los países desarrollados.

Pero la dirección del bloque sudamericano requiere neutralizar políticamente a Venezuela (dentro o fuera del MERCOSUR) y resolver los conflictos comerciales con Argentina. Sólo fuertes beneficios geopolíticos pueden atenuar las constantes quejas de los industriales de Sao Paulo hacia el vecino del Sur.

Todo indica, por lo tanto, que Brasil busca ocupar los espacios creados por la crisis de dominación estadounidense. Pero aspira a cumplir este rol sin chocar con la primera potencia. Tratará de saltar un escalón dentro de la coordinación hegemónica que ha prevalecido desde la posguerra. Las clases dominantes brasileñas pretenden jugar un rol más visible, pero al mismo tiempo más integrado al imperialismo colectivo. ¿Cómo responderá Estados Unidos? Hasta ahora predomina la indefinición. En 2007, Bush

suscribió un acuerdo estratégico con Lula para desenvolver una política común de agrocombustibles. El abaratamiento del crudo y las disputas aduaneras en torno al etanol amenazan ese convenio. Pero muchos opinan que Obama podría retomar ese tratado para asociar al principal país sudamericano a la dominación global²⁷.

Semiperiferia y subimperialismo

En su nuevo rol dominante, Brasil tiende a jugar un rol subimperialista. Este papel se está gestando bajo la cobertura de intereses regionales compartidos y no resultará menos adverso para los pueblos que la opresión tradicional ejercida por el imperialismo estadounidense o europeo.

El término de subimperialismo surgió en los años 60 para retratar una expansión de Brasil conectada a las prioridades del Departamento de Estado. Con el prefijo “sub”, Ruy Mauro Marini indicaba el carácter tardío y periférico de la nueva potencia y su asociación subordinada con Estados Unidos²⁸.

La denominación distinguía una acción imperial emergente (Brasil) de una función ya dominante (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia). También aludía a diferencias con imperialismos menores (Suiza, Bélgica, España), extinguidos (otomano, austro-húngaro) o fallidos (Rusia, Japón).

La palabra subimperialismo podría erróneamente sugerir una delegación del poder central a servidores de la periferia. Pero en el caso brasileño siempre apuntó a resaltar el proceso opuesto de mayor autonomía de las clases dominantes locales. La aplicación de ese concepto para la región difiere, por ejemplo, de su uso para el caso de Israel (que actúa por mandato del Pentágono) o de subpotencias como Australia y Canadá, que actuaron siempre adheridas al eje anglo-norteamericano. Una analogía más próxima a Brasil sería el rol jugado por Sudáfrica en la región austral del continente negro.

Hace cuarenta años el subimperialismo brasileño debutaba como gendarme anticomunista en acciones de una dictadura comprometida con la guerra fría. En la actualidad, Brasil sostiene el orden capitalista por cuenta propia (ocupación de Haití), se abastece con pertrechos de Francia y pone serios límites a la plataforma de los marines en Colombia.

27. Oppenheimer Andrés, “Una decisiva alianza energética”, *La Nación*, enero 20 de 2009; Pagni, Carlos, “La estrategia latinoamericana de Barack Obama”, *La Nación*, enero 18 de 2009.

28. Marini, Ruy Mauro, *La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil. Subdesarrollo y revolución*, Siglo XXI, 1985; Marini Ruy Mauro. *Dialéctica de la dependencia*, ERA, México, 1985.

El acierto más perdurable de los primeros teóricos del subimperialismo fue captar la transformación de las viejas burguesías nacionales (promotoras del mercado interno), en burguesías locales (que priorizan la exportación y la asociación con empresas transnacionales). Marini denominó “cooperación antagónica” al proceso de internacionalización del capital local y polemizó con los autores que presentaban ese viraje como un acontecimiento favorable al desarrollo del país²⁹.

Este giro multinacional de las clases dominantes se ha consolidado en las últimas dos décadas y se plasma actualmente en la expansión de las firmas brasileñas hacia los países vecinos. Marini atribuía este despliegue foráneo a la estrechez de un mercado interno, afectado por la fragilidad del poder adquisitivo. Estimaba, además, que los grandes capitalistas brasileños acentuaban la compresión del poder de compra, recurriendo a formas de superexplotación de los trabajadores.

Los seguidores de esta tesis han resaltado el agravamiento contemporáneo de estos desequilibrios, en ausencia de un consumo de masas equiparable al fordismo de las economías avanzadas³⁰. Estas carencias impulsan a las multinacionales a invertir en el exterior, los capitales sobrantes que genera la restrictiva acumulación interna.

Como resultado de esta contradicción Brasil adopta conductas subimperiales, antes de haber alcanzado el poderío que tuvieron las principales economías centrales en los siglos XIX y XX. Esta asimetría ilustra las modalidades contemporáneas que adopta el desarrollo desigual y combinado.

La noción de subimperialismo contribuye a superar el simplificado esquema de centro-periferia e indica la variedad de relaciones que genera la polarización del mercado mundial. Retrata la existencia de formaciones intermedias, que algunos pensadores han teorizado con el concepto de semiperiferia.

Este término alude a frecuentes situaciones intermedias de la historia del capitalismo. Indica el surgimiento de potencias desafiantes que alcanzaron liderazgos (EE.UU., Japón, Alemania) o fallaron en el logro de esa meta (Italia, España, Rusia)³¹.

29. Marini, Ruy Mauro. “Razones del neo-desarrollismo”, *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, 1978.

30. Osorio, Jaime, “Una cartografía para redescubrir América Latina”, *Oikos*, n° 18, 2° semestre de 2004.

31. Wallerstein, Immanuel, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos: un análisis de sistemas-mundo*, 2004, Akal, Madrid, cap. 5.

Las semiperiferias han sido subimperialismos (o imperialismos) potenciales que prosperaron o abortaron. En Sudamérica esta evolución se frustró en Argentina durante la primera mitad del siglo XX, pero continúa abierta para Brasil. Múltiples razones económicas, políticas y sociales explican esta evolución divergente.

Las nociones de semiperiferia y subimperialismo permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo. Este sistema periódicamente transforma las relaciones de fuerza en el mercado mundial. Una fotografía congelada del centro y la periferia impide registrar estos cambios. No permite captar, por ejemplo, mutaciones históricas tan sorprendentes como el salto procesado por China en las últimas décadas.

Los dos conceptos intermedios también chocan con la estrecha clasificación de los países latinoamericanos en colonias, semicolonias y capitalistas dependientes. Este modelo es particularmente insuficiente para una región –que a diferencia del resto de la periferia– logró una emancipación temprana del yugo colonial. Por soslayar situaciones semicoloniales durante gran parte del siglo XX, Brasil tiende a saltar hacia un estadio subimperial.

Estatismo para los poderosos

Mientras que el margen de autonomía, la reacción estadounidense y el rol multipolar de Brasil son incógnitas abiertas, el severo impacto inmediato de la crisis ya está a la vista. La preocupación central de toda la región es actuar frente a un *tsunami* que augura desempleo y pobreza.

Las medidas que se están adoptando en las tres principales economías de la región socorren a los capitalistas con los recursos públicos que necesitan los desamparados. En México se dilapidan reservas para contrarrestar una corrida contra la moneda nacional, que podría frenarse instaurando un severo control de cambios. En Brasil, el Tesoro puso a disposición de los banqueros 50.000 millones de dólares y los bancos públicos ya anunciaron que absorberán las pérdidas de las entidades privadas. En Argentina se decretó una moratoria de los capitales fugados que perdona la evasión impositiva.

La misma consideración oficial reciben los grandes industriales. En México fueron incorporados a un megaplan de inversiones públicas. En Brasil obtuvieron reducciones de gravámenes y planes para sostener la reactivación de las ventas. En Argentina son particularmente agraciados los empresarios de la construcción y los productores de bienes durables. Este mismo auxilio al capital se verifica en Chile y en Colombia.

Estas orientaciones apuestan a una reacción positiva de los poderosos. Suponen que los flujos gubernamentales de dinero inducirán a los capitalistas a mantener el nivel de actividad. Pero olvidan que esa decisión depende de la dudosa preservación de la rentabilidad. Los planes buscan sostener también el consumo, pero sin medidas de redistribución del ingreso. Sólo intentan incentivar el gasto de la alta clase media, induciendo compras que disuadan el ahorro en divisas.

Por ese camino se agrava la emergencia social, que ya generan las suspensiones, los despidos y la desaceleración productiva. Como no se introduce un ingreso mínimo equivalente a la canasta familiar, la crisis tiende a golpear frontalmente el bolsillo popular.

La protección del grueso de la población requería destinar los fondos públicos a preservar salarios, ampliar el seguro de desempleo o incrementar los gastos en salud, educación pública y vivienda. Pero el intervencionismo actual favorece a las clases dominantes.

En la instrumentación de ese estatismo, actualmente convergen los keynesianos y con los neoliberales. Especialmente los cultores de la privatización han procesado un vertiginoso giro pragmático. Ahora cuestionan la sabiduría del mercado y aplauden el gasto público.

El viraje estatista igualmente preserva la variedad de matices social-liberales (Tabaré, Lula) y neodesarrollistas (Cristina Kirchner) que ha prevalecido en los últimos años. La nacionalización de los fondos de pensión que se dispuso en Argentina –para prevenir el colapso de las jubilaciones y recaudar fondos para la reactivación– es un ejemplo de estas diferencias. Las singularidades nacionales del intervencionismo obedecen especialmente a la intensidad de la lucha social o al deterioro económico-social precedente.

Pero la tónica dominante es hacia una convergencia de políticas económicas, que no implica coordinación. Hasta ahora cada gobierno actúa por su cuenta, especialmente en el plano comercial. La política de salvarse a costa del vecino es muy visible en las devaluaciones competitivas y en los aumentos de aranceles. Si este tipo de reacciones ha puesto en peligro la continuidad de la Unión Europea, también puede conducir al naufragio de la integración sudamericana.

Experiencias y alternativas

En cualquier escenario próximo los pueblos sufrirán duros embates, si no logran afianzar su resistencia al capital. Esta conclusión es la principal

lección de los colapsos financieros que padeció la región durante la década pasada. Esas debacles desencadenaron rebeliones que permitieron acumular importantes experiencias políticas y sociales.

Los alzamientos revirtieron en Bolivia un largo ciclo derechista, tumbaron en Ecuador a varios presidentes neoliberales, suscitaron en Venezuela una acentuada polarización y condujeron en Argentina al histórico levantamiento de 2001. También generalizaron la batalla por anular privatizaciones, nacionalizar recursos naturales y democratizar la vida política³².

Los oprimidos de América Latina conocen las dramáticas consecuencias del salvamento de los capitalistas y deben prepararse para enfrentar la agresión social que acompañará al nuevo socorro de los banqueros.

Frente a este escenario los movimientos sociales, las organizaciones políticas comprometidas con la lucha y los economistas radicales ya debaten propuestas alternativas. En varios encuentros se han fijado las bases de esta plataforma (Caracas, Buenos Aires, Pekín, Belem)³³.

Estos programas rechazan las medidas de regulación y control estatal que socializan las pérdidas capitalistas. Llaman a la movilización para supervisar cómo se utilizan los recursos públicos y denuncian las amenazas que afectan a los derechos populares.

Los planteos que se han esbozado priorizan el mantenimiento del empleo, la prohibición del despido, el reparto de las horas de trabajo sin modificar el salario y la nacionalización de las fábricas que cierren o despidan. Estas medidas son necesarias frente a la complicidad gubernamental con los recortes empresarios de puestos de trabajo. La intermediación estatal en negociaciones, para reducir salarios a cambio de preservar el empleo, es otra cara del atropello social en curso.

Tres medidas en debate son particularmente acuciantes. En primer lugar, la nacionalización sin ningún tipo de indemnización de los sistemas financieros, para asegurar el control oficial del crédito en la explosiva

32. Hemos analizado estas rebeliones en Katz, Claudio, *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008, cap. 1.

33. Conferencia Internacional de Economía Política: Respuestas del Sur a la crisis económica mundial, "Declaración Final", Caracas, octubre 11 de 2008. "Salvar a los pueblos, no a los bancos", Declaración de la Sociedad de Economía Política y Pensamiento Crítico, Buenos Aires, octubre 24 de 2008.

The global economic crisis: An historic opportunity for transformation, Pekín, October 2008, <http://www.cadtm.org/IMG/article>

"We won't pay for the crisis. The rich have to pay for it", Declaration of the assembly of social movements at the world social forum, Belem, January 2009.

coyuntura actual. El rescate de los banqueros debe ser reemplazado por la expropiación de sus bienes. Los Estados deben recuperar el costo de mantener en funcionamiento los bancos, absorbiendo las propiedades de sus accionistas y administradores. La nueva Constitución de Ecuador –que prohíbe estatizar las deudas privadas– brinda un fundamento para esta acción.

Mientras se realiza un catastro de las grandes fortunas hay que prevenir la fuga de capitales, mediante estrictos controles de cambio y cierres de las sucursales *off shore*. La apertura de los libros contables es también indispensable para conocer la situación de cada entidad. Hay que anticiparse al agravamiento del colapso, asegurando el funcionamiento del sector que articula toda la actividad económica. La segunda medida impostergable es la suspensión, revisión y anulación de las deudas públicas externas e internas. Mientras que la crisis borra pasivos multimillonarios en las economías centrales, América Latina continúa pagando. Las cláusulas de riesgo sistémico que se utilizan en Estados Unidos para retasar el monto y los plazos de obligaciones, no se instrumentan en la región.

Es el momento de seguir el camino que inició Ecuador, al poner en marcha una auditoría integral tendiente a deslindar los fraudes de los pasivos reales. La Comisión que revisó los títulos emitidos entre 1976 y 2006, encontró un escandaloso incremento del endeudamiento (de 240 millones de dólares en 1970 a 17.400 millones en 2007). También descubrió ausencia de registros y renegociaciones fraudulentas que condujeron a pagar sumas superiores a lo recibido³⁴.

Si se implementa en forma consecuente, esa suspensión del pago de la deuda ilegal tendrá un enorme impacto sobre la región. Sustituirá el repetido *default*, por una decisión soberana de llevar a los acreedores al banquillo de acusados.

La tercera medida que impone la crisis es la nacionalización del petróleo, el gas y la minería, lo cual permitiría preservar los recursos que América Latina necesita para protegerse del temblor global. Este camino ya ha sido iniciado por Venezuela y Bolivia. Evo decidió recientemente nacionalizar una petrolera (Chaco), que había incumplido con el traspaso de acciones al Estado dispuesto por el gobierno. Al denunciar el “carácter electoralista” de esta iniciativa, la derecha transparenta la popularidad que tiene este tipo de medidas.

34. Tamayo, Eduardo, “Las deudas se pagan, las estafas no”, *ALAI*, noviembre 20 de 2008.

Pero las nacionalizaciones se adoptan con muchas vacilaciones y recurriendo a erróneos pagos de indemnizaciones. En plena caída de los precios de las materias primas estas erogaciones pueden resultar fatales³⁵.

El contexto político

La crisis global modifica la percepción general que habitualmente existe de las medidas drásticas. En medio de un colapso que ha resquebrajado la ideología neoliberal, nadie se asusta con llamados a nacionalizar, estatizar o suspender pagos de la deuda. Es el momento de aprovechar este contexto para resguardar a la población latinoamericana adoptando decisiones contundentes. ¿Pero hay condiciones para implementar un viraje radical?

Ciertos analistas estiman que el contexto político se ha tornado desfavorable desde que la derecha recuperó terreno electoral (Chile, México), afianzó un régimen criminal (Colombia), obtuvo victorias sectoriales (agro-sojeros de Argentina) y sepultó los atisbos reformistas de varios gobiernos (Brasil, Uruguay).

Ciertamente la derecha prepara contraofensivas en todos los países. Pero hasta ahora ha perdido las grandes batallas: fracasó con el golpe de Estado en Bolivia, falló con la provocación de Colombia sobre Ecuador y no pudo consumir ningún ensayo de separatismo regional. Tampoco ha podido restaurar la unanimidad derechista de los años 90, en un marco de continuada gravitación de los avances logrados en la conciencia antiliberal y antiimperialista³⁶.

Pero existen, además, varios gobiernos nacionalistas radicales (Venezuela, Bolivia, Ecuador), que podrían tomar en sus manos la implementación del programa popular frente a la crisis. Estos procesos se distinguen de las administraciones centroizquierdistas (Tabaré, Cristina, Lula, Bachelet) en tres planos: recurren a la movilización, chocan con el imperialismo y las clases dominantes e intentan medidas de redistribución del ingreso.

La singularidad progresiva de estos gobiernos volvió a corroborarse frente a la masacre de Gaza. Evo y Chávez adoptaron una actitud ejemplar

35. La compra de acciones de la siderúrgica Sidor –perteneciente al grupo argentino Techint– en Venezuela por 1650 millones de dólares es un ejemplo de estos desaciertos. Actuando como representante directo de los capitalistas, el gobierno de Cristina Kirchner presionó por acelerar esos pagos.

36. Las periódicas encuestas de *Latin-barómetro* indican fuerte apoyo popular a las movilizaciones, crítica a las desigualdades sociales y cuestionamientos del mercado, *La Nación*, diciembre 17 de 2008.

de ruptura con Israel, que contrastó con la neutralidad diplomática de sus colegas sudamericanos. Su postura se diferenció también de la criminal complicidad que caracterizó a casi todos los gobiernos árabes.

En Ecuador, Bolivia y Venezuela se han consagrado, además, importantes avances democráticos a través de nuevas Constituciones, aprobadas al cabo de fuertes disputas electorales con la derecha. En el Altiplano, por ejemplo, se reconoció el Estado plurinacional, la separación de la Iglesia del Estado y la prohibición de bases militares extranjeras.

Sin embargo, los gobiernos nacionalistas radicales enfrentan grandes disyuntivas. Mantienen el apoyo popular, pero las concesiones al capital y la ausencia de medidas radicales tienden a generar fatiga. La crisis global abre una oportunidad para superar ese desgaste con nuevos impulsos. La prioridad es neutralizar el *golpismo* de la derecha e impedir el retorno de los conservadores. Pero también es indispensable evitar un congelamiento de las transformaciones sociales que establezca la capa de opresores que germina dentro de los procesos populares.

En Bolivia se han ganado nuevamente las elecciones con más del 60% de los votos, pero la derecha mantiene su fuerza en las regiones adversas. En lugar de aprovechar la derrota del *putch* secesionista, se optó por incorporar a la Constitución varias demandas de la oligarquía (especialmente el carácter no retroactivo de los límites a la propiedad agraria).

En Venezuela persiste el vigor de los programas sociales y se ha obtenido un contundente triunfo electoral, que revierte los resultados más adversos de comicios anteriores. Pero al mismo tiempo se afianza la “*boliburguesía*” asociada con el gobierno, que recicla la desigualdad social y recrea la repudiada corrupción.

También en Ecuador se consolida la soberanía política, pero han aparecido fuertes tensiones entre el gobierno y el movimiento indigenista, que legítimamente protesta contra la entrega de áreas mineras a la explotación transnacional.

Es el momento de superar estas dificultades radicalizando los procesos nacionalistas, reforzando un eje político-regional con Cuba y revitalizando el ALBA. Esta asociación introdujo principios de intercambio solidario, reafirmó criterios de acción antiimperialista y planteó reformas sociales, incentivó, en los últimos meses, la implementación de un sistema de compensación monetaria y multiplicó los acuerdos con la zona del Caribe. Pero muchas medidas dependen de un financiamiento petrolero amenazado por la crisis.

El ALBA podría cumplir un papel más significativo en el nuevo contexto como ámbito de formulación y ensayo de las respuestas populares al *tsunami* económico. Una decisión clave es el retiro del CIADI, que ya inició Bolivia. Es vital también la campaña por abandonar el FMI y el Banco Mundial, para sentar las bases de nuevos organismos de cooperación y solidaridad.

El ALBA ha buscado contrarrestar el estancamiento que impuso Brasil al proyecto de Banco Sur y al sistema monetario latinoamericano (SUCRE). Se han discutido mucho las normas de funcionamiento de esa entidad (voto por país o proporcional al capital aportado), así como el volumen o el destino de los fondos.

Pero mientras persista la tendencia de las clases dominantes a protegerse individualmente del colapso financiero, estas iniciativas no prosperarán. Sólo los oprimidos –que actúan sin la compulsión del beneficio y la competencia– pueden garantizar la unidad regional. La crisis global crea nuevas condiciones para avanzar hacia esa meta.

Un proyecto anticapitalista

América Latina cumplió un papel de vanguardia en la resistencia contra el neoliberalismo, pero la crisis actual plantea otro desafío: ocupar un rol de avanzada en la batalla contra el capitalismo. Este sistema es el responsable de los descalabros actuales y su continuidad exigirá mayores sufrimientos populares.

Sólo un camino erradicación de la explotación, el desperdicio y la desigualdad vigentes permitirá contrarrestar la miseria y el paro que augura la debacle en curso. Este sendero exige adoptar medidas antiliberales y anticapitalistas.

Las respuestas serán efectivas si facilitan una transición al socialismo, opuesta a todos los proyectos de regular el capitalismo. El estatismo en boga tiende a recrear las crisis, al cabo de penosos salvamentos solventados por la población.

Dos perspectivas históricas diferentes están en juego en todos los debates del movimiento social. El Banco del Sur, por ejemplo, puede concebirse en ambos sentidos. Mientras que un rumbo socialista exigiría utilizar los fondos de esa entidad para financiar la reforma agraria, las mejoras populares y las cooperativas, el modelo capitalista induciría a respaldar las empresas locales, que disputan mercados con sus rivales extraregionales.

La misma disyuntiva determina lineamientos diferentes para el Fondo Regional del Sur (sistema monetario de compensación de pagos). Podría

facilitar la redistribución del ingreso o emular los mecanismos capitalistas de estabilización que rigen en Asia o la Unión Europea. El camino socialista requiere el retiro del FMI y del Banco Mundial, mientras que el sendero capitalista apuntala la ilusión de democratizar esos organismos.

Sólo la perspectiva socialista permitirá organizar una economía al servicio de las necesidades populares, con formas de planificación democrática que atenúen (y eliminen posteriormente), las traumáticas turbulencias del ciclo capitalista. El socialismo del futuro no guardará ninguna conexión con las fracasadas experiencias de totalitarismo burocrático del siglo XX. Pondrá en marcha la autogestión colectiva que se necesita para forjar una sociedad igualitaria.

Bibliografía

- Amin, Samir (2004). "US imperialism, Europe and the middle east", *Monthly Review*, vol. 56, nº 6, November.
- Borón, Atilio (2009). *Gatopardismo imperial*, 21 de enero.
- (2008). "La IV flota destruyó a Imperio", *ALAI*, 21 de agosto.
- Bular, Martine (2008). "El poder mundial se desplaza", *Le Monde Diplomatique*, noviembre.
- Cammack Paul. (2005). "Signos de los tiempos: capitalismo, competitividad y el nuevo rostro del imperio en América Latina", *El imperio recargado*, CLACSO, Buenos Aires.
- Canales, Alejandro (2007). "Incluidos y segregados", *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI, México.
- Cardoso, Fernando Henrique (2008). "Ante una reingeniería de las finanzas mundiales", *Clarín*, 15 de octubre.
- Cohen, Roger (2008). "El mundo está al revés", *La Nación*, 2 de junio.
- Conferencia Internacional de Economía Política: Respuestas del Sur a la crisis económica mundial, "Declaración Final", Caracas, octubre 11 de 2008.
- Declaración de la Sociedad de Economía Política y Pensamiento Crítico (2008). *Salvar a los pueblos, no a los bancos*, Buenos Aires, 24 de octubre.
- Declaration of the assembly of social movements at the world social forum. (2009). *We won't pay for the crisis. The rich have to pay for it*, Belem, January.
- Diamant, Mario (2008). "Adiós a la era de EE.UU.", *La Nación*, 17 de mayo.
- Dufour, Jules (2008). "El regreso de la cuarta flota y el futuro de América Latina", en www.mondalisation.ca/ 28 de agosto.
- Fukuyama, Francis (2008). "Nuevos desafíos geopolíticos", *Clarín*, 29 de septiembre.

- Gersh, Alain (2008). "El consenso de Pekín", *Le Monde Diplomatique*, noviembre.
- Golub, Philip (2008). "Hacia un mundo descentralizado", *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, noviembre.
- Gray, John (2008). "¿Fin del liderazgo estadounidense?", *Clarín*, 1 de octubre.
- Guillén, Arturo (2007). "La declinación de la hegemonía estadounidense y sus implicaciones para América Latina". Ponencia al Segundo Coloquio de la SEPLA, Caracas, 14-16 de noviembre.
- Initial response from individuals, social movements and non-governmental organisations in support of a transitional programme for radical economic transformation (2008). "The global economic crisis: An historic opportunity for transformation", *CADTM*, Pekín, October.
- Katz Claudio, (2008). "Codicia, regulación o capitalismo", en <http://katz.lahaine.org>, 30 de diciembre.
(2008). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.
- Katz, Claudio (2008). "Lección acelerada de capitalismo", en <http://katz.lahaine.org>, 4 de octubre.
- Lamarque, Cecile (2008). "El tratado entre Paraguay y Brasil: un escándalo que duró demasiado", en www.cadtm.org/spip.php 25 de diciembre.
- Luce, Mathias (2008). "La expansión del subimperialismo brasileño", *Patria Grande*, nº 9, diciembre.
Marini, Ruy Mauro (1985). "La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil", *Subdesarrollo y revolución*, Siglo XXI, México D.F.
(1978). "Las razones del neodesarrollismo", *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM/ Instituto de Investigaciones Sociales, año XL, vol. XL, nº extraordinario (E), México D.F.
Marini Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*, Ediciones Era, México D.F.
- Oppenheimer Andrés (2009). "Una decisiva alianza energética", *La Nación*, 20 de enero.
(2008) "EE.UU. y la era post-Bush", *La Nación*, 25 de noviembre.
- Osorio, Jaime (2004). "Una cartografía para redescubrir América Latina", *Oikos*, nº 18, 2º semestre de 2004.
- Pagni, Carlos (2009). "La estrategia latinoamericana de Barack Obama", *La Nación*, 18 de enero.
- Roubini, Nouriel (2008). "La decadencia del imperio americano", *Global EconomMonitor*, septiembre.

- Salinas Figueredo, Darío (2007). *Las coordenadas de la política estadounidense. Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI, México.
- Sercovich, Francisco (2007). “Globalización: los nuevos desencantados”, *Clarín*, 19 de agosto.
- Sorans Miguel (2008). “¿Hay una recolonización mundial?”, *Correspondencia Internacional* n° 26, octubre-diciembre.
- Tamayo, Eduardo (2008). “Las deudas se pagan, las estafas no”, *ALAI*, 20 de noviembre.
- Tautz, Carlos (2009). “A Amazonia como alvo principal”, *Contra Corriente*, Janeiro, enero.
- The Economist-La Nación* (2009). “América Latina se prepara para tiempos duros”, 22 de enero.
- The Economist-La Nación* (2009). “Emergentes: ¿caída o tropezón?”, 20 de enero.
- The Wall Street Journal-La Nación* (2008). “Cemex, un símbolo de la globalización ahora hace frente a su costado adverso”, 11 de diciembre.
- The Wall Street Journal-La Nación* (2008). “La sequía del financiamiento comercial pone en jaque a los mercados emergentes”, 22 de diciembre.
- The Wall Street Journal-La Nación* (2008). “Las inversiones en América Latina les cuestan caro a las empresas a las empresas españolas”, 4 de diciembre.
- Tokatlian, Juan Gabriel (2009). “Fin a la guerra fría en América Latina”, *Clarín*, 20 de enero.
- (2008). “Obama y el cambio”, *Clarín*, 19 de noviembre.
- Tokatlian, Juan Gabriel (2008). “Un golpe a la hegemonía de EE.UU.”, *La Nación*, 6 de octubre.
- Vanoli, Alejandro (2007). “Cómo inmunizar a la Argentina en el casino global”, *Clarín*, 16 de agosto.
- Verdum, Ricardo (2009). “Financiamiento a megaproyectos: novos desaíos”, *Contra Corriente*, Janeiro, enero.
- Wallerstein, Immanuel (2004). *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas-mundo*, Akal, Madrid.

Bibliografía adicional

- Acosta, Alberto (2008). *Una propuesta múltiple desde la utopía*, enero.
- Arruda Sampaio Jr, Plinio (2006). *Ofensiva neoliberal e reversao neocolonial na América Latina. Pensamiento y acción por el socialismo*, FISIP-CLASO, Buenos Aires.
- Borón, Atilio (2007). “Prólogo”, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*. Siglo XXI, México.

- Cockcroft, James (2001). *América Latina y Estados Unidos. Historia y política*, Siglo XXI, México.
- Fiori, José Luis (2008). Entrevista en *La Onda Digital*, Montevideo, 16 de octubre.
- Gandásegui H., Marco (2008). “Obama, crisis y América Latina”, *ALAI*, Panamá, 9 de diciembre.
- Guerrero, Modesto (2008). “Señales de un continente en movimiento”, *Página/12*, Buenos Aires, 8 de noviembre.
- Maringoni, Gilberto, “America Latina em 2009: para onde vamos?”, *Revista do Enlace*.
- Martins, Carlos Eduardo (2007). “Los impasses de la hegemonía de Estados Unidos”. *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*. Siglo XXI, México.
- Montecino, Jorge (2008). “Obama y la región”, *ALAI*, 13 de noviembre.
- Petras, James (2007). “Repensar el desarrollo de América Latina”, *Memoria*, nº 224, noviembre.
- Sader, Emir (2003). “América Latino no século XXI”, *Revista de Osal*, nº 9, enero.
- Salama, Pierre (2008). “Argentine, Bresil, Méxiqne, face a la crise internacional”, en socio13.wordpress.com/, 16 de diciembre.
- Toussaint, Eric (2008). “¿Qué crisis? ¿Qué respuestas puede dar el Sur?”, en www.rebelion.org/noticia, 4 de diciembre.
- Weisbrot, Mark (2008). “La recesión se puede evitar”, *Página ½*, Buenos Aires, 16 de noviembre.

Crisis capitalista y políticas

anticrisis: el debate regional

JULIO C. GAMBINA¹

Introducción

La crisis del capitalismo es un dato de la realidad y ya tiene historia, de corto, mediano y largo plazo. En el *corto plazo* se coincide en señalar su comienzo en EE.UU. en agosto de 2007 con el problema de las “hipotecas subprime”, que se extendió a otros territorios asociando crisis del crédito hipotecario con el negocio inmobiliario y la producción en la rama de la construcción. Pese a la insistencia generalizada de concebirla como una crisis financiera, en nuestra exposición pretendemos afirmar que no se trata de una crisis del crédito, de las bolsas o financiera, sino que debemos definirla como una crisis económica en su conjunto. Si bien es cierto que la situación se agudizó con la caída de la banca de inversión estadounidense Lehman Brothers en septiembre del 2008, puso en evidencia también otras crisis de sectores productivos, especialmente del sector automotor, quedando claro que el fenómeno no era exclusivo de sectores de las finanzas, sino que la crisis se extendía al conjunto de la economía capitalista y que se ratificaría más adelante con la confirmada recesión en EE.UU., Europa y Japón.

1. Miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Director Adjunto del Centro Cultural de la Cooperación. Profesor de la Universidad Nacional del Rosario, Argentina. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas FISYP de Buenos Aires.

En el *mediano plazo* se puede pensar en el ciclo gobernado por George Bush, transcurrido entre la recesión corta de 2001 y el receso (por ahora de mediana duración y con pronóstico de larga) iniciado en el segundo semestre de 2008 en EE.UU., agravado con un pronóstico de continuidad y profundización hacia una depresión. Puede pensarse que el problema ya existía en 2001 y que la ofensiva militarista y por el endeudamiento de la sociedad y el Estado empujada por Bush retardó el fenómeno de la crisis global evidente; claro que en el trayecto se transitaron episodios que anticipaban la caída, entre los que vale la pena recordar el estrepitoso colapso de Long Term Management Capital, que involucró a destacados premios Nobel de economía; los sonados casos de corrupción y contabilidad creativa para la estafa de inversores, así como la definición de “exuberancia irracional” dada por Alan Greenspan a los movimientos de capitales y a la volatilidad de los movimientos de capitales que alimentaban una burbuja que aún no termina de explotar. Son años de extensión del negocio especulativo, de la financiarización de las propias empresas productivas y de la extensión de la creatividad financiera en la proliferación de derivados que hoy absorben cuantiosos aportes de los principales Estados capitalistas, en sumas imprecisas que pueden sumar entre 6 y 8 billones de dólares desde la explosión de la crisis.

Si apuntamos al *largo plazo* la discusión puede llevarnos a la crisis de rentabilidad de fines de los 60 y comienzos de los 70 que motivó la respuesta global de las políticas neoliberales hegemónicas de las últimas décadas. Se trata de una ofensiva del capital contra el poder del trabajo, acumulado en luchas de resistencia y liberación en los años previos. La respuesta del capital apuntaba a reconstruir el régimen del capital amenazado por el avance en toda la línea del poder de los trabajadores a escala mundial. La flexibilización, la privatización y la liberalización económica constituyen el programa del capital para el periodo que se desarrolla entre la crisis de los 60 y 70 y la actual, a fines de la primera década del siglo XXI.

Por el desencadenante en el corto plazo muchos hablan equivocadamente de una crisis financiera. Desde el mediano y largo plazo se la ubica como una crisis global del neoliberalismo y pocos la califican como una crisis integral del capitalismo, del orden social vigente, que, por lo tanto, convoca a la discusión sobre la superación del mismo y su transformación hacia un orden social anticapitalista. Enfatizamos en la necesaria articulación de las tres dimensiones (corto, mediano y largo plazo) para el análisis de la crisis, pues de lo contrario el diagnóstico puede concentrarse en el

epifenómeno bursátil, bancario o financiero, o en la crítica al neoliberalismo, a la falta de controles y regulaciones o en el insólito argumento de la codicia de algunos operadores. El problema es el capitalismo y sus dificultades para asegurar la continuidad de la producción y reproducción de valores y plusvalor, de la acumulación y la dominación. Es cierto también que se adjudica la crisis a problemas internos del régimen del capital, subestimando el papel de la lucha de las clases en el periodo, como si la dinámica social en lucha contra el ALCA en la región latinoamericana y caribeña no hubiera contribuido a que al proyecto liberalizador del imperialismo hiciera crisis.

Lo que afirmamos es que existe una lógica interna del régimen del capital que conlleva a recurrentes escenarios de crisis como producto del creciente carácter social de la producción y la apropiación privada cada vez más concentrada, todo lo cual ocurre en medio de una persistente lucha en todo sentido, esto es, en lo económico, político, ideológico, cultural, por las condiciones de vida y el orden económico y social, que genera más o menos obstaculizaciones a la valorización del capital, la cual constituye el sentido hegemónico de la sociedad civil contemporánea². Esa sociedad civil constituida sobre la base de la creciente relación de explotación se apoya en la experiencia de política estatal construida desde la emergencia de las crisis del capitalismo, desde antes de 1930. Es justo señalar que las experiencias de luchas populares tienen también su historia y se expresan especialmente en el cambio del mapa político de la región latinoamericana, sobre la que se generan expectativas por cambios en el orden social en algunos de los procesos en curso.

El fenómeno de la crisis

Todos coinciden en que los efectos se sentirán de un modo u otro en el conjunto de las economías nacionales, con independencia del vínculo más o menos estrecho de cada uno de ellos con la economía estadounidense. Es que EE.UU. representa un 27% de la economía mundial y es importante socio comercial, productivo y financiero de la Unión Europea, que resuelve una porción similar del producto global. Igualmente ocurre con las economías asiáticas, especialmente con la de China, las cuales también administran una porción similar de la creación de la riqueza global. En

2. Karl Marx. *Introducción a la crítica de la economía política*. Estudio introductorio de Julio C. Gambina. Ediciones Luxemburg, 2008.

conjunto, EE.UU., Europa y Asia (Japón y China) expresan tres cuartas partes de la riqueza social generada a nivel mundial. Sólo una cuarta parte queda en manos del resto del mundo. En esas condiciones, no hay quién quede inmune de impactos de la crisis actual. Se reconoce el carácter mundial de la crisis, lo que supone consideraciones de sistema mundial cuando se analiza la situación económica, incluso de algún país, tal como resulta con EE.UU. y sus problemas actuales. Ya existe recesión de la economía de EE.UU. y su perspectiva es la depresión –a la sombra del fantasma de la crisis del 30–. Se trata de un asunto que incide en la dinámica del sistema mundial, con recesión en Europa y desaceleración en el conjunto de la economía mundial. Una discusión que sigue presente es cuánto durará la recesión. Las autoridades de la Reserva Federal de EE.UU. (FED) y del gobierno de Obama se muestran optimistas y señalan que para fines del 2009 habrá recuperación.

La previsión a comienzos de 2008 era que todo se resolvería en el segundo semestre de 2009, según lo señalaron el titular de la FED, Ben Bernanke, y el ex Secretario del Tesoro de EE.UU. de la gestión Bush, Henry Paulson, mientras estaba en funciones. La realidad recesiva en EE.UU. al final del mandato Bush puso en evidencia la mayor gravedad de la crisis, no superada aún luego de 100 días de gobierno de Barack Obama. Por su parte, el FMI³ ya bajó en dos ocasiones las previsiones de crecimiento de EE.UU. y de la economía mundial: del 0,5%, pronosticado a comienzos de 2009, al –1,3%, informado en su reciente *Perspectivas de la economía mundial*, en donde señala que la “economía mundial atraviesa una recesión aguda provocada por una crisis financiera masiva y una grave pérdida de confianza.” Pronostica un crecimiento del 1,9% para el 2010, si es que “se redoblan los esfuerzos para restablecer la salud del sector financiero y de que se siga apoyando la demanda con políticas monetarias y fiscales más expansivas.” El Fondo insiste en el carácter de crisis financiera y, por ello, sus orientaciones de política anticrisis se concentran en propuestas para favorecer a la banca y la liquidez del sistema capitalista mundial.

La realidad es que una de las locomotoras del sistema mundial a comienzos del Siglo XXI sufre una crisis que impacta al conjunto del capitalismo. La Revista *The Economist*⁴ de fines de marzo de 2008 incluyó un dossier

3. *Perspectivas de la economía mundial*, abril 2009, Resumen Ejecutivo en español, en www.imf.org

4. *The Economist*. Vol. 386, n° 8572, 22 al 28 de marzo de 2008, pp. 79-88.

dedicado a la crisis de Wall Street y un editorial concentrado en los errores del sistema financiero y su permanencia a través del tiempo, en tanto límites para su superación. Es en este sentido que deben entenderse las propuestas de “regulación” que siguen proponiendo las autoridades de la economía estadounidense y de otros países centrales del capitalismo, en contraposición a discursos sostenidos tras años de ideología y propaganda neoliberal. Claro que proviniendo de la banca estadounidense, las propuestas de regulaciones planteadas fueron consideradas débiles por otros analistas internacionales, que, como Nouriel Roubini, analizando las propuestas de Bush “...piensa que el nuevo plan de la Casa Blanca lleva el ADN de una administración que *crea más en las fuerzas de mercado* que en el control del Estado sobre la economía.”⁵ Dice Roubini, citado en el mencionado artículo: “Dado que estamos en el medio de la peor crisis desde la Gran Depresión (porque ha sacudido las bases del capitalismo moderno) la propuesta del Tesoro adolece de significativas fallas que no responden a los riesgos y vulnerabilidades que los recientes acontecimientos han dejado en evidencia.”⁶

En el mismo sentido opinó Paul Krugman⁷ al señalar que “...el gobierno no aprendió nada de la crisis actual. Pero necesita, como gesto político, simular que hace algo.” El eje de su crítica era que el gobierno estadounidense de George Bush atacaba la crisis con un cambio del organigrama de la supervisión del sistema financiero de EE.UU. y no a partir de las cuestiones estructurales de falencia del sistema económico y financiero. Luego, en febrero del 2009, el Nobel de economía señaló: “Cuando leo los comentarios recientes sobre política financiera de altos funcionarios de Obama, me siento en el túnel del tiempo, como si estuviéramos todavía en 2005, Allan Greenspan fuera el Maestro y los banqueros los héroes del capitalismo.” El analista agrega: “‘Tenemos un sistema financiero que es dirigido por accionistas privados y manejado por entidades privadas y nos gustaría hacer todo lo posible por conservar ese sistema’, dice Timothy Geithner, secretario del Tesoro, mientras se apresta a meter en problemas a los contribuyentes por las pérdidas enormes de ese sistema. Por su parte, *The Washington Post* dice que Geithner y Lawrence Summer, el principal asesor económico de Obama, ‘piensan que los Estados son malos como

5. Ezequiel Burgo. “El nuevo plan de EE.UU. para regular el sistema financiero”, *IECO*, domingo 6 de abril de 2008.

6. *Ibíd.*

7. Paul Krugman. “La estrategia de Dilbert”, *IECO*, domingo 6 de abril de 2008.

gerentes de bancos', en oposición seguramente a los genios del sector privado que se las ingeniaron para perder más de un billón de dólares en apenas unos años."⁸

Roubini sostiene para EE.UU. una continuidad de la recesión en 2009 y un crecimiento del 0,5% en 2010⁹. En una nota de la *Tribuna Hispana USA* se señala que Paul Krugman "critica programa de rescate bancario" de la administración Obama porque "repite defectos de las [propuestas] de su antecesor: cree que no hay nada mal en el sistema bancario y sólo es una crisis de confianza", advirtiendo "que no tendrá otra oportunidad si fracasa", y concluye con las palabras del Nobel 2008: "Este plan es un muerto que siempre vuelve"¹⁰.

La situación económica sigue siendo muy compleja en EE.UU. y en el sistema mundial del capitalismo. Las cumbres que se vienen desarrollando sólo fijan medidas para superar las demandas de los grandes capitales concentrados, principalmente de la banca, y omiten respuestas concretas para resolver los problemas sociales de la crisis, desde las hipotecas y desalojos, hasta los créditos impagos y, especialmente, el problema creciente del desempleo. Cerca de 600.000 son los puestos de trabajo que se pierden mensualmente en EE.UU. Las medidas de asistencia que se aplican apuntan a "resolver" los problemas de las entidades afectadas por la crisis, aunque ello signifique que millones de usuarios de los créditos hipotecarios terminen perdiendo sus viviendas y los empleos. Es que la prioridad no es resolver el problema de la vivienda o los empleos de la población, sino sostener el sistema financiero local y su lugar en el sistema mundial. Los EE.UU. están comprometiendo a los principales países capitalistas desarrollados a sostener el sistema financiero mundial y especialmente a la banca estadounidense.

Una segunda cuestión nos remite a la extensión de la crítica situación, lo que se verifica en primer lugar en Europa, especialmente en España e Irlanda, países en los que se venía extendiendo el *boom* de la construcción y su correspondiente mercado de préstamos hipotecarios y derivados financieros que alimentan la especulación global y que hoy figuran entre los países con mayor índice de desempleo en el viejo continente. Claro que

8. Paul Krugman, Al rescate de los incompetentes. *Clarín*. Martes 3 de febrero de 2009

9. "I am not Dr Doom: I am Dr Realist" (27/4/09): Interview with *Newsweek* and *Washington Post*, en www.rgemonitor.com/blog/roubini

10. Krugman, Paul (2009) "El Plan 'Zombie' del rescate bancario de Obama", entrevista en *La Tribuna Hispana, USA*, 25 de marzo, en <http://www.tribunahispanausa.com/detallesdelanoticia.php?noticia=6525>

debemos pensar en términos de complejidad, puesto que la respuesta de las autoridades financieras en el viejo continente privilegia la lucha contra la inflación por encima del combate a la recesión. Por ello, mientras la FED baja las tasas de interés para estimular el crédito y la actividad económica, el Banco Central Europeo continúa una política monetaria de fortalecimiento del Euro contra el Dólar (aunque también se vio en la obligación de reducir las tasas de interés), contribuyendo a la desaceleración económica e intentando evitar una escalada de precios que pueda ser incontrolable. Europa también está en recesión. Ello supone incorporar en nuestra reflexión la vinculación entre recesión e inflación, estancamiento y aceleración de los precios, esto es, la llamada estanflación.

El tema no es nuevo y bien vale recuperar las condiciones de su surgimiento para pensar nuevamente el fenómeno. Entre fines de los años 60 y comienzos de los 70 se desarrolló en el sistema mundial –y en forma conjunta– un estancamiento de la economía, acompañado de la aceleración de los precios, especialmente del petróleo y los alimentos. Apareció así el término de la estanflación en el marco de una crisis del capitalismo, cuyo epicentro se concentró en la disminución de la tasa de ganancia de los capitales más concentrados. La respuesta del poder económico fue entonces el aumento inusitado de la tasa de interés, que ya en los años 80 y bajo la administración Reagan alcanzó al 20% con el objeto de enfriar la economía. Se agudizó así el costo financiero de los países endeudados en los 70. Recordemos que el endeudamiento fue el mecanismo utilizado por esos años para la circulación de capitales excedentes en el capitalismo desarrollado. Fue una liquidez colocada en los mercados financieros y especulativos, que alentó la movilidad de capitales internacionales y alimentó guerras como la de Irak e Irán en los 80, desangrando a sus pueblos y transfiriendo la renta petrolera vía venta de armamentos.

La guerra y el costo del dinero se acoplaron a la fuerte ofensiva del capital sobre el trabajo en escala global, instalando por doquier y hasta nuestros días la flexibilidad laboral, las reformas regresivas del Estado y la liberalización de la economía mundial, todo ello acompañado, por supuesto, del proteccionismo en los países imperialistas. La historia parece repetirse, siendo la militarización uno de los problemas que identificamos en la ofensiva del capital ante la crisis. La inflación mundial puede estar de vuelta con el encarecimiento de la energía y los alimentos, más allá de las fluctuaciones de los precios por efecto de la especulación. Se repite la historia también con la desaceleración y recesión de la economía estadounidense, cuyo impacto se

extiende al conjunto del sistema mundial. Las proyecciones de crecimiento mundial son débiles según los distintos pronósticos de los organismos internacionales. El crecimiento de los países del sur morigerará la caída global producto de la recesión en el norte. El FMI y el Banco Mundial vienen corrigiendo a la baja el pronóstico de crecimiento para 2009.

La inflación sigue siendo un problema, solo morigerado por el achicamiento derivado de la recesión. Uno de los problemas es la volatilidad de los precios, especialmente de los *comodities*, que muestran luego del signo descendente verificado en la segunda parte de 2008 una cierta recuperación que afecta a los países importadores, todo en el marco de una profunda crisis alimentaria y energética. No resulta sorprendente el crecimiento de los precios, especialmente si se piensa en un paradigma productivo sostenido en el petróleo, el cual parece haber alcanzado el pico de las reservas históricas (Ramón Durán: 2008), situación que estimula tendencias alcistas del precio, más allá de la volatilidad especulativa que llevó a cifras siderales el precio del petróleo a mediados de 2008. Algo similar ocurre con el precio de los alimentos que, luego de las bajas del último semestre de 2008, retoma (¿limpio de especulación?) tendencias al alza motivadas por la demanda persistente de China y la India, donde habita nada menos que el 36% de la población mundial.

China viene creciendo al 10% acumulativo por más de 30 años y con ello ha favorecido la expansión capitalista en su territorio y facilitado la inversión productiva con fuerza de trabajo barata para capitales ávidos de superar la crisis de rentabilidad presentada en aquellos años 70 aludidos. El capital resuelve su crisis en este tiempo con una ofensiva contra el trabajo vivo existente, al tiempo que genera millones de nuevos puestos de trabajo en Asia en condiciones inmejorables por el bajo precio de reposición de la fuerza laboral y el carácter subordinado del mismo a las necesidades de los inversores capitalistas. Son las condiciones ideales para restablecer rentabilidad afectada del capital y reproducir las condiciones mundiales para la generación y apropiación de plusvalor, posibilitando transferir ese nivel del costo de producción como estándar mundial de remuneración del trabajo. China bajó su pobreza del 80% en 1980 al 20% en 2006 (*The Economist*, vol. 387) y se manifiesta con una mayor demanda de alimentos en el mercado mundial. Todavía falta cuantificar en cuánto afecta la recesión mundial a China. Dicho de otra manera, no queda claro si la desaceleración de China puede afectar aún más las condiciones de recesión de la economía mundial.

La variabilidad de los precios del petróleo y la de los alimentos se complementan para estimular la preocupación por la inflación mundial. Son fenómenos que disparan mecanismos especulativos con apuestas a los mercados a futuro, que verifican con su accionar tendencias recurrentes al alza de los precios, tal como ocurrió especialmente desde comienzos de 2007 hasta mediados de 2008, y que ante cualquier atisbo de mejoría de la situación pueden incidir en la recurrencia de la burbuja especulativa con energía y alimentos. Además, el escaso petróleo induce la generación de energía con alimentos, profundizando la espiral inflacionaria. A comienzos de mayo de 2009 volvió a crecer el precio de la soja y el maíz expresado en la continuidad de la demanda china y una potencial menor cosecha en EE.UU. y Argentina, grandes productores y exportadores.

Los datos de la recesión

Los indicadores de la evolución del crecimiento de EE.UU. para el cuarto trimestre del 2007 dieron la voz de alarma sobre la perspectiva de recesión con una baja del orden del $-0,2\%$ con capacidad de transferirse al conjunto del sistema mundial. La desaceleración de la economía se materializó con un bajo crecimiento del 2% para todo el 2007 (Cuadro 1), fuertemente influido por la importante caída de la inversión privada, de la inversión bruta y del gasto público, según surge de la información oficial en EE.UU. Estas cifras constituyen elementos a considerar en el arrastre para 2008, que terminó con crecimiento del $1,1\%$ para todo el año, entrando en recesión con una fortísima caída por dos trimestres consecutivos, y se proyectó al primer trimestre del 2009 con una caída del $-6,1\%$. El pronóstico no es halagüeño: según *The Economist*¹¹, la perspectiva es de una caída del PBI del $-2,7\%$ para 2009 y de un repunte para 2010 apenas del orden del $1,4\%$, un registro muy bajo según la serie histórica que venimos comentando y con alta probabilidad de ser corregido a la baja por el efecto de arrastre de la bajísima inversión registrada en el primer trimestre de 2009, la cual presentó un guarismo negativo de $-51,8\%$, dando muestra de escasa capacidad para instalar un rebote de la economía norteamericana. Los anuncios de próxima finalización de la recesión parecen desmentirse en cada nueva oportunidad de pronósticos. La recesión es profunda y será más larga de lo previsto por el establecimiento.

11. *The Economist*. 2 al 8 de Mayo de 2009, Economic and financial indicators, p. 97.

CUADRO 1

Evolución porcentual del PIB de EE.UU. (trimestral)

2007	2007	2007	2007	07	2008	2008	2008	2008	08	2009
I	II	III	IV		I	II	III	IV		I
0.1	4.8	4.8	-0.2	2	0.9	2.8	-0.5	-6.3	1.1	-6.1

Fuente: www.bea.gov (al 29/04/09)

La anterior recesión estadounidense data del 2001, con un crecimiento de su PBI para ese año del 0,8% (Cuadro 2). El crecimiento del 2008 fue del 1.1% y los indicadores del primer trimestre (-6.1%) señalan pronósticos negativos en la estimación del crecimiento para el 2009. La agudización de la crisis, con novedades semana a semana puede aún agravar más la situación y expresarse en variables nulas o negativas (similares al primer trimestre del 2009) respecto del crecimiento económico de la primera potencia capitalista en el sistema mundial.

CUADRO 2

PIB EE.UU. en porcentaje para 2001/2008

2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
0.8	1.6	2.5	3.6	2.9	2.8	2.0	1.1

Fuente: www.bea.gov (al 29/04/09)

En su momento se aplicaron medidas de estímulo para superar la crisis recesiva de 2001 y, entre otras, se acudió a la reducción sucesiva de la tasa de interés hasta llevarla al 1% y fomentar el consumo y especialmente el crédito del gobierno, las empresas y las familias estadounidenses. Fueron medidas para generar el rebote de la economía en los años sucesivos y hasta el 2004, desde que empezó a mencionarse la posibilidad del aterrizaje económico de EE.UU. Vale la pena recordar la utilización de estas políticas de intervención del Estado en EE.UU. para visualizar su réplica en las condiciones actuales de la crisis. Pese al discurso neoliberal de promoción del mercado y contra la intervención estatal, la gestión Bush no dudó en intervenir activamente con fuerte impacto en el endeudamiento del conjunto de la sociedad y el Estado.

Hay que mencionar que 2001, además de la recesión, fue un año de escándalos económicos que involucraron a grandes corporaciones internacionales de origen estadounidense y pusieron en el centro de la atención el papel de la corrupción empresarial y el *lobby* ejercido sobre la administración del

Estado de la nación imperialista más poderosa. Es además el año de los atentados a las torres gemelas en Nueva York y la respuesta agresiva que definirá entre otras acciones las invasiones de Afganistán e Irak, que contribuyeron para que algunos definieran la etapa como una propuesta de “keynesianismo militar”, reiterando una concepción que proviene de la inserción como país hegemónico del sistema mundial a la salida de la segunda posguerra. El gasto nacional de defensa en EE.UU. no deja de aumentar desde 2001, considerándose –a mediados de 2008– al complejo militar industrial como una de las causas en la demora de la explosión de la recesión, que estallaría el segundo semestre de 2008 y continuaría en el primer trimestre de 2009.

El aterrizaje comenzó a materializarse y a ser profecía cumplida desde el comienzo de la crisis en agosto de 2007. Expresada como crisis inmobiliaria o de los créditos subprime (hipotecas de baja calidad), en realidad escondía los problemas estructurales de la organización económica de la sociedad estadounidense, cuyas revelaciones más notorias de la crisis se ponían de manifiesto en el déficit gemelo del fisco (Cuadro 3) y la cuenta corriente (Cuadro 4), junto al récord de endeudamiento público. Los datos del déficit fiscal dan cuenta del salvataje estatal en 2007 con más de 100.000 millones de dólares de gasto respecto del año anterior y más de 440.000 millones de dólares de gasto en 2008 sobre el año previo. Todo indica que el salvataje continuará en niveles similares durante el presente año y quizá requiera la continuidad en el corto plazo, acrecentando las necesidades financieras de EE.UU.

CUADRO 3

Saldo fiscal de EE.UU. en miles de millones de dólares

2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
159,0	-39,3	-396,7	-529,7	-508,7	-404,7	-295,1	-399,4	-841,3

Fuente: www.bea.gov (al 29/04/09)

CUADRO 4

Saldo de exportaciones e importaciones de bienes y servicios de EE.UU.

en miles de millones de dólares

2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
-367,0	-424,4	-499,4	-615,4	-713,6	-757,3	-707,8	-669,2

Fuente: www.bea.gov (al 29/04/09)

Los datos mencionados para EE.UU. se extienden al conjunto de la economía mundial y así puede observarse en el Cuadro 5 el impacto de la recesión, salvo para China e India, los únicos con datos positivos sobre la evolución del PBI para 2009, del orden de 6% para el primero y del 5% para el segundo. Puede notarse que la recuperación para 2010 es más destacada para América Latina que para los países capitalistas desarrollados, hecho que atribuye la revista en artículo aparte¹² a las relativas mejores condiciones de la región, producto de sistemas bancarios más regulados por efecto de crisis anteriores; con finanzas públicas equilibradas (luego de años de prédica para el ajuste fiscal); disminución de la deuda pública y superávit comercial empujado por mejoras relativas de los precios internacionales de las exportaciones de América Latina. Está claro que el ajuste latinoamericano se produjo en la década de los 80 y, especialmente, en la de los 90, ya bajo el imperio del Consenso de Washington. Los años 80 fueron calificados por CEPAL como la década perdida y extendió el término para el siguiente medio decenio. Los datos sociales del ajuste estructural regional son elocuentes en una extendida realidad de miseria, desigualdad y explotación. Nuestra tesis apunta a señalar que el ajuste regional anticipado amortiguó la crisis en el capitalismo desarrollado y es por ello que ahora estos países sufren directamente las consecuencias de la recesión.

El pronóstico de la revista es de fuerte contracción para 2009 y modesto crecimiento para 2010, lo que hace suponer complicaciones no previstas hasta hace muy poco tiempo, cuando los especialistas imaginaban un final de crisis recesiva para la segunda parte de 2009. Entre las consideraciones de la revista que revisten interés para Latinoamérica se enfatiza el problema mexicano por la cercanía con EE.UU. y, pese a los valores elevados de impacto negativo, se considera a Brasil entre los países con mejores condiciones para enfrentar la crisis global. Por consideraciones políticas relativas a los gobiernos, se señala a la Argentina, Venezuela y Ecuador como los países que podrían estar más afectados por los niveles de confrontación de los respectivos gobiernos con los inversores internacionales. Toda una definición política llena de prejuicios de los editores. Entre otras consideraciones destacan los préstamos realizados por el FMI a México por 47.000 millones de dólares y a Colombia por 10.400 millones de dólares, al tiempo que toma nota de la cooperación financiera suscripta entre China y Argentina mediante un crédito contingente en monedas nacionales equivalente

12. *The Economist*, del 2 al 8 de mayo de 2009, Economías Latinoamericanas, p. 37.

a 10.000 millones de dólares. Es evidente que se sugieren preocupaciones sobre la inserción de China en la región, en clara competencia con la capacidad financiera de asistencia de la potencia imperialista del norte de América.

CUADRO 5

Evolución del PBI y tasa de desempleo (porcentaje sobre año anterior)

PAÍSES	PBI EN I TRIM 09	PBI PREVISTO 09	PBI PREVISTO 2010	TASA DESEMPLEO
EE.UU.	-6,1	-2,7	1,4	8,5 *
JAPÓN	-12,1	-6,5	0,4	4,4 **
GRAN BRETAÑA	-7,4	-3,5	0,3	9 ***
ZONA EURO	-6,2	-3,4	0,2	8,5 **
FRANCIA	-4,4	-2,7	0,3	8,6 **
ALEMANIA	-8,2	-4,3	0,3	8,1 *
CHINA	s/D	6	7	9 ***
INDIA	s/D	5	6,4	6,8 ***
ARGENTINA	-1,2	-3	1,5	7,3 ***
BRASIL	-13,6	-1,5	2,7	9 *
CHILE	-8,3	-0,5	2,4	8,5 **
COLOMBIA	-4,1	-1	1,5	12,5 **
MÉXICO	-10,3	-4,4	1,2	4,8 *
VENEZUELA	s/D	-5	-5,4	6,3 ***

Fuente: *The Economist*, 2 al 8 de mayo de 2009 (países seleccionados);

* marzo 09; ** febrero 09; diciembre 08

El problema es la producción de valor y plusvalor

El fenómeno fue la crisis inmobiliaria o la caída de las bolsas y luego de varios bancos, pero nos interesa pensar que al mencionar la crisis inmobiliaria debemos poner el acento en que detrás del sistema financiero y sus hipotecas incobrables existe la industria de la construcción. No existe el negocio bursátil o financiero asociado a la negociación de hipotecas si previamente, o a futuro, no hay construcciones materiales que entran al proceso de circulación. La circulación de papeles (hipotecas y bolsas) y de viviendas u oficinas (compra y venta de inmuebles) sólo tiene lugar si existe una producción previa o un compromiso futuro de producción. La crisis puede manifestarse en la circulación y de hecho hace tiempo que Carlos Marx explicó el carácter de la crisis como crisis de sobreproducción. También, el intelectual revolucionario reflexionó sobre el capital ficticio, asociado a producción futura. Que la circulación no realice la producción remite a la validación de las conclusiones de la teoría del valor y de las crisis capitalistas, las que se resuelven, en el marco del propio capitalismo,

con nuevas rondas de acumulación, concentración y centralización del capital, salvo, claro, que un proceso subjetivo de acción colectiva impulse transformaciones sociales que intervengan en la modificación del orden social. En las condiciones actuales del desarrollo del sistema mundial, lo mencionado alude a procesos sociales y políticos al interior de la sociedad estadounidense, pero también a fenómenos nuevos de articulación de propuestas alternativas del orden mundial, especialmente en América Latina y el Caribe. Se puede decir que se trata de una especulación apresurada, pero conviene pensar, salvando las distancias, que en 1917, un país relativamente atrasado del sistema mundial, generó condiciones para cambios del orden global que se manifestaron durante casi todo el Siglo XX, también con revoluciones socialistas en otros países atrasados desde el punto de vista capitalista, como China, Cuba o Vietnam.

Lo que define la crisis es la dificultad para cumplir con el objetivo del capital: la ganancia, es decir, los límites para la valorización del capital. Es un proceso al interior del régimen del capital y de la política económica. En el primer caso se asocia a la búsqueda de formas de mayor explotación de la fuerza de trabajo y la apropiación a bajo precio de los recursos naturales. En el segundo, remitimos a la aplicación de políticas macroeconómicas, que en materia fiscal, monetaria, cambiaria, de oferta o demanda apuntalan el proyecto de resolución de la crisis ante la obstaculización de la ganancia. Esa es la razón por la cual el Estado nacional y los organismos internacionales fomentaron en las recientes décadas la apertura de la economía, el equilibrio fiscal y el control de la inflación. Fueron todas políticas aplicadas por los Estados, con los matices de sus historias específicas para favorecer la libre circulación del capital, las mercancías y los servicios, al tiempo que consolidaban un sentido común unívoco sobre la realidad posible. Existe una lógica del capital, de la acumulación y la dominación, pero también existe el accionar subjetivo de los gobiernos en representación de intereses de clase o de fracciones de clases para impulsar la historia en un sentido histórico determinado. Resulta clave, entonces, comprender el accionar concreto de la potencia hegemónica en los últimos años para postergar la crisis y alimentar el proyecto del capital. Para ello debe entenderse que las políticas aplicadas por Bush a finales de 2001 no sólo sirvieron para afirmar un proyecto de gobierno desprestigiado hasta entonces, sino para reanimar el ciclo de negocios del capital transnacional, especialmente de la banca. Es el camino de la militarización y el endeudamiento deliberado de las familias, las empresas y el Estado.

Es relevante destacar que el periodo entre crisis que comentamos (2001/2008) abarca íntegramente la gestión de Bush, quien de un superávit fiscal supo construir un déficit creciente que se agrava con las invasiones materializadas en Afganistán e Irak, las amenazas múltiples sobre Irán, Cuba, Venezuela y otros territorios, ámbitos o espacios políticos por la lógica de la lucha antiterrorista con que el imperialismo estadounidense promueve la continuidad de su régimen económico, político, social y cultural. Es notoria la expansión del gasto entre 2001 y 2008 producto de la intervención estatal para enfrentar la crisis recesiva de 2001. Observando el Cuadro 3 puede verificarse el crecimiento del déficit fiscal principalmente entre 2002 y 2004, los años de la escalada militarista de Bush, bautizada como “lucha contra el terrorismo” y, especialmente, en 2008 con el salvataje producto de la crisis. Ese déficit fiscal de EE.UU. se financia desde todo el mundo y sostiene la estrategia ofensiva del imperialismo y el capital en escala global. El gasto en defensa puede seguirse en el Cuadro 6. El presupuesto quinquenal presentado por Obama y aprobado por el Congreso estadounidense a fines de abril, incluye para el ejercicio fiscal del año 2009 unos 140.000 millones de dólares con destino a sostener la estrategia de agresión militar sobre Afganistán e Irak.

CUADRO 6

Gasto de defensa de EE.UU. en millones de dólares

2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
392,6	437,1	497,2	550,7	588,1	624,1	662,2	734,9

Fuente: www.bea.gov (a 29/04/09)

El presupuesto de defensa de EE.UU. ronda el 20% del gasto público de ese país y puede crecer tanto como sea necesario. La mención alude al hecho demostrado con el ingreso de EE.UU. a la segunda guerra mundial, donde el gasto específico destinado a la defensa alcanzó prácticamente al 50% del total en los dos últimos periodos de la conflagración.

Como su nombre lo indica, el objetivo de la “guerra global contra el terrorismo” es el mundo, y específicamente aquellos lugares que generan amenaza contra el régimen capitalista y la hegemonía de EE.UU., y está claro que la situación de las luchas por la emancipación en curso en América Latina y el Caribe figuran a la cabeza de las preocupaciones de los estrategas y militaristas de Washington.

El déficit comercial va más allá de la actual gestión de gobierno, pues

tiene ya más de treinta años de historia y se vincula a la capacidad del capitalismo en EE.UU. para constituirse en el gran consumidor de la fábrica mundial, especialmente de energía. Es un consumo preferentemente suntuario y despilfarrador de recursos escasos a escala global y que explica su agresión violenta contra quienes opongan proyectos soberanos de administración de bienes naturales. Este es un tema primordial para América Latina y el Caribe, especialmente cuando vuelve a ponerse en evidencia el interés del capital más concentrado y del poder económico global por los recursos naturales, abundantes en la región.

Ambos saldos negativos (fiscal y comercial) necesitan ser cubiertos con endeudamiento, tanto del Estado como de las familias y las empresas. La contrapartida, sobre la base de la aún dominante posición del dólar en el sistema mundial, son las cuantiosas reservas internacionales (activos) en poder de los países, especialmente de los “emergentes”. La CEPAL adjudica a los países de América Latina y el Caribe reservas internacionales por 445.636 millones de dólares para 2007¹³, de los cuales Argentina aparece con 44.731 millones y Brasil con 174.628 millones. En mayo de 2009, tales reservas se estimaban en 46.000 millones de dólares para Argentina y 200.000 millones de dólares para Brasil, elevando las estimaciones de reservas internacionales de la región en 500.000 millones de dólares. Solo China supera la barrera del billón de dólares (1 trillón en la nomenclatura estadounidense), registrando una tenencia de 730.000 millones de dólares en bonos del tesoro de EE.UU. Es claro que EE.UU. invierte en el mundo, es gran comprador del resto del planeta y recibe cuantiosos préstamos desde otras latitudes. Esta necesidad de financiamiento se mantendrá, especialmente si se considera que el reciente presupuesto quinquenal de EE.UU. (2009-2014) propuesto por la administración Obama incluye un déficit fiscal superior al billón de dólares anuales hasta 2013, previéndose una reducción a un déficit de 530.000 millones de dólares para 2014. Para el año 2010 está previsto un déficit de 1,7 billones de dólares, incluyendo los 140.000 millones de dólares destinados para la agresión a Afganistán e Irak. ¿Quién sostiene ese déficit? Es evidente que en las condiciones actuales de dominación global, la potencia imperialista traslada al mundo su crisis.

Las políticas anticrisis sistémicas y el orden alternativo

Las lecturas del poder mundial sobre la crisis privilegian la resolución

13. CEPAL. Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2008.

de la crisis financiera y por eso apuntalan, desde la emergencia de la crisis de las hipotecas y más aún con la caída de la banca estadounidense, el operativo de salvataje bancario y el otorgamiento de liquidez al sistema en EE.UU. y en el capitalismo desarrollado. La reunión del G7 en Tokio a comienzo de febrero de 2008 expresó claramente los límites de los responsables de la economía y las finanzas de los principales países capitalistas para limitar los efectos recesivos e inflacionarios de la crisis. “La actual turbulencia financiera es seria y persistente”, señaló el Secretario del Tesoro de EE.UU., Henry Paulson¹⁴. Era el aviso necesario para el anuncio posterior de una danza multimillonaria de aportes estatales para sostener el sistema. En rigor, los datos de la economía real en el ámbito global expresan la desvalorización general experimentada desde la emergencia de la crisis en agosto de 2007, la cual ha venido profundizándose hasta el presente (mayo de 2009).

En la reunión inaugural de la Asamblea anual del BID (07-4-2008), en Miami, Henry Paulson destacó que “...las economías de América Latina y los mercados financieros han demostrado ser más resistentes de lo esperado a las recientes turbulencias financieras globales” y agregó que es necesario concentrarse “...en financiar la infraestructura para construir y fortalecer las conexiones entre los mercados nacionales y regionales, y en reducir o eliminar las barreras que afectan el comercio industrial, agrícola y de servicios en la región”¹⁵. Al tiempo que intentaba disimular el peligro de la inminente recesión y contrario al intento de regulación desde el propio gobierno estadounidense, trataba de estimular el impulso al libre cambio en el continente. En rigor, puso en evidencia el objetivo y sentimiento profundo de la administración Bush con la liberalización de la economía. Recordemos que el gobierno estadounidense venía de una gran derrota en la IV Cumbre de Presidentes realizada en noviembre de 2005 en Mar del Plata, donde no pudo reinstalar la discusión sobre el ALCA en la agenda de la región y que, entre otros, Brasil y Argentina habían tenido un papel destacado (más allá de contradicciones y desencuentros entre sí) en obstaculizar las negociaciones en el seno de la OMC. El tema de la liberalización, recordemos, es el gran objetivo del capital para asegurar la libre circulación

14. Brian Love y Gavin Jones, El G7 muestra pesimismo ante la situación económica mundial”, *Agencia Reuters*, 9-02-08.

15. http://www.lanacion.com.ar/economia/nota.asp?nota_id=1002178&pid=4243626&toi=5828

y movimiento de capitales en el ámbito mundial. La obstaculización resultante de campañas populares contra el ALCA, la OMC y el librecomercio son parte de la contribución desde el accionar subjetivo y colectivo para incidir en el escenario de la crisis capitalista en curso.

La apuesta del capital transnacional y de los Estados de los países capitalistas desarrollados pretende recrear las condiciones para potenciar la salida liberalizadora en proceso desde los 70. Esa es la lectura que debemos hacer de varias reuniones cumbres desde la emergencia de la crisis, como la de la FAO en Roma a comienzos de Junio del 2008. La declaración final fue obstaculizada por la Argentina, Cuba, Ecuador, Nicaragua y Venezuela que objetaron la mención crítica a las restricciones a las exportaciones enunciadas en el borrador, preparado por los anfitriones y con el beneplácito del capitalismo desarrollado. En la capital italiana quedó puesto de manifiesto que los sectores dominantes del sistema mundial no reducirían su proteccionismo, al tiempo que alientan el aperturismo del resto de los países. Es expreso el interés del capital transnacional para hacer jugar a los Estados de sus países de origen en función del interés liberalizador, muy especialmente luego de la ruptura de la bipolaridad en torno de 1990. Grave sería que se repitiera la historia de “solución” a la crisis de estancamiento anterior, o de la recesión de 2001, ya que supone la profundización del militarismo y la agresión expansionista de las principales potencias del capitalismo¹⁶, agudizando las asimetrías que se verifican en las últimas décadas entre la ostensible riqueza de unos pocos y la miserabilización de la mayoría de la población mundial.

Las políticas anticrisis sugeridas en Roma se reiteran en los cónclaves internacionales, tal como ocurrió con el G-20 en Washington a mediados de noviembre de 2008 y, en Londres, el 2 de abril del 2009. La reunión del G-20 realizada en Washington el 15/11/08 sobre “*Los mercados financieros y la economía mundial*” insistió en esa argumentación liberalizadora. Es la primera de una serie de reuniones que se continuó a comienzos de abril de 2009 en Londres. En realidad es poco lo que surgió de aquella reunión del G-20 y no podría ser de otra manera, pues hasta ese momento, el tratamiento de la crisis había sido abordado como una cuestión “nacional”, siendo que la crisis es un tema global que requiere respuestas integrales y mundiales, aún con la perspectiva capitalista. Partiendo del diagnóstico de

16. La inserción de Francia en la OTAN en la reunión de abril, inmediatamente luego de reunido el G-20 en Londres parece confirmar esa perspectiva.

crisis financiera, las principales recomendaciones estuvieron concentradas en la regulación de las calificadoras de riesgo; los derivados financieros y el control sobre las entidades bancarias de inversión no controladas o insuficientemente reguladas y en el conjunto de instrumentos financieros productos de la ingeniería financiera desarrollada en los últimos años, así como en el fortalecimiento de los organismos financieros internacionales, con el intento de reflotar al FMI en sus funciones de asistencia financiera, para lo cual se proponía dotarlo de mayores recursos. En la reunión de Londres del G-20 se esperaba una discusión para impulsar un nuevo Bretton Woods en el marco de críticas sostenidas contra el orden financiero internacional y especialmente el FMI. No solo no surgió una nueva arquitectura del Sistema Financiero Mundial, sino que se fortaleció a los organismos financieros internacionales. El FMI triplicó su capacidad de préstamos hasta 750.000 millones de dólares y acrecentó su capital en 250.000 millones de dólares en Derechos Especiales de Giro (D.E.G.). Se dispuso otorgar 100.000 millones de dólares a los bancos de desarrollo, para contabilizar una suma de 1,1 billones de dólares como parte de un total de 5 billones para asistencia hasta fines del 2010 para el salvataje del sistema financiero. Si en noviembre del 2008 era evidente el papel ordenador de EE.UU. para subordinar al G-8 y a un conjunto de potencias en la política de salvataje impulsada desde Washington, en el cónclave londinense de abril del 2009 es mayor el compromiso multilateral para consensuar el diagnóstico y las propuestas de abordaje, que incluyen la novedad de fortalecimiento del FMI y la aparición de una apuesta a los D.E.G. por encima de la estrategia de concentración en el papel del dólar. La legitimidad de las políticas del poder global se consolida desde una multilateralidad que involucra a potencias del Sur del mundo.

Del conjunto de reuniones y propuestas globales emerge una validación del papel del Estado en la economía, a contramano de la retórica de años contra la intervención del Estado en la economía y a favor de la iniciativa privada. Resulta necesario llamar la atención del carácter temporario previsto para esas medidas de intervención o nacionalización, incluso destacar que el principal propósito apunta a resolver las necesidades de las empresas en crisis. En el caso de la banca se trata de restablecer liquidez para el mantenimiento de una actividad financiera que sostenga el régimen de producción capitalista y, en cuanto a la producción, restaurar la capacidad productiva de esos capitales en crisis (automotrices, p. ej.). Son nacionalizaciones o estatizaciones para recuperar el ciclo de negocios del

capital. Se trata en definitiva del carácter de clase del Estado capitalista y de ningún modo ello puede asociarse a la perspectiva socialista.

Resulta grave disimular los peligros de la crisis, tanto como insistir en las recetas que derivaron en sucesivas crisis desde la restauración conservadora de fines de los 70 y comienzos de los 80. Es por ello necesario pensar en términos de alternativas al orden financiero y económico del sistema mundial. Por ello es que nos interesa junto con el diagnóstico y el sentido de las políticas anticrisis, incluir algunas reflexiones sobre algunas posibilidades en curso en la coyuntura mundial, especialmente con iniciativas que surgen desde la región latinoamericana y caribeña. La estrategia imperialista subordina la economía de EE.UU. y del sistema mundial, tanto como la crisis, a sus necesidades. Es un problema económico, político, militar, ideológico y cultural.

Las crisis en EE.UU. se resuelven con militarización y terrorismo global y por eso las invasiones territoriales y las agresiones a todos los pueblos que luchan por la emancipación. Ello impone la necesaria articulación de una propuesta global de carácter alternativo. Es lo que en el imaginario de los pueblos se intenta reconstruir en las luchas por otro mundo posible y necesario. En ese proceso se destacan campañas internacionales que articulan las diferentes demandas populares: por el no pago de la deuda externa de los países más atrasados, la lucha contra el librecambio impulsado por el capital en organizaciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio, OMC, o contra propuestas como el ALCA o las que impulsan los principales Estados europeos y algunos latinoamericanos para liberalizar el comercio y promocionar las inversiones e iniciativas privadas.

Son demandas emergentes en el nuevo siglo que retoman las históricas luchas de los trabajadores y los pueblos por una sociedad sin explotación. La ruptura de la bipolaridad del sistema mundial a comienzos de los años 90 habilitó nuevas discusiones sobre el orden mundial. EE.UU., con la primera guerra del Golfo (1990), pretendió incidir en la búsqueda de un lugar de dominación a escala global y lanzó una estrategia de militarización global. Es una estrategia potenciada luego del 11/09/2001 y que actuó para superar la propia lógica de crisis en EE.UU. El movimiento mundial de una campaña contra la agresión e invasión de Irak, en articulación con otras campañas contra las distintas manifestaciones de la ofensiva del capital, da cuenta de una vía en la que se debe persistir para frenar el militarismo y la concepción ideológica de único camino para la humanidad.

La sociedad mundial está amenazada por la ofensiva del capital, que

ante la crisis se propone relanzar la estrategia de dominación. Para ello necesita de consensos globales y, al mismo tiempo, ello supone ejercer una estrategia en sentido contrario para ganar consensos sociales, políticos y culturales para la organización de una sociedad de satisfacción de las necesidades populares. Es el desafío del siglo XXI y supone una respuesta desde las clases subalternas a la crisis. Las propuestas de Washington y el poder global pueden ser contestadas si se genera un movimiento mundial que luche por una alternativa en la construcción de un mundo que asuma las tareas por la emancipación.

Es en ese contexto que adquiere relevancia la discusión sobre la nueva arquitectura del sistema financiero internacional o sobre las perspectivas que habilitan la conformación de una nueva institucionalidad de la integración, tal como se manifiesta en los protocolos del ALBA y la reciente creación de su banco o en los compromisos por construir el Banco del Sur, tanto como la potencialidad de articular ambos esfuerzos para el desarrollo de un financiamiento alternativo en un esquema de integración que supere los límites de la hegemonía neoliberal y capitalista en curso. No puede pensarse la potencia de estas nuevas instituciones apenas enunciada su formulación (deberá pasar un tiempo para pensar en balances de sus realizaciones), sin aludir a los procesos sociales y políticos de cambio que ocurren en nuestra región y que preocupan seriamente a los cultores de la liberalización.

Son procesos sostenibles en una larga tradición de experiencia solidaria y participativa en emprendimientos económicos empujados por el propio movimiento popular y por políticas gestadas por gobiernos con pretensión de cambio estructural y que pueden encontrarse en la dilatada historia del subcontinente en formas empresariales asociativas y no lucrativas, que constituyen ya una tradición organizativa específica en el ámbito mundial. El énfasis está puesto en el rescate de nuevas propuestas para reordenar el sistema financiero y económico ante la crisis, en la conciencia de que muchas de las nuevas proposiciones que se sustentan tienen arraigo en caminos transitados por anteriores experiencias de los sujetos que por años construyen el otro mundo posible. Puede entenderse en este sentido la mejor experiencia de la economía estatal, de las cooperativas y de una articulación en un sector especial de la economía. Son propuestas en discusión en estos tiempos de crisis y que contribuyen a pensar más allá de las recetas de los cultores de la liberalización.

Es cierto que junto a la crisis, la recesión y la estanflación como amenaza existe la expectativa esperanzada en procesos de cambio profundo,

especialmente en la región latinoamericana y caribeña. Es un proceso que requiere ser estimulado con rupturas del modelo de producción dominante en el sistema mundial. Hoy más que nunca se requiere de modificaciones sustanciales que aseguren soberanía alimentaria y de los recursos naturales explotados en forma creciente por las transnacionales. Es imperiosa la búsqueda de un nuevo orden mundial, lo que supone voluntades políticas nacionales para avanzar en cambios en sus respectivos países, al tiempo que articulen estrategias compartidas para la sustitución del modelo productivo actual. En nuestra región es una opción reconocida en muy pocos países que anuncian rumbos anticapitalistas e incluso por el socialismo y que intentan nuevas formas de integración, como en el caso de la Alternativa Bolivariana para las Américas, el ALBA. Son perspectivas que estuvieron atravesando la V Cumbre de presidentes de América en Trinidad y Tobago entre el 17 y el 19 de abril pasado. La declaración final no fue firmada y, previamente reunidos, los países del ALBA anunciaron financiamientos para proyectos compartidos desde el Banco del ALBA, que está en funcionamiento antes que el propio Banco del Sur. Esta nueva entidad está en condiciones de operar si las autoridades de los 7 países signatarios del compromiso de creación ratifican el consenso construido para el convenio constitutivo firmado en Buenos Aires en los primeros días de mayo de 2009¹⁷. La Cumbre de los Pueblos reunida en simultáneo con la de los Presidentes ha sido muy crítica de las expectativas de los gobernantes en la continuidad del proyecto liberalizador y demanda acciones concretas para resolver necesidades sociales extendidas, agravadas por la crisis. Son temas que aún constituyen novedades para ser analizadas en el corto plazo. Son parte del presente que merece ser balanceado en un futuro cercano, especialmente si se extienden las turbulencias e inestabilidades en el sistema económico y financiero mundial.

Estos procesos de cambio político en curso son parte de la dinámica de lucha de clases en el ámbito mundial, con epicentro en la región latinoamericana y caribeña. Por eso no resulta menor la definición por un rumbo socialista puesto en consideración desde fines del 2004 por el régimen bolivariano en Venezuela. Es una propuesta que se suma a la prédica y construcción del socialismo por medio siglo en Cuba y que anima con matices el discurso y las propuestas políticas en Bolivia y Ecuador. Es parte de la restitución de un programa de acción colectiva que era sostenido por el

17. Reunión técnica con Ministros de Economía de Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela (Buenos Aires, 6 y 7 de mayo de 2009).

imaginario social en la ofensiva popular de los 60 y 70 y que fuera revertido con la ofensiva del capital en los 80 y 90. Son hipótesis para pensar en la posibilidad del socialismo como propuesta de rumbo y oportunidad de cambio del orden capitalista ante la crisis.

Bibliografía

- Burgo, Ezequiel (2008). “El nuevo plan de EE.UU. para regular el sistema financiero”, *IECO*, 6 de abril.
- CEPAL (2008). “Anuario estadístico de América Latina y el Caribe”.
- Fondo Monetario Internacional, (2009). “Perspectivas de la economía mundial”, Resumen Ejecutivo en español, abril.
- Krugman, Paul (2009). “Al rescate de los incompetentes”, *Clarín*, 3 de febrero.
- Krugman, Paul (2009). “El Plan ‘Zombie’ del rescate bancario de Obama”, entrevista en *La Tribuna Hispana*, USA, 25 de marzo. En <http://www.tribunahispanausa.com/detalles delanoticia.php?noticia=6525>.
- Krugman, Paul (2008). “La estrategia de Dilbert”, *IECO*, abril.
- Love, Brian y Jones, Gavin, “El G7 muestra pesimismo ante la situación económica mundial”, *Agencia Reuters*, 9.02.08.
- Marx, Karl (1857). “Introducción a la crítica de la economía política.” Estudio introductorio de Gambina, Julio C. (2008) Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, febrero.
- “Para Paulson, América latina es más resistente a las turbulencias” (2008). *La Nación*, Buenos Aires, 7 de abril. En: http://www.lanacion.com.ar/economia/nota.asp?nota_id=1002178&pid=4243626&toi=5828
- Roubini, Nouriel (2009) “I am not Dr Doom: I am Dr Realist”, Interview with *Newsweek* and *Washington Post*, 27 de abril. En www.rgemonitor.com/blog/roubini.
- The Economist* (2009). Vol. 391, n° 8629, Londres, 2 de mayo.
- The Economist* (2008). Vol. 386, n° 8572, Londres, 22 de marzo.
- www.bea.gov 29.04.09

3

LA CRISIS Y SUS EFECTOS EN COLOMBIA

Crisis capitalista y perspectivas del neoliberalismo

autoritario en Colombia: ¿Se deshace el *virtuosismo*

económico de la *seguridad democrática*?

JAIRO ESTRADA ÁLVAREZ¹

La finalidad principal del presente trabajo consiste en analizar las especificidades de la crisis capitalista y las perspectivas del proyecto político económico neoliberal en Colombia. En desarrollo de ese propósito, el trabajo se ha dividido en nueve apartes. En el primero, a manera de contexto, se hacen algunas consideraciones sobre la actual crisis capitalista mundial. En segundo lugar, se abordan los discursos gubernamentales sobre la crisis, que muestran una fuerte intencionalidad política tendiente a evitar el desgaste del régimen de la *seguridad democrática*. Seguidamente, en tercer lugar, se analizan los rasgos de la crisis colombiana considerando la dinámica interna del ciclo económico y su concatenación con la tendencia mundial del movimiento del capitalismo. Se sostiene, en ese sentido, la tesis de que la crisis nos es simplemente una crisis externa, importada, sino que ella responde también al agotamiento de la fase expansiva del ciclo interno del

1. Jairo Estrada Álvarez. Profesor del Departamento de Ciencia Política. Director del Grupo Interdisciplinario de Estudios Políticos y Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Integrante de los grupos de trabajo de CLACSO sobre economía mundial e integración latinoamericana. Miembro de la Red de Estudios de la Economía Mundial - REDEM. Director de ILSA. Director de la Revista *Espacio crítico* (www.espaciocritico.com)

capital. En el cuarto apartado del trabajo, se examinan algunos efectos de la crisis sobre el aparato productivo, el sector externo, las finanzas del Estado y el endeudamiento público, así como sobre las condiciones de vida y de trabajo de la población. Aquí se muestra que los diferentes indicadores registran un marcado deterioro, y que no hay lugar para las versiones, en extremo optimistas del gobierno, sobre una pronta salida de la crisis.

En el quinto acápite, se aborda el estudio de las políticas gubernamentales frente a la crisis, planteándose que ellas no representan una ruptura frente a las políticas neoliberales que han imperado durante las últimas décadas y, más bien, se inscriben dentro de una línea de continuidad de tales políticas. Sólo algunas medidas, muy parciales por cierto, se han desmarcado relativamente de la ortodoxia económica predominante en el país. En ese sentido, en sexto lugar, el trabajo afirma que en el marco de las discusiones sobre las salidas a la crisis, ésta es usada –por el gobierno y sectores de la tecnocracia– para ambientar y fundamentar un nuevo ciclo de reformas estructurales para dar continuidad y profundizar al proceso de *neoliberalización*.

El texto se propone, en séptimo lugar, analizar los impactos de la crisis sobre las configuraciones recientes del régimen político. En ese aspecto, se señala que ella abre objetivamente posibilidades de un resquebrajamiento del neoliberalismo autoritario, en dependencia de la movilización social y popular y de la acción política de fuerzas democráticas y de izquierda. A continuación, en el acápite octavo, el trabajo se ocupa de los efectos de la crisis sobre las condiciones de financiación de la guerra contrainsurgente en Colombia y muestra cómo un sostenimiento de la política gubernamental en ese sentido sólo sería posible recurriendo a mayores impuestos o incrementando el endeudamiento. Por último, en las consideraciones finales se destaca que, independientemente de la forma y de las especificidades asumidas por la crisis, ella genera nuevas condiciones para la crítica al capitalismo, el despliegue de subjetividades anticapitalistas y la acción política de los trabajadores.

Introducción

Todo parece indicar que la actual crisis mundial es una de las grandes crisis de la historia del capitalismo, solamente comparable con la Gran Depresión de 1929 a 1933². No se trata en todo caso de una crisis que anuncie

2. Para un análisis histórico de la crisis, véase Robert Brenner (2009) “Un análisis histórico-económico clásico de la actual crisis”, *Sin Permiso*, Madrid, 22 de febrero.

del derrumbe del capitalismo. En lo esencial, puede afirmarse que la crisis capitalista actual es una crisis económica y financiera que ha tenido –aunque no de manera exclusiva– los rasgos propios de una crisis de sobreacumulación y de especulación. Su dimensión económica y financiera se ha entrelazado de manera fuerte con otras tendencias a la crisis (estructural) del desarrollo capitalista de las últimas décadas en los campos de la alimentación, la energía y el medio ambiente. En ese sentido, la crisis actual es una crisis de la tendencia histórica de la acumulación capitalista en su fase neoliberal. Sus posibilidades de superación y su desenlace dependerán no sólo de las capacidades autoreproductivas que pueda desplegar el sistema mediante la búsqueda de nuevas soluciones espacio-temporales de acumulación, sino de la misma acción política de los trabajadores y de los sectores populares, de los movimientos sociales y de sus organizaciones.

La crisis no es simplemente especulativa o de codicia, o una crisis de las políticas neoliberales. Quienes así la han caracterizado, han pretendido despojarla de su naturaleza capitalista, para mostrarla como el resultado de los excesos en la sofisticación del negocio financiero, del afán desbordado por obtener ganancias a cualquier precio, o de fallas en los mecanismos de regulación del sistema a través de la política económica, por ejemplo, por la reducción o la eliminación de los controles estatales sobre los mercados. Al explicarse la crisis de esa forma, sus posibilidades de superación se simplifican: bastaría la implantación de medidas de (re)ingeniería financiera o el retorno a un keynesianismo renovado. Estos enfoques, si bien contienen importantes elementos de crítica a la especulación financiera y al neoliberalismo, se desenvuelven dentro del marco de los intereses capitalistas y de la búsqueda de salidas capitalistas. Por ello no hay que hacerse ilusiones con el *progresismo* de la *heterodoxia* de los economistas ahora de moda: Joseph Stiglitz y Paul Krugman. Las medidas de salvación de los bancos han llegado al extremo de ser presentadas en Estados Unidos como el *regreso del socialismo*.

Aunque el fundamento de la crisis se encuentra en buena medida en la sobreacumulación de capital y la especulación financiera, es decir, en el ciclo del capital productivo y del capital ficticio, la actual crisis es también una crisis de regulación y de las políticas neoliberales, así como de la arquitectura y la organización institucional que asumiera el capitalismo a partir de la década de 1970. Ella ha puesto en evidencia precisamente los límites de un régimen de acumulación sustentado, *primero*, en la reestructuración neoliberal que dispuso el Estado para propiciar condiciones

excepcionales de valorización capitalista a través de la mayor explotación de la fuerza de trabajo (la llamada flexibilización laboral) y la generación de todo tipo de incentivos a los flujos y la acumulación de capital; *segundo*, en el desarrollo de la acumulación extensiva mediante la ampliación de la geografía del capital (la llamada globalización) hacia nuevas regiones del mundo (los países de la antigua Unión Soviética y de Europa del este, China, India, entre otros); y *tercero*, en la *financiarización* de la economía mediante el estímulo del negocio financiero, incluida su sofisticación con los mercado de derivados³.

Los mismos factores que en su momento le permitieron al capitalismo superar la crisis iniciada a principios de la década de 1970, se constituirían en los generadores de la actual, al invertir su tendencia de comportamiento. La reestructuración neoliberal terminaría restringiendo la demanda dado el estrangulamiento de los ingresos de los sectores medios y populares y la consecuente redistribución del ingreso a favor de los ricos; la acumulación extensiva exacerbaría el problema de la sobreproducción al añadir capacidad productiva a nivel mundial; la *financiarización* estimularía la tendencia a la autonomización extrema del capital ficticio, acentuando la desconexión entre la economía real y la economía financiera⁴.

La crisis no representa ni el fin de la economía de *libre mercado* ni el regreso al intervencionismo de Estado. Esa es una versión distorsionada de la organización actual del capitalismo, que pretende mostrar que los problemas del sistema capitalista son simplemente de regulación y que bastaría con cambiar el acento y la orientación de las políticas y, en particular, de la política económica. Por ello, se ha anunciado en forma equivocada el fin del neoliberalismo. En ese sentido, debe recordarse que éste no ha sido sólo una política económica. Se ha tratado también de un proyecto político, económico y cultural, uno de cuyos principales soportes ha estado precisamente en la dirección política del proceso económico por parte del Estado. Si algún proyecto ha sido intervencionista a favor del capital, ese ha sido el proyecto neoliberal. La fórmula salvadora no es, pues, *más Estado, menos mercado*. Si el neoliberalismo se reduce a una política económica, se puede hablar de la crisis del neoliberalismo; si el neoliberalismo

3. Walden Bello, "Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo", *Sin Permiso*, Madrid, 05.10.2006.

4. Tal desconexión posee en todo caso nuevas particularidades dada la fuerte imbricación entre el capital productivo y el capital ficticio.

se identifica con una fase capitalista de ofensiva contra los trabajadores, a favor del capital, todavía no ha agotado sus posibilidades.

La crisis tuvo como epicentro a Estados Unidos, pero rápidamente se propagó y adquirió los rasgos de una crisis mundial del capitalismo. Ella representa una extensión y reproducción de fenómenos de crisis con características similares que habían afectado parcialmente y en distintos momentos diferentes regiones del mundo (Japón a lo largo de la década de 1990, México en 1994, el sudeste asiático en 1998, Rusia en 1998, Argentina en 2001, entre otros). En el caso de Estados Unidos, con la crisis actual se dio continuidad a las tendencias críticas de principios de siglo de la *nueva economía*, cuya salida condujo precisamente –dadas las políticas económicas de entonces–, primero, al acelerado endeudamiento de los hogares norteamericanos con créditos de vivienda y de consumo y, luego, a la burbuja inmobiliaria, cuando estos créditos fueron titularizados y transados en los mercados de valores. En tales mercados, esos títulos adquirieron altos niveles de sofisticación a través de los derivados financieros, promovidos por uno de los principales exponentes de la especulación financiera: la banca de inversión.

Debido al notable deterioro de las condiciones de endeudamiento y la consecuente imposibilidad de pagar los créditos, los fundamentos sobre los cuales se había montado la especulación se deshicieron; el sistema demandó en forma reactiva y violenta los ajustes necesarios. Se desató la crisis, inicialmente en la forma de una crisis de especulación financiera, pero mostrando desde el inicio sus estrechos vínculos con el ciclo del capital productivo. Por cuenta de la alta articulación del mercado mundial de capitales y estimulada por las tecnologías de la información y de las comunicaciones, la crisis se propagó rápidamente en el conjunto del sistema capitalista y asumió los rasgos de una crisis mundial.

Lo que al inicio se mostró como un nuevo episodio de crisis financiera con características similares a las ya ocurridas en los lustros precedentes, rápidamente asumió otros rasgos dadas las actuales configuraciones del capital y las variadas modalidades de fusión entre sus diferentes formas. La crisis se propagó al conjunto de la economía. Por lo pronto, pese a las reiteradas manifestaciones de deseo, ella persiste; se discute sobre sí ya se ha tocado fondo y se afirma que cuando ello ocurra la recuperación será muy lenta.

La crisis de la economía estadounidense afectó de manera creciente a Europa, Japón, China e India, así como a la mayoría de los países

latinoamericanos. Ello es el resultado de la mundialización de la producción capitalista, de la transnacionalización de las economías y del fuerte acoplamiento de los procesos de acumulación a escala planetaria. A manera de ilustración: el principal mercado exterior de China son los Estados Unidos; China, a su vez, importa materias primas y bienes intermedios de Japón, Corea y del sudeste asiático; China es uno de los principales tenedores de bonos de deuda pública estadounidense (más el 25% del total de los bonos); cerca del 30% de las ganancias de las empresas multinacionales de Estados Unidos provienen de sus inversiones en China. En esas condiciones, las economías de Estados Unidos, China y el sudeste asiático se encuentran atadas a la misma cadena, de tal suerte que el destino de las economías asiáticas se encuentra definido en gran medida por la tendencia de la economía estadounidense.

Pero ese no es sólo el caso de las economías asiáticas; también lo es de las europeas y las latinoamericanas, aunque la situación de las primeras reviste particularidades debido al tamaño de su mercado y a los acuerdos dentro de la Unión Europea. Este fuerte entrelazamiento (y dependencia frente a la economía estadounidense) explica por qué las grandes economías del mundo se aprestaron a salvar el dólar y a disponer recursos para recuperar y garantizar una cierta estabilidad de la arquitectura financiera mundial del capitalismo.

En el caso de América Latina, la crisis se ha sentido con fuerza, pese a que en un principio la tecnocracia llegara a aseverar que la acumulación de reservas internacionales por parte de la mayoría de países se había convertido en un colchón que reduciría sus efectos. Ningún país ha quedado excluido de ellos; trátase de gobiernos de derecha o de gobiernos progresistas. El mayor o menor impacto ha dependido del grado de exposición de la respectiva economía a la economía mundial y de la forma como se ha enfrentado la situación de crisis. Su incidencia ha sido desigual y diferenciada.

A manera de ejemplo: algunos de los países que representan la avanzada de los proyectos neoliberales y se caracterizan por poseer regímenes económicos de alta exposición a favor de los intereses del capital transnacional, han visto afectada sensiblemente su economía. Tal es la situación de México y Chile, principalmente; también de Colombia. A otros países que se encuentran inmersos en los circuitos del capital financiero transnacional, como es el caso de Brasil, la crisis también los ha castigado con severidad. Los gobiernos progresistas de América Latina tampoco han estado exentos de sus efectos. La caída de los precios de los productos energéticos,

especialmente del petróleo, ha incidido sobre el crecimiento económico y las posiciones de comercio exterior de Venezuela, Ecuador y Bolivia.

La crisis puso al desnudo los impactos de décadas de política neoliberal en América Latina. Los procesos de neoliberalización impulsados durante las últimas décadas acentuaron la dependencia y forzaron una reestructuración económica regresiva, provocando una creciente vulnerabilidad frente al comportamiento de la economía capitalista mundial. La alta dependencia de un número importante de economías de la región de la producción y exportación de productos energéticos, materias primas, productos agrícolas ha generado efectos contradictorios. Mientras el ciclo económico transcurrió por su fase expansiva y la especulación financiera en los mercados de futuros lo permitió, se asistió a un mejoramiento sustancial de los precios de tales bienes, contribuyendo a mejores condiciones para el crecimiento y alentando incluso –en algunos países– una expansión sin precedentes de la inversión minera, así como la producción de agrocombustibles.

Con la crisis, el escenario cambió de manera sensible. La crisis financiera produjo ajustes en los precios especulativos de tales productos, que se sumaron a la caída propiciada por la reducción de la demanda mundial. Como consecuencia de ello, se han apreciado una reducción de los ingresos por concepto de exportaciones y presiones sobre las balanzas comercial, en cuenta corriente y de pagos. Igualmente, y también como resultado de lo anterior, se encuentra en curso un nuevo ciclo de endeudamiento externo que, unido a un cierto comportamiento errático de las monedas latinoamericanas, pondrá nuevamente la problemática de la deuda externa en la agenda política.

Más recientemente, dados los nuevos cambios en los precios de las materias primas y de los productos agrícolas y energéticos, se suavizaron relativamente los impactos de la crisis sobre algunos indicadores macroeconómicos. No ha ocurrido lo mismo con las finanzas públicas que muestran una tendencia al franco deterioro, así como con la deuda pública y privada que viene incrementándose aceleradamente. Desde el punto de vista social la crisis ha acentuado las desigualdades e incrementado la pobreza e indigencia en la región. Las perspectivas de estas economías se encuentran en buena medida en función de lo que ocurra con la producción y la demanda a nivel mundial por tales productos. Por lo pronto, no parece apreciarse, como ya se dijo, a una etapa de recuperación sostenida de la economía mundial.

Las respuestas frente a la crisis han sido diversas, pero han primado las *soluciones nacionales* y, en buena medida, la lógica de *sálvese quien pueda*. América Latina no ha logrado avanzar hacia un tratamiento regional de salidas a la crisis. La diversidad de proyectos políticos de derecha, de centro o de izquierda ha hecho muy difícil ese propósito, aunque se han producido acuerdos bilaterales pragmáticos y esfuerzos más colectivos, con limitaciones, en el ALBA. Lo que ha predominado, en todo caso, han sido las medidas unilaterales de los respectivos países.

La experiencia colombiana de la crisis se inscribe dentro de los casos de economías con una alta exposición frente a los movimientos de la economía mundial y de políticas de neoliberalización extrema, que se acompañan de una marcada tendencia autoritaria del régimen político.

La crisis capitalista en el discurso gubernamental

En un primer momento, como ocurrió en otros países del subcontinente, el gobierno desestimó la crisis capitalista y señaló que la economía colombiana se encontraba blindada frente a eventuales impactos. Corría ya el segundo semestre de 2008. Esa postura gubernamental subvaloraba el carácter de la crisis, presumía que el fenómeno se limitaría al centro del capitalismo y que las operaciones de salvamento del sector financiero, del entonces presidente de Estados Unidos, George Bush, lograrían revertir la tendencia contractiva de la actividad económica.

Por otra parte, se basaba en la suposición de una situación macroeconómica sólida, de relativa estabilidad cambiaria, con control inflacionario y situación fiscal aceptable, acompañada del incremento registrado en las reservas internacionales durante los últimos años. Pese a la crisis capitalista, el gobierno confiaba en que se lograría mantener la dinámica exportadora –buscando incluso nuevos mercados–, y sostener el nivel de inversión extranjera profundizando la neoliberalización económica.

En suma, el presunto blindaje frente a la crisis se encontraba en uno de los factores que la había provocado: la persistencia en las políticas del Consenso de Washington. ¿Paradoja? No, más bien cinismo. A ello se agregaba la consideración parroquial acerca del significado de la política de la *seguridad democrática*, cuya retórica presume una producción permanente de confianza para el mundo del capital. En el ámbito colombiano, la fase expansiva del ciclo económico había coincidido con el mandato del presidente Uribe. Tal situación había permitido posicionar en la opinión

pública la idea que el crecimiento económico se explicaba por los efectos bondadosos de la *seguridad democrática*.

La dinámica de la crisis, su creciente propagación mundial y su profundización, así como el conocimiento de nuevos y preocupantes episodios, llevarían al gobierno hacia fines de 2008 y principios de 2009 a afirmar que la crisis sí afectaría la economía colombiana. La crisis capitalista se caracterizaba en todo caso simplemente como una “desaceleración del crecimiento mundial”, aunque se indicaba que Estados Unidos atravesaba por “la crisis más fuerte de las últimas décadas” y que “las repercusiones de la crisis a nivel mundial no (serían) despreciables”⁵. A la aceptación de eventuales impactos de la crisis, le siguió la tesis de que el país se encontraba en todo caso preparado para enfrentarlos.

El discurso gubernamental se basó en ese momento en las afirmaciones de funcionarios del Fondo Monetario Internacional que habían dictaminado acerca de la buena salud de la economía colombiana. A juicio de estos funcionarios, “la aplicación de políticas macroeconómicas adecuadas y la amplia gama de reformas estructurales” (neoliberales) habrían contribuido “a acelerar el crecimiento y a reducir las vulnerabilidades”; el país estaría “bien preparado para afrontar los desafíos que (planteaba) la desaceleración del crecimiento mundial”; requeriría sí “seguir aplicando medidas de política con flexibilidad y oportunamente”. El FMI destacó la solidez del sistema financiero y garantizó su solvencia aún en escenarios extremos⁶. En suma, se aceptaban impactos de la crisis, pero se aseveraba que las políticas neoliberales representaban la mejor arma para enfrentarlos. Ello con la bendición del FMI, institución que por cierto había perdido tanta o más credibilidad a nivel internacional que las mal llamadas calificadoras de riesgo, dada su manifiesta incapacidad para prever la crisis mundial⁷.

En la última semana de marzo de 2009 se tornó imposible seguir minimizando la crisis. Los hechos terminaron liquidando cualquier ejercicio en sentido contrario. En ese momento ya se había observado una caída abrupta de la producción industrial, la cual alcanzó más del 10.7 por ciento

5. Ministerio de Hacienda y Crédito Público. “Impacto y oportunidades de la crisis”, Bogotá, febrero 4 de 2009.

6. *Ibíd.*

7. Después de la reunión del G-20 en marzo de 2009 en Londres y de su espaldarazo al FMI con la recapitalización de 1.2 billones de dólares, es manifiesto el interés de los países del centro capitalista por convertir esta institución en un garante de la gestión (controlada) de eventuales salidas a la crisis.

en los primeros meses de año en comparación con el mismo período del año anterior; la actividad comercial se había reducido sensiblemente, y se había presentado un aumento de la tasa de desocupación, que llegó al 14.2 por ciento. Fue el propio Presidente Uribe quien en un foro con estudiantes universitarios realizado el 24 de marzo reconoció la situación de crisis y advirtió sobre la tendencia al mayor deterioro de la situación económica y social. A la voz de Uribe siguieron las afirmaciones de otros funcionarios gubernamentales, entre ellos el ministro de Hacienda y Crédito Público, Oscar Iván Zuluaga. El discurso gubernamental del blindaje frente a la crisis devino en una “honda preocupación”, que se ha reiterado en diversos foros y eventos, incluida la intervención del presidente Uribe en la quincuagésima Asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo, celebrada en la ciudad de Medellín a finales de marzo de 2009.

Los datos consolidados sobre el comportamiento del PIB en 2008, así como las proyecciones para 2009, hablan por sí solos. En 2008 se produjo una fuerte caída en el ritmo de crecimiento del PIB. Mientras que en 2007 se había registrado un aumento del 7.5 por ciento, el año pasado apenas alcanzó 2.5 por ciento. Ese guarismo dio al traste con los datos gubernamentales que habían anunciado un crecimiento del PIB de 3.5 en 2008 y habían estimado una desaceleración al 3 por ciento en 2009. Lo que vino fueron los ajustes en los estimativos para este año, que en su mayoría se situaron en un rango entre el 1 y el -1 por ciento⁸. A medida que se han conocido nuevos datos, los pronósticos han mostrado una tendencia a la baja. Algunas estimaciones hablan de una caída del PIB de tres puntos⁹. Las últimas proyecciones del FMI establecieron un crecimiento de 0.0 por ciento. El gobierno, por su parte, fijó una meta de 0.5 por ciento¹⁰. En general, tal y como ha ocurrido con las estimaciones sobre el comportamiento de la economía mundial por parte del FMI y del Banco Mundial, no sólo no ha habido unidad de criterios, sino que se ha apreciado la intención de *suavizar* la magnitud y el alcance de la crisis con estimaciones que han tenido que ser corregidas permanentemente, y a la baja.

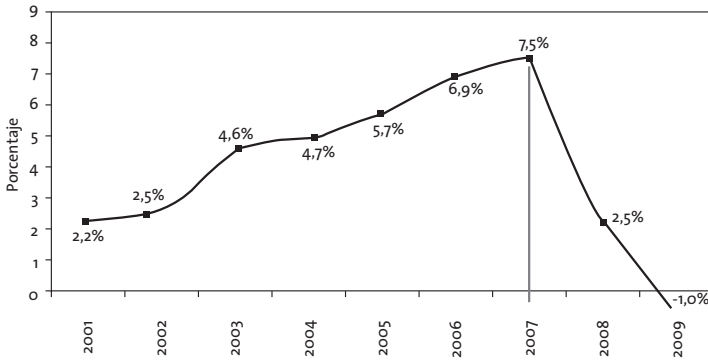
La evidencia empírica muestra que la economía colombiana se encuentra

8. Véase la columna de *El Tiempo* de Carlos Caballero Argáez del 28 de marzo de 2009, “¿Por fin se despertó el gobierno?”. La estimación de *The Economist* es de -1 por ciento.

9. Armando Montenegro, “Recesión y gasto público”, *El Espectador*, 25 de abril de 2009.

10. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, *Marco fiscal de mediano plazo 2009*, Bogotá, D.C., 2009.

Gráfico 1
Ciclo económico
Comportamiento del PIB (anual)



Fuente: DANE y proyecciones de crecimiento.

en crisis y que la fase expansiva del ciclo económico, que había coincidido hasta ahora con los períodos de gobierno de Uribe, llegó a su fin (ver gráfica 1). Aún más, el comportamiento del PIB a lo largo de 2008 mostró una desaceleración continua: durante el primer trimestre la economía creció 4.5 por ciento, en el segundo lo hizo en 3.8, en el tercero cayó a 3.1, en el cuarto a -0.7, y para todo el año registró, como ya se dijo, un 2.5 por ciento.

Ello permite afirmar que el gobierno se empeñó en ocultar –con la ayuda de los medios masivos de comunicación y de los representantes de los principales gremios económicos– la tendencia en curso y en desvirtuar incluso la posibilidad de la crisis. Es claro que tras de ello se encontraban motivaciones políticas. Hasta el ex asesor económico de Uribe, Rudolf Hommes, se manifestó en ese sentido: “Decir que la economía colombiana estaba blindada (...) era una tontería que solamente pudo hacer camino en un país donde la gente no piensa y es completamente dependiente de lo que le hacen creer los medios, que, con frecuencia cada vez mayor, son simples altavoces del Gobierno. Pero una tontería de superior tamaño, rayana en irresponsabilidad, es que el Gobierno haya creído su propio cuento y no se haya alistado para afrontar la crisis. Algunos miembros del sector privado, sesgados por los resultados de sus estados financieros, han coadyuvado a crear esa fantasía que ha dejado al país sin preparación”¹¹.

11. Rudolf Hommes, “La política boyante y la economía al garete”, *El Tiempo*, 27 de marzo de 2009.

La configuración autoritaria del régimen político implicaba que un cuestionamiento (incluso dentro del bloque de poder) a la situación económica podía ser comprendido como una deslealtad frente a la política de *seguridad democrática*, en momentos en los que se acentuaba la discusión nacional sobre el trámite en el Congreso de un referendo para posibilitar una nueva reelección del presidente Uribe.

Algunos rasgos de la crisis colombiana

Un examen del ciclo colombiano permite aseverar que la crisis actual no puede ser reducida –como se ha pretendido en círculos gubernamentales¹² y de los gremios económicos– a una crisis proveniente del exterior que impacta sobre la economía colombiana. La crisis capitalista mundial llegó a acentuar la tendencia a la crisis interna que ya se expresaba en la desaceleración del crecimiento económico, en la caída de la producción industrial y de la construcción, en la reducción de la demanda interna y en el estancamiento de otros sectores de la actividad económica.

Las cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística –DANE– sobre el comportamiento de los sectores de la actividad económica durante el último trimestre de 2008 fueron ilustrativas al respecto: la industria manufacturera y la construcción cayeron en 8 por ciento, la agricultura y el comercio en –0.6 y –0.1 por ciento, respectivamente; los servicios sociales y el transporte crecieron apenas 0.5 y 0.8 por ciento; solamente el sector financiero y la minería registraron aumentos importantes de 4 y 6.6 por ciento, respectivamente, aunque por debajo de la tendencia de los últimos años¹³.

Así es que los intentos de reducir la crisis colombiana actual a una crisis que viene desde fuera, además de desconocer la dinámica interna de la economía, buscan exculpar las políticas neoliberales que se han implantado durante las últimas décadas en el país. La crisis es también, como a nivel mundial, una crisis del proceso de neoliberalización. Pero no exclusivamente. Lo que la hace especialmente aguda y profunda es su creciente sincronización con la crisis economía mundial, a diferencia de la última crisis (1998-2001) que fue más bien del orden local.

Son múltiples los factores que explican la crisis actual. Como ya se

12. Al respecto, ver entrevista con el Ministro de Hacienda y Crédito Público, Revista *Semana*, 22 de marzo de 2009.

13. Véase, *Portafolio*, Bogotá, 26 de abril de 2009.

señaló, la dinámica expansiva del ciclo económico llegó a su fin en 2007, a ello le siguieron la desaceleración durante buena parte de 2008 y, luego, la caída reciente¹⁴. Tal tendencia se fue concatenando a lo largo de 2008 con la crisis mundial, cuyos efectos habrían de sentirse de manera desigual y diferenciada desde el punto de vista sectorial.

La crisis y el aparato productivo

En el sector productivo, los impactos llegaron más bien diferidos y se manifestaron con fuerza desde fines de 2008 y sobre todo a lo largo del primer semestre de 2009. Durante los últimos doce meses, hasta junio de 2009, la producción real cayó 8.4 por ciento. Este comportamiento se debió fundamentalmente al descenso en de la producción de las industrias de vehículos automotores (-44 por ciento), productos de hierro y aceros (-19,6 por ciento), confecciones (-24-2 por ciento) de productos de molinería y almidones (-11,1 por ciento) y sustancias químicas básicas (-10.5 por ciento), entre otros. Las ventas reportadas por la industria disminuyeron mantuvieron su tendencia a la baja y el empleo se cayó -7.0 por ciento con relación al mismo período del año anterior¹⁵.

Por su parte, la agricultura –que ya mostraba un crecimiento débil y tendencias al estancamiento durante los últimos años– también resultó afectada por la crisis, registrando una caída de 0.8 por ciento durante el primer trimestre de 2009. En ese mismo período, en la industria de la construcción, la tendencia fue contradictoria, aunque registró un crecimiento promedio de 4.1 por ciento. Mientras que la construcción de vivienda cayó 14.1 por ciento, la construcción de obras civiles tuvo una aumento significativo de 21.2 por ciento. Este incremento provino principalmente de proyectos que se encontraban en curso, de gastos aplazados y, sobre todo, de inversiones de gobiernos locales, previstas en sus planes de desarrollo.

La minería no se vio afectada por la crisis y mantuvo la tendencia expansiva de los años anteriores; se constituyó en un sector que contrarresta la

14. El bajo crecimiento de 2008 obedeció “al menor dinamismo de la demanda interna que pasó de crecer 8.5 por ciento en 2007 a 3.5 por ciento en 2008. Este comportamiento se debió principalmente a una sensible caída del consumo de los hogares, cuyo crecimiento anual fue de 2.5 por ciento, frente a 7.6 por ciento anual en 2007”. Otro tanto ocurrió con el consumo público que bajó de un 4.5 a un 1.3 por ciento durante el mismo período. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, *Marco fiscal de mediano plazo 2009*, Bogotá, 2009.

15. Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, *Muestra mensual manufacturera*, Bogotá, junio de 2009.

tendencia general al crecer un 10.6 por ciento durante el primer trimestre de 2009. Su comportamiento se explica por las inversiones de empresas multinacionales realizadas en años anteriores, especialmente en petróleo y carbón, que pese a la crisis han incrementado sus producciones.

La actividad comercial, a su vez, se vio afectada por la caída de la demanda interna como resultado de la mayor desocupación y, en general, de la precarización del trabajo que la crisis ha provocado. Según la Encuesta de Opinión Conjunta, durante el primer semestre de 2009 las ventas decrecieron 5 por ciento (hacia el mercado interno la caída fue de 4.5 por ciento)¹⁶. El reporte del DANE de junio confirma esa estimación. Las ventas reales cayeron durante ese período 5.2 por ciento¹⁷.

La crisis y la especulación financiera

La actividad financiera y bursátil merece especial atención. En el caso del mercado bursátil, las incidencias de la crisis fueron inmediatas, luego del *crash* mundial. Según Libardo Sarmiento, el índice general de la Bolsa de Colombia (IGBC) alcanzó una pérdida cercana al 36 por ciento en enero de 2009. A pesar de la leve recuperación al terminar 2008, en enero siguió la tendencia descendente al igual que en la mayoría de las bolsas del mundo, que registraban pérdidas diarias entre 2 y 5 por ciento¹⁸. Luego vendría una relativa estabilización acompañada de comportamientos erráticos, tal y como ha ocurrido en otras bolsas de valores. La tendencia que parece consolidarse es la del crecimiento especulativo, una especie de “burbuja local”. Durante los primeros siete meses de 2009, el IGBC se había valorizado 37 por ciento y las emisiones de bonos se habían incrementado en 29 por ciento¹⁹.

El capitalismo local le sigue apostando a la especulación financiera. Empresas vinculadas a la actividad industrial, en franca caída, han visto incrementar sus valores en bolsa. Tal es el caso, por ejemplo, de Fabricato, Enka y Tablemac. Las acciones de la Empresa de Teléfonos de Bogotá se dispararon en un 70 por ciento, luego del anuncio del alcalde de Bogotá de

16. *Portafolio*, 13 de agosto de 2009.

17. Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, *Muestra mensual de comercio al por menor*, Bogotá, junio de 2009.

18. Libardo Sarmiento Anzola, “Crisis del sistema monetario mundial y concentración financiera en Colombia”, Suplemento *Desde Abajo*, Bogotá, enero-febrero 2009, p. 27.

19. “Cesó la horrible noche, pero...”, *Revista Semana*, Bogotá, 8 de agosto de 2009.

buscar un *inversionista estratégico*. El valor de la acción de Ecopetrol alcanzó la histórica cifra de \$2.660 pesos, después del anuncio de las supuestas reservas de un yacimiento en exploración (la información tuvo que ser desmentida) y pese a la caída de las utilidades en un 58 por ciento durante el primer semestre de 2009. Las acciones del Éxito aumentaron en un 51.5 por ciento, a pesar de la caída del comercio al detal en el 5 por ciento²⁰. Como se puede apreciar, las ganancias que no se obtienen en la actividad productiva, se compensan con la especulación financiera y bursátil.

A diferencia de la tendencia mundial, en la que el sector financiero se vio afectado severamente, otra ha sido la situación en el caso colombiano. Este sector creció en 2008 en 4 por ciento –cifra en todo caso más baja que la de los últimos años–, y registró utilidades de 6.58 billones de pesos, 19 por ciento superiores a las de 2007. Del total de ganancias, a los bancos les correspondió 4.86 billones (28 por ciento más que el año anterior). El resto se distribuyó entre las aseguradoras, las firmas comisionistas, los fondos de pensiones y las fiduciarias. Sin embargo, no sucedió lo mismo con los dineros que las entidades financieras le administran a sus clientes: las utilidades se redujeron en 49 por ciento, es decir, en 4.21 billones de pesos.

Por otra parte, durante 2008 se mantuvo un importante ritmo de otorgamiento de créditos (cerca de 300 billones de pesos), equivalente al 63 por ciento del PIB colombiano. Llamen la atención, no obstante, dos cosas: primero, el descenso en el crecimiento anual de los desembolsos en 7 y 17 puntos con relación a 2007 y 2006, respectivamente; segundo, que la mayor cantidad de ellos estuvo destinada al pago de sobregiros y no a actividades de inversión²¹. Se trata de indicadores importantes sobre la situación de las actividades que financia el sector financiero, pero, al mismo tiempo, de los límites que tiene la actividad financiera misma en la coyuntura actual.

El comportamiento de 2008 se ha mantenido durante los meses en los que se ha intensificado la crisis productiva. En efecto, de enero a abril de 2009, el sector creció 4.7 por ciento y sus utilidades se incrementaron en 51 por ciento (equivalentes a 3.14 billones de pesos) respecto al mismo período del año anterior. Los responsables de tal aumento fueron las empresas financieras

20. Aurelio Suárez Montoya, “Desempleo, deflación de alimentos, revaluación e inflación de valores bursátiles”, Bogotá, 10 de agosto de 2009 (mimeo).

21. Véase: http://www.portafolio.com.co/economia/economiahoy/2009-02-14/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR_PORTA-4815148.html

que derivan sus ingresos del mercado de valores (comisionistas de bolsa, administradoras de fondos de inversión, fondos privados de pensiones), que se vieron favorecidas por la recuperación del mercado bursátil, como ya se dijo, y del valor de los bonos de deuda pública (TES). Los bancos, si bien obtuvieron igualmente utilidades, vieron desacelerar su ritmo de crecimiento (del 40 al 17 por ciento). La apuesta en el negocio financiero continúa siendo la especulación. Las instituciones bancarias han preferido destinar sus recursos al mercado de valores en lugar del prestarlos, entre otras razones porque se registra un aumento de la tasa de morosidad al 4.8 por ciento del total de los préstamos (7 billones de pesos se encuentran vencidos)²².

Una eventual extensión de la crisis al sector financiero podría provenir más desde el interior que desde fuera. En efecto, en la medida en que la crisis económica se agudice –o se prolongue– se deteriorará la capacidad de pago de las empresas y de los hogares, o podría estallar la burbuja accionaria que se ha venido montando como reacción a la crisis. En Colombia no se sintió el impacto de multinacionales de la banca que controlan parte de la actividad financiera (como el Citibank o los bancos españoles), cuyos activos se desvalorizaron y han tenido pérdidas importantes en Estados Unidos y Europa. Sus sucursales siguen más bien transfiriendo utilidades a las casas matrices. El hecho de que el sector financiero no estuviera involucrado de manera importante en el negocio mundial de los derivados financieros ha sido un factor que le ha podido dar una transitoria tranquilidad.

Considerando lo anterior, la trayectoria de la crisis colombiana ha mostrado una tendencia distinta frente a lo que ha sido el devenir de la actual crisis mundial que, como es sabido, se inició como una crisis hipotecaria, avanzó hacia una crisis financiera y devino en crisis económica. Si la crisis económica en Colombia se articulara con una crisis financiera, sus impactos políticos, económicos y sociales serían impredecibles.

De particular importancia en ese sentido será el comportamiento futuro de los créditos hipotecarios y de los créditos de consumo, así como de los fondos privados de pensiones. Una eventual agudización de la crisis y una extensión de sus impactos a los fondos privados afectarían a millones de ahorradores y los expropiarían de una parte importante de sus ahorros²³. Por lo pronto, no es esa la circunstancia.

22. Véase *Portafolio*, 3 de junio de 2009.

23. Los efectos de la crisis se sumarían a los problemas estructurales de este diseño neoliberal del aseguramiento en pensiones. Estudios recientes

Pese a que en Colombia no se está en presencia de una crisis financiera, es importante señalar, en todo caso, que en 2008 se presentó el derrumbe de varias empresas captadoras de dinero, conocidas como *pirámides*. Tales empresas habían desplegado su actividad al margen del sector financiero, aprovechando vacíos normativos, la falta de controles estatales (gracias a la desregulación neoliberal), el descontento de sectores sociales frente a los altos costos de la intermediación financiera y los bajos rendimientos ofrecidos por las grandes instituciones bancarias, el limitado de acceso a la banca de sectores populares e informales y las aspiraciones de enriquecimiento rápido y fácil, que han hecho carrera en el país por efecto de la cultura mafiosa y narcotraficante y de la corrupción. Se trataba desde luego de inversiones especulativas a la espera de espectaculares rendimientos. Después de varios años de reconocida actividad pública, tales empresas fueron declaradas ilegales, intervenidas e identificadas como centros de lavado de dineros provenientes del narcotráfico y del paramilitarismo. Sus nexos con instituciones y funcionarios del Estado se han conocido a granel. Lo cierto es que se calcula que varios millones de colombianos, en su mayoría de sectores medios y populares de la población, perdieron sus ahorros en dichas empresas en una cuantía que se estima en 5 billones de pesos.

El derrumbe de las captadoras de dinero (que funcionaban como la *pirámide Monzi*) provocó una crisis social de grandes proporciones, especialmente, en la región surcolombiana (aunque también se manifestó en otros lugares del país con menor intensidad), deprimió sensiblemente toda la actividad económica en esos lugares, y se constituyó en un factor que se sumaría a las tendencias internas de la crisis. Las pirámides del capitalismo globalizado también tuvieron sus expresiones locales. Colombia tuvo en David Murcia Guzmán su propio Bernard Madoff.

Por otra parte, las tendencias a la desaceleración económica ya se venían apreciando como resultado de la política monetaria del Banco de la República que, pese a los signos evidentes de crisis capitalista mundial, persistió en su política contractiva y de altas tasas de interés para privilegiar –como lo mandan los cánones del neoliberalismo monetarista– el control de la inflación sobre el crecimiento económico y el empleo²⁴. A ello se agregaron

muestran que del total de los ahorradores, solamente estaría en condiciones de pensionarse hasta un 30 por ciento de los afiliados a los fondos privados.

24. En su informe al Congreso, la Junta Directiva del Banco de la República señala que “la desaceleración de la actividad económica fue en parte el resultado de la acción de la política monetaria, que desde 2006 se orientó a moderar el crecimiento

otros factores como la revaluación del peso durante el primer semestre de 2008, la lenta ejecución de obras civiles, el incremento de los precios de las materias primas y las huelgas obreras (de Cerromatoso y de los corteros de caña) que afectaron la actividad económica²⁵.

En igual sentido, debe señalarse el deterioro de la actividad comercial con Estados Unidos, Venezuela y Ecuador, lugares de destino de una parte importante de las exportaciones colombianas de productos no tradicionales. En el caso del comercio con Venezuela y Ecuador, tal deterioro se ha visto afectado no sólo por las decisiones económicas de los respectivos países, sino también por las relaciones políticas inestables, particularmente después de la violación de la soberanía ecuatoriana por parte del gobierno de Uribe en marzo de 2008 (debe señalarse, en todo caso, que el volumen de la actividad comercial con Venezuela se había mantenido relativamente estable durante el primer semestre de 2009 y había permitido contrarrestar los efectos de la contracción de otros mercados).

La crisis y la tendencia de la economía mundial

En suma, la crisis económica en Colombia no es simplemente el resultado de la importación de una crisis externa. Sin duda, la crisis capitalista mundial ha incidido de manera sensible sobre la economía colombiana, y lo seguirá haciendo. Pero es evidente, al mismo tiempo, que tras el alto crecimiento del PIB en 2007, se escondía el fin del auge y el inicio de la desaceleración económica, primero, y luego, de la crisis actual. El fin del ciclo colombiano habría de coincidir con una gran crisis del capitalismo. Eso es lo que hace la crisis actual especialmente aguda y profunda y con posibilidades de impacto que trascienden el campo exclusivo de la economía. Las tendencias sectoriales son desiguales y diferenciadas. No se está en presencia de una crisis de todos los sectores de la actividad económica, pero predomina la tendencia de crisis en el conjunto de la actividad económica. Los comportamientos de coyuntura de corto plazo pueden variar, dada la relativa incertidumbre que caracteriza el comportamiento de la economía mundial.

Si se juzga por las proyecciones, la mayoría de ellas indica que aún no se

excesivo del crédito y de la demanda agregada, con el objetivo de contener las presiones inflacionarias y lograr una senda de crecimiento sostenible”, Banco de la República, *Informe de la Junta Directiva al Congreso*, Bogotá, marzo de 2009, p. 11.

25. *Ibíd.*, pp. 11-12

ha llegado al punto más bajo de la actividad económica y que, una vez éste se alcance, se asistirá a una lenta recuperación. Las más optimistas indican que el retorno del crecimiento podría observarse en 2011. De acuerdo con el Banco Mundial, en su informe sobre las *Perspectivas económicas mundiales*, se prevé que el crecimiento se contraiga el 1,7% este año. Se trataría de la primera caída de la producción mundial desde la Segunda Guerra Mundial. Se proyecta que el PIB caerá el 3% en los países de la OCDE y el 2% en otras economías de ingreso alto. Según Hans Timmer, director de Tendencias mundiales del Grupo de análisis de las perspectivas de desarrollo del Banco Mundial, “aún si el crecimiento mundial se vuelve positivo en 2010, los niveles de producción permanecerán deprimidos, aumentarán las presiones fiscales, y el desempleo seguirá creciendo virtualmente en todo el mundo hasta bien avanzado 2011”²⁶.

Dadas las características mundiales de la crisis (y las tendencias de la economía), no es posible sostener la tesis del *desacople*, y menos teniendo en cuenta la apertura extrema de la economía colombiana, para significar con ello que el país tendría una dinámica propia al margen de la que marca el capitalismo mundial. Mientras en el corazón del capitalismo persista la crisis, debe esperarse que la tendencia mundial de la acumulación posea esa impronta. Las proyecciones mundiales indican una caída del PIB, registran que la actividad económica sigue descendiendo en Estados Unidos y Europa, y muestran una importante desaceleración del crecimiento chino. Tal comportamiento incide sobre los flujos de capital, la inversión extranjera, los precios de las materias primas y los productos energéticos, los movimientos de las remesas y, en general, sobre la demanda mundial. Todo ello genera condiciones de contexto desfavorables sobre el conjunto de la economía colombiana y la afecta de manera sensible. En ese sentido, los augurios locales de una salida de la crisis, incluso durante este año, parecen cantos de sirena, con una fuerte carga ideológica. La derecha colombiana está empeñada en salir inmune de la crisis, o al menos en aparentarlo así.

Algunos efectos de la crisis

Contrario a la afirmación de sectores de la tecnocracia neoliberal en el sentido de que el proceso de neoliberalización habría puesto a la economía

26. Banco Mundial, Comunicado de prensa, Washington, 31 de marzo de 2009. El 11 de junio, el Banco revisó sus proyecciones a la baja y estimó que la economía mundial experimentaría una reducción de casi el 3 por ciento.

en una posición favorable para enfrentar la crisis, todo indica que la apertura extrema a la que se ha visto sometido el país durante los últimos lustros –y que se ha acentuado durante el gobierno de Uribe– lo hace más vulnerable. La crisis ha puesto en evidencia precisamente la alta dependencia del ciclo colombiano frente a los movimientos de la economía mundial. El crecimiento de los años inmediatamente anteriores (2002-2007) tiene una mayor explicación en la coyuntura externa favorable que en las propias bondades de la política gubernamental.

Los flujos de capitales especulativos, el crecimiento importante de la inversión extranjera, el aumento de las remesas, los mejores precios del petróleo, de algunas materias primas de exportación (sobre todo minerales) y del café, se constituyeron en factores que explicaron en buena medida la fase expansiva del ciclo colombiano. Así mismo, debe considerarse la masiva incorporación de recursos de economías ilegales (del narcotráfico y del paramilitarismo). La “desmovilización” de algunos grupos paramilitares y de sus jefes mafiosos estuvo asociada a un verdadero festín del lavado de dineros, que se vio estimulado adicionalmente por las políticas gubernamentales.

La mayoría de esos factores (con excepción del café) inciden actualmente en sentido contrario; otros, tienen un comportamiento errático e inestable. Como consecuencia de ello, en 2009 se ha deteriorado sensiblemente el sector externo de la economía. Las proyecciones para 2010 no parecen mostrar, por lo pronto, una mejoría. Veamos de manera más detallada algunos rasgos del comportamiento reciente del sector externo, y de la economía en general.

Caída del comercio exterior

Primero, la fuerte contracción de los mercados internacionales, particularmente del mercado de los Estados Unidos, principal socio comercial de Colombia, ha provocado un descenso de los ingresos por concepto de exportaciones y forzado la reducción de las importaciones para enfrentar presiones a la balanza comercial. El gobierno ha proyectado para 2009 un déficit en la balanza comercial de 2.600 millones de dólares²⁷.

Pese a la sostenida revaluación del peso colombiano hasta el primer semestre de 2008, las exportaciones habían logrado aumentos importantes debido a los mejores precios en los mercados internacionales, particular-

27. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, *Marco fiscal...*, ob. cit.

mente del petróleo, el carbón, el ferroníquel y el café, así como por un aumento de las cantidades exportadas. Según el Banco de la República, al finalizar el año 2008, el total de bienes exportados ascendió a 37.095 millones de dólares, al tiempo que el total de las importaciones alcanzó 36.313 millones de dólares. Contrario al comportamiento de 2008, durante el primer semestre de 2009, las exportaciones cayeron 18.8 por ciento, al exportarse 15.481 millones de dólares frente a 19.062 millones del mismo período del año anterior. El descenso más significativo provino del mercado estadounidense con una caída de 24.8 por ciento. La Unión Europea redujo sus importaciones en 10.9 por ciento y Ecuador en 14.4 por ciento. El comportamiento del mercado venezolano, segundo socio comercial de Colombia, evitó una caída más fuerte de las exportaciones, pues apenas se redujo en 0.2 por ciento²⁸. Las importaciones por su parte se redujeron en 17.7 por ciento.

Todo parece indicar que la tendencia a la caída del comercio exterior se mantendrá durante el segundo semestre de este año y que ésta será más fuerte que las estimaciones oficiales de inicio de año que indicaban una reducción de las exportaciones para todo 2009 entre 14 y 16 por ciento. Los efectos sobre el aparato productivo son indiscutibles y conllevan en general un mayor desmejoramiento de la actividad económica y de la situación de empleo.

En un principio, se consideró que el deterioro de la capacidad exportadora podría ser compensado parcialmente con la devaluación del peso. Durante el último trimestre de 2008 y el primer trimestre de 2009, cuando el precio del dólar superó los 2.500 pesos, la tendencia devaluacionista alcanzó 34 por ciento. No obstante, a dicha devaluación le siguió un proceso de revaluación durante el segundo trimestre de 2009, el cual hizo decrecer el precio del dólar a un promedio de 2.000 pesos²⁹. Si se toma como referencia el primer semestre de 2008, durante el último año se ha presentado una devaluación promedio de la moneda de 26.4 por ciento,

28. El deterioro de la actividad exportadora se expresa igualmente en el hecho de que con 1.5 por ciento menos de cantidades exportadas, se recibieron 18.8 menos de ingresos, debido a la caída de los precios internacionales. Oficina de Estudios Económicos del Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, con base en datos DANE-DIAN, www.mincomercio.gov.co/eContent/Documentos/estadisticas/

29. Ese cambio de tendencia se explicó principalmente por la afluencia de dólares que provocó el mayor endeudamiento del Estado y la emisión de bonos de algunas empresas públicas.

según el Banco de la República³⁰. Su impacto favorable sobre la situación del sector externo ha sido en todo caso menor, dada la tendencia revaluacionista reciente.

La devaluación del peso motivó medidas de salvaguarda a 1.346 posiciones arancelarias de productos colombianos por parte del gobierno de Ecuador (luego se levantarían las restricciones a 680 de ellos de poco registro en el comercio binacional). Dicho gobierno argumentó una desprotección de su propia economía ante la imposibilidad de reaccionar con medidas cambiarias que compensasen las ventajas obtenidas por las empresas colombianas con la devaluación. Las medidas ecuatorianas, en buena medida avaladas por la Comunidad Andina de Naciones, luego de requerimientos del gobierno colombiano en contrario, afectan el 38 por ciento del total de las exportaciones a ese país y hacen prever que durante 2009 la caída de la actividad exportadora estará por el orden del 24 por ciento, afectando particularmente las industria textil, de producción de tabaco, de alimentos y bebidas, de muebles, de fabricación de vehículos y otros tipos de transporte, con su consecuente impacto sobre el empleo en esas actividades.

A ello se agregan factores políticos que han contribuido adicionalmente al deterioro de la relación comercial. Se trata particularmente de los que resultan de la decisión del gobierno de Uribe de convertir el territorio colombiano en plataforma de la estrategia geopolítica y militar de Estados Unidos en América Latina, merced al *acuerdo de cooperación* que permite a la fuerza militar estadounidense el uso de siete bases militares colombianas diseminadas en el territorio nacional para operaciones contra *el narcotráfico y el terrorismo*.

En efecto, el gobierno de Venezuela reaccionó frente a tal decisión con medidas diplomáticas (de *congelamiento* de la relación) y económicas (de reducción sensible del comercio exterior). Estas últimas se refieren a la suspensión de acuerdos comerciales previos y de compras de diversos productos de la oferta industrial y agropecuaria de Colombia. Los industrias más afectadas son las de bienes de consumo (automotriz, bebidas y alimentos procesados, textiles, zapatos, entre otros). Particular mención merecen las exportaciones de carne y de leche. Por lo pronto todo indica que la relación comercial se deteriorará aún más, dados los anuncios sobre una próxima suspensión de compras de materias primas y de productos energéticos (gas) colombianos por parte de Venezuela.

30. Banco de la República, *Informe de la Junta Directiva al Congreso*, Bogotá, julio de 2009, p. 69.

La reducción del comercio con Venezuela afectará sin duda la situación de balanza comercial e incidirá sensiblemente sobre algunos sectores de la actividad económica, acentuando las tendencias críticas de la economía. En 2008, Colombia exportó a Venezuela 6.091 millones de dólares, mientras que importó 1.198 millones de dólares de ese país, es decir, tuvo una balanza favorable de 4.893 millones. Durante el primer semestre de 2009 la balanza con Venezuela superó los 2.400 millones de dólares.

Pese a las afirmaciones del gobierno, de sectores del empresariado colombiano y de sus gremios, que parecieran minimizar el impacto económico de las medidas venezolanas y ecuatorianas, no hay nada que indique una sustitución inmediata de los mercados que se han deteriorado o cerrado en Venezuela o Ecuador, segundo y tercer socios comerciales de Colombia, respectivamente. Las producciones que se exportan a esos países gozan de las ventajas de la complementariedad y de la cercanía geográfica que difícilmente pueden ser compensadas en un corto plazo.

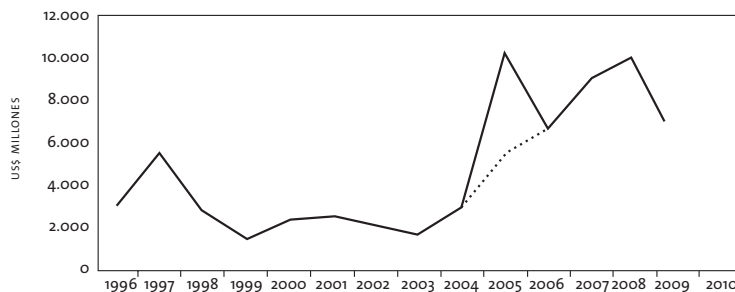
En suma, el comercio exterior registra una reducción significativa con efectos diferenciados de la tasa de cambio sobre su comportamiento y una tendencia al mayor descenso de esa actividad debido al deterioro de las relaciones con Ecuador y Venezuela. El comportamiento del mercado estadounidense y del mercado mundial en general no hace prever que haya una recuperación pronta en ese campo.

Descenso de la inversión extranjera

En segundo lugar, se ha apreciado una caída de la inversión extranjera, la cual se prolongará muy seguramente durante los próximos años. El gobierno de Uribe se ha preciado de tener en sus haberes el aumento de la inversión extranjera merced a una política de neoliberalización en esta materia que ha concedido incentivos extremos a los inversionistas³¹. Desde luego que tales incentivos se constituyeron en un factor que contribuyó a los mayores flujos de capital. Los aumentos en la inversión estuvieron asociados a la venta de empresas colombianas, pero también al despliegue de la inversión minera y energética, que se vio estimulada, además, por el comportamiento de la demanda mundial y, en especial, por los mejores precios de los llamados *commodities*.

31. Véase Jairo Estrada Álvarez, "Transnacionalización y nueva espacialidad capitalista. Elementos de economía política de la inversión extranjera en Colombia", *Revista Espacio Crítico*, n° 8, 2008.

Gráfico 2
Inversión extranjera directa en Colombia



Fuente: Banco de la República y proyecciones sobre inversión extranjera.

La crisis mundial modifica esa tendencia. A la saturación de la inversión extranjera para adquisiciones (dados los límites que representa la privatización o la venta de empresas privadas), se le adicionan ahora los efectos de la caída de la producción mundial y el comportamiento más bien errático de los precios de las materias primas y energéticas, que inciden sobre la tendencia de la inversión extranjera y acentúan las dificultades de las cuentas del sector externo³². El ministerio de Hacienda calcula que la inversión extranjera directa pasaría de 10.654 millones en 2008 a 7.127 millones de dólares en 2009. Como proporción del PIB, esta inversión descendería del 4.4 al 3.3 por ciento³³ (ver gráfica 2).

La tendencia del primer trimestre mostró una inversión a la baja. Según el Banco de la República, “entre enero y marzo de 2009 Colombia recibió 2.528 millones de dólares (5,0% del PIB) por concepto de inversión extranjera directa, monto inferior en 346 millones a lo observado un año atrás, cuando se recibieron 2.874 millones de dólares. Las principales actividades receptoras de los recursos del exterior fueron la industria petrolera (633 millones), minas y canteras (866 millones), la industria manufacturera (295 millones), el sector financiero (413 millones), el comercio (104 millones) y el sector de las telecomunicaciones (122 millones)”³⁴.

32. A la caída abrupta de los precios del petróleo y de las materias primas, le siguió una recuperación que los situó, en todo caso, en niveles inferiores a los registrados antes del inicio de la crisis. Debe recordarse que la especulación financiera había contribuido a elevar dichos precios en forma espectacular.

33. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, “Marco fiscal...”, ob. cit.

34. Banco de la República, *Informe de la Junta Directiva al Congreso*, Bogotá, julio de 2009, p. 81.

Reducción de las remesas

En *tercer lugar*, se ha observado una caída de los ingresos por concepto de remesas. Éstas se habían constituido durante el último lustro en una de las principales fuentes de financiamiento externo de la economía colombiana. Después de un comportamiento moderado hasta fines de la década de 1990, las remesas se incrementaron sistemáticamente de 1.578 millones en el año 2000 a 4.842,4 millones de dólares en 2008, año en el que alcanzaron su mayor nivel histórico. La crisis mundial ha impactado de manera fuerte sobre el empleo y el ingreso de los trabajadores inmigrantes, lo cual ha provocado que también en Colombia se vea venir una disminución de los ingresos por ese concepto, tal y como en el caso de México, Ecuador y algunos países centroamericanos. Según estimaciones, las remesas disminuirían entre 800 y 1.000 millones de dólares, esto es, en más del 20 por ciento respecto de 2008. De esa forma se colocarían en el nivel alcanzado hacia finales de 2006.

Deterioro de las balanzas

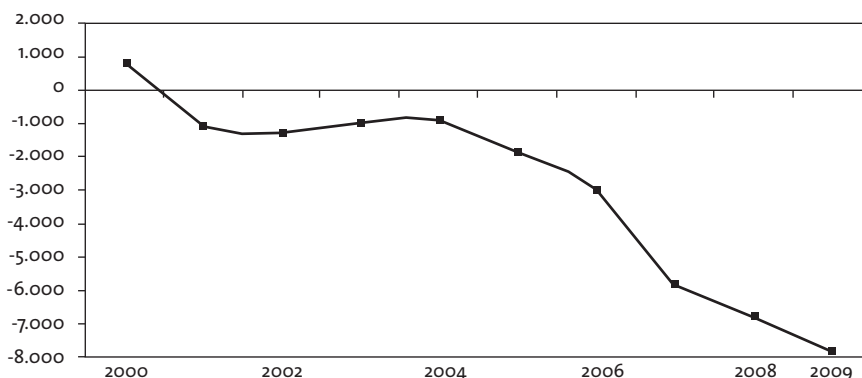
Dada la tendencia del comercio exterior y de las remesas y, en menor medida, de la inversión extranjera, se han acentuado, *en cuarto lugar*, las dificultades de balanza en cuenta corriente y de balanza de pagos. De hecho, Colombia ha venido registrando desde 2001 un déficit en cuenta corriente que se ha venido incrementando aceleradamente y en forma continua. En 2009, se estima que el déficit de la balanza en cuenta corriente será de 7.988 millones de dólares³⁵ (ver gráfica 3).

La persistencia de los problemas de balanza muy seguramente presionará las reservas internacionales y estimulará el endeudamiento externo. Diferentes análisis que se han hecho sobre el impacto de la crisis en América Latina –especialmente desde el campo de la tecnocracia neoliberal– han tratado de minimizarla señalando justamente que –en relación con la crisis de la primera mitad de la década de 1980–, el subcontinente tendría mejores condiciones para enfrentarla dado que cuenta con un volumen importante de reservas internacionales. Esa afirmación también se ha extendido al caso colombiano. Desde luego que un determinado nivel de reservas genera una suerte de colchón para neutralizar los impactos de una crisis. Pero ello depende no sólo del volumen de reservas, sino de la duración de la crisis. Si bien es cierto que el monto actual de reservas (23.739 millones

35. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, “Marco fiscal...”, ob. cit.

Gráfico 3 Balanza en cuenta corriente

(millones de dólares)



Fuente: Banco de la República.

de dólares³⁶) supera lo que técnicamente es convenido como un nivel adecuado, una prolongación de la crisis provocaría que se tuviera que recurrir a las reservas para enfrentar los problemas de balanza. ¿Hasta qué punto? Ello todavía no es predecible y depende del comportamiento de las variables que determinan el conjunto de la actividad económica externa. Lo que interesa, por lo pronto, es señalar que la crisis afectará tendencialmente las reservas internacionales y generará –como ya se ha dicho– condiciones para un agravamiento de la situación del sector externo. Para el caso colombiano, hay incluso sectores de la tecnocracia neoliberal que estiman que en 2009 los ingresos de divisas van a decrecer en por lo menos 10.000 millones de dólares. “El déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos se elevará y deberá financiarse con un excedente en la cuenta de capitales proveniente de créditos externos obtenidos por el gobierno, o por la caída de las reservas internacionales del Banco de la República”³⁷.

Cambios de comportamiento solamente se esperarían si variara la tendencia misma de la economía mundial, en general, de la economía estadounidense, en particular, y se diera un mejoramiento de las relaciones con Ecuador y Venezuela, todo lo cual es poco probable en lo inmediato. La mayoría de analistas discute por lo pronto acerca de si la economía ya

36. Banco de la República, *Informe al Congreso*, Bogotá, julio de 2009, p. 103.

37. Carlos Caballero Argáez, “Por fin despertó el gobierno”, Bogotá, *El Tiempo*, 28.03.2009.

tocó el punto más bajo y parece coincidir en que, una vez ello ocurra, puede venir un período de depresión y de lenta recuperación relativamente largo. Así es que todavía habrá mucho de qué hablar en relación con los impactos de la crisis sobre el sector externo y las reservas internacionales.

Mayor endeudamiento público

La crisis mundial viene generando, *en quinto lugar*, un incremento del endeudamiento público, en particular del endeudamiento externo (véase cuadro 1). Para compensar la caída en las fuentes de financiamiento externo, el gobierno de Uribe anunció al inicio de la crisis un aumento del endeudamiento en unos 6.000 millones de dólares, los cuales se destinarían para sostener la política de *seguridad democrática* y el financiamiento de la política social asistencialista del programa *Familias en acción*, clave dentro de los propósitos reeleccionistas del presidente. Según estudios especializados, se estima que al final de este año, la deuda alcanzará el 39 por ciento del producto interno bruto (PIB) y “seguirá ascendiendo hasta llegar 41,6 por ciento en 2011 (escenario moderado). Si la caída del crecimiento es más severa en 2009, y la economía se recupera más lentamente, la deuda aumentaría 10 puntos del PIB”³⁸. En 2010 se espera un endeudamiento adicional de 2.250 millones de dólares con recursos provenientes de organismos multilaterales y de 1.500 millones producto de la emisión de bonos³⁹.

Considerados el aumento de la deuda externa junto con la devaluación del peso (que, en todo caso, ha sido la tendencia predominante del último año, como quedó anotado), debe esperarse un mayor impacto sobre las finanzas del Estado. La deuda pública externa que había quedado relegada hasta mediados de 2008 a un segundo plano por efectos de la revaluación del peso, volverá a desplazarse hacia el centro del debate político del país (véase cuadro 1). ¿Con qué fuerza? Ello dependerá del comportamiento sucesivo de la tasa de cambio. Por lo pronto, el mayor endeudamiento se constituyó, junto con otros factores, en la explicación para contrarrestar la fuerte tendencia devaluacionista observada hasta fines de marzo de 2009. La sola devaluación –sin considerar los límites mismos del financiamiento externo y su eventual encarecimiento– habrá de afectar de manera sensible,

38. Ignacio Lozano, “Caracterización de la política fiscal en Colombia y análisis de su postura frente a la crisis internacional”, *Borradores de Economía*, n° 566, Banco de la República, Bogotá, mayo de 2009.

39. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, “Marco fiscal...”, ob. cit.

CUADRO 1

Deuda externa del Gobierno nacional central

SALDO DEUDA EXTERNA DE MEDIANO Y LARGO PLAZO

Millones de dólares y miles de millones de pesos

PERÍODO	DÓLARES	PESOS
2000	14.320,0	31.921,9
2001	18.220,0	41.745,3
2002	18.005,5	51.582,0
2003	20.639,5	57.340,9
2004	22.326,6	53.355,0
2005	20.832,1	47.585,0
2006	23.486,7	52.581,8
2007	23.658,7	47.666,5
2008	24.351,3	54.634,3

Fuente: Banco de la República

durante los próximos años, el costo del servicio de la deuda y, con ello, la situación fiscal en general.

Dada la importancia política de la experiencia colombiana, considerada por la derecha latinoamericana como un referente a seguir, entre otras cosas por su perseverancia en las políticas neoliberales, no fue casual la aprobación de un crédito BID por 1.200 millones de dólares durante la quincuagésima asamblea de esa entidad, celebrada en marzo de 2009. Según el presidente del BID, Luis Alberto Moreno, el monto de los recursos “apunta a proyectos que deben tener como consecuencia la generación de empleo y el estímulo a la economía en un momento que la economía mundial está en recesión”⁴⁰.

Por otra parte, se formalizó la solicitud del gobierno colombiano al Fondo Monetario Internacional de un crédito por 10.400 millones de dólares, apelando a la nueva línea de crédito contingente de esta institución que

40. Revista *Semana*, Bogotá, D.C., 28 de marzo de 2009. Desde el año 2.000, Colombia ha recibido crédito BID por la suma de 7.000 millones dólares.

Se trata de las financiaciones más altas a países de América Latina.

fuera creada con los 1.2 billones de dólares aprobados por el G-20. Con dicho crédito contingente se espera enfrentar una eventual profundización de la crisis.

La respuesta del director del FMI, Dominique Strauss-Kahn a esta solicitud fue suficientemente ilustrativa: “Colombia tiene una trayectoria sostenida de políticas económicas apropiadas, así como fundamentos económicos y marcos institucionales muy sólidos. Las autoridades colombianas han respondido adecuadamente a los retos creados por la crisis financiera mundial y han demostrado estar comprometidas a continuar con esa firme trayectoria. Por lo tanto, es mi intención proceder rápidamente a solicitar al Directorio ejecutivo del FMI que apruebe la solicitud de Colombia de acceso a la línea de crédito flexible”. Como era de esperarse, la solicitud fue rápidamente aprobada.

Pese a que se asevera por parte del gobierno que esta línea de crédito FMI no trae consigo condicionamientos de política económica⁴¹, es evidente que la apelación a un recurso como este refuerza las actuales políticas neoliberales de gestión de la crisis. Un eventual protagonismo del FMI será aprovechado para consolidar la línea de reformas estructurales (aplazadas), que vienen demandando los sectores más ortodoxos de la tecnocracia neoliberal, como se verá más adelante. En ese sentido, la crisis y los efectos fiscales y cambiarios que ella genera serían utilizados para imponer una salida neoliberal, es decir, darle continuidad a las políticas que se han venido implantando durante las últimas décadas.

Desmejoramiento de las finanzas públicas

La crisis capitalista está deteriorando, *en sexto lugar*, las finanzas del Estado y acentuando los problemas fiscales. Se ha apreciado una importante reducción de los ingresos tributarios como consecuencia de la disminución de la actividad económica, del aumento de la desocupación y el deterioro de las condiciones de consumo. Todo ello incide sobre los impuestos que pagan los capitalistas y los trabajadores. A lo anterior debe adicionarse el hecho de que la política tributaria neoliberal se ha caracterizado por conceder grandes beneficios a los inversionistas, especialmente extranjeros, con un elevadísimo costo fiscal. El costo de las exenciones que se han

41. Entre tanto, tales condicionamientos no parecen necesarios pues la *institucionalización* de las políticas neoliberales implicó la imposición de prescripciones de política económica, que coinciden plenamente con los diseños del FMI. Así mismo persiste la influencia de la tecnocracia neoliberal que es dogmática en la defensa de los postulados de su política económica.

otorgado a las empresas y, en general, a quienes más tienen, para el año gravable 2008 ascendió a 7,39 billones de pesos, un 18,9 por ciento más que en el año gravable 2007, cuando el costo ascendió a 6,22 billones”⁴².

En presencia de un desmejoramiento de la situación fiscal ocasionado por menores ingresos tributarios y por un mayor servicio de la deuda, y dada la persistencia en un enfoque neoliberal de la política macroeconómica, debe esperarse que se acentúe la retórica a favor de la disciplina y la austeridad fiscal. El margen para políticas contracíclicas con cargo a recursos de presupuesto es más bien estrecho. Al respecto Fedesarrollo señala: “pese a que el gobierno ha asegurado su financiamiento para el 2009, y a que se ha logrado una mejora de los indicadores fiscales con respecto a comienzos de la presente década, el gobierno se ve forzado en momentos de recesión y no está en capacidad de impulsar un programa efectivo de reactivación económica. Eso se debe a que el Gobierno Nacional mantiene aún un déficit importante y una deuda pública muy por encima del promedio histórico de país”⁴³. Por ello, las afirmaciones del gobierno acerca de su política contracíclica son más bien retóricas.

También durante la crisis se continuará –seguramente con matices– con la austeridad fiscal selectiva hasta ahora imperante, que no ha escatimado el aumento de recursos para la financiación de la política de *seguridad democrática* y principalmente para la expansión del gasto militar.

De acuerdo con el balance fiscal del Gobierno Nacional Central, el déficit a financiar se ha venido incrementando como resultado de la crisis, pues mientras que en 2008 ascendió a 12,34 billones de pesos, en 2009 su monto se ubicó en 19.88 billones. En 2010, con proyecciones optimistas de crecimiento del PIB de 2.5 por ciento, el *hueco fiscal* está calculado en \$23,4 billones dados por una diferencia entre \$78,1 billones de ingresos totales y \$101,5 billones de gastos totales⁴⁴. Las proyecciones del gasto para 2010 muestran una reducción cercana a 2 por ciento en términos reales. La inversión pública caerá en términos nominales 18 por ciento, al tiempo que los pagos por intereses de la deuda crecerán 10.9 por ciento y las transferencias para pensiones lo harán en 15.2 por ciento⁴⁵. Los mayores gastos del

42. *Portafolio*, Bogotá, 23 de junio de 2009.

43. Fedesarrollo. “El anteproyecto del presupuesto: ¿A dónde fue el plan anticíclico?”, *Economía y política. Análisis de la coyuntura legislativa*, n° 51, Bogotá, mayo de 2009, p. 1.

44. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, “Marco fiscal...”, ob. cit.

45. *Ibíd.*

presupuesto total están concentrados en el servicio de la deuda, 27,3 por ciento, protección social, casi 20 por ciento, y defensa, 14,2, rubro que ya supera los gastos en educación, que ascienden al 13,9 por ciento⁴⁶.

Las cifras gubernamentales han pretendido minimizar el problema fiscal y relativizar los efectos de la crisis capitalista. La proyección del crecimiento del PIB en 2010 desestima las tendencias de la economía mundial y los mismos registros de la economía colombiana que, como se ha visto, tienden más bien a deteriorarse. Ello tiene como consecuencia que se infle el crecimiento de los ingresos y, en consecuencia, que se reduzca el monto del déficit. El equipo económico de Uribe ha optado por partirle el espinazo a la estadística, dado el período electoral que se avecina.

Lo cierto es que el hueco fiscal será más grande de lo que se afirma y demandará una financiación que descansa en principio sobre las siguientes fuentes posibles: una reforma tributaria estructural, que se ha venido ambientando en los medios de comunicación y en eventos especializados; o mayor endeudamiento; o ambas cosas a la vez, que es lo que parece ser más probable en el futuro. No debe descartarse la continuación de las privatizaciones. El ex ministro de Hacienda del primer gobierno de Uribe, Alberto Carrasquilla, propuso –por ejemplo– la venta de las acciones estatales en Ecopetrol para tapar el hueco fiscal. Kalmanovitz, a su vez, advirtió que esa enajenación resolvería las dificultades fiscales durante año y medio, mas no el problema estructural⁴⁷.

Deterioro de las condiciones de vida y de trabajo

Finalmente, la crisis siempre tiene efectos negativos sobre las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores y de la población en general. La caída de la actividad económica ha estimulado la tendencia a la mayor precarización del trabajo. Tal precarización resulta del aumento de la desocupación y del deterioro de los ingresos de los trabajadores, así como de la tendencia a una creciente informalización del trabajo, que en la actualidad viene siendo disfrazada en forma creciente con el mal llamado *autoempleo*, el cual se ha convertido en la principal fuente de generación de empleo en el país. Como es obvio, el aumento del desempleo se ha registrado particularmente en aquellas actividades económicas que han sentido de manera más inmediata los efectos de la crisis. Es notoria la caída

46. Salomón Kalmanovitz, “El presupuesto de 2010”, *El Espectador*, Bogotá, 2 de agosto de 2009.

47. Salomón Kalmanovitz, “De tributos justos”, *El Espectador*, Bogotá, 19 de julio de 2009.

del empleo industrial, en algunos servicios, en el comercio y la agricultura, entre otros.

La tasa de desempleo del trimestre marzo-mayo se ubicó en 11.9 por ciento para el total nacional y en 12.9 por ciento en las trece principales áreas metropolitanas, lo cual representó un incremento de 0.9 y 1.3 puntos, respectivamente, con relación al mismo período del año anterior⁴⁸. El incremento del desempleo no ha sido mayor debido al aumento del llamado empleo no asalariado que, en sentido estricto, corresponde a modalidades de empleo informal. Se trata de empleo precario, en todo caso.

Los análisis gubernamentales y del Banco de la República minimizan la situación del empleo en el país en la medida en que señalan que la tendencia de la desocupación está marcada por el aumento de la oferta laboral, más que por la incapacidad de la economía para generar nuevos empleos, lo cual se interpreta como un signo de mejoría en la situación económica general⁴⁹. Precisamente lo que se está apreciando es que cada vez más integrantes de las familias son empujados al mercado de trabajo como consecuencia de los impactos negativos que ha tenido la crisis sobre los ingresos familiares, estimulando *economías del rebusque* a través del llamado autoempleo⁵⁰.

La crisis no se ha acompañado de una tendencia a la mayor inflación. No parece por lo pronto reeditarse la experiencia de la estanflación que se apreciara en las economías capitalistas durante la crisis mundial 1974-1975. Dada la sobreproducción de la economía capitalista mundial, parecen predominar los factores depresivos de precios. En esa dirección han actuado las drásticas reducciones de la demanda mundial, de los precios del petróleo y de otras materias primas.

En el caso colombiano son evidentes las presiones deflacionarias, ocasionadas principalmente por la sobreproducción en algunas actividades y por la misma precarización del trabajo y el consecuente deterioro del nivel de ingresos. Así por ejemplo, la sensible reducción del ritmo de creci-

48. Banco de la República, *Informe...*, p. 49.

49. "El mayor desempleo se explica por un incremento de la oferta laboral (tasa global de participación) más rápido que la tasa de ocupación", Banco de la República, *Ibíd.*, p. 53.

50. Sin reconocerlo expresamente, como un resultado de la crisis, el Banco de la República explica el aumento de la oferta laboral a partir de dos factores: El primero, "relacionado con el efecto del trabajador adicional, el cual consiste en que agentes distintos al jefe de hogar realizan una entrada al mercado al ver reducidos sus ingresos corrientes. En algunas ciudades receptoras de remesas de trabajadores del exterior este efecto ha sido por el descenso de estos giros. La segunda tiene que ver con una ampliación de la oferta laboral, generada por un retorno de colombianos inmigrantes". Banco de la República, "Informe...", p. 48.

miento de los precios de los alimentos durante lo corrido de 2009 (1.15 por ciento a julio), respecto de lo acontecido en 2008 (13 por ciento durante todo el año), se explica por “la reducción de la demanda por pérdida de ingresos, que en el caso del sector alimentos se traduce en hambre y malnutrición al sustituirse bienes de la dieta básica por otros de menor riqueza nutricional”, así como por “los impactos que los bajos precios transmiten a los productores para inducirlos a menores siembras y producciones inferiores. Los derrames de leche, los valores de compra del arroz a escala de quiebra para la mayoría de los cultivadores, que perderán más de 500.000 pesos por hectárea, se traducirán en el mediano plazo en escasez”⁵¹. El comportamiento de la inflación le ha dado, por otra parte, un mayor margen a la política monetaria y ha posibilitado una reducción importante de la tasa de interés de intervención, como se verá más adelante.

Las políticas gubernamentales frente a la crisis y el continuismo neoliberal

La crisis capitalista mundial ha generado un debate mundial sobre la política económica que se impuso durante las últimas décadas. En particular, se han puesto en entredicho el capitalismo especulativo que produjo la regulación neoliberal y las políticas del Consenso de Washington. En la búsqueda de una salida capitalista de la crisis, los discursos posliberales que ya habían adquirido un cierto posicionamiento durante la última década se han fortalecido⁵². En el mismo sentido, se ha propiciado abiertamente un remozamiento del keynesianismo y se ha señalado que sus instrumentos de política representarían la mejor opción para evitar una profunda depresión y generar condiciones hacia la reactivación de la economía⁵³. Estas tesis encuentran su mejor expresión en las propuestas de un nuevo *New Deal* y de un nuevo *New Deal* verde⁵⁴. Lo cierto es, en todo

51. Aurelio Suárez Montoya, “Desempleo, deflación...”, ob. cit.

52. Sobre los discursos posliberales, véase Beatriz Stolorowicz, “El posliberalismo y la izquierda en América Latina”, en Estrada Álvarez, Jairo (compilador). *Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, D.C., 2006.

53. Sobre la reedición del keynesianismo, véase Walden Bello, Keynes. ¿Un hombre actual?, *Sin permiso*, Madrid, 19 de julio de 2009.

54. Sobre las estrategias de salida de la crisis véase, Institut fuer Gesellschaftsanalyse, “Die Krise des Finanzkapitalismus und die Herausforderung für die Linke”, Rosa Luxemburg Stiftung, Berlin, März, 2009, pp. 8-16

caso, que hasta ahora es poco el (neo)keynesianismo que se ha visto, si éste se entiende como un compromiso de clase para salir de la crisis; por el contrario, si el (neo)keynesianismo se define en términos de una técnica de regulación, algunas medidas anticrisis (de algunos países) han asumido esas características, sin constituirse en predominantes. Las operaciones de salvamento de entidades financieras o de multinacionales de la producción (hacia donde se han centrado los mayores esfuerzos del “nuevo intervencionismo” de Estado), definidas por algunos autores como medidas keynesianas, en sentido estricto no lo son. No se ha tratado de decisiones para estimular la demanda y el empleo (han generado incluso más desempleo, como el caso de los ajustes de la industria automotriz); se ha buscado más bien restablecer la *confianza* en el sistema.

En el caso colombiano, ese debate teórico y político ha estado prácticamente ausente hasta el momento⁵⁵. En el campo del pensamiento económico ortodoxo predominante (con sus diversas variantes) la discusión se ha centrado más bien en aspectos específicos de las medidas de política económica; no en una valoración del proyecto político económico en su conjunto. Ésta se ha eludido. Sectores importantes de la tecnocracia neoliberal que se impuso durante las últimas décadas buscan una nueva acomodación: ya no reivindican con la misma fe y vehemencia sus dogmas, y han tenido que volver a hablar de las *fallas del mercado*. Su mirada frente a la política gubernamental es incluso crítica en algunos aspectos⁵⁶.

La retórica gubernamental ha tenido la pretensión de pensamiento único. Ha evitado aparecer como neoliberal (tal y como ha ocurrido con los gobiernos de las últimas décadas); ha hecho esfuerzos por mostrarse como de naturaleza técnica, aunque las configuraciones recientes del régimen político hacen imposible ocultar sus vínculos con la política de la derecha y el clientelismo. Ello lo ha llevado a evidenciar una tendencia fuerte

55. Con la excepción de los análisis sobre la crisis de intelectuales marxistas como Renán Vega, Daniel Libreros, César Giraldo, Libardo Sarmiento, Nelson Fajardo y Aurelio Suárez; también, de algunas posturas *heterodoxas* en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional, como la de Ricardo Bonilla, o de Eduardo Sarmiento Palacio, de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

56. Se trata entre otros de Rudolf Hommes, (Ministro de Hacienda del gobierno de César Gaviria (1990-1994) y asesor de Álvaro Uribe en los primeros años del primer mandato), Armando Montenegro (director de Planeación del gobierno de César Gaviria), Carlos Caballero Argáez (Ministro del gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) y ex integrante de la Junta Directiva del Banco de la República), Juan Carlos Echeverry (Director de Planeación del gobierno de Andrés Pastrana), Salomón Kalmanovitz (ex integrante de la Junta Directiva del Banco de la República).

a la ideologización al conjugar las políticas del Consenso de Washington con la retórica de la *seguridad democrática*. La crisis se ha pretendido desligar de la política económica neoliberal imperante. En el caso colombiano pareciera como si no hubiera relación alguna entre crisis, neoliberalismo y proyecto político autoritario. Una buena expresión de ello son, precisamente, las políticas que se han anunciado para enfrentar la crisis.

En sentido estricto, ellas no representan ruptura alguna con las prácticas neoliberales imperantes durante las últimas décadas. Por una parte, se insiste en la necesaria continuidad del proceso de neoliberalización, como se desprende del hecho de que la gran aspiración del gobierno actual es la ratificación de los tratados de libre comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá por parte de los Congresos de esos países⁵⁷ y la firma de uno con la Unión Europea; así mismo, se persiste en políticas de estímulo a la inversión a través de diversos mecanismos e instrumentos (zonas francas uniempresariales, incentivos tributarios, convenios de estabilidad jurídica para las empresas) y en las políticas de privatización⁵⁸. Por otra parte, se mantiene el concepto de estabilidad macroeconómica (control inflacionario y austeridad fiscal) como eje de la política macroeconómica. Salvo algunas medidas puntuales de poca trascendencia, la crisis capitalista no ha provocado un cambio de rumbo de la política económica. La mayoría de políticas que se anunciaron contra la crisis ya hacían parte de la política gubernamental anterior a ella. Veamos.

De acuerdo con la retórica gubernamental, la *estrategia para enfrentar la crisis* contiene cuatro componentes⁵⁹:

1. Postura fiscal razonablemente anticíclica en condiciones de sostenibilidad de la deuda, con una priorización del gasto.
2. Aseguramiento del acceso a la financiación externa.
3. Garantía del financiamiento de la actividad productiva.
4. Protección del empleo y promoción de la competitividad.

57. En ambos casos, el trámite de ratificación de los tratados ha sufrido serios tropiezos (hasta su aplazamiento) debido a las objeciones a la situación de derechos humanos en el país, que preocupa a importantes sectores de los congresos y de la opinión pública de esos países.

58. Sobre el ambicioso programa de privatizaciones, véase Departamento Nacional de Planeación, "Inversión extranjera directa: Factor de desarrollo de la infraestructura colombiana", Bogotá, 6 de febrero de 2009.

59. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, "Impactos y oportunidades de la crisis", Bogotá, D.C., febrero 4 de 2009.

La política tributaria se mantiene dentro de la línea de la economía del lado de la oferta que considera que las reducciones impositivas o los incentivos tributarios al capital aumentan por sí solos los niveles de inversión y derivan en un aumento de ingresos del Estado. En ese sentido, la política del gobierno contempló como parte de una política anticíclica la reducción de la carga impositiva que impuso la reforma tributaria de 2006, la cual se estima para el año 2009 en 2.26 billones de pesos⁶⁰. A ello se suma el 40 por ciento de exención impositiva a los bienes de capital importados (que en años anteriores se vieron adicionalmente favorecidos por la revaluación del peso). En esa misma dirección se contempla la promoción de las llamadas zonas francas uniempresariales, en las que la tasa de imposición sobre las utilidades se encuentra 19 unidades por debajo de la tasa del 34 por ciento imperante en el país⁶¹. Tales componentes de la política tributaria son anteriores a la crisis; su aplicación, por tanto, no representa ninguna novedad.

Esta política tributaria posee un marcado sesgo de clase a favor del gran capital. Todos estos incentivos al capital tuvieron un costo fiscal de 5,7 billones de pesos en 2008, 1,2 del PIB y cerca del 6 por ciento del recaudo total, según Kalmanovitz. De acuerdo con el diario económico *Portafolio*, el costo de las exenciones que se otorgaron a las empresas y, en general, a quienes más tienen, ascendió en el año gravable 2008 a 7,39 billones de pesos, un 18,9 por ciento más que en el año gravable 2007, cuando el costo ascendió a 6,22 billones⁶².

Mientras se mantienen estos incentivos al capital, que algunos consideran un innecesario obsequio⁶³, el gobierno se ha negado a cualquier rebaja

60. Se trata de la reducciones de la tarifa nominal de impuesto de renta del 34 al 33 por ciento; del impuesto de timbre de 1 al 0,5 por ciento y del número de cuotas del impuesto al patrimonio de tres a dos cuotas.

61. Con el propósito de enfrentar la crisis en los departamentos más afectados por la captación ilegal de recursos (Cauca, Nariño, Huila, Caquetá y Putumayo) se redujo el requisito de inversión mínima de 38 a 1 millón de dólares y se fijó la obligación de crear al menos 50 empleos. Con esa medida, a juicio del Ministro de Comercio, estos “departamentos se convierten en un mejor destino para la inversión local, nacional y extranjera al gozar de mayores beneficios”.

62. Salomón Kalmanovitz, “Una política fiscal recesiva”, *El Espectador*, Bogotá, 22 de marzo de 2009; *Portafolio*, 23 de junio de 2009.

63. Tecnócratas neoliberales se oponen ahora a esos incentivos pues los consideran un regalo del gobierno y señalan que antes que de incentivos, la acumulación de capital depende más bien del ciclo económico, de las expectativas de largo plazo y de otras variables fundamentales.

Armando Montenegro, “Exenciones en recesión”, *El Espectador*, 17 de abril de 2009.

impositiva que pudiera incentivar el consumo, por ejemplo, una reducción del impuesto al valor agregado o del precio de la gasolina. Este último aspecto es particularmente ilustrativo: luego de haberse propiciado una política de fijación (nivelación) del precio interno de la gasolina de acuerdo con el precio internacional (lo cual provocó una subida espectacular del mismo, dados los aumentos del precio del petróleo), el gobierno se ha negado a reducir el precio después de la caída de los precios de este combustible⁶⁴. Con esta decisión se ha estado en presencia de una reforma tributaria velada, pues el costo para los consumidores ha sido estimado en 2.6 billones de pesos en 2009. Por otra parte, se ha anunciado, además, la presentación de un proyecto de reforma, que incrementaría los impuestos territoriales.

Como se aprecia, la política de tributación es regresiva, acentúa las tendencias recesivas y busca descargar el peso de la crisis sobre sectores medios y populares. En sentido estricto, no se puede considerar contracíclica. El deterioro de la situación fiscal ha conducido a la formulación de propuestas de reforma tributaria estructural que, por sus lineamientos, tienen la pretensión de profundizar las políticas neoliberales imperantes.

La política de gasto público, aunque –según se afirma– tendría propósitos contracíclicos, no representa novedad respecto de lo previsto en el Plan Nacional de Desarrollo, que fue diseñado con anterioridad a la crisis. En puridad, no hay disposición adicional de recursos o decisión política para expandir el gasto con miras a contrarrestar los efectos de la crisis. El pomposo anuncio de un plan anticrisis, el llamado *Plan de choque*, de 55 billones de pesos fue rápidamente desvirtuado. Se demostró que ese era el costo de obras previstas en el Plan Nacional de Desarrollo (2006-2010), la mayoría de ellas sin iniciar y a ejecutarse con financiación del sector privado. Del total de esos recursos, 32 billones de pesos corresponden a un –nada realista– estimativo de inversiones del sector privado. De los 23 billones que quedan, 13 billones son inversiones de Ecopetrol (que entre tanto es una sociedad por acciones), 4 billones provienen de gastos de gobiernos locales y solamente 6 billones corresponden a gastos del gobierno central.

La retórica gubernamental afirma actualmente que la política de gasto tendría dos componentes principales: las obras de infraestructura y las

64. Mientras que en Bogotá, en abril de 2009, el precio de un galón de gasolina era de 7.473 pesos (3.13 dólares), en Estados Unidos ese mismo galón valía 4.491 pesos (2.09 dólares). El salario mínimo en Estados Unidos es 7.5 veces más que en Colombia. La realización de un paro de transportadores obligó al gobierno a reducir el precio del galón de gasolina en 400 pesos.

transferencias al sector privado. En el primer caso, se trataría de la inversión directa del gobierno central, de la inversión de los gobiernos locales (departamentos y municipios) y de las concesiones viales. En el segundo, se trataría de los programas de apoyo social (principalmente *Familias en acción*) y de los programas de apoyo productivo.

Por inversión directa del gobierno central se comprenden las inversiones en vías, programas de vivienda, agua potable y saneamiento básico, así como distritos de riego, estimadas en 5.7 billones de pesos. Las inversiones departamentales contemplan gastos en vías (0.5 billones de pesos) y en planes departamentales de agua, por el orden de 2,27 billones de pesos. Las concesiones, por su parte, incluyen los sistemas integrados de transporte masivo, las inversiones en puertos (Buenaventura, Barranquilla y Santa Marta, y los privados de Contecer y Aguadulce), así como los aeropuertos (El Dorado, San Andrés y Medellín, Rionegro, Carepa, Quibdó, Corozal y Montería). Respecto de transferencias al sector privado, en materia de programas sociales (*Familias en acción*, *Adulto mayor* y *Desplazados, pobreza y población vulnerable*) se estiman recursos por 3.1 billones de pesos, de los cuales 1.8 billones corresponden al programa *Familias en acción*, que tiene un incremento de 87 por ciento respecto de 2008. En el caso de los programas de apoyo productivo (Proyectos productivos, apoyo a Mipymes y Créditos y asistencia técnica) se han previsto 0.63 billones de pesos.

Con estas medidas el gobierno ha señalado que se estaría en presencia de una política fiscal razonablemente anticíclica, que no pondría en riesgo los objetivos fiscales de mediano plazo y que ayudaría a conservar la confianza en la economía⁶⁵.

Como ya se dijo, todas estas medidas de política estaban incluidas en el Plan Nacional de Desarrollo y presupuestadas con esas asignaciones. La crisis no ha puesto nada adicional hasta el momento. Incluso, como se ha señalado por parte de algunos analistas, la política fiscal ha sido más bien recesiva. En especial, por cuanto ha presionado al superávit de los gobiernos locales para financiar el déficit del gobierno central. En 2008, por ejemplo, el superávit de los gobiernos locales alcanzó el 2.4 por ciento del PIB. Si se estima que el gasto de los gobiernos locales corresponde al 10 por ciento del PIB, eso quiere decir que tales gobiernos fueron obligados a

65. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, Impactos y..., ob. cit.

recortar la cuarta parte de sus gastos⁶⁶. De paso, se pone en evidencia parte del rediseño del proceso de descentralización, organizado en función del proyecto autoritario de la *seguridad democrática* de la derecha colombiana.

Los efectos de tal política son profundamente perversos, si se considera que buena parte de los gastos locales se destinan para gasto social, y que además con su recorte se acentúa la tendencia a la caída de la actividad económica. De ahí las demandas por mayor gasto local y los requerimientos en ese sentido hechos por el mismo gobierno, ahora que se ha agravado la crisis. Como se observa, no se puede afirmar que en el caso colombiano se hayan emprendido –en sentido estricto– medidas de política fiscal anticíclica. La retórica de la austeridad fiscal (selectiva) se mantiene.

En cuanto al segundo componente de la estrategia para enfrentar la crisis, el acceso a la financiación externa, se ha considerado que se trata de garantizar el flujo de recursos de crédito para que el país tenga, en presencia de recursos externos escasos, la suficiente disponibilidad para financiar sus programas. Se busca entonces una salida a partir del mayor endeudamiento externo. Para 2009 se estima un endeudamiento con la banca multilateral de 2.400 millones de dólares y la colocación de bonos de deuda (Bono Global) por 1.000 millones de dólares. Los créditos provendrían del BID, la CAF y del FMI. Estos últimos ya fueron aprobados por un monto de 10.400 millones de dólares, como ya se anotó. Este endeudamiento de contingencia fue propuesto en su momento por el Ministerio de Hacienda y Crédito Público y recomendado por *think tanks* del establecimiento, como Fedesarrollo, e instituciones con poca credibilidad internacional en la actualidad, como el Citigroup, Goldman Sachs y UBS, que aseveraron que Colombia sería un buen candidato para acceder a créditos del FMI, debido a su situación externa relativamente sostenible, sus políticas monetarias y cambiarias sanas y a la no presencia de problemas de solvencia en su sistema financiero.

El tercer componente de la estrategia anticrisis, el financiamiento de la actividad productiva, se fundamenta igualmente en la financiación externa (Crédito BID-Bancoldex por 650 millones de dólares para el período (2008-2011); línea CAF-Bancoldex por 300 millones de dólares), así como recursos para apalancar créditos a pequeñas y medianas empresas por 0,5 billones de pesos. Así mismo, se pretende estimular dicha actividad a través de la política monetaria, con la reducción del encaje y de la tasa de interés de intervención.

66. Salomón Kalmanovitz, “Una política fiscal...”, ob. cit.

De acuerdo con la concepción gubernamental, el incremento del endeudamiento externo no tendría efectos significativos al considerar la estructura actual de la deuda pública: 75 por ciento del total reposa en el mercado interno y el restante en el exterior (véase la estructura reciente en el cuadro 2). Frente a la deuda interna se ha optado por una política que busca “alargar” su perfil y diferir los pagos. Los bonos de deuda pública TES con vencimientos en 2009, 2010 y 2011 se trasladaron a 2012, 2014 y 2018 (3.7 billones de pesos).

En presencia de un creciente déficit en cuenta corriente, así como de ingresos del Estado deprimidos por la crisis, el gobierno tendrá que recurrir a un mayor endeudamiento. La mayor disponibilidad de recursos puede prolongar, en efecto, las condiciones del consumo público y, con ello, amilantar transitoriamente el impacto de la crisis. La mayor o menor incidencia de un mayor nivel de deuda dependerá en buena medida de la duración de la crisis y del comportamiento de la tasa de cambio. Si nos atenemos a los análisis predominantes hasta el momento, esta crisis capitalista puede estar acompañada de una larga depresión y de una tendencia devaluacionista (errática) de la moneda, lo cual –para el caso de países como Colombia– implicará un deterioro de la situación de la deuda, en general, y de la deuda externa en particular, tal como ya se analizó en otro aparte de este texto.

Respecto del cuarto componente de la estrategia, los anuncios gubernamentales se han caracterizado por la vaguedad y la ausencia de compromisos explícitos, al afirmarse que la protección del empleo sería un compromiso que involucra al gobierno nacional (a través del Ministerio de la Protección Social), a los gobiernos locales, a las cajas de compensación y a los gremios y los sindicatos, y comprendería programas de capacitación y reentrenamiento, información e intermediación laboral, así como el fortalecimiento del vínculo entre la educación media y los programas del Sena (Servicio Nacional de Aprendizaje). Como se aprecia, la apuesta gubernamental frente a la crisis consiste en políticas activas frente al mercado de trabajo; más no hay la decisión política de impulsar planes gubernamentales de generación de empleo, financiados con cargo a recursos de presupuesto. Se trata de una retórica plagada de rutinarios y demagógicos anuncios. En ese sentido, es evidente que no existe la voluntad política para contener la mayor desocupación y precarización del trabajo que está provocando la crisis. Desde el punto de vista social, el gobierno de Uribe considera que con el aumento de la cobertura del programa *Familias en*

CUADRO 2

Deuda externa del Gobierno Nacional Central

SALDO DEUDA TOTAL / Miles de millones de pesos

AÑO	SALDO DEUDA TOTAL	SALDO DEUDA INTERNA DE MEDIANO Y LARGO PLAZO	SALDO DEUDA EXTERNA DE MEDIANO Y LARGO PLAZO
2000	64.543,2	32.621,3	31.921,9
2001	83.264,2	41.518,9	41.745,3
2002	102.379,7	50.797,7	51.582,0
2003	115.913,6	58.572,7	57.340,9
2004	119.678,4	66.323,3	53.355,0
2005	132.880,4	85.295,4	47.585,0
2006	143.992,1	91.410,3	52.581,8
2007	141.991,2	94.324,7	47.666,5
2008	159.660,3	105.026,0	54.634,3

Fuente: Banco de la República.

acción y la bancarización de los beneficiarios se habrá cumplido la tarea del Estado en esa materia.

Además de la estrategia aquí descrita, se ha tomado otra serie de medidas que se ha concebido como parte del paquete anticrisis del gobierno de Uribe. Se trata de decisiones que más bien han buscado un impacto mediático, pero sobre cuya incidencia se tienen dudas. Con ellas se busca estimular la demanda mediante el endeudamiento individual. De esa forma, se señala, se protegería el empleo y se contribuiría a salvar la industria. En ese sentido, se abrió una línea de crédito por 500.000 millones de pesos para estimular la compra de vehículos y de electrodomésticos nacionales (el gobierno asume el costo de plazos más largos y de tasas de interés más bajas); así mismo, se anunció subsidiar la compra de vivienda (entre 3 y 5 puntos porcentuales)⁶⁷.

67. Estos créditos tienen unos condicionamientos. Por ejemplo, el beneficio se pierde si hay mora en el pago de tres meses consecutivos durante los primeros siete años. A principios de julio de 2009, se habían concedido 8.300 créditos con subsidio efectivo, mientras que otros 19.000 créditos aprobados, pero no desembolsados, podrían acogerse a la medida. La aspiración del

La eficacia de estas medidas ha sido ampliamente cuestionada, pues se considera que en condiciones de crisis, de precarización del trabajo y de incertidumbre sobre el futuro es poco probable que los trabajadores opten por un mayor endeudamiento. Sus efectos son parciales y localizados apenas en algunos segmentos minoritarios de la población.

Junto con las medidas de política económica gubernamental hasta aquí expuestas, deben considerarse las decisiones del Banco de la República. Luego de haber privilegiado una política de control inflacionario sobre el crecimiento y la generación de empleo, considerada por especialistas como uno de los factores internos generadores de la crisis, el Banco optó por el *aflojamiento* de la política monetaria. En efecto, la tasa de interés de intervención que, en noviembre de 2008, se ubicaba en 10 por ciento se redujo paulatinamente 550 puntos básicos hasta alcanzar el nivel de 4.5 por ciento a final de junio de 2009⁶⁸; así mismo, se eliminó el encaje marginal y se redujo el encaje bancario.

Tal giro en la política ortodoxa del Banco fue posible por las presiones deflacionistas que han acompañado a la crisis, las cuales le han dado un margen a la política monetaria para bajar las tasas de interés a la espera de estimular por esa vía la inversión y el endeudamiento. El mercado no ha respondido en la misma proporción en la que el banco ha reducido su tasa de intervención. El negocio financiero sigue beneficiándose de las elevadas tasas reales de interés, tal y como lo muestra el crecimiento de sus utilidades.

Debe considerarse, en todo caso, que un eventual abaratamiento del dinero es un factor que incide sobre las decisiones de inversión de los empresarios capitalistas, aunque en condiciones de crisis no sea el fundamental. Las preocupaciones principales se trasladan a la demanda y a los escenarios de producción. Mientras no haya expectativas sobre un mejoramiento en la tasa de ganancia, no se debe esperar un aumento importante de la inversión.

Por otra parte, la crisis capitalista no ha tenido una mayor dimensión en Colombia por cuanto la economía se ha montado sobre una burbuja especulativa que artificiosamente contrarresta la caída general de la actividad

gobierno –para mover el mercado de vivienda– es ampliar la cobertura, para lo cual anunció que el Fondo de Reserva para la Estabilización de la Cartera Hipotecaria (Frech), sumaría \$840.000 millones y completaría 80.000 nuevas ofertas. *Portafolio*, 17 de julio de 2009.

68. Banco de la República, *Informe...*, op. cit., p. 54.

económica. Sin tratarse de una política explícitamente formulada, lo cierto es que, mientras la actividad productiva y comercial está deprimida, algunas empresas importantes vinculadas a esa actividad han visto incrementar sus valores en bolsa en forma relativamente rápida, como ya se consignó en otro aparte de este trabajo. Así mismo, cuando la devaluación presionaba con fuerza la tasa de cambio, la colocación de títulos de empresas estatales, o con participación accionaria del Estado, revirtió ese comportamiento y generó ganancias especulativas.

Suárez Montoya describe muy bien esta tendencia especulativa y sus efectos: “El ingreso masivo de capitales, que destruye empleo y exportaciones casi al mismo ritmo que lo hace la diplomacia de Uribe, tiene como objeto la creación de la burbuja accionaria que se ha creado, inflada con base en el mercado de títulos de empresas oficiales como ETB, Ecopetrol, ISA e Isagen.

Es fácil inducir que se traen dólares, que están devengando tasas reales de interés negativas en los mercados financieros externos, y se aplican a la especulación en productos de renta variable, motivada especialmente por los valores de dichas firmas estatales cuyas subastas se están ensamblando. Ese movimiento en manada, unido a las inversiones en minería e hidrocarburos, establece muy difíciles circunstancias para crear un círculo virtuoso que sí logre rescatar de verdad la industria, el agro, la economía y el trabajo nacionales”⁶⁹.

Como se ha podido apreciar, la experiencia colombiana de gestión de la crisis no ha producido ruptura alguna con los cánones de la política económica neoliberal hasta ahora imperante. Por lo pronto se aprecia más bien una línea de continuidad y no debe esperarse que ella se interrumpa, a no ser que una eventual profundización de la crisis y sus impactos forzara a ello. Por otra parte, resulta poco probable que una tecnocracia que se ha formado y cultivado en el pensamiento ortodoxo, y que ocupa las posiciones claves de la dirección política del proceso económico, vaya a producir un giro en la política económica. Por ello, su insistencia más bien en políticas de oferta que recuerdan las políticas reaganianas para enfrentar la crisis 1980-1983.

La crisis no necesariamente representa la posibilidad de activar políticas de demanda. Cuando ello ocurrió, como el caso de la Gran Depresión, se presentó como parte de una respuesta política a la revolución bolchevique

69. Suárez Montoya, Aurelio, “Desempleo, deflación...”, ob. cit.

en el contexto de una salida capitalista de restauración (keynesiana) del poder de clase (dominante)⁷⁰. En la experiencia de la crisis actual, no son descartables las salidas hacia una reafirmación neoliberal. No es casual que en la experiencia colombiana se esté abogando –en plena crisis– por un nuevo ciclo de reformas estructurales aplazadas o que merecen ajuste.

Usos capitalistas de la crisis: ¿Hacia un nuevo ciclo de reformas neoliberales?

Toda crisis tiene la función de restablecer el equilibrio roto y de generar nuevas condiciones para una nueva fase de acumulación del capital. La crisis produce una profunda reorganización de la producción y de la propiedad. Así como hay sectores capitalistas que se ven severamente afectados, otros se ven favorecidos. La crisis genera igualmente una redefinición de las relaciones entre el capital y el trabajo. Las características que ésta asuma dependen en gran medida del grado de organización, así como de la capacidad de respuesta por parte de los trabajadores. Así como pueden estar en juego salidas democráticas o revolucionarias de una crisis, igualmente es posible una continuidad de las políticas imperantes, e incluso una profundización.

En el caso colombiano, esta última parece ser por lo pronto la tendencia predominante. La crisis está siendo usada para abonar el terreno de un nuevo ciclo de reformas neoliberales estructurales que deben dar continuidad a las políticas que se han venido aplicando durante las últimas décadas. Por lo pronto se aprecia una avanzada intelectual y política proveniente de los sectores más representativos de la tecnocracia colombiana que, en diversos estudios y pronunciamientos en eventos empresariales y columnas de opinión, viene proponiendo lo que bien puede llamarse un nuevo paquete de reformas estructurales.

Aunque desde el punto de vista político no hay condiciones para impulsar de manera inmediata dicho paquete, dado el proceso electoral que se avecina (elecciones presidenciales y parlamentarias en 2010), la crisis se torna útil en la medida en que las reformas propuestas terminan presentándose (y constituyéndose) en una condición para iniciar una nueva senda de crecimiento estable y duradera. De esa forma, se pretende una prescripción de los lineamientos de la política económica, independientemente de los proyectos políticos que han de acompañar la salida de la

70. Antonio Negri, "John Maynard Keynes y la teoría del Estado en el 29", en *Revista Hojas Económicas*, n^{os} 6 y 7, Universidad Central, Bogotá, 1996.

crisis. La crisis es usada para imponer una agenda de políticas estructurales (neoliberales).

En lo esencial se trata de dar continuidad al largo proceso de redistribución regresiva del ingreso a favor de los fondos de acumulación, en desmejora de los fondos de consumo de la población. Alberto Carrasquilla sintetiza con mucha claridad esta aspiración: “Una política pública dirigida terca y monóticamente a crear las condiciones para que el sector privado produzca crecimiento y pague impuestos, basta como fuente para financiar en grande nuestro progreso”⁷¹. La nueva fase capitalista debe caracterizarse por una profundización de las políticas de oferta. Todo lo que represente obstáculos a la acumulación de capital afecta las condiciones del crecimiento y con ello la posibilidad del *derrame* sobre el conjunto de la sociedad.

Dos son los argumentos neoliberales (ofertistas) que se vienen presentando con mucha fuerza en el debate. En primer lugar, no sólo persistirían sino que se habrían creado nuevos factores que elevan el costo de reproducción de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, no sólo el nivel de tributación sería muy bajo, sino que sus configuraciones terminarían afectando a los que tienen la capacidad de producir riqueza.

Como respuesta a ello, lo conducente sería una profundización del proceso de *neoliberalización* a través, por una parte, de la reducción de los costos laborales, específicamente los correspondientes al llamado impuesto de nómina, y la reformulación de la financiación de la protección social, particularmente en salud y pensiones, y, por la otra, de una política de tributación que, ampliando la base tributaria y aumentando las tasas de los impuestos indirectos, posibilitase un mayor recaudo, al acompañarse de una mayor reducción de los impuestos al capital. Tal reducción se constituiría en incentivo para producir y aumentaría *de facto* la magnitud gravable. En igual sentido, se esperaría una política tributaria territorial que generase más recursos para la financiación de las competencias a cargo de los gobiernos locales.

Los sectores más ortodoxos de la tecnocracia están presionando una política de mayor flexibilización laboral y de precarización del trabajo. La salida a la crisis la comprenden en ese sentido en términos de una profundización de la *neoliberalización del trabajo*. Con fundamento en un enfoque ofertista, se propone estimular la inversión y, con ello, el empleo, mediante la reducción de los costos de la ocupación (el argumento ha

71. Alberto Carrasquilla, “Una fábula y seis moralejas”, *El Espectador*, 27 de junio de 2009.

estado presente, por cierto, durante dos décadas de políticas laborales y ha servido de sustento para las dos reformas neoliberales en esa materia, la Ley 50 de 1990 y la Ley 789 de 2002). Específicamente se trata de eliminar el salario mínimo legal para que éste sea determinado más bien por el mercado (el salario mínimo legal en Colombia “es un chiste escandalosamente alto”, ha dicho Alberto Carrasquilla, ex ministro de Hacienda del primer gobierno de Uribe), y de suprimir contribuciones patronales (los aportes parafiscales), que tienen actualmente un costo equivalente al 9 por ciento del valor de la nómina. Lo que actualmente se financia con dichas contribuciones, modalidades de gasto social (Sena, Cajas de compensación familiar, Bienestar Familiar), pasaría a financiarse con tributación general⁷².

Las propuestas de la tecnocracia neoliberal advierten que la financiación de la protección social terminó siendo asumida en buena medida por el sector formal de la economía (régimen contributivo). “Como está planteada la financiación del esquema de protección social, el sistema no es sostenible, dado que se financian servicios sociales prestados por el Estado a través de cargas a la nómina, generando un círculo vicioso en el que se restringe el crecimiento del empleo formal y se le exigen cada vez más aportes a los trabajadores que se encuentren en él”⁷³. De ello se derivan propuestas de financiación de la seguridad social en salud (régimen subsidiado) con base en un impuesto general. En materia pensional se han formulado propuestas para hacer sostenible financieramente el sistema, desregulando las definiciones legales sobre edad de jubilación y sobre monto mínimo de pensión⁷⁴. De esa forma se resolverían problemas de cobertura y neutralizarían presiones fiscales y obligaciones legales en materia pensional que imponen el salario mínimo legal como piso.

Las políticas de neoliberalización del mundo del trabajo tienen consecuencias fiscales. Lo que esencialmente se está buscando es que aspectos de la política que hoy son financiados por el capital (y cofinanciados en menor medida por los trabajadores), pasen a ser financiados por la sociedad en su conjunto a través de impuestos generales, que no pueden ser otros que impuestos indirectos. Así es que la salida de la crisis se está

72. Véase la entrevista con el director de Fedesarrollo, Roberto Steiner, “Sustituir el actual salario mínimo por uno ‘flexible’”, *Portafolio*, Bogotá, 5 de abril de 2009.

73. Fedesarrollo. “El sistema pensional y el mercado laboral: dos manifestaciones de un mismo problema”, *Tendencia económica*, n° 85, Bogotá, mayo de 2009, p. 15

74. *Ibíd.*

perfilando acompañada de una reforma tributaria que consolide la estructura de tributación que ha venido imponiendo la política neoliberal durante las últimas décadas: menos impuestos al capital, más impuestos a la población trabajadora en general⁷⁵.

En el primer caso se trata de la implantación de un régimen de incentivos extremos al capital que se ha profundizado durante los dos gobiernos de Uribe Vélez, el cual se ha caracterizado, por una parte, por una reducción de las tasas de imposición a las utilidades, al tiempo que se ha ampliado la base gravable de las rentas del trabajo y del patrimonio, vinculando de manera creciente a las capas medias y a sectores de la población trabajadora, y, por la otra, por la creación una diversidad de exenciones, cuyo costo fiscal es creciente y presiona la búsqueda de otras fuentes compensatorias de financiación. Se trata, entre otros, de los incentivos tributarios en zonas francas uniempresariales, que incluyen –como ya se dijo en otra parte de este texto– una reducción del impuesto a las utilidades del 34 al 15 por ciento y de un 40 por ciento a las importaciones de maquinaria, así como de las exenciones a los cultivos de larga duración (palma africana y otros, destinados a la producción de agrocombustibles) y a la construcción hotelera. Todos estos incentivos se han acompañado, además, de protecciones sin precedentes a la inversión a través de los contratos de estabilidad jurídica (Lay 963 de 2005). Tales contratos impiden cambios en las reglas de juego por períodos de hasta veinte años⁷⁶.

En el segundo caso se trata de una muy probable ampliación de la base gravable del impuesto al valor agregado mediante la eliminación de

75. De acuerdo con las cifras de un reciente estudio de la CEPAL, habría que reestructurar la carga tributaria. Mientras que ésta representa en Colombia el 15,8 por ciento del PIB, en países del mismo desarrollo económico relativo es superior. Brasil, por ejemplo, tendría 36,2 por ciento. Adicionalmente se afirma que el mayor aporte lo harían las empresas.

76. Estos incentivos extremos han generado un debate dentro de la tecnocracia neoliberal. Mientras que algunos los aplauden, otros manifiestan su preocupación por los efectos fiscales, no sólo en condiciones de recesión, sino en el largo plazo. Igualmente advierten sobre la generación implícita de formas de competencia desleal, dado que la normatividad posibilita que la producción dentro de las zonas francas uniempresariales se pueda destinar también al mercado interno, lo cual generaría ventajas frente a los empresarios que no están dentro de ellas.

Considerando esa situación, en un alarde de equidad neoliberal, el director de Fedesarrollo propuso convertir a todo el país en una zona franca, con miras a que todos los capitalistas tuviesen las mismas ventajas. Otros, que ahora se oponen a estos incentivos, los consideran un regalo del gobierno y señalan que antes que de incentivos, la acumulación de capital depende mucho más del ciclo económico, de las expectativas de largo plazo y de otras variables fundamentales. Véase, Armando Montenegro, “Exenciones en recesión”, *El Espectador*, Bogotá, 17 de abril de 2009.

exenciones aún existentes a productos de la canasta familiar, así como de un aumento de su tasa, que actualmente se encuentra en el 16 por ciento (algunas propuestas de tecnócratas han sugerido que tal aumento sea de dos puntos porcentuales). El argumento que se presenta en este caso es que la tasa del IVA en Colombia sería de las más bajas de América Latina.

A lo anterior se adicionan las pretensiones de culminar los procesos de privatización, dentro de lo cual se ha propuesto (por parte de Alberto Carrasquilla) la enajenación de la propiedad estatal en la sociedad accionaria de Ecopetrol, así como de otros activos del Estado incluidos dentro del plan de privatizaciones del gobierno actual.

En igual sentido deben contemplarse las pretensiones de nuevas jurisdicciones del proceso de neoliberalización con la firma de tratados de libre comercio y a través de reformas en aquellos en los que no han prosperado plenamente políticas desreguladoras.

Crisis capitalista y régimen político

El hecho de que se asista a pretensiones de un uso capitalista de la crisis para impulsar un nuevo ciclo de reformas neoliberales como parte de la salida de ella, no significa –en términos políticos– que no se puedan considerar otras posibilidades. La crisis económica abre la posibilidad de un cambio de tendencia en las configuraciones autoritarias, criminales y mafiosas del régimen político en Colombia. Dichas configuraciones alcanzan entre tanto varias décadas de existencia y se han entronizado estructuralmente en el país. Durante los gobiernos de Uribe Vélez han tenido un importante despliegue⁷⁷. Su institucionalización –con la supuesta desmovilización y reincursión a la vida civil de grupos paramilitares y narcotraficantes– ha sido presentada a la opinión pública nacional e internacional (con relativo éxito) como uno de los grandes haberes de la política de *seguridad democrática*. En realidad, el proyecto que sectores de la derecha colombiana asume está encauzando el país por el camino de la dictadura civil, con la fachada de la democracia plebiscitaria. La tendencia a la *fujimorización* es evidente. A semejante proyecto se le viene caracterizando por sus inspiradores con el eufemismo de *Estado de opinión*, fase dizque superior del Estado de derecho⁷⁸.

77. Véase, Jairo Estrada Álvarez, “Capitalismo criminal: Tendencias de acumulación y estructuración del régimen político”, en Jairo Estrada Álvarez (coordinador). *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*. Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, 2008.

78. Sobre las configuraciones autoritarias más recientes del Estado en Colombia,

Uno de los fundamentos de la retórica gubernamental ha consistido en la elaboración y formulación del círculo virtuoso *seguridad-crecimiento económico*. El reciente crecimiento económico colombiano (2002-2007) se hizo aparecer como el resultado de las políticas de *seguridad democrática* que, en materia económica, se han acompañado de una profundización de las políticas neoliberales. No es casual que el gobierno de Uribe se haya erigido en referente para la derecha latinoamericana en momentos en los que los proyectos neoliberales entraban en crisis en otros países y abrían el paso a los gobiernos progresistas o alternativos⁷⁹. Si la lógica de la retórica de la *seguridad democrática* se mantuviera, la economía colombiana no tendría por qué encontrarse en crisis. La crisis capitalista ha lanzado por la borda, no obstante, la tesis de la mayor inversión y del crecimiento económico como producto de una fórmula que ha combinado agresivos incentivos al capital con autoritarismo. Esa tesis ya no se puede sostener. La crisis no lo permite.

Por ello, los esfuerzos gubernamentales actuales se orientan a mostrar que la crisis obedece a una coyuntura externa para así salvar al actual gobierno de cualquier responsabilidad y, más bien, sacar de ella dividendos políticos. Quienes han sido corresponsables de la actual situación pretenden parecer ahora muy preocupados por sus eventuales impactos y, además, tomando las medidas *políticamente correctas* para superarlos.

No obstante, existe suficiente evidencia para afirmar que la crisis es también una crisis de las políticas neoliberales. El neoliberalismo reciente en Colombia logró esconderse tras las políticas de *seguridad democrática* y los debates políticos que ellas generaron. En la trasescena de los debates nacionales sobre las configuraciones autoritarias, criminales y mafiosas del régimen político, se impusieron importantes reformas económicas propias del proceso de neoliberalización colombiano tendientes a consolidar una nueva geografía de la acumulación capitalista en el país. La *seguridad democrática* ha sido también un proyecto de ampliación y profundización del proceso de mercantilización de la sociedad y de la restauración y afianzamiento del poder de clase (dominante).

La crisis genera condiciones que pueden contribuir al resquebrajamiento no sólo del régimen autoritario de Uribe y de las políticas neoliberales

véase el trabajo de Oscar Mejía Quintana y Leopoldo Múnica Ruiz: "Constitución, democracia y Estado autoritario en Colombia", *Ciencia Política*, n° 6, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, julio – diciembre, 2009.

79. Véase, Beatriz Stolowicz (coordinadora), *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Ediciones Aurora, Bogotá, D.C., 2007.

en Colombia. Considerando que la salida de la crisis es esencialmente política, la crisis abre objetivamente la posibilidad de una salida democrática, política y económica (una salida de continuidad no es descartable, en todo caso). Ello depende en buena medida de la movilización social y popular, de la capacidad y potencia que pueda desplegar la acción política organizada de los trabajadores y del rol que en ese sentido puedan desempeñar las fuerzas políticas opositoras en sus diversas expresiones.

En el pasado reciente se han presentado importantes movilizaciones sociales y populares, focalizadas, en todo caso. Ello ha sido de gran trascendencia en un país en el que las luchas sociales son estigmatizadas reiteradamente, criminalizadas y presentadas como parte de las *acciones del terrorismo*, pero resulta insuficiente para consolidar una alternativa democrática y popular a la crisis. La Colombia actual no se caracteriza (aún) por una gran movilización social y por un nivel generalizado de protesta que posibilite asestar una derrota al proyecto político económico de la derecha.

Las fuerzas democráticas y de izquierda, agrupadas en el Polo Democrático Alternativo –PDA–, han distraído buena parte de sus esfuerzos en desgastantes debates internos, antes que en la organización del pueblo y en la construcción de un proyecto para enfrentar la crisis y consolidar la posibilidad de una salida democrática⁸⁰. La derecha del PDA (o la *centroizquierda*), pese a ser minoritaria, ha logrado –con el apoyo de los medios masivos de comunicación del establecimiento– desviar la atención de los problemas fundamentales de la actual coyuntura (por ejemplo, la crisis capitalista y sus salidas) con la pretensión de desarrollar (con pocas posibilidades de éxito, por cierto) una política de alianzas meramente electoral. Por ello, su retórica se ha reducido a la búsqueda de *un gran acuerdo nacional* (incluyendo sectores del *uribismo*) con miras a las elecciones presidenciales de 2010. Se trata, sin duda, de un enfoque parroquial en momentos en los que mundialmente se debate la crisis. Los demás sectores, incluida la izquierda del Polo, no han logrado sustraerse de ese sentido del debate y no han podido posicionar su propia agenda, que es, a todas luces, más consecuente con el momento, las posibilidades y las mismas expectativas de la población colombiana⁸¹.

Las posibilidades inmediatas del Polo dependen en buena medida de

80. Sobre las diferencias programáticas dentro del PDA véase, Jairo Estrada Álvarez, “Proyectos de izquierda y gobiernos alternativos. Un análisis de la experiencia colombiana reciente”, en Stolowicz, Beatriz (coordinadora), *Gobiernos de izquierda en América Latina...*, ob. cit.

81. Véase, por ejemplo, “Conclusiones y relatorías del segundo congreso nacional del Polo Democrático Alternativo”, celebrado del 25 al 28 de febrero de 2009.

la superación definitiva de esos debates y del desarrollo de una agenda política que responda a las expectativas de cambio político y social de importantes sectores de la población. La confrontación al referendo reeleccionista y las elecciones parlamentarias y presidenciales de 2010 serán un importante indicador en ese sentido.

Entre tanto, las fuerzas uribistas, que recogen las más variadas expresiones de la derecha colombiana, a agrupaciones políticas y a políticos comprometidos con el paramilitarismo, el clientelismo y la corrupción, insisten –con crecientes tropiezos y opciones estrechas– en su pretensión de imponer un tercer mandato presidencial de Álvaro Uribe. La crisis capitalista no es motivo de discurso político alguno por parte de estas fuerzas, que se rigen exclusivamente por los designios de su caudillo y de su séquito más cercano de colaboradores. El proyecto político del uribismo, además de su componente autoritario, se sustenta en la distribución clientelista del empleo y del presupuesto públicos y en el programa asistencialista de *Familias en acción*, de subsidios condicionados, con el que se ha logrado construir una base social dentro de los sectores más pobres de la sociedad (su cobertura esperada en 2010 es de 2.6 millones de familias).

A diferencia de 2006, cuando vino la reelección de Uribe, en esta ocasión no hay consenso en el bloque de poder en torno a su nombre. Diversos sectores de la derecha no uribista, del Partido Liberal, de la Iglesia y de los intelectuales orgánicos del neoliberalismo ven con relativa preocupación un tercer mandato de Uribe por los peligros que éste pueda representar para la consolidación de un proyecto hegemónico de larga duración, dados la creciente concentración del poder presidencial y el autoritarismo en aumento. La idea de un proyecto político de derecha moderna que respete las reglas de juego de la democracia liberal se fue desvaneciendo para dar paso a la lógica del régimen autoritario que encarna Uribe. Solamente en el campo de las políticas económicas de alcance estructural y, con matices, en la política macroeconómica se mantienen algunas identidades.

Del desenvolvimiento de la crisis en el futuro inmediato, de la forma como ésta impacte socialmente, de la dinámica que adquieran las luchas sociales y políticas, y del mismo papel de las fuerzas democráticas y de izquierda, dependerá en gran medida –como ya se dijo– la posibilidad de considerar una salida democrática.

La única forma de considerar una salida no neoliberal (incluida una opción democrático-popular) a la crisis resultaría de un cambio político que derrotase el proyecto político económico autoritario de la derecha en

Colombia. Esa opción tiene posibilidades, pero todavía muchas dificultades para perfilarse y consolidarse. Al menos, eso es lo que indica el estado actual del movimiento. Por otra parte, una salida anticapitalista no alcanza aún a situarse en la agenda, si se considera la tendencia internacional y la situación misma de las fuerzas populares y de izquierda. Una salida democrática pondría a Colombia en sintonía con la tendencia latinoamericana de gobiernos progresistas; generaría al mismo tiempo otro tipo de debates que hacen parte de la discusión en esos países, los cuales se mueven entre un nuevo consenso productivista posneoliberal y la opción revolucionaria hacia el socialismo. Sectores de la tecnocracia vienen tratando de copar el espacio de una salida no neoliberal; no es casual la toma de distancia frente a la actual política económica del gobierno de Uribe.

Crisis capitalista y financiación de la guerra contrainsurgente

La crisis capitalista incide sobre la estrategia guerrillera que busca una solución militar del conflicto social y armado. Más de allá de las consideraciones políticas acerca del estado actual de la guerra en Colombia, que oscilan entre las tesis del *fin del fin*, sostenidas por las Fuerzas militares y los intelectuales de la derecha, y la imposibilidad de una salida militar, cuya consecuencia es el acuerdo humanitario y la salida política negociada, lo cierto es que la discusión sobre la sostenibilidad económica de la guerra contrainsurgente en el largo plazo⁸² ha adquirido mayor importancia. En particular se trata de la financiación de un gasto militar en ascenso que se ha expandido, como proporción del PIB, de 1.9 en 1990 a más del 5 por ciento en la actualidad, sin considerar los recursos provenientes del Plan Colombia.

La estrategia de guerra ha impuesto modificaciones en la estructura del gasto público en la medida en que ella ha incorporado nuevos gastos permanentes (por ejemplo, los que resultan de la innovación tecnológica y de la ampliación del pie de fuerza militar). Tales gastos han demandado un mayor nivel de ingresos del Estado, el cual ha provenido –a lo largo de esta década– de los mayores recaudos originados en las reformas tributarias, del control a la evasión y de la fase expansiva del ciclo (2002-2007), al igual que de ingresos transitorios, originados en imposiciones transitorias como el impuesto al patrimonio (el llamado *impuesto de guerra*), concebido para

82. En declaraciones del *Comisionado de paz*, Frank Pearl, el horizonte gubernamental de la duración de la guerra se amplió formalmente de los dieciocho meses anunciados al inicio del primer mandato del presidente Uribe a un lapso de quince a veinte años.

el período 2007-2010 y que hasta el momento ha generado recaudos de 8.6 billones de pesos. La crisis capitalista incide sobre las condiciones de financiación de la guerra en Colombia dados los impactos fiscales que ella genera. En presencia de menores recaudos por la caída de la actividad económica y de una probable redefinición (en todo caso, formal) del Plan Colombia, la única manera de mantener la estructura del gasto militar actual es recurriendo al endeudamiento o a nuevas imposiciones.

No es casual que el magnate Sarmiento Angulo –anticipándose a lo que serían los lineamientos de una reforma tributaria en 2010 que refleje los intereses del gran capital–, mostrara su desacuerdo con que los ricos sigan financiando con contribuciones específicas parte del gasto militar y haya propuesto un *impuesto general* para la financiación de la *seguridad democrática*. Tal propuesta fue acogida por el presidente Uribe, quien afirmó que “los sectores más pudientes de la sociedad han contribuido con recursos. ¿Qué viene? Habrá que pensar (...) Cómo vamos a tener una renta permanente para seguir financiando la seguridad y derrotando las raíces del terrorismo”. Por lo pronto, razones de conveniencia política han llevado al gobierno a proponer un nuevo impuesto transitorio a partir de 2011, que mantiene el diseño original del impuesto al patrimonio y contiene como novedad la ampliación de la base gravable a patrimonios superiores a 2.000 millones de pesos (el vigente contempla patrimonios de más de 3.000 millones de pesos).

De no prosperar una salida democrática a la crisis y una solución política negociada, la crisis capitalista será usada para justificar, en el marco de una reforma tributaria estructural, nuevas fuentes de financiación de la guerra que involucren a toda la población, que es lo que se ve venir.

Por otra parte, el creciente gasto militar continuará en la agenda política de la derecha colombiana que pretende institucionalizar –de manera permanente– su política de *seguridad democrática*. La perspectiva futura sugiere, además, un probable escalamiento de la guerra, que se acompaña de una preocupante tendencia a su regionalización, alimentada ahora con la mayor presencia militar de Estados Unidos en Colombia, lo que convertirá al territorio nacional en una especie de portaviones desde el cual se podrán adelantar operaciones ofensivas por tierra, mar y aire.

La celeridad con que se buscan recursos para la financiación de la guerra y la decisión política hacia su escalonamiento contrasta con la postura gubernamental en el tratamiento de la población desplazada forzosamente⁸³

83. La cifras de desplazamiento forzado varían ampliamente: según Acción Social (institución

y, en general, de las víctimas de la guerra. Ni siquiera los reiterados requerimientos de la Corte Constitucional para emprender medidas de política pública tendientes a superar de manera definitiva el *estado de cosas inconstitucional*⁸⁴ han merecido la atención debida del gobierno. Más recientemente, el gobierno presionó a su bancada para que archivara el proyecto de ley de víctimas, con el que se buscaba avanzar en un concepto de reparación, aduciendo problemas fiscales. En la fórmula, “más gasto militar, límites al financiamiento de las víctimas de la guerra”, se sintetiza –en forma sencilla– la naturaleza militarista y antipopular del gobierno de Uribe.

Consideraciones finales: Crisis capitalista y producción de subjetividades

Más allá de los aspectos políticos o económicos, la crisis capitalista modifica las condiciones de la producción de subjetividades. La crisis capitalista ha abierto una nueva oportunidad histórica para la crítica al capitalismo, pues ella ha puesto en evidencia –de manera descarnada y violenta– los límites del capitalismo como organización económica y social y como proyecto para la vida humana. En ese sentido, ella abre objetivamente nuevas posibilidades para el despliegue de subjetividades anticapitalistas y para la acción colectiva organizada de los trabajadores.

La crisis asesta un rudo golpe a la ideología neoliberal, particularmente a los discursos sobre el *fin de la historia*, a aquella fórmula mágica que –se decía– haría eterno el capitalismo: libre mercado más democracia liberal. El golpe al proyecto político económico neoliberal no representa el fin del neoliberalismo, si éste se entiende como una fase capitalista de ofensiva estructural del capital contra el mundo del trabajo con el propósito de redistribuir en forma regresiva la riqueza socialmente producida a favor de los fondos de acumulación y en detrimento de los fondos de consumo.

Las interpretaciones de la crisis que la reducen exclusivamente a una crisis del neoliberalismo como técnica de regulación, se enmarcan dentro

de gobierno) hay 2'872.395 desplazados; Codhes registra 4'628.862; el Consejo Noruego para Refugiados afirma que el número oscila entre 2'650.000 y 4'360.000, y, de acuerdo con Acnur, la cifra está en cerca de tres millones. Se trata de las tragedias de desplazamiento más grandes del mundo, sólo superada por Sudán y seguida de cerca por Irak. Del total de esta población, el 98 por ciento vive en la pobreza y el 82 por ciento en la indigencia. César Rodríguez Garavito y Diana Rodríguez Franco, “Atención a desplazados: Corte Constitucional evaluó al Gobierno y el balance aún es negativo”, *Semana*, Bogotá, 12 de julio de 2009.

84. Véase, T-025 de 2004 y sucesivos autos posteriores.

de los intentos de dar una salida capitalista de la crisis. Por eso se habla justamente de un regreso del *intervencionismo de Estado*. Con ello se quiere hacer énfasis en que los problemas del capitalismo serían esencialmente del modo de regulación. Aunque también lo son, lo que ha salido a flote son precisamente las dimensiones estructurales, sistémicas, de la crisis. Siempre será conveniente recordar que la separación Estado-mercado es más bien una construcción discursiva e ideológica. Si en algún proyecto político económico se ha puesto en evidencia el carácter de la dominación de clase a través del Estado, ese ha sido precisamente el proyecto neoliberal. Tal proyecto ha mostrado cómo la clase dominante instrumentaliza el Estado para imponer sus intereses⁸⁵.

La crisis capitalista permite poner los acentos en donde son: en el cuestionamiento de las relaciones de producción que la originan y del orden político y social dispuesto para su protección. En ese sentido, la crisis le da un nuevo sentido (y nuevos contenidos) a los discursos y proyectos políticos que se han trazado como propósito la superación de capitalismo; alienta el andar de aquellos gobiernos de América Latina que exploran nuevas formas de organización social y estimula toda lucha contra el autoritarismo, la dominación y la explotación.

Bibliografía

- Banco de la República (2009). *Informe de la Junta Directiva al Congreso*, Bogotá, marzo.
- (2009). Informe de la Junta Directiva al Congreso, Bogotá, julio.
- Bello, Walden (2008). “Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo”, *Sin Permiso*, Madrid, 05.10.
- (2009). Keynes. ¿Un hombre actual?, *Sin permiso*, Madrid, 19.07.
- Brenner, Robert (2009). “Un análisis histórico-económico clásico de la actual crisis”, *Sin Permiso*, Madrid, 22.02.
- Caballero Argáez, C., (2009). “Por fin despertó el gobierno”, *El Tiempo*, Bogotá. 28 de marzo de 2009.
- Carrasquilla, Alberto (2009). “Una fábula y seis moralejas”, *El Espectador*, Bogotá, 27 de junio.
- Conclusiones y relatorías del segundo congreso nacional del Polo Democrático Alternativo, celebrado del 25 al 28 de febrero de 2009.
- Corte Constitucional, T-024 de 2004.

85. David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2007.

- Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE (2009). *Muestra mensual manufacturera*, Bogotá, junio.
- (2009). *Muestra mensual de comercio al por menor*, Bogotá, junio.
- Departamento Nacional de Planeación (2009). “Inversión extranjera directa: Factor de desarrollo de la infraestructura colombiana”, Bogotá, 6 de febrero.
- Estrada Álvarez, Jairo (2007). “Proyectos de izquierda y gobiernos alternativos. Un análisis de la experiencia colombiana reciente”, en Beatriz Stolowicz (coordinadora), *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Ediciones Aurora, Bogotá.
- (2008). “Capitalismo criminal: Tendencias de acumulación y estructuración del régimen político”, en Estrada Álvarez, Jairo (coordinador), *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Ciencia Política, Bogotá.
- (2008). “Transnacionalización y nueva espacialidad capitalista. Elementos de economía política de la inversión extranjera en Colombia”, *Revista Espacio crítico*, n° 8.
- Fedesarrollo (2009). “El anteproyecto del presupuesto: ¿A dónde fue el plan anticíclico?”, *Economía y política. Análisis de la coyuntura legislativa*, n° 51, Bogotá, mayo.
- (2009). “El sistema pensional y el mercado laboral: dos manifestaciones de un mismo problema”, *Tendencia económica*, n° 85, Bogotá, mayo.
- Gambina, Julio (2009). *Crisis capitalista y políticas anticrisis: El debate regional*, Buenos Aires, mayo de 2009 (mimeo).
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Ediciones Akal, Madrid.
- (2009). “¿Estamos realmente ante el fin del neoliberalismo? La crisis y la consolidación del poder de las clases dominantes”, *Sin Permiso*, Madrid, 22.03.2009.
- Hombres, Rudolf (2009). “La política boyante y la economía al garete”, *El Tiempo*, 27 de marzo.
- Kalmanovitz, Salomón (2009). “Una política fiscal recesiva”, *El Espectador*, Bogotá, 22 de marzo.
- (2009). “De tributos justos”, *El Espectador*, Bogotá, 19 de julio.
- (2009). “El presupuesto de 2010”, *El Espectador*, Bogotá, 2 de agosto.
- Katz, Claudio (2009). *América Latina frente a la crisis global*, Buenos Aires, febrero de 2009 (mimeo).
- Libreros, Daniel y Sarmiento, Libardo (2009). *La crisis estructural del sistema mundo capitalista y su impacto en Colombia*, Bogotá, mayo.
- Lozano, Ignacio (2009). “Caracterización de la política fiscal en Colombia y

- análisis de su postura frente a la crisis internacional”, *Borradores de economía*, n° 566, Banco de la República, Bogotá, mayo.
- Mejía Quintana, Oscar y Múnera Ruiz, Leopoldo (2008). “Constitución, democracia y Estado autoritario en Colombia”, *Ciencia Política*, n° 6, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, julio-diciembre.
- Montenegro, Armando (2009). “Exenciones en recesión”, *El Espectador*, 17 de abril.
(2009). “Recesión y gasto público”, *El Espectador*, 25 de abril.
- Ministerio de Hacienda y Crédito Público (2009). “Impactos y oportunidades de la crisis”, Bogotá, D.C., febrero 4.
(2009). *Marco fiscal de mediano plazo 2009*, Bogotá, D.C.
- Negri, Antonio (1997). “John Maynard Keynes y la teoría del Estado en el 29”, *Revista Hojas Económicas*, n°s 6 y 7, Universidad Central, Bogotá.
- Rodríguez Garavito, César y Rodríguez Franco, Diana (2009). “Atención a desplazados: Corte Constitucional evaluó al Gobierno y el balance aún es negativo”, *Semana*, Bogotá, 12 de julio.
- Sarmiento, Libardo (2009). “Crisis del sistema monetaria mundial y concentración financiera en Colombia”, en Suplemento *Desde Abajo*, Bogotá, enero-febrero.
- Steiner R. (2005). “Sustituir el actual salario mínimo por uno ‘flexible’”, Entrevista en *Portafolio*, Bogotá, 5 de abril de 2009.
- Stolowicz, Beatriz (coordinadora) (2007). *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Ediciones Aurora, Bogotá, D.C.
(2006). “El posliberalismo y la izquierda en América Latina” en Estrada Álvarez, Jairo (compilador). *Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Departamento de Ciencia Política, Bogotá, D.C.
- Suárez Montoya, Aurelio (2009). “Desempleo, deflación de alimentos, revaluación e inflación de valores bursátiles”, Bogotá, 10 de agosto (mimeo).

La crisis estructural del sistema mundo capitalista y su impacto en Colombia

DANIEL LIBREROS CAICEDO¹

LIBARDO SARMIENTO ANZOLA²

Una crisis clásica de sobreproducción

La crisis de la globalización financiera

La actual crisis económica internacional debe ubicarse en la continuidad de una onda larga recesiva que empezó a finales de la década de 1960, la cual, a su vez, expresa la crisis histórica de una sociedad que colectiviza al máximo la producción y organiza a gran escala la cooperación del trabajo, pero que preserva la apropiación individual de la riqueza en manos de los dueños privados de los medios de producción.

Las ondas largas hacen parte de movimientos cíclicos con declives y ascensos productivos en la historia del capitalismo. Kondratiev fue el primero en constatar esta frecuencia desigual y de incluirla como caracterización en la literatura económica, abriendo un debate teórico que ha venido circulando de manera paralela a la interpretación de las crisis sociales y

1. Profesor del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia.

2. Investigador social independiente.

que hoy adquiere gran actualidad. Sin embargo, la hipótesis de Kondratiev, se limitó a las causas “endógenas”, aquellas asociadas al funcionamiento interno del capitalismo, desconociendo la importancia de la lucha de clases en la determinación de estos ciclos. Una explicación integral de estos ciclos oscilatorios en el crecimiento económico se encuentra en la obra de Ernest Mandel³, quien dedicó a este tema la mayor parte de la misma y llegó a la conclusión de que las ondas largas combinan elementos endógenos y exógenos, añadiendo que el factor decisivo en los periodos de ascenso obedece a consideraciones políticas, a triunfos de la burguesía sobre los trabajadores, lo cual le posibilita un direccionamiento de la economía sin contrapesos, mientras que las de declive deben explicarse en lo fundamental por causas endógenas (Cuadro 1).

CUADRO 1

La sucesión de los ciclos de Kondratiev

	FASE EXPANSIVA	FASE RECESIVA Y «CRISIS»
1ª Onda Larga	1789 - 1816	1816-1847
2ª Onda Larga	1848 - 1873	1873 - 1896
3ª Onda Larga	1896 - 1919	1919 - 1945
4ª Onda Larga	1945 - 1968	1968 ...

Asimetrías de los cambios de fase:

Expansiva → Recesiva: Fuerzas Endógenas (CTG: caída en la tasa media de ganancia; O/D: desequilibrios oferta demanda, subconsumo; K/L: conflictos de clase en torno a la distribución del ingreso)

Crisis → Expansiva: Factores exógenos, no automáticos, suponen una reconfiguración del contexto social, conflicto político capital/trabajo, nuevos marcos institucionales.

La actual onda larga recesiva, al igual que todas las que ha experimentado el capitalismo, ha estado acompañada de una baja en la tasa media de ganancia⁴, de una caída de la inversión y, por ende, de la tasa de acumulación

3. Sobre el tema ver *El Capitalismo Tardío*, Editorial ERA, México, 1972; y *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

4. La tasa de ganancia neta (después de pagar impuestos) en Inglaterra cayó del 7% en el lapso 1955-59 al 4,1% en 1970. En el caso de USA, ésta cayó del 8,6% en el lapso 1948-50 al 5,4% en 1973. Ernest Mandel, *La Crisis*, Editorial Fontamara, Madrid, 1977, p. 21.

de capital, así como de un aumento considerable del desempleo. A su vez, esta crisis de largo plazo determina los fundamentos del neoliberalismo, el cual lejos de ser un modelo de desarrollo ha sido la forma internacionalmente institucionalizada por las elites dominantes para gestionarla. Ello explica por qué el neoliberalismo expresó un cambio en la correlación de fuerzas entre las clases a favor del capital, cambio agenciado en su momento en los países sajones más importantes por los gobiernos de Thatcher y Reagan, el cual llevó al desmonte del pacto corporativo entre el capital y trabajo que desde la segunda posguerra había dado lugar al llamado Estado de Bienestar y a la cuasi eliminación de los derechos asociados al trabajo⁵. Mediante esta ofensiva en contra de los trabajadores, los capitalistas mantuvieron la tasa de ganancia a pesar de que continuó la caída en la tasa de acumulación⁶. Las estadísticas así lo confirman. En el gráfico 1 observamos la baja dramática de los salarios en Estado Unidos y Europa, mientras el gráfico 2 nos ilustra el caso de los países de la OCDE, particularmente a partir de mediados de la década de 1970. Esto a pesar de que la productividad ha estado al alza (gráfico 3) a causa de la implementación de la revolución tecnológica basada en la informática y la microelectrónica.

Sin embargo, la tasa de acumulación se ha mantenido a la baja. En los gráficos 4 y 5 se puede constatar para el mismo periodo, tanto en la Triada (USA, Europa y Japón) como en la economía mundial, la diferencia entre la tasa de ganancia (ascendente) y la tasa de acumulación (descendente).

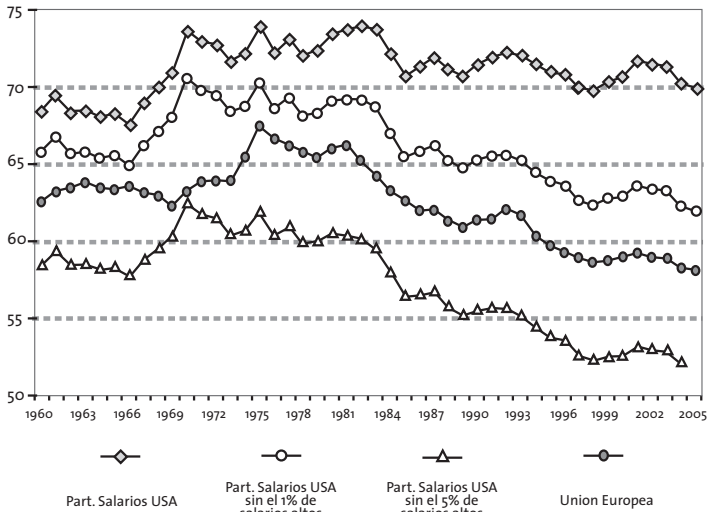
La caída en la tasa de acumulación confirma, igualmente, que una parte considerable de las ganancias obtenidas por productividad en detrimento de los ingresos de los trabajadores y el empleo no fueron reinvertidas en el circuito productivo (gráfico 5).

Aquí encontramos una explicación diferente a la convencional a propósito de la financiarización. Ella no fue causada por una separación supuestamente no deseada entre intermediarios financieros y empresarios, separación que dada la ausencia de controles financieros, causados por la

5. Esta ofensiva incluyó a los países periféricos. En este mismo periodo se sella la derrota de las luchas nacionalistas en las ex colonias portuguesas en África y de los proyectos democráticos radicales en Centroamérica. Luego vendrá el colapso y la recapitalización de la ex Unión Soviética y sus países satélites, así como la consolidación de la burocracia pro mercado en China, con los sucesos de Tien Amen.

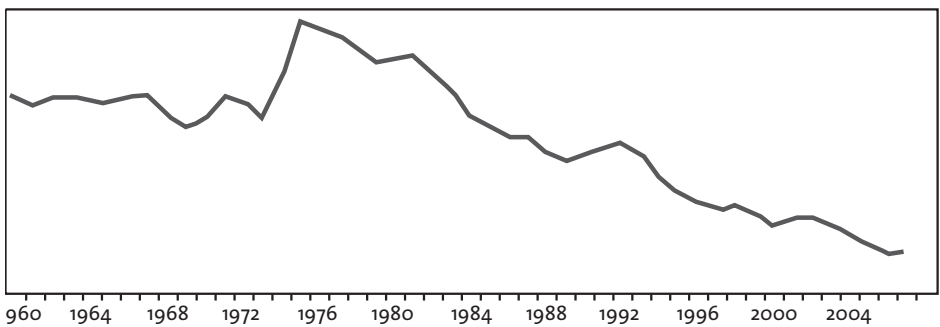
6. Entendida ésta como la tasa de crecimiento del *stock* de capital fijo, es decir, el conjunto de las construcciones y de los materiales de los cuales disponen las empresas para producir. Ver G. Duménil y D. Lévy, *Crisis y salida de la crisis-orden y desorden neoliberales*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.

Gráfico 1
Participación de los salarios en Estados Unidos y Europa, 1960-2005



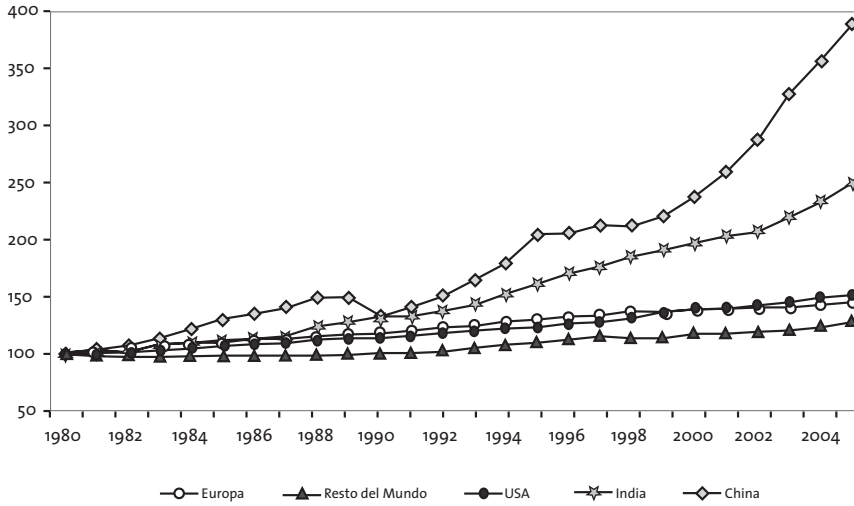
Fuente: Dew-Becker Robert Gordon (2005)
Citado por Michel Husson en "La subida tendencia de la tasa de explotación", www.vientosur.info, 2008.

Gráfico 2
Remuneración de asalariados sobre el PIB (%), OCDE 1960 - 2007



Fuente: Estadísticas del FMI.

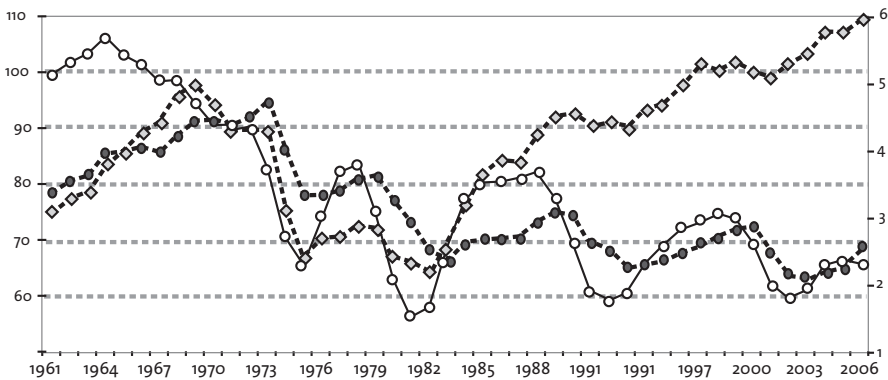
Gráfico 3
Productividad del trabajo 1980-2005



Fuente: Michel Husson, *Un pure capitalisme*, Editions Page Deux, Lausanne, 2008.

Gráfico 4
Crecimiento, acumulación y ganancias de la Triada, 1961

Tasa de ganancia base 100 en 2000



Fuente: Comisión Europea (2007), *Groningen Development Center*. Citado por Michel Husson en "La subida tendencia de la tasa de explotación", www.vientosur.info, 2008

desregulación neoliberal, terminó produciendo un parasitismo desbordado que puede ser eliminado recuperando normas regulatorias, como proclaman ciertas corrientes liberales y socialdemócratas, sino, por el contrario, fue el resultado inevitable de una crisis de sobreproducción del capital que obliga a los capitalistas a buscar espacios de valorización diferentes⁷. A su vez, al generalizar el neoliberalismo a escala internacional, la expansión de la valorización financiera terminó por producir un crecimiento astronómico de capital ficticio⁸.

A este crecimiento debe añadirse que la desregulación neoliberal construyó un escenario de “economía casino”, con paraísos fiscales y aventureros de las finanzas que han podido actuar con absoluta impunidad⁹.

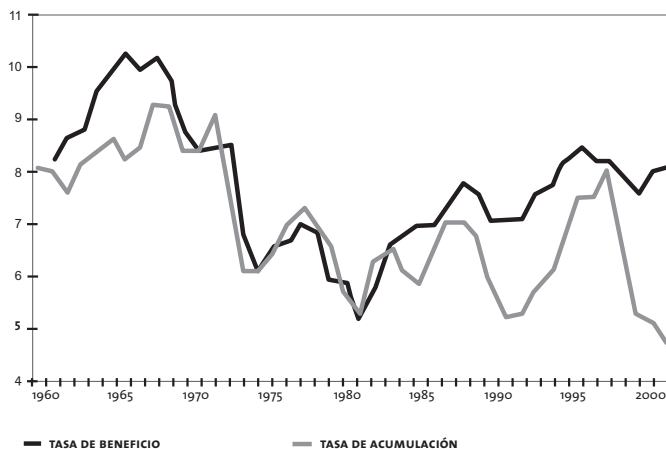
En el inicio de esta fase de financiarización, el colapso parcial del sistema

7. Esta tesis ha sido desarrollada por Michael Husson y G. Dumenil y D. Levy en varios de sus trabajos. M. Husson define la “tasa de financiarización” como la parte de la ganancia no invertida en porcentajes del PIB, la cual es igual a la diferencia entre la tasa de ganancia de las empresas y su tasa de inversión. Ver M. Husson, *Un Pure Capitalisme* – Internet.

8. El término capital ficticio fue utilizado por Marx en la sección quinta del tercer tomo de “El Capital”, como una de las categorías que remiten a la distribución de la plusvalía y a la reproducción ampliada de capital. Marx consideraba que una vez consolidado el sistema crediticio, la capitalización de las ganancias debe realizarse a una determinada tasa de interés y que esta capitalización toma la forma de capital ficticio, desligada de la inversión “Denomino capitalización a la constitución de capital ficticio. Se capitaliza sin importar cuánta inversión se realiza regularmente en un periodo y el cálculo de esa capitalización se determina sobre la base de la tasa de interés media (...)”. Ese capital ficticio se expresa en papeles (dividendos) sobre la ganancia esperada, lo cual constituye un cambio cualitativo con relación al crédito bancario convencional que provee dinero al capitalista en el momento previo a la inversión. Ello les otorga a los operadores de capital ficticio la capacidad de especular al poder definir ganancias futuras y riesgos de colocación de papeles bursátiles, jugando con el diferencial de los precios de los títulos en los mercados de capitales, creando un circuito de valorización de capital autónomo y por fuera de la llamada “economía real”. Las acciones, los títulos de deuda pública y en general los títulos que se transan en los mercados bursátiles constituyen capital ficticio.

9. Un caso relevante de ello fue la creación del mercado de derivados de crédito, CDOs, concebidos por miembros del equipo directivo de la J.P. Morgan desde los inicios de la década de los noventa. En el año 1998, cuando esos títulos ascendían a US \$9,7 billones, intentaron colocarlos como respaldo al portafolio de préstamo de la J.P. Morgan a las empresas, pero reduciendo el monto de capital de cobertura a US \$700 millones. Las aseguradoras americanas y la banca europea no les aceptaron operaciones de intermediación basadas en esa propuesta. AIG si lo hizo porque le representaba una ganancia de US \$0,02 por dólar que, dadas las rotaciones anuales de intermediación del circuito asegurador, le representaron billones de dólares. Por supuesto AIG fue de las primeras aseguradoras en colapsar después del crac bursátil de septiembre del 2008. Sobre el tema, ver Gillian Tett, “Génesis del desastre de la deuda - Los CDOs”, *The Economist*, Abril del 2009. La pirámide de Maddof fue otro caso paradigmático de la desregulación.

Gráfico 5
Tasa de ganancia vs. acumulación en la economía mundial, 1961 - 2003



Fuente: Estadísticas del FMI

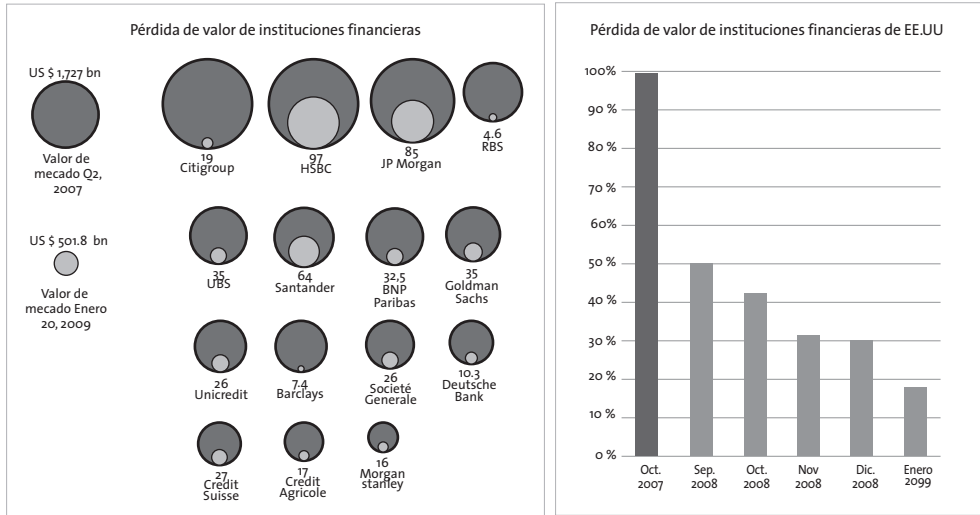
de la paridad dólar cumplió un papel decisivo al autonomizar los flujos transnacionales de capital del mercado de bienes transables, aumentando, por ende, la liquidez internacional, aumento que encontró una masa de dinero adicional en las inversiones financieras de los países de la OPEP después del “boom petrolero” de 1973. Luego siguió la transnacionalización del mercado de la deuda pública, particularmente de la de EE.UU, y el fortalecimiento de los fondos de pensiones, los cuales han podido centralizar y titularizar a gran escala el ahorro de los salarios diferidos de los trabajadores en los mercados bursátiles. Esta serie de hechos sumados terminaron por darle a los intermediarios financieros (aquellos que negocian con capital ficticio) la capacidad de decisión sobre el conjunto de la economía, a pesar de ser externos a la inversión¹⁰.

Este capital ficticio es el que ha empezado a desvalorizarse de manera masiva después del “crac bursátil” de septiembre de 2008 en las bolsas internacionales. Esto es lo que aparece como crisis financiera. En la gráfica

10. Este carácter de “externos” a la producción ya había sido resaltado por Marx y Keynes y confirma el carácter parasitario o rentista de la actual fase del capitalismo. F. Chesnais muestra que ello fue el resultado de un proceso que se dio en los inicios de la globalización neoliberal, en el que los intermediarios financieros fueron desplazando a los gerentes de las empresas en las decisiones de las mismas. Sobre el tema ver *La finance Mondialisee, racines sociales et politiques. configuration, consequences*, bajo la coordinación de Francois Chesnais, Editions La Decouverte, Paris, 2004.

Gráfico 6

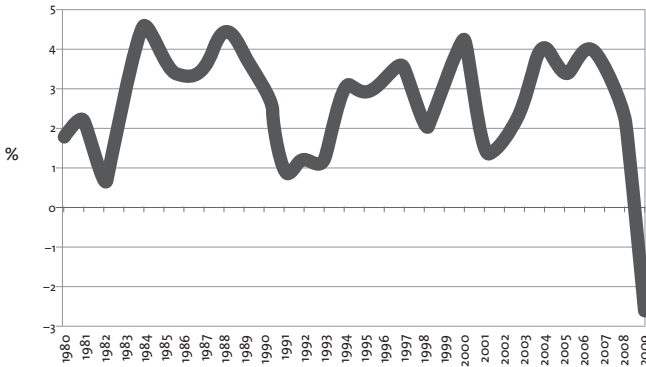
Pérdida de valor de las instituciones financieras entre octubre del 2007 y enero del 2009



Fuente: Ágora - Internet.

Gráfico 7

Crecimiento del PIB mundial 1980-2009



6 se observa la pérdida de valor de las principales instituciones financieras en el mundo en el periodo que va de octubre de 2007 a enero de 2009.

Una crisis civilizatoria

Al colapso de la globalización financiera se ha sumado la crisis en la industria y el comercio. En informe reciente del Banco Mundial, presentado por Justin Lin, el primer vicepresidente del área de Economía del Desarrollo, reconoció que “al finalizar este año, la producción mundial se reducirá en un 2,9% y el comercio mundial casi en un 10%”¹¹. Este diagnóstico recuerda la crisis de los años treinta, pero, en un mundo mucho más interconectado. La gráfica 7 ilustra la caída del PIB mundial a partir de 2007.

Las consecuencias ya las vienen soportando los trabajadores y las poblaciones en todo el orbe. Otro informe-diagnóstico conjunto del mismo Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional¹² reconoce que al finalizar este año una población cercana a los 90 millones de personas se habrá hundido en la pobreza extrema. Advierte este mismo estudio que 2009 podría acabar con 239 millones de desempleados, lo que significa una tasa de 7,4 por ciento de desempleo abierto en el orbe. Las crisis anteriores han confirmado que recuperar el empleo a los niveles previos a las mismas representa un desfase de entre 4 y 5 años. Por su parte, la OIT ha alertado sobre la posibilidad de que el mundo asista a una crisis de empleo y de ausencia de protección social en un lapso que oscilaría entre los 6 a 8 años.

El corolario de estos hechos sumados no puede ser otro que el hambre. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), una de cada seis personas sufren hambre, es decir, 1.020 millones de seres humanos en todo el mundo, la mayor cifra de personas hambrientas en toda la historia de la humanidad. Solamente en 2008, cuando las inversiones en títulos de las *comodities* jalaron los precios de los alimentos, 100 millones de personas entraron a la condición de hambrientos, lo que supuso “un incremento del 11 por ciento”, según la misma FAO¹³. Más aún, estamos en presencia de la primera crisis sistémica del capitalismo, en la cual se entrecruzan el desempleo y el hambre de las poblaciones

11. Lin Justin, al presentar el informe denominado *Global Development Finance 2009: Charting a Global Recovery* del Banco Mundial, Seúl, junio 21 de 2009.

12. Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, *Global Monitoring Report 2009. Development Emergency*, abril 2009.

13. FAO, *Informe sobre Hambre en el Mundo – 2009*, Internet.

con una crisis civilizatoria que incluye la degradación del medio ambiente, causada por el uso intensivo durante décadas de la energía fósil y por la mercantilización de la naturaleza, la barbarie de las “guerras [imperiales] sin límites” –en las que se ataca de manera indiscriminada a la población civil para controlar territorios y ejecutar negocios– y la decadencia ética y cultural de una sociedad global mercantilizada que naufraga entre el cinismo y el letargo que produce el abandono de cualquier apuesta por un futuro mejor.

La actual salida que proponen y ejecutan las elites transnacionales que hegemonizan la globalización sigue siendo la misma: la profundización del neoliberalismo. Persisten en el empeño de continuar con el modelo que desde 1970 diseñaron para intentar saltar por encima de los límites históricos de la sociedad hegemonizada por el capital. Este modelo –que luego sería conocido periodísticamente como el “consenso de Washington”– puede resumirse en las siguientes estrategias: i) la configuración neoliberal del Estado, culminando con el pacto capital-trabajo de la segunda posguerra; ii) la derrota mediante el “libre comercio” de los monopolios defensivos que edificaron las economías periféricas; iii) la revolución tecnológica, redefiniendo la subordinación del trabajo al capital; iv) la financiarización del sistema mundo capitalista sobre la base del patrón dólar.

Esta continuidad neoliberal se expresa, tanto en el plano internacional como en el interno. En lo internacional, hemos presenciado en las recientes cumbres de los países que cuentan con mayor peso específico en el PIB mundial (G-20 y G-8) que a pesar de las proclamas retóricas de los gobernantes sobre la necesidad de recuperar normas regulatorias para salir de la crisis, éstos no han tomado una sola medida en concreto que camine en esa perspectiva. Inclusive los paraísos fiscales y los mercados de derivados, instrumentos decisivos en la expansión de capital ficticio, siguen incólumes¹⁴.

14. Lo mismo puede predicarse a propósito de la Reforma Regulatoria Financiera que el 17 de junio de 2009 presentó Obama al Congreso norteamericano después de haber anunciado la “refundación del sistema financiero” y la eliminación de unas finanzas construidas en “castillos de arena”. La propuesta se limita en lo fundamental a trasladar unas funciones de supervisión sobre las grandes empresas a la Reserva Federal, a crear un comité de asesores-prospectivos en la misma Fed y a establecer una Oficina de Protección al Usuario Financiero. Ver, *The Economist* (Edit.), “New Foundation, Walls intact”, junio 18 del 2009. En el caso de los paraísos fiscales, el inmovilismo político de las elites neoliberales debe explicarse por cuanto estos se encuentran integrados al circuito financiero de las multinacionales. Las denuncias que recientemente se han presentado en la UE, a propósito de las inversiones de grandes grupos franceses, como Michelin, Elf-Total y Adidas, en este tipo de paraísos confirman esta tesis.

En la última reunión de mandatarios del G-20, en febrero de 2009, se oficializo la continuidad de la hegemonía del patrón dólar, a pesar de que E.E.U.U. viene ejecutando una política monetaria y fiscal expansiva, mediante la cual exporta su crisis interna al resto del mundo¹⁵.

Igualmente se oficializo la continuidad del FMI como eje articulador del sistema financiero internacional, con el compromiso adicional de entregarle US\$ 1 billón para que realice “operaciones de crédito flexible” con países con déficit de balanzas de pagos. Para conseguir este propósito, además de los aportes convencionales de los países al organismo, la dirección del Fondo debió acudir a mecanismos no tradicionales de obtención de liquidez, tales como los Acuerdos Generales de Préstamo (AGP) y los Nuevos Acuerdos de Préstamo (NAP), aunque el monto de préstamos que se aspira a obtener con estos convenios bilaterales es insuficiente ante la magnitud del colapso financiero¹⁶.

Por ello, el principal instrumento financiero del Fondo en el intento de gestionar esta crisis será la emisión de bonos con respaldo en DEG por una cifra aproximada a los US\$500.000 millones. La emisión de bonos está contemplada como fuente posible de recursos del organismo desde su acuerdo fundacional, pero hasta el momento no había sido utilizada. Estos bonos serán contabilizados como reservas de divisas de los países y podrán intercambiarse entre los bancos centrales. Obviamente que los

15. En el manejo de esta crisis, la Reserva Federal dejó de ser “prestamista de última instancia” para convertirse en la columna vertebral de la economía EE.UU. y de su sistema financiero. Adicionalmente, desde marzo de este año comenzó a incursionar de manera masiva en el mercado de títulos del tesoro de largo plazo, cambiando la dinámica convencional de comprar tan sólo los de corto plazo por razones de política monetaria, apalancando considerablemente el gasto fiscal. Edmund Andrews, “Fed Plans to Inject Another \$1 Trillion to Aid the Economy”, *The Economist*, marzo 18 de 2009. Esto es parte de una definición de política monetaria de mediano plazo. Efectivamente, el equipo de dirección de la FED considera que su tasa de interés de referencia debería estar en -5 puntos, lo cual le permite un margen de acción para realizar operaciones no convencionales, como la compra de activos, operaciones para las que aprobó un monto de US\$ 1.150 en abril del año en curso. Ver, Krishna Guha, “Fed study puts ideal interest rate at -5%”, *The Economist*, abril 27 del 2009.

16. Estos acuerdos ya fueron utilizados en crisis anteriores y consisten en convenios entre el FMI y un grupo de instituciones y países miembros con el propósito de obtener préstamos-respaldo a la emisión de Derechos especiales de Giro (DEG). El monto proyectado a obtener en DEG es de 34.000 millones, equivalente a US\$50.000 millones, aunque Japón y EE.UU. se han comprometido a prestar US\$ 100.000, cada uno por separado. La suma de todos estos acuerdos es irrisoria ante la magnitud de la crisis. El propio FMI reconoce que las necesidades de crédito para América Latina llegaran a US\$300.000 millones al finalizar el año y que los países de la llamada Europa del Este demandarán un monto similar.

títulos estadounidenses serán los mayoritarios; el mecanismo le abre las posibilidades a los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China) para que utilicen los excedentes en divisas que acumularon en los últimos años, aunque exigiendo a cambio modificaciones que les permitan mayor cuota decisoria en las votaciones internas en el FMI¹⁷.

El Congreso norteamericano ya aceptó estos cambios estatutarios¹⁸. De esta manera, los BRIC intentan ganar un posicionamiento político en el escenario internacional, unas mayores posibilidades de acción diplomática en las instancias decisorias de la política mundial, aunque respetando el marco regulatorio de la arquitectura financiera internacional basada en el patrón dólar¹⁹.

Más allá de estas discusiones parciales en el interior del FMI, lo que debe resaltarse es el hecho de que la necesidad de recurrir al financiamiento parcial con los excedentes financieros de los BRIC constituye una prueba adicional del declive comercial norteamericano. Debe resaltarse, igualmente, que la utilización masiva de emisiones de títulos-divisas como medida obligatoria para poder conseguir los recursos que exige la gestión neoliberal –gestión que a su vez, se efectúa mediante planes de ajuste que reducen de manera dramática la calidad de vida de las poblaciones y, por ende, contraen la demanda– confirma que las elites transnacionales no tienen una salida diferente a la de continuar profundizando la crisis, aun cuando con ello continúen profundizando la recesión.

17. Los BRIC que representan el 15% de la economía mundial, valuado en 60.7 trillones de dólares son los países que cuentan con un mayor número de divisas en dólares, acumulados en el periodo inmediatamente anterior. La propuesta de que esos bonos se contabilizaran como divisas-reserva fue de los BRIC en la misma reunión del G-20. Desde mediados de junio ha sido aceptada con un rendimiento en DEGs de 0,46% año. El 17 de junio, los presidentes de los BRIC se reunieron en Ekaterimburgo, Rusia, y ratificaron su aceptación a ese tipo de inversiones. Allí quedo en claro que China no tiene ningún interés por el momento en salirse de la órbita del dólar.

18. La legislación relacionada con las modificaciones en el FMI fue incluida por el Senado de Estados Unidos en la Ley de Asignaciones Suplementarias para el ejercicio fiscal de 2009 y fue aprobada por la Cámara el 16 de junio y por el Senado el 18 de junio.

19. Lula expresó este punto de vista en discurso previo a la reunión de Ekaterimburgo. A este propósito planteó: “La buena noticia es que los países ricos están en crisis y las naciones emergentes están haciendo una enorme contribución para salvar la economía y, consecuentemente, para salvar a los países ricos ... Las naciones desarrolladas no serán ya las únicas que aporten a la capacidad mundial de producción o al consumo”. Agregó que los BRIC deberán cambiar la geografía política y comercial del mundo. El liderazgo que con gran ofensiva diplomática viene posicionando el gobierno brasilero como portavoz de las elites latinoamericanas en la actual coyuntura, hace parte de esta estrategia global.

La continuidad neoliberal en el plano interno en las decisiones políticas de los Estados metropolitanos frente a las urgencias de sus economías nacionales, se expresa en las operaciones de salvamento de los bancos y los intermediarios financieros y en la forma como gestionan las crisis empresariales. Efectivamente, los cerca de US\$1,5 billones que entre los gobiernos de Bush y Osama entregaron a los intermediarios financieros de Wall Street para compensar la masiva desvalorización de activos que experimentaron con el colapso bursátil de septiembre del 2008 fue una típica operación de “socialización de pérdidas” a favor de los capitalistas²⁰. Lo mismo debe decirse a propósito de la forma como el gobierno de Osama avaló los concordatos resultado de la crisis de la empresas de autos de Detroit, aceptando una liquidación que significó despidos masivos y la negación de derechos laborales. En Europa las decisiones gubernamentales son similares. Por ello la discusión sobre un posible renacimiento del keynesianismo es irrelevante. No se asoma en el escenario de la economía internacional ni la reversión de las privatizaciones, ni la recuperación de los sistemas estatales de seguridad social y mucho menos el mejoramiento de la demanda salarial. La burguesía transnacional sigue apostando por el neoliberalismo. Un cambio de modelo solamente podrá abrirse como posibilidad cuando la crisis económica se transforme en crisis de dominación política. Solamente en la medida en que la crisis empiece a ser resistida con huelgas y grandes movilizaciones populares en la arena internacional, las elites neoliberales cambiaran el libreto.

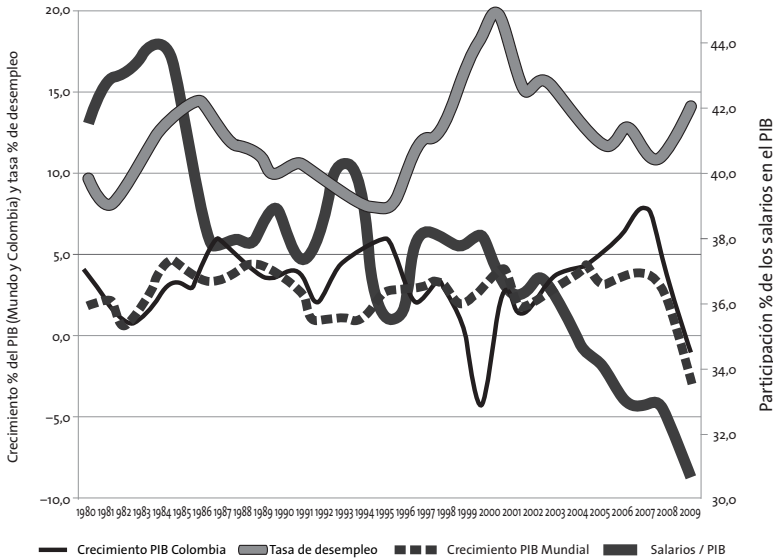
El impacto de la crisis en Colombia

La caída en la producción y el empleo

La contracción del comercio mundial ya ha afectado de manera considerable a los países periféricos. El ciclo corto de recuperación económica que, dentro de la onda larga recesiva, experimentó la economía internacional entre los años 2002-2007, apalancado por el llamado *keynesianismo militar* del gobierno de Bush y por el aumento de la producción china, el

20. Hasta prestantes figuras de la tecnocracia del establecimiento norteamericano como P. Krugman y J. Stiglitz han cuestionado estas operaciones de rescate. “La estabilización del sistema financiero es una condición necesaria, pero no suficiente, para la recuperación. La estrategia norteamericana para estabilizar el sistema financiero es costosa e injusta, porque pasa por recompensar a quienes causaron la catástrofe económica ...”, ha escrito sobre el tema, añadiendo que es necesario implementar un plan b que debe consistir en cambiar deudas por acciones.

Gráfico 8
Evolución del producto interno bruto -PIB- (Mundial y Colombia)
Tasa de desempleo y participación de los salarios en el PIB, 1980 - 2009



Fuente: Los autores

cual, dado el incremento de los precios de las materias primas, favoreció a la periferia, llegó a su fin con el colapso bursátil de septiembre de 2008. Fue en ese periodo cuando se llegó a alcanzar aumentos anuales en el PIB cercanos al 8 %. Tan pronto como la crisis redujo las exportaciones, los problemas estructurales de la dependencia –mercados estrechos debido a la alta concentración de los ingresos y a la pobreza de las mayorías– volvieron a salir a flote.

Colombia no es la excepción. Según los datos del Departamento Nacional de Estadística –DANE–, en enero de 2009 las exportaciones totales disminuyeron 13,2%, las tradicionales 13,6% y las no tradicionales 12,6%; las exportaciones destinadas a Estados Unidos –principal socio comercial– registraron una caída de 34,2%, y Venezuela y Ecuador, los socios comerciales que siguen en importancia, han anunciado recortes significativos de sus compras; Venezuela por la baja en los precios internacionales del petróleo y Ecuador por razones de estabilidad cambiaria, dado que su economía sigue dolarizada. En contrapartida, las importaciones, solamente en abril de este año, disminuyeron 11,7%. Obviamente que esta caída en el comercio exterior ha afectado la inversión. Las estadísticas lo reflejan. La producción

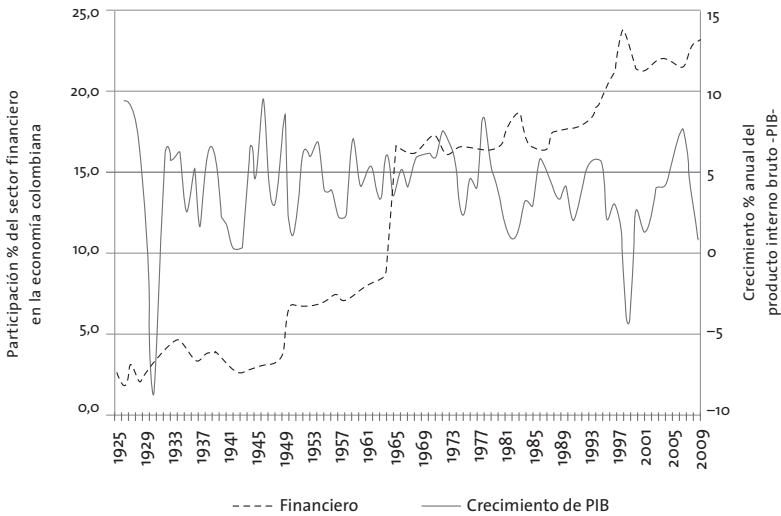
real de la industria manufacturera descendió en abril 14,5% en términos comparativos con el mismo mes en 2008, promediando una caída del 9% en lo corrido del año. Igualmente en abril, las ventas del comercio minorista reportaron una disminución de 7,1 %, frente a las del mismo mes de 2008, y el empleo generado por el comercio minorista, por su parte, disminuyó 4,5 %. En abril de 2009 se aprobaron 1.047.389 m² para construcción, 436.355 m² menos que abril de 2008, equivalentes a una reducción en el área licenciada del 29,4%.

Existe otro elemento estructural que aumenta la fragilidad de la economía colombiana en la actual recesión mundial, el cual está constituido por la profundización de la internacionalización de la economía impuesta por las reformas neoliberales y el peso específico que ha ganado el capital internacional en la producción interna, a causa de las privatizaciones y la desnacionalización del aparato productivo que operó durante las últimas décadas. En efecto, en el periodo 2000-2008 se registró una amplia y acelerada apropiación transnacional de la industria, el comercio y la banca interna que explica por qué en el año anterior las ganancias de las multinacionales en Colombia llegaron a US\$5.000 millones, mientras que en 1996 tan sólo alcanzaban US\$ 200 millones. Estas mismas empresas globalizadas producen la mayor parte del PIB, confirmando otra de las tendencias de la globalización neoliberal en el país, cual es el sometimiento de las elites internas a la condición de socios secundarios en el universo corporativo transnacional de los grandes conglomerados financieros, lo cual, significa, al mismo tiempo, un cambio cualitativo en la composición de las clases dominantes. Ello tiene consecuencias políticas: las opciones de izquierda que aún insisten en unidades programáticas con una burguesía nacional pro mercado interno, que supuestamente tiene contradicciones estratégicas con un capital imperialista que le impone condiciones desde afuera, están arando en el desierto. Esta apuesta política se encuentra por fuera de la realidad y desconoce las transformaciones sociales que produjo la globalización neoliberal.

Ello se refleja en los resultados recientes de la economía colombiana: después de alcanzar un crecimiento del 7% en 2007, llegará a cero a finales del 2009²¹. Como consecuencia de esta difícil situación, la tasa de

21. Ministerio de Hacienda y Crédito Público, *Marco Fiscal de Mediano Plazo – 2009*, junio 16 de 2009. Sin embargo, la mayoría de los analistas coinciden en que el PIB al terminar el año será negativo.

Gráfico 9
**Evolución % del PIB de Colombia y participación relativa
 del sector financiero en la economía 1925-2009**



Fuente: Los autores

desempleo se elevó en lo que va corrido del semestre del 12,0% a 12,5%, las proyecciones estiman que al finalizar el año el indicador estará en 14%, equivalente a un desempleo abierto de más de tres millones de personas, acompañado de un aumento en la informalidad de aproximadamente 1 millón de trabajadores. Debe añadirse que el desempleo nunca decreció, ni siquiera en el ciclo anterior de crecimiento de la producción, y que la participación de los salarios en el PIB, confirmando la tendencia internacional, ha sido decreciente en las últimas décadas. (Ver gráfico 8).

Las difíciles condiciones en la calidad de vida de la población se agravan a causa de la financiarización de la economía, otra de las manifestaciones de la globalización neoliberal que se confirma en el plano nacional. Ésta, a su vez, constituye el final de un proceso que comenzó hacia mediados de la década de los setenta y que se consolidó con la imposición de las reformas estructurales exigidas por el FMI en los inicios de la década de los noventa, basadas éstas últimas en la institucionalización de un Banco Central autónomo en lo estatal y en la aplicación de los “Acuerdos de Basi-

lea” en el funcionamiento del sistema financiero privado. Este crecimiento del sector financiero colombiano inducido por las políticas neoliberales, explica su crecimiento inusitado en los últimos años con relación al conjunto de la economía, crecimiento que ha llegado hasta representar una tasa superior en cuatro veces la cifra del crecimiento del PIB total durante el último periodo.

En el gráfico 9 puede observarse el crecimiento en espiral de esa participación. En los inicios del siglo XX ésta llegaba a tan sólo el 3% del PIB, pero, ya en la década de los sesenta alcanzaba un 8%. Durante la siguiente década dicha participación aumentó al 18% y en la fase neoliberal ha mantenido un incremento sostenido, llegando hasta alcanzar el 22,5% en 2008. La Financiarización de la economía opera en medio de una alta centralización de capitales que favorece la concentración de la riqueza. El propio FMI ha reconocido en informe oficial esta realidad, “El sistema bancario colombiano presenta un alto nivel de concentración. Está compuesto por 17 instituciones, todas pertenecientes a un solo dueño. Hacia mediados del año 2008, los cinco mayores bancos poseían el 70% aproximado del total de los activos. Este nivel de concentración es similar al de la mayoría de los países de América Latina...”²². Luego el mismo informe añade que la participación de la inversión extranjera en el sector que llega al 20% del total es inferior a la del promedio de los países latinoamericanos que en la actualidad se encuentra en un 30%, lo cual, a su vez debe explicarse por la tradicional concentración oligopólica del capital-crédito en el país.

Los déficits gemelos

En correspondencia con la crisis en el comercio mundial, la actual recesión afecta igualmente los flujos financieros asociados al mismo. En el informe del Banco Mundial de junio 21 del 2009 se acepta, después de reconocer que las necesidades de financiamiento en las economías emergentes son cercanas a US\$1 billón, que “Es posible que la deuda privada y los flujos de capital no logren satisfacer por un amplio margen las necesidades de financiamiento externo [...] El riesgo de crisis en las balanzas de pagos y la reestructuración de las deudas corporativas en muchos países merecen una atención especial...”. Como si fuera poco añade esta frase lapidaria: “Los flujos de capital de fuentes oficiales, además del aprovecha-

22. FMI, *Colombia: Selected Issues*, Reporte nº 09, 24 de enero del 2009.

miento de las reservas en moneda extranjera, ayudarán a cubrir el déficit en algunos países, pero en otros habrá necesariamente ajustes (...)”²³.

Colombia es uno de los países más vulnerables de la región por cuanto en octubre de 2008 –momento en que se oficializó la recesión internacional– experimentaba un déficit en la cuenta corriente de US\$ 4.175 millones y porque la caída de las exportaciones –en el mejor de los escenarios– terminará en US\$3500 millones al finalizar 2009. A estos factores debe sumarse la contracción en la Inversión Extranjera Directa –IED–, aproximadamente US\$3.000 millones y la baja en las remesas de los colombianos en exterior, la cual ya significa el segundo rubro de los ingresos externos, alcanzando una cifra cercana a US\$2.000 millones. Esto explica el crédito de contingencia de US\$10.000 millones que le otorgo al país el FMI²⁴.

Al déficit creciente en la balanza de pagos debe sumársele el déficit fiscal. Para el año 2008 el déficit del Gobierno Nacional Central ascendió a \$11,1 billones equivalente al 2,3% del PIB, producto de una diferencia entre ingresos fiscales por \$75,1 billones y gastos por \$86,2 billones. Para el año 2009, este mismo déficit llegará al 3,2% del PIB, aumentando las necesidades de financiamiento externo en \$ 3 billones.

Para el año 2010, según lo ha reconocido el propio Gobierno en el Plan

23. “Global Development Finance 2009: Charting a Global Recovery”, junio 21 del 2009. En la misma línea de análisis, Eduardo Lora, Director de Investigaciones Económicas del BID, desinflando las expectativas de los gobernantes de la región frente a la cumbre de gobernadores de esa institución (Medellín – marzo de 2009) sobre las posibilidades de que las ayudas institucionales suplieran los faltantes en flujos internacionales a la región, escribió: “Una entidad que congrega a organizaciones financieras privadas, el Instituto de Finanzas Internacionales, ha calculado que los flujos de inversiones privadas a las economías emergentes van a sufrir un colapso al pasar de US\$929.000 millones en el 2007 a US\$165.000 este año. Por más esfuerzos que hagan los organismos internacionales apenas compensarán una mínima parte de esta caída; los préstamos del Banco Mundial quizás lleguen a US\$35.000 millones y los del BID a US\$18.000 millones en el 2009...”, *El Tiempo*, 8 de febrero de 2009.

24. Los cálculos de estos faltantes son de las propias entidades oficiales. El 17 de mayo de 2009, el Comité Ejecutivo del FMI aprobó dentro de la llamada “línea de crédito flexible” un crédito de contingencia por US\$ 10.5000 millones a Colombia para compensar los faltantes en la balanza de pagos. Colombia fue el tercer país al que se le ha reconocido este tipo de préstamo después de Méjico y Polonia. Con ello, le premiaron la incondicionalidad de las elites internas y del gobierno de Uribe al capital transnacional. Adicionalmente, esta medida le garantiza a los inversionistas financieros que siguen encontrando en el país una tasa de referencia cinco puntos por encima del actual promedio internacional, una relativa estabilidad a sus inversiones en los próximos meses. Esto explica por qué los precios de las acciones han aumentado en un 25% aproximado en lo que va corrido del año y por qué ha aumentado en general la rentabilidad en el mercado de capitales, mientras que los datos de la “economía real” son cada vez más alarmantes.

Fiscal de Mediano Plazo, el déficit fiscal ascenderá a \$23,4 billones, cifra que significa el 4,3% del PIB. Solamente a causa de la contracción de la economía, los ingresos del Gobierno Central experimentarán una caída de 1,5 puntos del PIB (\$ 9 billones), mientras que los recursos que la empresa estatal petrolera (ECOPETROL) le venía entregando bajarán en un 42,4% (de \$11,1 billones a \$6.42 billones) como consecuencia de la baja en los precios internacionales del petróleo y de la privatización de esta empresa que fue transformada en sociedad por acciones, entregando a particulares el 20% de las mismas. En el declive de los ingresos gubernamentales deben contabilizarse, igualmente, las exenciones a la renta y las exenciones que bajo la justificación de atraer y mejorar la inversión le otorga el gobierno al gran capital, caso zonas francas, contratos de estabilidad jurídica y subsidios a los productores de agro-combustibles.²⁵

Estas exenciones hacen parte de una política fiscal que en nada beneficia a la población, porque, si bien el gobierno controla más del 40% anual de la riqueza producida por los trabajadores colombianos, el gasto se orienta prioritariamente a financiar el servicio de la deuda pública (34% del Presupuesto Nacional) y a gasto militar, el principal programa de los dos mandatos de Uribe Vélez. El Estado gasta al año en el rubro de guerra US\$4.171.205.397, algo más del 6% del PIB. Esta situación explica por qué el gobierno colombiano dilapidó los recursos de la bonanza transitoria que experimentó la economía asociada al crecimiento del comercio mundial durante los años 2002-2008 y por qué en la actualidad no cuenta con ingresos para poder ejecutar una política anticíclica de cara a la actual recesión.

El faltante de ingresos fiscales se financiará, según el mismo plan fiscal, con deuda externa. El Gobierno ya fue autorizado por el Congreso para endeudarse por un monto equivalente a US\$ 4.500 millones, de los cuales

25. La tributación sobre la renta es muy baja en el país. El 35% nominal que aparece en las estadísticas del Ministerio de Hacienda se reduce al 15% real, aproximado, cuando se toman la parte de los pagos tributarios efectivamente realizados por los capitalistas año dentro del conjunto de los ingresos tributarios. Las zonas francas y los contratos de estabilidad jurídica que congelan los pagos de impuestos de los grandes empresarios en periodos de hasta veinte años hacen parte de las exigencias de la OMC, área de los Tratados de Protección de Inversión -T.P.I.- a título de garantía para la inversión extranjera. Las exenciones a los productores de agro-combustibles (palma y caña de azúcar) llegan a casi el 50% de las exigencias tributarias y son justificadas a nombre de la promoción de cultivos. Los propios técnicos gubernamentales en el Plan Fiscal de Mediano Plazo reconocen que las exenciones tipo OMC sumadas con las de agro-combustibles llegan a un monto cercano a \$7 billones, un monto caso cuatro veces superior al obtenido con la última reforma tributaria de hace tres años que castigó principalmente al consumo (IVA).

US\$ 1.500 millones se obtendrán con emisión de títulos en el exterior y el resto con organismos multilaterales. Esta decisión implica un crecimiento considerable en el endeudamiento externo del país, el cual, en el año 2010 alcanzará el 22,6% del PIB, a pesar de que durante los años previos al crac bursátil de septiembre de 2008 la política gubernamental en materia de endeudamiento público se orientó en lo fundamental, siguiendo orientaciones del FMI, a cambiar deuda externa por interna, por los beneficios que esta medida representaba para los inversionistas financieros²⁶.

Dado que la crisis económica a la que estamos asistiendo durará varios años, las proyecciones gubernamentales incluidas en el plan financiero de mediano plazo anuncian desde ya un endeudamiento público en serie para los próximos años como única alternativa para compensar los faltantes fiscales. Ello significa un mayor sometimiento del país al capital financiero internacional y a las Instituciones Financieras Internacionales (IFIS). Por ello, una de las prioridades de la izquierda alternativa y de los movimientos sociales debe ser la de activar campañas de denuncia de este parasitismo expoliador en la perspectiva de lograr salirnos de la órbita del FMI y de desconocer la deuda ilegítima que pauperiza a los colombianos humildes²⁷.

Igualmente significa un plan de ajuste similar a la dimensión de la crisis. Como parte de este plan de ajuste, gobierno y FMI ya programaron la presentación al Congreso de una reforma fiscal estructural que golpeará principalmente a las clases medias y a las capas populares (en IVA y patrimonio) y que disminuirá aún más el gasto social.

Debe insistirse en que este plan de ajuste se realizará en un país que ostenta el triste récord de ser uno de los países de más alta concentración del ingreso en América Latina. El porcentaje del valor agregado apropiado por los trabajadores en el PIB –que era del 44% en los inicios de la globalización neoliberal– no superará el 30% al terminar este año. En la actualidad cuatro de cada cinco trabajadores devengan menos de dos salarios mínimos legales. La capacidad de compra de este mismo salario mínimo es de tan sólo el 47%

26. Ello, por cuanto los beneficios de los inversionistas financieros aumentaban con un peso revaluado y con una tasa de intermediación interna mayor a la tasa de intermediación internacional. Al respecto ver los informes semestrales del Banco de la República ante el Congreso (desde 2004).

27. La relatoría de Naciones Unidas sobre este particular ha hecho un llamamiento a los países a la necesaria unificación sobre la tesis de deuda ilegítima y ha reconocido la importancia de avanzar en los procesos de auditoría de deuda, procesos que ya cuentan con la experiencia realizada por el actual gobierno ecuatoriano.

de la canasta familiar básica, lo cual significa que con dos salarios mínimos un trabajador aún no alcanza a obtener los productos que la componen.

Otro tema es el de la pobreza. La Encuesta de Calidad de Vida del DANE de 2008 reconoció que el 48,3% de las familias colombianas viven por debajo de la línea de pobreza. Esta cifra supera en 15 puntos porcentuales el promedio de pobreza de los países de América Latina. La violencia, resultado de una guerra que ya lleva décadas, contribuye a aumentar la pobreza. El conflicto interno ya ha producido tres millones de desplazados que deambulan por las ciudades sin ningún tipo de esperanza.

El gobierno ha anunciado igualmente que para poder sostener en el largo plazo la guerra debe sustituir el impuesto al patrimonio que venían pagando los grandes capitales, en carácter de compensación a las exenciones de renta, por tributos al conjunto de la población. Ello, además de ser regresivo, confirma que para las elites aglutinadas en torno al uribismo, la guerra sigue siendo una cuestión estratégica en el ejercicio del poder. Por ello, para la consolidación de una propuesta política alternativa y de masas es necesario conseguir la negociación política. La descalificación y señalización de la oposición política y de las resistencias sociales por parte del régimen, ubicándolas como funcionales a la guerrilla, ha sido la clave de la dominación política del país en las últimas décadas.

Bibliografía

Banco de la República (2009). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, marzo.

(2009). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, julio.

(2008). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, julio.

(2008). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, marzo.

(2007). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, julio.

(2007). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, marzo.

(2006). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, julio.

- (2006). *Informe de la junta directiva al Congreso de la República*, Bogotá, marzo.
- Banco Mundial (2009). *Informe Global Development Finance 2009: Charting a Global Recovery*, presentado por Justin, Lin, Seúl, 21 de junio.
- Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional (2009). *Global Monitoring Report 2009. A Development Emergency*, abril.
- Chesnais, Francois (coordinador) (2004). *La finance Mondialisee, racines sociales et politiques. configuration, consequences*, Editions La Decouverte, Paris.
- Dumenil, Gerald y Levy, Dominique (2007). *Crisis y salida de la crisis-orden y desorden neoliberales*, Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- FAO (2009). *El informe sobre el hambre en 2009. El estado de la inseguridad alimentaria mundial (SOFI)*, octubre.
- FMI (2009). *Colombia: Selected Issues*, Reporte nº 09/24 de enero.
- FMI (2009). “Crisis económica mundial: El voto del Congreso de Estados Unidos es un paso importante hacia la reforma del FMI y el incremento de sus recursos financieros”. *Boletín digital del FMI*, 18 de junio.
- Husson, Michel (2008). *Un pure capitalisme*, Editions Page Deux, Lausanne.
- (2008). Michel Husson en “La subida tendencia de la tasa de explotación”, www.vientosur.info
- Krishna Guha (2009). “Fed study puts ideal interest rate at -5%”, *The Economist*, Washington, 27 de abril.
- Lora, Eduardo. (2009). “La medicina que puede matar al paciente”, *El Tiempo*, 8 de febrero.
- Mandel, Ernest (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Siglo XXI, Madrid.
- (1977). *La crisis*. Editorial Fontamara, Madrid.
- Mandel, Ernest. (1972). *El capitalismo tardío*, Editorial ERA, México.
- Mark, Carlos (1972). *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Ministerio de Hacienda y Crédito Público (2009). *El Marco Fiscal de Mediano Plazo (MFMP) 2009*, Bogotá, presentado al Congreso de la República de Colombia el 12 de junio.
- Tett, Gillian (2009) “Génesis del desastre de la deuda - Los CDOs”, *The Economist*, abril.
- (2009) “Financial reform in America: New foundation, walls intact”, *The Economist*, edición impresa, New York, 18 de Julio.

Elementos para un modelo alternativo

CÉSAR GIRALDO¹

Introducción

¿Cuáles son las alternativas para salir de la crisis económica actual? Es una pregunta pertinente y frecuente pero de respuesta difícil (aunque la respuesta puede ser tan obvia que no la vemos). No es suficiente afirmar que una propuesta alternativa tiene que ver con la recuperación de la soberanía del Estado sobre la regulación económica, porque habría que preguntarse al servicio de quién se haría esa regulación. Nada impide que se llegue a un intervencionismo estatal concentrador y excluyente, de lo cual la historia abunda. Aquí se va a afirmar que la soberanía estatal debe estar acompañada de un control social popular y que, para lograrlo, la propuesta alternativa también tiene que ir a los sectores populares, apoyar sus procesos productivos (economía popular), de tal forma que se apropien de su destino económico y se conviertan en actores políticos que participen de forma activa en el proceso. Para decirlo en el lenguaje de la economía convencional: lo macro (la regulación) debe combinarse con lo micro: la economía popular, la participación, los movimientos sociales.

Una característica particular de la crisis actual, que la diferencia de las anteriores, es que se inicia en las economías centrales y tiene consecuencias mundiales. En esto se parece a la crisis de los años treinta. Sin embargo, la dinámica de la crisis es diferente en las economías centrales que en las economías periféricas. Mientras que en las primeras la crisis comenzó

1. Profesor Asociado, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia.

por el sector financiero y luego se transmitió al sector real, en el caso de las segundas generalmente comienza por el sector real y luego se transmite (con mayor o menor virulencia) hacia el sector financiero.

La diferencia en las dinámicas de las economías centrales y las periféricas está relacionada con su diferente forma de insertarse en la economía mundial. En el caso de América Latina, la crisis de los países centrales se transmitió principalmente a través de una caída en los flujos financieros (inversión, crédito y transferencias) y en las exportaciones (bien sea en cantidad o por la reducción de los precios), todo lo cual se tradujo en una reducción de la demanda agregada que desencadenó una serie de efectos negativos que contrajeron la economía.

Sin embargo, se trata de algo más complejo que una simple contracción, porque la relación de la región con la economía mundial se dio a través de un marco de regulación económica derivado de las reformas del Consenso de Washington. Los países que se han mantenido dentro de los parámetros de dicha regulación, que son la mayoría, acusan una fuerte dependencia de la volatilidad financiera internacional². Dentro de esa volatilidad, el cierre de los mercados externos y de las fuentes de financiamiento hace que se generen barreras que en la mayoría de los casos resultan insalvables. Por eso, el manejo va más allá de un ajuste de la política económica, como, por ejemplo, aumentar el gasto público o bajar las tasas de interés. Lo que fracasó fue la propuesta económica que abogó por la apertura económica, la desregulación de los mercados financieros, la flexibilización laboral, la tributación sobre el consumo, la privatización, la mercantilización de lo social y el ajuste fiscal. Se trata, pues, del fracaso del Consenso de Washington, de manera que las alternativas, dentro de esta lógica, pasarían por cambiar las regulaciones derivadas del mismo. Es decir: frente a la apertura, proteccionismo; frente a la privatización, estatización; frente a los impuestos sobre el consumo, impuestos directos; frente al ajuste fiscal, gasto público. Y así sucesivamente.

Mucho de lo anterior debe estar en la propuesta alternativa, pero, por otra parte, surge la observación de que esas fueron las reformas del modelo

2. En efecto hay países que han venido tomando medidas para eliminar dicha dependencia (Ecuador, Bolivia, Argentina) y se han promovido instituciones en ese sentido (por ejemplo el Banco del Sur) pero las instituciones están en un estado muy embrionario que para el caso de la coyuntura actual resultan irrelevantes. También Venezuela va en la misma dirección pero tiene una fuerte dependencia del petróleo y no escapa a los procedimientos transmisores.

cepalino³ (también llamado Modelo de Sustitución de Importaciones, MSI) y, en consecuencia, habría que preguntarse por qué ese modelo se agotó. Esa es una discusión pendiente en la región, si se tiene en cuenta que la interpretación se le ha dejado a los neoliberales, quienes se despa- chan de manera reduccionista, señalando que fue un modelo de captura de rentas. Pero, el asunto no es tan sencillo.

En efecto, cuando en la región se adoptó el MSI se partía de economías principalmente rurales y con un nivel de industrialización mínimo, en el mejor de los casos. En la actualidad se parte de una región principalmen- te urbana (los grados varían de país a país), y con un pasado de relativa industrialización. Durante la vigencia del MSI, la principal dinámica de ampliación del mercado interno fue la transición hacia el mercado de la actividad económica que no estaba integrada al mismo. Inicialmente, las actividades agrícolas tenían un fuerte componente de autoconsumo, pero poco a poco dicha producción se fue volcando hacia el intercambio por productos de origen manufacturero o por otros de origen agropecuario. Cuando esa transición se fue completando, la única forma de continuar la ampliación del mercado era el aumento de la capacidad de consumo de la población, especialmente a través de la generalización de la relación salarial, dado que el salario es la principal fuente que alimenta el consumo de la población. Pero ahí fue donde el modelo se agotó.

A diferencia del MSI, la evolución económica que se deriva de la crisis actual no tiene que ver con la transición del campo a la ciudad, ni con mercantilizar la producción. Aunque la migración rural-urbana sigue existien- do, tiende más a una tasa natural, y ya no se da en los niveles de las décadas de los treinta a los setenta del siglo XX. Por lo anterior, no se puede afirmar que en la actualidad la población de origen campesino que habita en las ciudades es la fuente del llamado sector informal (en Colombia esta afir- mación también es cierta, pero hay que matizarla con el desplazamiento forzado interno).

La llamada informalidad

La informalidad de América Latina está constituida por población de origen urbano. Ya no se puede apelar al “dualismo estructural”, en el sentido en que la informalidad era población urbana de origen rural que no

3. Modelo Cepalino *versus* Consenso de Washington, o Modelo de Sustitución de Importaciones *versus* Modelo de Apertura Económica.

se había integrado plenamente a la modernidad o a la sociedad salarial. Dicho dualismo, que era característico durante la vigencia del MSI, es presentado por Candia (2003) como “la escisión de la sociedad en dos ámbitos principales: el tradicional, propio de la ruralidad y de la estrechez cultural de la vida en comunidades pobres; y el mundo de la modernidad asociado a las actividades urbanas, a la producción industrial, comercial y de servicios y a la aceptación de valores culturales permeables al cambio”.

La llamada informalidad de hoy no es la misma del pasado. Este es un error de los analistas que señalan que desde el siglo XX siempre ha existido informalidad, que se trata de un proceso continuo y que, por tanto, el problema se reduce al nivel que adquiere el fenómeno. No es así. Mientras que en el pasado la fuente de la informalidad era la población rural que arribaba a las ciudades, en la actualidad es de origen principalmente urbano y expresa un cambio estructural que está ligado al cambio en la regulación capitalista.

Las actividades informales del presente están articuladas a la economía de diversas maneras. Nos dice Chávez-O'Brien (1993) que las empresas industriales canalizan partes importantes de sus ventas en el comercio ambulante, subcontratan partes de la producción y procesos con microempresas informales y que las grandes tiendas se abastecen de pequeños productores. Esta tendencia coincide con las medidas de reorganización empresarial que implican despido de personal, al mismo tiempo que trasladan hacia afuera porciones cada vez más grandes de sus procesos (tercerización). Una parte de la actividad se hace fuera de la empresa, y aquí el sector informal juega un papel. Pero habría que agregarle a la autora que el llamado sector informal también juega un papel en el abaratamiento de la reproducción la fuerza de trabajo de las empresas, porque permite que los trabajadores se abastezcan de bienes-salario más baratos, pero aún más, también permite la reproducción de la vida (porque ni siquiera se alcanza al grado de la reproducción del capital) de quienes están desligados de la sociedad salarial.

Este sector recoge a quienes realizan “actividades desarrolladas por los que fueron excluidos o nunca consiguieron ingresar al mundo del trabajo asalariado, así como por aquellos trabajadores que, debido a los bajos salarios, buscan en el trabajo por cuenta propia (individual o asociativo) el complemento de su ingreso” (Sarría y Tiribia: 2004).

La caracterización de lo que se entiende por informalidad es un tema que requiere elaboraciones que este trabajo no está en capacidad de

desarrollar. Sin embargo, lo que es cierto es que la mayor parte del mundo del trabajo en la región está bajo formas informales, y que los trabajadores estatutarios (contrato laboral indefinido, cotizaciones obligatorias a la seguridad social, subordinación directa a un jefe) son una especie en vías de extinción. Ese trabajador –y la representación política que logra principalmente a través de las organizaciones sindicales– ha perdido la fuerza para convertirse en sujeto determinante en las transformaciones sociales. Como dice Jungemann, “los conflictos sociales en América Latina, como en otras regiones, ya no son particularmente expresión del conflicto asalariado keynesiano-fordista, en el cual los sindicatos son el sujeto privilegiado; los nuevos sujetos del cambio se mueven fuera de las relaciones formales de clase y se concentran en el nivel socioterritorial” (Jungemann: 2008).

Los llamados informales urbanos ya no se pueden caracterizar como formas precapitalistas, y van más allá del denominado ejército de reserva. Muchos de los informales no serían empleables en el “sector formal”, ni las empresas aspiran a contratarlos en algún momento. Esta es una realidad compleja que merece ser estudiada, pues, ante la falta de una caracterización más estructurada, se utiliza el término genérico de sector informal, que no dice nada, porque define a los informales como sectores económicos que están por fuera de la formalidad legal (se trata de una tautología). Para clasificarlos

se apela al método de «mosaico», yuxtaponiendo diversos criterios: nivel de ingresos (pobres), tamaño (pequeños establecimientos), tecnología (mano de obra intensiva), productividad del trabajo (baja productividad), tipo de actividad (comercio, artesanías, servicio doméstico, etc.), capacidad de acumulación (inexistente o irrelevante), tipo de relaciones de producción (relaciones de parentesco, maestro-aprendiz, etc., pero en ningún caso relaciones capitalistas), tipo de valores predominantes (solidaridad), relación con el sistema legal (economía subterránea, informalidad), etc. El resultado termina siendo casi siempre una lista ad-hoc, que no responde a ninguna «lógica» específica (Coraggio).

Sociedad fracturada

Se dijo que la no extensión de la sociedad salarial fue una restricción de la ampliación del mercado interno en el MSI. La contracara es que dicho modelo a la postre generó una fuerte concentración del ingreso y de las riquezas en unas élites. La parte del valor agregado que no se trasladó a

los trabajadores fue a parar al bolsillo de las clases propietarias. Esta fue una diferencia crucial con los países centrales, ya que el fundamento del fordismo fue una distribución más equilibrada de dicho valor, tema desarrollado por la Escuela de la Regulación Francesa.

Nos encontramos ante un mundo social fracturado: trabajadores precarizados (los mal llamados informales) y unas clases propietarias con una concentración marcada de la riqueza y el ingreso. Esto se polarizó con las reformas del Consenso de Washington. De un lado las clases propietarias se financiarizaron, del otro, el mundo social se deterioró. Pero el cambio no sólo es cuantitativo, sino que también cualitativo, porque la naturaleza del trabajo y del capital se transformó. Esto tiene que ver con el hecho de que las reformas del Consenso corresponden a las de un capitalismo financiarizado, como lo han desarrollado Chesnais, Salama, Lordon, Dumenil y Levy, entre otros.

El punto es que la lógica financiera que se impone va acompañada de un deterioro de la actividad productiva y, con ello, del mundo social ligado a la producción. La necesidad de extraer rentas hace que una porción cada vez menor del valor agregado de la producción sea apropiada por los generadores de la riqueza material. Esto genera una dinámica de adelgazamiento de las empresas y de recorte del gasto gubernamental en la provisión de bienes públicos, aunque esto último no siempre se logra por la resistencia política al proceso.

La lógica especulativa refuerza las formas de flexibilización salarial porque es el mecanismo para que una parte cada vez menor del valor agregado se dirija hacia el trabajador –mayor extracción de plusvalía absoluta– y una mayor al capital, en este caso, al financiero. Los procesos de deslocalización de la producción, los cuales se han facilitado con la automatización y el desarrollo de las tecnologías de la información, sirven a estos propósitos. Esto permite el “adelgazamiento” de las empresas a través del despido de empleados, subcontratación de procesos productivos (tercerización) y flexibilización del contrato laboral. Las empresas deben generar una rentabilidad mínima, bien sea para el pago de dividendos o de acreedores privados.

La política pública también responde a esta lógica. Los programas estatales dirigidos a la esfera productiva (lo social y la infraestructura básica) son recortados para permitir que una porción de recursos cada vez mayor se destine al pago de la deuda pública (rentas para el capital financiero), además de que se desvían recursos públicos hacia la esfera financiera

privada, como es el caso de las cotizaciones de la seguridad social hacia fondos privados de pensiones y aseguradores privados de salud.

En relación con el gasto público, se trata del recorte de los beneficios sociales, la privatización y el traslado de las responsabilidades a los gobiernos locales⁴. En cuanto al mayor pago de deuda pública, el incremento es resultado de la autonomía de la Banca Central respecto al poder político (ejecutivo y Congreso) ya que lo que obliga a tener que recurrir a los mercados privados de capitales para financiar el presupuesto público y, por tanto, pagar lo que tales mercados cobran para financiar al gobierno, amén de las condiciones ligadas a dicho financiamiento.

Modelo autodestructivo

En el capitalismo financiarizado, el Estado de Bienestar y las políticas keynesianas ya no tienen sentido porque dicho Estado y políticas eran compatibles con un capitalismo industrial (o manufacturero que era la versión cepalina en América Latina), el cual para poder realizar sus ganancias requería de un Estado y unas políticas que promovieran la circulación de mercancías a través del gasto público. Ahora no se trata de promover la circulación estimulando el gasto, sino de contraerlo para destinar los recursos al pago de deuda pública y otras rentas financieras.

El Estado y las empresas deben reducir los gastos diferentes al pago de las acreencias financieras, lo que se refleja en un debilitamiento de la demanda agregada. Este comportamiento es diferente al del capital de origen industrial, el cual para poder extraer ganancia necesita circulación de mercancías y, por ello, debe expandir la demanda agregada. El comportamiento del capital financiero no es lineal porque para generar deuda debe financiar inicialmente gasto adicional mediante el crédito, con lo cual expande la demanda agregada, pero, luego, la obligación de pagar la deuda y, sobre todo, la renta que obtiene el acreedor de dicha deuda genera la necesidad de contraer la demanda agregada. La ganancia financiera no se obtiene vía gasto público y privado, sino, al contrario, contrayéndolo.

Los procesos de deslocalización sirven para el adelgazamiento de las empresas, como se dijo, pero también responden a otra lógica, cual es la de trasladar los costos de la producción a las economías periféricas con

4. Aunque no necesariamente el efecto final sea un recorte del gasto social porque el proceso pasa por una negociación política (por ejemplo recorte contra aumento de las transferencias para gasto social a los gobiernos locales), y porque la presión social como resultado de los efectos negativos de las reformas hace que se aumente el gasto social.

el propósito de evitar tensar aún más la cuerda social del ajuste sobre el trabajo en los países del centro, aunque de todas formas la financiarización también produce un deterioro social de las economías centrales, que sería mucho más marcado si el grueso de los costos del ajuste no se trasladaran hacia la periferia.

El resultado de todo esto es la descomposición del aparato productivo y, con ello, del mundo del trabajo, de manera más dramática en las economías periféricas, como es el caso de América Latina. Grupos de población cada vez mayores quedan abandonados a estrategias de supervivencia, que es lo que aparece como un aumento de la informalidad urbana. Urbana no sólo por su presencia en las ciudades, sino porque se origina en los sectores urbanos⁵. Por lo anterior, la informalidad –o, mejor, la precarización del mundo del trabajo– está ligada al modelo de acumulación financiarizado.

Este es un modelo de acumulación autodestructivo, de un lado, porque termina por promover políticas que contraen la demanda agregada y, con ello, las posibilidades de ampliación de los procesos de acumulación; del otro, porque desmonta las protecciones sociales del mundo del trabajo, haciendo que lo social termine en la lógica insolidaria y demoleadora del mercado, pero de un mercado que no genera más riqueza social sino más explotación, que termina por expulsar trabajadores que se ven obligados a buscar formas de supervivencia por fuera de los marcos institucionales. Esto es lo que ha llevado a identificar la informalidad como la actividad económica por fuera de las normas, que es la visión neoliberal (por ejemplo la de Hernando de Soto, o la del Banco Mundial), indicando que allí está la causa del fenómeno, lo que los lleva a proponer la desregulación económica.

Pero, en realidad, es al contrario. La informalidad no es la causa, sino la consecuencia del modelo de acumulación. Las actividades por fuera del marco institucional son una estrategia de supervivencia que apela a relaciones de solidaridad y confianza. No son relaciones estrictamente económicas “tales como las que se dan normalmente en el sector formal, en donde las relaciones económicas se traducen en contratos con derechos y deberes con mecanismos para procesar los incumplimientos de las partes”

5. Ya no se trata principalmente de población que viene del campo y no se inserta en la sociedad salarial. Es el caso de Latinoamérica señalando que en Colombia esto se debe matizar con el desplazamiento forzado, pero este país no cambia el sentido de las afirmaciones señaladas aquí sobre el sentido de la informalidad urbana, porque incluso la violencia en este país está generando desplazamiento también urbano-urbano.

(Supervielle y Quiñones: 2005). Esta solidaridad y confianza pueden ser alteradas hacia la complicidad de las actividades criminales, como es el caso del narcotráfico, o se pueden transformar en el germen de una propuesta alternativa para la construcción de una economía popular que parta del principio de resolver las necesidades de la gente y, a su vez, cree un sujeto social y político que permita un control social de las reformas en el campo macroeconómico. Esta es la otra cara del modelo alternativo.

Alternativa: el qué y el cómo

Un modelo alternativo debe partir principalmente de resolver las necesidades económicas de la gente, aunque también debe hacer referencia a las cuestiones macroeconómicas y a su regulación. Lo macro es necesario pero no suficiente, no sólo porque un cambio en ese nivel no significa que se elevarán las condiciones materiales de vida de la población (por ejemplo, se puede volver a un estatismo concentrador de la riqueza), sino porque está la cuestión de resolver al servicio de quién se haría una regulación económica intervencionista, lo que lleva la discusión a terrenos políticos.

Aquí se quiere enfatizar en lo que la economía convencional llama las soluciones micro. Y esa es la preocupación también de los promotores del Consenso de Washington. Si se revisan sus propuestas alternativas, nos encontramos con programas de microfinanzas (microcrédito, banca de oportunidades), emprendimiento, empleabilidad y transferencias condicionadas (por ejemplo, Familias en Acción en Colombia y Oportunidades en México). Estos programas tienen por objetivo la mitigación social porque no constituyen alternativas económicas reales. Son promovidos con insistencia ante las tensiones sociales creadas ante el fracaso de las reformas neoliberales. Son gestionados por ONGs u organizaciones de diverso tipo, cuya característica común es su aparente condición apolítica, con lo cual se busca despolitizar el proceso y, más bien, presentar tales programas como soluciones individuales, las cuales Álvarez (2005) califica como *fo-copolítica*:

No es la vida de la población productiva la que importa, o el aumento de la productividad del trabajo. El mercado regula la vida de los “más capaces”. El estado, a partir de la gestión y promoción de las “organizaciones de la sociedad civil” y de las redes autogeneradas comunitarias “productivas”, promueve la vida sólo al nivel de mínimos básicos. Además la deja reposar en la moral individual filantrópica –como las organizaciones no gubernamentales o benéficas– y en los recursos autogenerados de los propios pobres. Esto se viabiliza a través del paradigma del

desarrollo humano por medio de la provisión de parte del estado de servicios y/o “paquetes” básicos para los pobres. Es decir, la vida en los límites de la subsistencia. No es más la población en su sentido genérico como lo era en la biopolítica, sino los más pobres, los vulnerables y ciertas minorías los que constituyen de una u otra manera una amenaza para la estabilidad del sistema.

El problema no son los programas en sí, sino su articulación con lo político y lo social. Tales programas buscan una mitigación social porque son otorgados como favores que tienen por objeto generar pobres agradecidos que dependan de las dádivas del Estado. El punto estriba en politizar los programas asistenciales, resignificarlos, ampliarlos y convertirlos en derechos universales exigibles, de tal forma que se vuelvan una fuente de movilización social, no sólo para que las comunidades resuelvan sus problemas económicos, sino para que éstas se conviertan en actores políticos.

La balanza debe girar hacia los llamados trabajadores informales, que más que informales son trabajadores desafiados de cualquier mecanismo de protección social. El debilitamiento del vínculo laboral es aprovechado para desaparecer el trabajo del discurso de lo social y reducir la política social a la lucha contra la pobreza, reemplazando el concepto de los derechos de los trabajadores –a los que ahora llaman privilegios– por el de las necesidades básicas.

El lugar del trabajo (la fábrica, la oficina) pierde, como consecuencia del debilitamiento de la relación salarial, la fuerza de ser fuente de creación de derechos colectivos y luchas. Los desafiados de hoy, que son la mayoría, se encuentran en el territorio (barrio, vereda, municipio) luchando por su supervivencia. Se trata de trabajadores precarizados, que están ahí, aunque no hayan sido suficientemente caracterizados.

Como dice Merklen (2004): “Frente a este proceso de empobrecimiento y de ‘desafiliación’ masivo, muchos encontraron en el barrio su principal refugio, convirtiéndose al mismo tiempo en lugar de repliegue y de inscripción colectiva”. Antes dicha autora había afirmado que “las nuevas modalidades de acción se descentran hacia lo local (o el barrio), donde los más desprotegidos encuentran una fuente de ‘reafiliación’, medios de subsistencia e incluso una base de recomposición identitaria”. Es lo que llama *inscripción territorial de las clases populares*.

Por tanto, las identidades sociales del trabajo se producen desde lo local debido a que el lugar de trabajo ya no es fuente de creación de demandas colectivas, como lo fue en el pasado. Sin embargo, las identidades no se

producen de forma espontánea sino que hay que generar un proceso social y político para que dicho actor se haga visible. Se debe empezar por organizar las comunidades para defender sus proyectos económicos de tal forma que resuelvan su subsistencia, incluso apelando al trueque si no se tiene acceso a ingresos monetarios. Organizar también para resolver sus necesidades materiales inmediatas, tales como vivienda, cuidado de los niños, enfermos y ancianos, salud, acceso al crédito, servicios públicos, pavimentación de calles y seguridad. En el caso colombiano existen grupos sociales claramente identificados que pueden ser origen de movilización, como son los desplazados, las madres comunitarias y los expropiados de la vivienda por el sistema financiero.

Una herramienta clave en este proceso son los presupuestos participativos. La consigna que ha tomado fuerza en Oaxaca, *Ni una obra más sin consulta ciudadana*⁶, es un lema que se debe difundir. No se está haciendo referencia a discutir un porcentaje mínimo del presupuesto de inversión local como normalmente se entienden los presupuestos participativos en Colombia; se trata de participar en todo el presupuesto y exigir que dicha participación se extienda hasta el Presupuesto Nacional.

Hay que reivindicar la participación vinculante. Más allá de la discusión de los problemas, los ejercicios de participación tienen que tener consecuencias en la asignación de los recursos públicos. Por ejemplo, Colombia no puede tener cuatro millones de desplazados (la tercera parte de la población rural) sin expresión política, por lo menos deben tener un circunscripción electoral especial para que puedan elegir sus congresistas; o no se puede asistir al espectáculo del desalojo de familias de sus viviendas, sin que los usuarios del sistema hipotecario carezcan de poder político sobre el sistema financiero; o las pensiones no pueden estar manejados por los grupos financieros sin la participación de los trabajadores, o los medios de comunicación controlados por los mismos grupos financieros.

Que la participación llegue hasta el grado de la repartición de los recursos públicos. La importancia de este elemento consiste en el hecho de que el Estado es el principal interlocutor de las clases populares, como señala Merkel. Los sectores populares no tienen un patrón a quien hacerle una huelga y es hacia el Estado donde principalmente dirigen sus reclamos. Su

6. Gustavo Esteva, 16 de septiembre del 2008.

http://oaxacalibre.org/oaxlibre/index.php?option=com_content&view=article&id=2125&catid=3&Itemid=6

lucha de clases se expresa en la resistencia contra las rentas que reclama el Estado a través de los canales formales, y buscan liberarse de tales canales. Esa es la razón de ser de la llamada informalidad. El desarrollo de estas ideas lleva el análisis al terreno político, y es necesario mirar las experiencias de movimientos sociales en Argentina, Bolivia y Ecuador.

El proceso político que se deriva de las acciones en la dirección que se acaba de señalar (aunque se hacen necesarias reflexiones más consistentes sobre este tema) debe conducir a crear los sujetos sociales capaces de hacer una propuesta alternativa y de movilizarse políticamente por lograrla. El estímulo a la economía popular, a organizar la población en las comunidades para pelear y controlar sus derechos básicos, va en la dirección de la construcción de movimientos sociales. Además, esto debe combinarse con políticas macro que tienen mucho del intervencionismo cepalino, como se dijo atrás. El problema es que una propuesta de corte cepalino no tiene actor social que la promueva. Las élites empresariales de la región están articuladas a los inversores externos e instituciones reguladoras transnacionales (García Linera: 2006) y ya no están en la promoción de un modelo basado en mercado nacional.

Una diferencia crucial con la propuesta cepalina consiste en que la intervención estatal debe estar sujeta a un control social, y ese control se podrá ejercer en la medida en que se cree un sujeto social capaz de ejercerlo. De ahí la importancia de ir a las comunidades para organizarlas, como aquí se ha venido planteando. De lo contrario, la crisis significará una recomposición de las cargas para que la acumulación especulativa continúe. En este sentido no se puede aceptar el argumento de la autonomía de las instituciones económicas, en concreto del Banco Central y la jerarquía que tiene el ministro de Hacienda en materia del Presupuesto Público, porque ello implicaría que la moneda y el presupuesto estarían por fuera del control social, lo cual sería antidemocrático.

En el caso colombiano, la organización popular se encuentra con la dificultad del conflicto armado interno. Cualquier proceso de organización social intenta ser controlado o erradicado por las organizaciones armadas de cualquier bando. Esto significa, además de la necesidad de buscar la solución negociada del conflicto, andar con cuidado y trazar una ruta clara en el sentido de que se trata de procesos que deben ser viables y acumulativos. Se debe empezar por construir una base de mediación política con los sectores populares, ante el debilitamiento del movimiento sindical y el clientelismo (García Linera: 2006). Es necesario darle una mayor

importancia a los sectores urbanos porque, de un lado, la confrontación directa por la tierra se da en las zonas rurales, lo cual lo vuelve terreno altamente peligroso, y, de otro lado, se debe llegar a lo rural consolidando primero los procesos urbanos. Al fin y al cabo Colombia es un país urbano.

Conclusión

Un modelo alternativo no es un proceso acabado sino una construcción social y política, por tanto depende de la evolución de los procesos. No se trata de una construcción académica hecha desde un escritorio. El modelo tiene que contar con los sectores que se suman al proceso, por ejemplo, además de los sectores populares, habría que ver si sectores de las clases empresariales están dispuestos a apostarle al mercado interno, a la integración latinoamericana y a aceptar el control social. Las clases empresariales, o fracciones de ellas, pueden estar adentro o afuera de la propuesta alternativa, y ello cambia la naturaleza del pacto que construye el modelo alternativo. Es seguro que sectores importantes se sumarán porque la crisis también implica que muchas actividades empresariales son inviables en el modelo especulativo actual.

El modelo parte de la creación de un acuerdo que sea social y políticamente viable y logre una regulación económica coherente –es aquí donde viene el componente académico– que garantice el desarrollo de las fuerzas productivas. Como se puede concluir, del modelo alternativo se sabe menos de lo que se quisiera, pero el proceso para construirlo tiene una senda marcada.

Bibliografía

- Álvarez, Sonia (2005). “Los discursos minimistas sobre las necesidades básicas y los umbrales de ciudadanía como reproductores de la pobreza”, en Álvarez Leguizamón, Sonia [compiladora] *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*. Clacso. Buenos Aires.
- Chávez-O’Brien, Eliana (1993). “El sector informal urbano. Estrategia de vida e identidad”, *Revista Nueva Sociedad*, n° 124 marzo-abril, pp. 82-93.
- Gandia, José Miguel (2003). “Sector informal ¿treinta años de un debate bizantino?”, *Revista Nueva Sociedad*, n° 186.
- García Linera, Álvaro (2006). “Crisis del Estado y poder popular”, *New Left Review*, n° 37, pp. 66-77.

- Duménil, Gérard; Lévy, Dominique (2007, ed. en francés 2000). *Crisis y salida de la crisis. Orden y desorden liberales*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Jungemann, Beate (2008) “Organizaciones sociales y anclaje territorial escenarios y componentes de la transformación socioterritorial y local en Venezuela”, *Cuadernos del CENDES*, enero-abril, año/vol. 25, número 067, Universidad Central de Venezuela Caracas, Venezuela pp. 1-34.
- Merklen, Denis (2004). “DOSSIER II Sobre la base territorial la movilización popular y sobre sus huellas en la acción”, *Revista Laboratorio*, año 6, n° 6, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.
- Sarria Icaza, Ana Mercedes; Tirbia, Lía (2004). “Economía popular”, en Cattani, Antonio David, *La otra economía*, Fundación OSDE, Editorial Altamira, Argentina.
- Supervielle, Marcos; Quiñones, Mariela (2005). “De la marginalidad a la exclusión social: cuando el empleo desaparece”, en Álvarez Leguizamón, Sonia [compiladora] *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*. CLACSO. Buenos Aires.

4

CRISIS Y POLÍTICA

El debate actual: posliberalismo o anticapitalismo¹

BEATRIZ STOLOWICZ²

La actualidad de Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg tenía razón. Sus cuestionamientos tienen hoy una estremecedora vigencia, pues colocan las grandes preguntas que deben hacerse. La discusión con Bernstein no era táctica. Cuando así se malentendió, como ocurrió en América Latina, se regaron las semillas de la confusión, de la que cosechó y sigue cosechando la derecha.

Rosa miraba más allá de su tiempo, porque pensaba en la larga duración, única temporalidad con la que puede analizarse un sistema histórico. Anticipó el camino que recorrería el sistema capitalista hacia el caos y la barbarie, que sin eufemismos ni catastrofismos hoy ha llegado a poner en riesgo la sobrevivencia de la humanidad y del planeta. Y argumentó sobre la necesidad histórica del socialismo para impedirlo, porque la barbarie actual es de factura humana.

Pero debían pasar varios años para demostrar su verdad. No los ciento diez que nos unen con su libro *Reforma o revolución*, menos. La barbarie no ha comenzado apenas. Porque la euforia que tenía Bernstein

1. Este texto fue publicado en el libro *América Latina hoy: ¿reforma o revolución?*, Ocean Sur, México D.F. 2009. *Ediciones Espacio crítico* agradece a *Ocean Sur* su autorización para reproducirlo.

2. Profesora-investigadora del Departamento de Política y Cultura, Área Problemas de América Latina, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

en el inicio de la *belle époque* en 1896 terminaría abruptamente en 1913. Vendría la época de la guerra total, como la caracterizó Hobsbawm: un *continuum* de 1914 a 1945 de destrucción humana –dos guerras mundiales, crisis del 29, nazifascismo– más de 50 millones de muertos; y de “destrucción creativa” de fuerzas productivas, como decía fríamente Schumpeter. Para que de esas cenizas, carne y dolor, ya purificado por el fuego, emergiera el capitalismo “dorado” que pondría en práctica el programa de reforma social, pensado por Bernstein sobre el dominio bélico de las potencias imperialistas.

Cuando Bernstein murió, en 1932, aunque fue un año antes de que el nazismo triunfara en su patria, no era el mejor momento en ese camino lineal y ascendente de desarrollo que a él lo deslumbraba, sino el de la Gran Depresión. No sé si en su lecho de muerte reconoció lo que había negado contundentemente: las crisis capitalistas. Tuvo razón en que el capitalismo podía reformarse. Pero los años dorados fueron treinta en el centro del sistema, y ya han pasado 40 años en los que Bernstein no habría podido explicarles a los europeos por qué bajo su programa de reformas la propiedad del capital no se democratizó sino que se concentró en grados que ni siquiera Rosa imaginaba; por qué regresó el desempleo y el deterioro del ingreso de la clase media; por qué los socialistas liberales a los que él instruyó ideológicamente han perdido más veces las elecciones que los fulgurantes tiempos en que llegaron a gobernar.

Quién sabe cómo les explicaría ahora esta nueva gran depresión, que según los expertos del sistema es más rápida en su caída que la de 1929; y que si bien no es condición suficiente para el “derrumbe” del capitalismo, sí es un momento de *colapso*, que esos mismos expertos no saben aún cuánto tiempo durará.

Pasado el tiempo para la verificación histórica de sus respectivas afirmaciones, Rosa tuvo razón en su debate con Bernstein. Pero el social-liberalismo –que Bernstein no creó pero al que le dio una argumentación “de izquierda” con su “revisión del marxismo”– goza de sorprendente salud, y paradójicamente en la izquierda latinoamericana. El logro no es sólo suyo, porque muchos otros ideólogos del capitalismo han trabajado sistemáticamente para actualizarlo e imponerlo como pensamiento “progresista”. Y porque a esos logros ideológicos del sistema, incluso cuando está en crisis, han abonado varios “marxismos”.

Las fundamentales críticas de Rosa Luxemburg siguen vigentes como preguntas que aún deben ser respondidas. No, quizás, a partir del

binomio contradictorio de “reforma o revolución” –que vulgarizado ha inducido a muchos equívocos– sino como “posliberalismo o anticapitalismo”.

No era un debate táctico

Rosa inicia la introducción de su *Reforma o revolución* diciendo enfáticamente que no contrapone la revolución social, la transformación del orden existente, a las reformas sociales, a la lucha diaria por las reformas, por el mejoramiento de la condición de los trabajadores dentro del sistema social y por las instituciones democráticas. Y añade: “Entre las reformas sociales y la revolución existe para la socialdemocracia un lazo indisoluble: la lucha por las reformas es el medio; la revolución social, su fin”³. Bernstein, a la inversa, renuncia a la transformación social, y hace de las reformas sociales su fin, dice Rosa. No era una discusión sobre medios, sino sobre fines.

El santo y seña del reformismo pragmático fue planteado por Bernstein en 1898, en el artículo “Socialdemocracia y revolución en la sociedad” de la serie *Problemas del socialismo*: “Reconozco abiertamente que para mí tiene muy poco sentido e interés lo que comúnmente se entiende como ‘meta del socialismo’. Sea lo que fuere, esta meta no significa nada para mí y en cambio el movimiento lo es todo. Y por tal entiendo tanto el movimiento general de la sociedad, es decir, el progreso social, como la agitación política y económica y la organización que conduce a este progreso”⁴.

Si no hay un fin, preguntaba Gramsci, ¿hacia dónde se camina? Estaba planteado el tema, de gran actualidad, de si cualesquiera reformas conducen a los objetivos buscados de transformar la realidad en beneficio de los explotados y oprimidos⁵. Porque, agrega Gramsci, si el *reformismo* establece como único método de acción política aquel en el que el progreso, el desarrollo histórico, resulta de la dialéctica de conservación-innovación,

3. Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución* (1899), “Introducción”. México, Grijalbo, 1967, p. 9.

4. Eduard Bernstein, *Problemas del socialismo*, en el libro compilado por José Aricó titulado *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que incluye otros escritos de Bernstein. México, Siglo XXI Editores, 1982, p. 75. De octubre de 1896 a finales de 1898, Bernstein publicó una serie de artículos titulada *Problemas del socialismo*. Las críticas que suscitó lo llevaron a exponer con más amplitud esas ideas en el libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, publicado el 14 de marzo de 1899, que es su texto más conocido.

5. Esa interrogante fundamental atraviesa nuestro libro: Beatriz Stolowicz (Coord.), *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*. Bogotá, Ediciones Aurora, noviembre 2007.

¿qué se conserva y qué se cambia si no hay un fin hacia donde se busca llegar?⁶.

Es que el binomio reforma/revolución implica desde su formulación más abstracta un conflicto, o al menos una tensión entre: a) un cambio de forma (re-forma) que no altera los elementos constitutivos, y sus relaciones, que dan permanencia o continuidad a una estructura o sistema; b) la destrucción-reconstrucción de esos elementos constitutivos y de sus relaciones, que dan lugar a una nueva estructura o sistema.

Decía Rosa, con razón, que: “...en cada período histórico la lucha por las reformas se lleva a cabo solamente dentro del marco de la forma social creada por la última revolución. He aquí el meollo del problema”⁷. Es decir, que las reformas operan en el marco del cambio estructural producido anteriormente. Por ello, hay re-formas que son necesarias precisamente para mantener estable una estructura o sistema, para perpetuarla. También es verdad que ciertas re-formas pueden producir su debilitamiento o inestabilidad si modifican la función o situación de uno o varios elementos respecto a los otros. Es así que hay reformas que sin alcanzar a modificar la estructura o sistema pueden tener una potencialidad revolucionaria: todas aquellas que acrecientan el poder social, económico, político y cultural de los dominados tienen esa potencialidad revolucionaria, pero en tanto ese poder acrecentado se dirija a cambiar el orden dominante existente. Como también es cierto que toda revolución permanece y avanza con reformas. Sólo el análisis histórico-concreto puede dar respuesta a esas distintas posibilidades.

Debe decirse, sin embargo, que en la formulación de Bernstein de que “el movimiento lo es todo” estaba implicado un fin. Eso es así en todo pragmatismo, que nunca es neutro. El fin de Bernstein no era el socialismo –que para él “no significa nada”– sino el de conservar al capitalismo, al que admiraba como fuerza de “desarrollo”. El “movimiento” es el desarrollo del capitalismo con sus eventuales reformas. Como sabía que los capitalistas condicionan la redistribución del excedente a mantener inalterada su ganancia, con pleno respeto a esos condicionamientos capitalistas planteaba que el eje del programa de la socialdemocracia debía ser el de actuar a

6. Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (edición crítica en 6 tomos), México, Ediciones Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999, tomo 4. El término *reformismo*, dice Gramsci, es el nombre que el “lenguaje moderno” da a ese concepto que anteriormente se calificaba como moderacionismo político. p. 205.

7. Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*, ob. cit., p. 89.

favor del “crecimiento económico”, del “crecimiento de la producción y la productividad”⁸. En ese objetivo fundamenta la conciliación de clases. El sindicato, dice, es un necesario “órgano intermedio de la democracia”, y es “socialista” porque promueve el bienestar general y no sólo el interés de sus miembros. Tiene que ser “responsable”, por eso la socialdemocracia no promueve una política que “abotague el sentimiento de responsabilidad social [convirtiendo a] la población en pordioseros”⁹. El sindicato es útil porque disciplina las demandas obreras en beneficio del crecimiento económico: “los trabajadores saben muy bien hasta dónde pueden llevar sus reivindicaciones”. Saben –continúa– que “Un aumento de los salarios que lleve a un aumento de los precios no significa, en determinadas circunstancias, una ventaja para la colectividad, sino que más bien acarrea efectos más dañinos que beneficiosos”¹⁰. Y han aprendido, dice Bernstein citando a los fabianos Sidney y Beatrice Webb, que la democracia industrial (en la que los trabajadores adoptan como propio el interés del capital) les exige también “renunciar al democratismo doctrinario”, es decir, “al mandato imperativo, a los funcionarios no remunerados, a órganos centrales sin poder, para ganar eficacia”¹¹. La tarea de la socialdemocracia es mantener el orden¹².

Bernstein había adherido a la doctrina liberal, y su inspiración eran los profesores de economía neoclásicos en boga. Es con esos argumentos neoclásicos que formula la “revisión” de la teoría de Marx y Engels. Decía que era necesario hacer correcciones a la teoría para hacerla avanzar “desde el punto donde ellos la dejaron”, y de ese modo superar los “errores de la socialdemocracia alemana”. Se presentaba como un *renovador* de las ideas de Marx, que tenían enorme prestigio en la Segunda Internacional. Para tener credibilidad y hacer más efectiva su influencia, utilizó como principio de autoridad su antigua amistad con Engels. Pero comenzó a publicar sus críticas revisionistas en 1896, pocos meses después de la muerte de Engels, que ya no podía responderle. Bernstein admitió que la espera

8. Eduard Bernstein, “Prefacio al décimo millar” de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, ob. cit., p. 101.

9. Eduard Bernstein, *Problemas del socialismo*, ob. cit., p. 46.

10. Eduard Bernstein, *Premisas del socialismo*, ob. cit., pp. 214 y 215.

11. *Ibidem*, p. 230.

12. Dice Bernstein: “El socialista no puede valorar satisfactoriamente la actual emigración del campo a la ciudad que concentra las masas de trabajadores, siembra la rebelión y promueve la emancipación política”. *Ibidem*, p. 211.

para publicarlas había sido deliberada¹³. Rosa Luxemburg asumió la tarea.

Siguiendo a los neoclásicos desde su postulado de equilibrio de mercado, Bernstein negó la validez de la teoría del valor de Marx, y desde allí negó la explotación, negó la tendencia a la concentración del capital, negó la contradicción entre producción y realización del plusvalor y la inherente tendencia a las crisis; los monopolios y los cárteles eran para él una superior organización “socializada” de la producción que garantizaría el desarrollo (“crecimiento”) capitalista constante y en ascenso, y que junto a la expansión del sistema bancario darían al capitalismo una capacidad ilimitada de adaptación y corrección de desequilibrios; la “ampliación” de la propiedad capitalista mostraba la vocación distributiva del capitalismo, de modo que la socialdemocracia debía favorecer ese crecimiento y acelerar esas tendencias virtuosas presionando desde los sindicatos y el parlamento por reformas, para impedir los excesos que pudieran cometer algunos miopes industriales individualistas. Asimismo, la socialdemocracia debía acompañar las acciones para expandir internacionalmente ese crecimiento (guerra e imperialismo). Eso era el “socialismo”.

En 1930, el italiano Carlo Rosselli mantenía esa argumentación sobre la potencia virtuosa del capitalismo -¡en medio de la Gran Depresión!- y reconocía el papel precursor de Bernstein. Pero decía Rosselli que el Socialismo Liberal debía dar un paso adelante respecto a Bernstein, quien había quedado atrapado tratando de fundamentarlo como una renovación del marxismo cuando en realidad era liberalismo; y que lo que correspondía era liberar al socialismo de las “escorias del materialismo histórico incrustadas en él”¹⁴.

El capitalismo se reforma

Bernstein era una expresión exitosa del constante empeño de los ideólogos del capitalismo por influir en el pensamiento socialista mediante el falseamiento del marxismo, que observamos hasta nuestros días. Pese a los intentos por hacerlo desaparecer, su fuerza explicativa del capitalismo

13. Eduard Bernstein, “Prefacio a la primera edición” de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, ob. cit., p. 99.

14. Carlo Rosselli, *Socialismo liberal* (1930), México, Editores Mexicanos Unidos, 1977, pp. 108-112. El socialliberal y anticomunista Carlo Rosselli fue opositor a Mussolini. Fue el gran mentor de Norberto Bobbio (véase la entrevista a Norberto Bobbio de Luiz Carlos Bresser-Pereira: “Bobbio defiende compromiso entre liberalismo e socialismo”, publicada en *Folha de Sao Paulo, Mais!*, el 5 de diciembre de 1994).

nunca pudo ser negada. Una forma de inutilizarlo en su potencia crítica, teórica y política, ha sido tergiversar las ideas de Marx para ridiculizarlas como positivistas, mecanicistas, mesiánicas, utópicas, etcétera. Otra forma, como la que inició Bernstein, es una burda pero no siempre evidente fusión de las ideas de Marx con la teoría económica burguesa en una suerte de *marxismo neoclásico*, que tuvo diversas expresiones en la socialdemocracia de mediados del siglo XX, y que reaparece bajo nuevas formas en el autodenominado *marxismo analítico* desde la década de 1980. Hay que cuidarse también de los repentinos *redescubrimientos* de Marx –como ocurre actualmente tras el estallido de la crisis capitalista– puestos al servicio de los ajustes buscados por el capitalismo para perpetuarse, que hacen un uso a modo de Marx para aparecer como posturas “alternativas” sin salirse del sistema.

Gramsci conceptualizó estas estrategias ideológicas dominantes como *revolución pasiva* y más expresivamente como *restauración positiva*, en la cual identifica tres aspectos: a) la transformación del capitalismo con nuevas formas de reproducción del capital; b) la apropiación por parte de la clase dominante de aspectos del programa de los dominados despojándolo de sus objetivos antiburgueses; y c) el papel de los intelectuales del sistema para extender su hegemonía sobre los intelectuales que representan un proyecto antagónico.

Bernstein era producto e instrumento de la revolución pasiva con que el capitalismo enfrentó su crisis general de 1873. Para lo cual, el gran capital debió poner fin a la era de librecompetencia que comenzó en 1850-60. Y que, con la redistribución del poder colonial, con el proteccionismo y la organización empresarial que impulsaron la expansión imperialista, desde 1896 le permitió pasar rápidamente de una fase de depresión a otra de gran prosperidad: “*la belle époque*”, interrumpida por la primera guerra. El gran capital negó al liberalismo económico en aras de su “progreso”. Pero era una prosperidad que no todos disfrutaban de la misma manera. Para la clase obrera, las fases de depresión y auge tuvieron efectos distintos pero ninguno la benefició: eran pobres. Esto explica el aumento de las tensiones sociales con algunos estallidos antes de 1913; la existencia de un sindicalismo cada vez más numeroso y activo que se formó en los años de depresión; y que a finales de la década de 1880 ya hubiera importantes partidos socialdemócratas en casi todos los países, que crearon la Internacional Socialista (la Segunda Internacional) en 1889, en el centenario de la Revolución Francesa. Entre sus objetivos inmediatos estaba la lucha por

la jornada de 8 horas; convocó a una jornada internacional de lucha con suspensión del trabajo, que se concretó con bastante éxito el 1 de mayo de 1890, el primer Primero de Mayo. Sobre todo después de la revolución en Rusia en 1905, la burguesía entendió que la estabilidad de su expansión exigía atender algunas de esas demandas, al tiempo de intensificar la ofensiva ideológica para alejar al movimiento obrero y socialista de sus ideas anticapitalistas y revolucionarias. Debe tenerse presente que las reformas sociales fueron llevadas a cabo por gobiernos conservadores, no por los liberales, como un medio para salir de la crisis e integrar a los trabajadores en sus planes expansivos, incluidos los preparativos bélicos que estallaron en 1914¹⁵.

El capitalismo se reformaba para perpetuarse. Por eso, en el aforismo “el movimiento lo es todo” estaba matizada una dirección prefigurada por las clases dominantes. Era un cambio de la organización capitalista necesaria, pero no espontánea, como pretendió Karl Polanyi en *La gran transformación*¹⁶, libro en el cual se exhibe como un ideólogo orgánico del social-conservadurismo y del imperialismo, no obstante que su crítica moral a los efectos del liberalismo económico es contundente. Pero el triunfo y consolidación del programa reformista de la socialdemocracia tuvo que pasar primero por *la gran destrucción*.

Y el capitalismo volvió a reformarse, para perpetuarse, en la nueva crisis general de 1973-75; esta vez en dirección contraria, reestructurándose bajo las premisas del neoliberalismo. Ya a mediados de la década de los noventa, durante las crisis financieras de 1995 y 1997, y en un entorno de creciente ingobernabilidad –de pérdida de eficacia de la dominación–, en los círculos oficiales capitalistas se advertía sobre la necesidad de iniciar un nuevo movimiento “pendular” para perpetuarse: el *posliberal*. Desde entonces comenzó una nueva revolución pasiva de apariencia *progresista*, que ha buscado neutralizar los rechazos al capitalismo e incidir en los contenidos de las reclamadas *alternativas*. La crisis general del capitalismo desde 2008 –que no es ajena a esos cambios posliberales– es un terreno aún más propicio para reformismos oficiales que se apropien discursiva-

15. Un acucioso estudio de este período se encuentra en Eric Hobsbawm, *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Editorial Labor, 1989.

16. Karl Polanyi. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (1944), México, Fondo de Cultura Económica, 2003. Su tesis de que el antiliberalismo fue un movimiento pendular espontáneo es sintetizada en la afirmación: “El *laissez-faire* se planeó; la planeación no”, p. 196.

mente de los reclamos populares de cambio e influyan sobre la izquierda. Lo que está por verse es cuánto puede seguir reformándose el capitalismo y de qué manera, como comentaré más adelante.

El capitalismo se re-forma, pero esto no significa que las reformas burguesas sean siempre en una dirección que pueda empalmar con las aspiraciones populares y con la “reforma social”, aunque se hagan para recuperar la estabilidad de su dominio. En esos casos, la revolución pasiva es mucho más perversa porque no se apropia de partes del programa de las clases subalternas, como veía Gramsci en aquellos años, sino que se apropia de su lenguaje solamente, que vaciado de los contenidos que le asignan las clases subalternas se usa para legitimar reformas anti populares.

Esta expropiación-falsificación del lenguaje es posible tanto por la “explicación” que dan los ideólogos del capitalismo a su “vocación reformista”, como por el lugar que ocupa la idea de reforma en el imaginario popular, que asimila reforma en el capitalismo a reforma social.

Como ya he señalado en otro lugar¹⁷, las clases dominantes han “teorizado” la historia del capitalismo como un constante movimiento pendular de ajustes y reequilibrios, de sucesivas correcciones de anomalías o excesos que lo devuelven a sus equilibrios, y a su normalidad como “progreso”. Las oscilaciones pendulares siempre son cambio para regresar, siempre se está dentro del capitalismo. Cada uno de estos movimientos habría sido la respuesta necesaria y, por lo tanto realista –de lo cual derivaría su moralidad– para corregir excesos y restablecer la salud del sistema; habrían sido todas, por lo tanto, reformas *inevitables* (o “espontáneas”: como los librecambistas atribuían al *laissez faire*, y como en sentido contrario Karl Polanyi atribuyó al proteccionismo). Al devolverle la salud al sistema, cada una de esas reformas habría sido en su momento la alternativa “progresista”, precisamente por “necesaria”, “moral”, e “inevitable”. Desde la década de 1860, cuando la crítica marxista al capitalismo y su objetivo político para superarlo van acrecentando su influencia, los ideólogos del capitalismo agregan, a la teoría del péndulo, el juego de oposición en tríadas. Porque para preservar al capitalismo, además de tener que cuestionar una modalidad de reproducción que lo estaba desequilibrando, necesitaban al

17. Retomo aquí algunos fragmentos de lo dicho en “Los desafíos del pensamiento crítico”, conferencia impartida en octubre de 2007 en Bogotá, en la celebración del 40 aniversario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), publicada en *Periferias*, n° 115, Buenos Aires, 2007; *Cuadernos de Nuestra América*, n° 41, La Habana, 2008; y *Contexto Latinoamericano*, n° 8, México, 2008.

mismo tiempo enfrentar al marxismo que quería destruirlo. Frente a los dos factores de desestabilización, la corrección burguesa se presenta como la “tercera posición”. Cada momento de crisis real o potencial del sistema cuenta con su tercera vía: la solución *razonable* frente a los dos extremos desestabilizadores. La lógica de la tríada hace aparecer al “nuevo tercero” como el “centro progresista”, el que permite superar el estancamiento y retomar el camino del progreso. Cada tercera vía burguesa, para imponerse, desarrolla intensos debates al interior de las clases dominantes para convencerlas de la necesidad de ese cambio, y desde luego dirige ese debate hacia el resto de la sociedad para construir un nuevo consenso en torno a los objetivos dominantes.

La simplicidad de esa *explicación* hace aparecer como lo esencial de cada movimiento *pendular* a la “desaparición” o “reaparición” del Estado como “agente económico”. Este argumento nace de la doctrina liberal, que establece una distinción ontológica entre mercado y Estado que, en palabras de Gramsci, “de distinción metodológica es convertida en distinción orgánica y presentada como tal”¹⁸. La dicotomía entre mercado y Estado presupone su exterioridad: el Estado como “agente económico” es un ente distinto y externo al mercado sea en una relación de complementariedad o de contradicción. Debe consignarse, por lo demás, que esa formulación dicotómica entre mercado y Estado ha persistido porque da razón de ser, correlativamente, a la existencia autónoma de la Economía y de la Ciencia Política como disciplinas académicas.

La explicación pendular de la historia del capitalismo y sus reformas con “menos” o “más Estado” ha tenido como eje del debate doctrinario en la clase dominante la defensa o crítica del *laissez faire*. La retórica doctrinaria del *laissez faire* parte del supuesto de un *no-Estado* o *Estado mínimo* porque sólo admite la función jurídico-coercitiva del Estado, como una actividad institucional externa al mercado, que por ello es “libre”. Sucede que el Estado es un “agente económico” también mediante las acciones legislativas, jurídicas y coercitivas, que son constitutivas de las modalidades de creación de riqueza, de su realización y apropiación. El discurso doctrinario del *laissez faire* ha sido siempre un recurso ideológico-político para eliminar las trabas estatales a la imposición irrestricta de los objetivos del capital, un recurso discursivo de los *arditi* de la burguesía. Pero los neoliberales, como Hayek, siempre han reconocido la imprescindible intervención del Estado

18. Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, ob. cit., pp. 40-41.

“para la competencia”¹⁹. En su cruzada contra las funciones sociales del Estado capitalista de bienestar conquistadas por las presiones populares, los economistas liberales caracterizaron al Estado como “agente económico” sólo en cuanto productor-proveedor directo de determinados bienes y servicios, lo que rechazaron en tanto transfería parte del excedente a los no propietarios. La reestructura neoliberal del capitalismo condujo a que el Estado abandonara aquella función y ese propósito, pero no significa que haya dejado de ser un “agente económico”: el Estado en el neoliberalismo es un activo agente económico también para la “redistribución del ingreso” sólo que transfiriéndolo de los de menor ingreso a los de mayor ingreso, utilizando para ello instrumentos impositivos, mediante precios y tarifas, en la asignación del gasto público, con intervenciones de promoción y financiamiento directos al capital, y con mecanismos económicos y extraeconómicos de disciplinamiento y despojo a los trabajadores. La reestructura neoliberal del capitalismo implica la “privatización” del Estado pues convierte al interés minoritario del capital en *interés general* (“público”), incluso cuando no se modifica el status jurídico de “propiedad estatal” de sus organismos o empresas. Esta fusión público-privado (capitalista) en los fines del Estado es el origen del descomunal *patrimonialismo estatal* burgués en el neoliberalismo, que no se trata de mera “corrupción” (ni que pueda ser superada con mera “transparencia”).

No son movimientos que dan por resultado “más” o “menos” Estado. Los “ajustes pendulares” del capitalismo tienen lugar, en realidad, para contender con la contradicción inherente a un sistema que tiene como objetivo y motor la ganancia, cuya obsesión de crear-expropiar y realizar plusvalor es la que sustenta la producción y circulación ampliadas y no la creación de valores de uso en función de necesidades sociales. El desajuste entre la producción-expropiación de plusvalor por un lado, y su realización por el otro, es el que conduce a las crisis de sobreproducción de plusvalor. De ahí que los movimientos de “reajuste” se propongan durante las crisis capitalistas.

Contra la falsificación que se ha hecho de Marx como un *teórico del desarrollo* capitalista, admirable por su incesante desarrollo de las fuerzas

19. Ya desde *Camino de servidumbre* (1944), decía Friedrich von Hayek: “La cuestión de si el Estado debe o no debe ‘actuar’ o ‘interferir’ plantea una alternativa completamente falsa, y la expresión *laissez faire* describe de manera muy ambigua y equívoca los principios sobre los que se basa una política liberal. Por lo demás, no hay Estado que no tenga que actuar, y toda acción del Estado interfiere con una cosa o con otra. Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 113.

productivas, él consideraba al capitalismo como una “fuerza destructiva” de todo lo que lo limita, por lo tanto “revolucionaria”, que derriba todas las barreras que se le presentan: la naturaleza, los territorios, las necesidades humanas, las leyes, las costumbres. “Por primera vez, la naturaleza se convierte puramente en objeto para el hombre, en cosa puramente útil; cesa de reconocérsele como poder para sí; incluso el reconocimiento teórico de sus leyes autónomas aparece sólo como artimaña para someterla a las necesidades humanas, sea como objeto del consumo, sea como medio de la producción”. E irónicamente lo reafirmaba así: “*Hence the great civilising influence of capital*”. Pero esas barreras no son superadas realmente –continúa– porque con su expansión universal los capitales vuelven a ponerlas, con nuevas contradicciones: “La universalidad a la que tiende sin cesar, encuentra trabas en su propia naturaleza, las que en cierta etapa del desarrollo del capital harán que se le reconozca a él como la barrera mayor para esa tendencia”. La tendencia a las crisis de sobreproducción es consustancial a la naturaleza del capital a “saltarse las barreras”, porque necesita constantemente “plus-trabajo”, “plusproductividad” y “plusconsumo”. Pero el plusconsumo está en contradicción con el plustrabajo que crea plusvalor: el capitalista ve a los otros asalariados como consumidores, pero con los suyos busca reducir el trabajo necesario y con ello su fondo de consumo. El capital rompe permanentemente “las proporciones” por la “coerción a que lo somete el capital ajeno”, es decir, la competencia. El consumo insuficiente del plusproducto significa que esas fuerzas productivas son superfluas. Por eso, la tendencia expansiva del capital es un constante “poner y sacar fuerzas productivas”: la “tendencia universal” del capital es a ponerlas, del lado de la oferta (libre cambio), y ésta se enfrenta a la “limitación particular” del consumo insuficiente del plusproducto, que busca sacar fuerzas productivas, “ponerles un freno con barreras externas y artificiales, por medio de las costumbres, leyes, etc.” (o *regulaciones*, como se dice actualmente). Pero el capital busca romper nuevamente esas barreras y vuelve a crear fuerzas productivas superfluas (desvalorización), y una vez más tiene que enfrentarse a una “disciplina que le resulta insoportable, ni más ni menos que las corporaciones”. Por eso, dice Marx: “en contra de lo que aducen los economistas, el capital no es la forma absoluta del desarrollo de las fuerzas productivas”. En la crisis general de sobreproducción, -que “tiene lugar con respecto a la valorización, *not else*”- la contradicción fundamental se da entre el capital industrial y el capital de préstamo: “entre el capital tal cual se introduce directamente en el proceso de producción, y el capital tal cual se presenta como dinero,

de manera autónoma (relativamente) y al margen de ese proceso”, entre los cuales también se rompen las proporciones²⁰.

En ese conflicto entre “poner y sacar plusvalor” se dan contradicciones entre el interés individual del capitalista que pugna por “ponerlo”, y quienes buscan preservar al capitalismo como tal y para ello plantean restricciones o regulaciones, buscando que el Estado represente el interés general de la clase. Esas regulaciones no hacen al Estado menos capitalista o menos conservador. Cuando criticando al *laissez faire* (que ni los neoliberales de verdad esgrimen), los *posliberales* apelan a “más Estado”, aclaran que no es un Estado “más grande” como productor-proveedor de bienes y servicios que fuera a redistribuirlos a los de menor ingreso, sino “más eficaz para fortalecer al sector privado”, reclamándole mayor efectividad para dar seguridad económica, jurídica y política a la acumulación capitalista y a la estabilidad del sistema, lo que desde luego favorece la concentración y la centralización del capital.

Sin embargo, la teoría del péndulo hace aparecer las reformas como un permanente movimiento de retorno a un mismo punto de equilibrio. Oculta que en cada movimiento de “ajuste y corrección” para lograr mayores ganancias (ese es “el progreso”) hubo un cambio cualitativo en una mayor concentración y centralización del capital, no un punto de retorno. Los distintos grados de concentración y centralización del capital producen contradicciones de naturaleza e intensidad distintas, y cambia también la capacidad del sistema para enfrentarlas o absorberlas. No es una oscilación con sucesivos (“post”) movimientos que se repiten (“neo”), aunque es constante el objetivo de la ganancia y la conservación del sistema. Y aunque los ideólogos capitalistas recurran con muy poca originalidad a los argumentos previos para justificar las *reiteraciones pendulares*.

El “ajuste pendular” requiere de la modificación de las relaciones de poder existentes para poder llevarse a cabo, y las profundiza tras su concreción, lo que para el capitalismo supone una dialéctica propia de reforma/revolución. Empero, la disciplina económica caracteriza a cada una de esas reformas como un cambio de “instrumentos de política económica”, como si se tratara exclusivamente de asuntos técnicos, lo que otorga a los ideólogos del capitalismo un amplio margen de maniobra política, discursiva e ideológica.

20. Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* 1857-1858, tomo I, México, Siglo XXI Editores, 1971 (primera edición en castellano), pp. 362-367 y 402.

El *librecambio* se ha impuesto tanto en el siglo XIX como en el XX con represión y conservadurismo político (tras 1848 y en la década de 1970), porque ese “poner y realizar plusvalor” exige debilitar la fuerza social y política del trabajo frente al capital. La reestructuración neoliberal se impuso con una *contrarrevolución* social y política, y se estabilizó con *reformas*: recuérdese que en la década de 1990 desde el FMI se habló de una “revolución silenciosa” que se llevaba a cabo con la “reforma estructural”, la “reforma del Estado”, etcétera.

Por su parte, la reforma capitalista ha convergido con la reforma social sólo cuando ésta ha sido útil para la acumulación y cuando ha tenido un papel político preventivo –es decir, conservador más allá de los perfiles doctrinarios de quienes la propusieran– en lo que ha contado la lucidez de ciertos ideólogos para asumir la dimensión política de la estabilización del sistema.

John Maynard Keynes escribió *El fin del laissez faire*²¹ en 1926, tras la primera huelga general (*The Great Strike*) en la historia de Gran Bretaña, de nueve días en solidaridad con la huelga de los mineros, para criticar la miopía de los “capitanes de la industria” y sus economistas, cuestionar las vacilaciones de los reformadores “anti *laissez faire*”, y para advertir al mismo tiempo contra el riesgo de que avanzaran las posiciones socialistas. Siendo un liberal partidario del libre comercio y un abierto opositor a la izquierda y a la igualdad social, defendía un *camino intermedio* en el que el Estado debía cumplir un papel complementario al mercado contribuyendo al éxito de la empresa privada. Dos décadas después, entre 1942 y 1946, cuando la URSS emergía triunfante de la segunda guerra mundial y con un enorme prestigio en occidente, el economista conservador Joseph Schumpeter –que tenía discrepancias teóricas con Keynes– llamaba a salvar al capitalismo con una democracia de élites que lo impermeabilizara de las demandas e ideas igualitaristas, y que fuera “administrado” por un “socialismo responsable”²² no antagónico con el capitalismo, que absorbiera conflictos mediante algunas reformas sociales. Aclarando que si bien podía interferir su desenvolvimiento económico en el corto plazo con políticas de distribución del ingreso, sería en el largo plazo un factor de

21. John Maynard Keynes, *The end of laissez-faire*, Hogarth Press, julio de 1926. Publicada por la Von Mises Foundation en su página electrónica.

22. Joseph A. Schumpeter. *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942, con un capítulo agregado en 1946) Barcelona, Ediciones Orbis, 1983, pp. 454-466.

control social y antídoto contra las revoluciones anticapitalistas. En una fase de expansión del capitalismo industrial, ese reformismo social conservador era compatible con la acumulación y necesario para hacer frente a las luchas y presiones populares.

Por eso, es correcto que en el imaginario popular se identifique la reforma social con sus luchas y conquistas. El problema radica en suponer que toda alusión a la reforma hecha por los ideólogos burgueses sea invariablemente a favor de los intereses populares, lo que da una enorme ventaja a los dominantes para apropiarse del lenguaje y símbolos de los dominados.

En América Latina, en efecto, la idea de reforma fue asociada a cambios radicales, pues en la primera mitad del siglo XX las reformas sociales se lograron como parte de las luchas antioligárquicas protagonizadas por las clases populares en alianza con sectores medios (la Reforma Universitaria de 1918 es expresiva de ello). El reformismo social avanzó allí donde la burguesía latinoamericana que se desarrolló conduciendo políticamente el desplazamiento de la oligarquía del Estado, lo hizo también enfrentada a las presiones imperialistas o sorteando esas presiones en el contexto de la Gran Depresión y las guerras. Esa burguesía fue proclive a las reformas sociales para reafirmar su propio papel económico y su función dirigente, y con ello se convirtió en burguesía nacional, no por su origen geográfico sino porque asumía que su desarrollo estaba vinculado al de las clases no propietarias como productoras y consumidoras para crearse un mercado interno. Aunque no se anuló la lucha de clases, en varios países la concertación política con la burguesía se dio en torno a un nacionalismo no anticapitalista, que marcó diferencias con el antimperialismo de las fuerzas comunistas y socialistas revolucionarias. A partir de la década de 1950, la reactivación del mercado mundial bajo la nueva hegemonía imperialista de Estados Unidos canceló en su “patio trasero” latinoamericano los espacios de autonomía relativa de la burguesía nacional, cuya existencia y expansión dependió de su creciente subordinación económica y política al capital imperialista, agotando su ideología reformista e intensificando su papel de gendarme.

La idea de *reforma* pasó entonces a pertenecer exclusivamente a la semántica popular. Las luchas para preservar las reformas sociales conquistadas, o para avanzar en otras nuevas, intensificaron un antimperialismo con mayor contenido anticapitalista, asociado, como necesidad, con la revolución emancipadora, con el potente estímulo de la Revolución Cubana. Ese era un objetivo compartido por todas las vertientes de la izquierda,

pero que fueron diferenciándose en la definición de las formas de lucha para alcanzarlo.

Cuando se convirtió en un debate táctico

Mientras que en su origen el debate sobre “reforma o revolución” en el movimiento socialista europeo no era táctico, no era de medios sino de fines, el que se dio en América Latina en la segunda mitad del siglo XX, entre quienes compartían los fines, se convirtió en un debate táctico de una trágica esterilidad. Pletórico de reduccionismos y falsas dicotomías, tuvo efectos perdurables en las dificultades analíticas de la izquierda, que fueron convenientemente explotadas por la derecha.

En la década de 1960, la línea divisoria no pasaba por diferencias sobre la posibilidad de construir el socialismo en el seno del capitalismo dependiente por medio de reformas, o la necesidad de superar al capitalismo revolucionando todos sus cimientos, sino en las “vías de la revolución”. De ser ésta una discusión táctica obligatoriamente acotada a las circunstancias histórico-concretas de cada país, fue convertida en una supuesta definición estratégica y hasta ética de carácter general. En muy pocos países se logró zanjar las diferencias y avanzar en una sólida unidad de izquierda, lo que en la mayoría tuvo efectos negativos en la capacidad para enfrentar la contrarrevolución capitalista de la década de los setenta y ochenta.

Esas limitaciones analíticas tuvieron efectos perdurables para enfrentar la fase de estabilización de las transformaciones regresivas dominantes, en la que la derecha incorporó el vocablo “reforma” en sus estrategias conservadoras. Muy significativamente, en la década de 1990, cuando el ascenso de las luchas populares contra el neoliberalismo se expresa en avances electorales y en la conquista de importantes espacios institucionales en parlamentos y gobiernos locales por la izquierda latinoamericana, en ésta aparecen confrontadas posturas que corresponden esencialmente a las que enfrentaron a Rosa Luxemburg y Eduard Bernstein. Y se proyectan al nuevo siglo cuando la izquierda conquista gobiernos nacionales.

Tras la derrota electoral de la revolución sandinista después de una sangrienta contrarrevolución, y el fin de la dictadura de Pinochet mediante elecciones, ambos en 1990; de la derrota de Sendero Luminoso en Perú por el gobierno de Fujimori; así como las negociaciones de paz en Guatemala y entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el gobierno derechista de Arena en El Salvador en 1992, que completaron el

cuadro de “transiciones a la democracia”, la derecha proclamó eufórica la resolución definitiva de aquel debate de los sesenta en América Latina, y no pocos izquierdistas así lo entendieron. La derecha tendió una trampa a la izquierda explotando sus errores analíticos.

La utopía desarmada de Jorge G. Castañeda (1993)²³ fue un instrumento para ello. Con ese sugerente título, si bien en un sentido aludía al “desarme” ideológico de la “utopía” de izquierda por el desmoronamiento del “socialismo real”, más literalmente se regodeaba con el “fracaso” de la lucha armada y con la conversión de los antiguos guerrilleros en pacíficos demócratas y hasta en prósperos empresarios; y que habiendo superado su infantilismo anterior admitían la *teoría de los dos demonios* que explica la brutal contrarrevolución de los setenta y ochenta como respuesta lógica del sistema a las acciones armadas. El parteaguas entre la “vieja” y esa “nueva izquierda democrática” quedaba confirmado como regla por las excepciones de la revolución cubana y de las fuerzas insurgentes colombianas, cuyas respectivas caída y derrota vaticinaba inminentes. Estos argumentos gozaron de aceptación entre numerosos segmentos de la izquierda durante la década de los noventa hasta que, en el nuevo siglo, el inédito proceso bolivariano en Venezuela cambió los términos del debate “reforma o revolución”. Y además Castañeda dejó de ser citado cuando se exhibió como prohombre de Estados Unidos, no tan sólo de la Tercera Vía neodemócrata representada por William Clinton sino del gobierno de George W. Bush, desde su cargo de canciller mexicano (2000-2003) en la presidencia de Vicente Fox.

En la década de los noventa, el debate reforma/revolución en América Latina era sobre fines pero todavía encubierto por una discusión sobre medios. Dada ya por descartada la cuestión de las vías, la discusión sobre los objetivos también estaba “resuelta” por la autoexclusión de la “revolución” tras el derrumbe del “socialismo real” que había sido su “materialización”. Desaparecido el “modelo” como meta, en los términos de Bernstein parecían evidenciarse tanto los errores de las *premisas* del socialismo revolucionario, como la validez de las *tareas* para promover la reforma del capitalismo para moralizarlo, en lo que *el movimiento lo sería todo*. El término pragmatismo entró en el vocabulario virtuoso de la izquierda latinoamericana, como sinónimo de incrementalismo realista en un capitalismo

23. Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilema y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1993.

“nuevo” que se había renovado con la “era del conocimiento”²⁴ que, se decía, había modificado las condiciones económicas y sociales en las que se basaban las *premisas* del socialismo revolucionario decimonónico, y había encontrado mecanismos adaptativos irreversibles. Paradójicamente, muchos de los neo-bersteinianos²⁵ –conscientes o *de facto*– reivindicaban también a Rosa Luxemburg, pero en sus debates con Lenin respecto a los problemas de la democracia en el socialismo soviético, con una racionalización *a posteriori* del stalinismo. Así, sólo quedaba como opción el “socialismo liberal”.

Las nuevas adhesiones liberales se argumentaron como rechazo a las vulgarizaciones del marxismo y a las fallidas críticas que se les hicieron desde la anterior “nueva izquierda”²⁶, pero expresaban fundamentalmente la influencia de los ideólogos del capitalismo, que lograron imponer sus “explicaciones” sobre aquellos errores y “llenar esos vacíos” con sus propias “alternativas”.

El actual estallido de la crisis general del capitalismo parecería reconducir el debate al demostrar, una vez más, la falsedad de los postulados de Bernstein sobre la capacidad permanente del capitalismo para desarrollarse

24. Los ideólogos de la derecha exaltaron los nuevos conocimientos como el único factor productivo dinámico, no agotable, que internamente desplaza la pugna por la distribución de la renta con la concertación colectiva como intercambio de conocimientos entre “agentes” (entre ellos los trabajadores); y que externamente desplaza la pugna en torno a la distribución de la renta proveniente de los recursos naturales con el esfuerzo por incrementar la competitividad, la productividad y la modernización tecnológica. Así lo planteaba el presidente del BID, Enrique V. Iglesias, en su libro *Reflexiones sobre el desarrollo económico. Hacia un nuevo consenso latinoamericano*, Washington DC, Banco Interamericano de Desarrollo, 1992.

25. Los neo-bersteinianos deslindan de la postura belicista de Bernstein calificándola como una desviación de derecha, pero adoptan su revisionismo con sus consecuencias prácticas de aceptación del capitalismo reformable.

26. El embrollo taxonómico es correlativo a los reduccionismos analíticos. Anteriormente, se autodenominaron “nueva izquierda” quienes a partir del tema de las vías rompieron con los partidos comunistas por considerarlos la “vieja izquierda reformista”, aunque compartían el objetivo anticapitalista. En la década de los noventa, por el contrario, la “nueva izquierda” es la que renuncia a la revolución (“violenta”) y se hace “democrática” (“pacífica”), integrándose pragmáticamente a las reglas del juego institucional del sistema; además del reduccionismo de lo democrático a lo institucional, se presupone la inviabilidad del anticapitalismo. Sobre todo después del levantamiento zapatista en 1994, aparece otra denominación de “nueva izquierda” en la “izquierda social”, caracterizada en ocasiones por la diversidad de sujetos “no clasistas” que la componen (indígenas, mujeres, ambientalistas, defensores de derechos humanos, etc.), o por el ámbito y naturaleza de su accionar como basismo y rechazo a los partidos y a las instituciones políticas estatales; en esta denominación de “nueva izquierda”, en algunos casos esos dos tipos de rasgos coinciden con el anticapitalismo y en otros no.

conjurando sus crisis, pero aún dista mucho de cuestionar sus conclusiones sobre las “tareas de la socialdemocracia”. Peor aún, la crisis actual está dando nuevos bríos y auditorios a los promotores de las reformas del capitalismo con algunas regulaciones, que sintonizan discursivamente con la izquierda que proclama el fin del neoliberalismo, al que responsabilizan de los excesos y corrupción del capitalismo (al que, de todas maneras, los posliberales le asignan superioridad sobre “el ineficiente socialismo real” para proveer “bienes materiales y libertad”).

El posliberalismo

La crisis que estalla en 2008 ha puesto a la orden del día la discusión sistémica sobre la necesidad de “reforma” del capitalismo para volver a su punto de equilibrio.

Algunos, desde el campo crítico, han declarado que el neoliberalismo está muerto. Pese al colapso no se piensa en el derrumbe, y domina la idea del necesario ingreso a un post-neoliberalismo, aunque no se sepa en qué consiste eso posterior. La incertidumbre es inevitable porque dependerá de decisiones y relaciones de poder. Pero la dificultad para pensar el futuro en cuanto a direcciones posibles y optar por tratar de recorrer alguna, tiene que ver con la falta de claridad sobre lo que está agotado. No hay acuerdo sobre qué es el neoliberalismo: si es la fase histórica actual del capitalismo pese a lo restrictivo de su denominación, o si sólo es un conjunto de instrumentos de políticas económicas que podrían modelarse en combinaciones distintas a las actuales. La meta y el camino quedan así confundidos entre sí. Entre las muchas interrogantes y tesis que admite esta discusión hoy día, adelanto aquí tres que me parecen significativas y que están vinculadas entre sí: a) ¿La idea misma de pos-neoliberalismo denota una superación de lo que, si no claramente definido, al menos se vive como neoliberalismo?; b) ¿Puede ser superado el neoliberalismo con regulaciones al capital especulativo – visible responsable de la crisis– y favoreciendo al capital productivo de la “economía real”?; c) ¿Puede haber anti-neoliberalismo o estrategias posliberales sin anticapitalismo?

Lo que revela la dificultad actual para caracterizar al neoliberalismo es la enorme influencia que ha tenido la prolongada ofensiva ideológica de los dominantes para imponer el terreno de análisis, al haber definido qué debía y debe entenderse por “neoliberalismo”, y cuáles eran y son las alternativas “posliberales”.

Y esto viene ocurriendo desde hace más de 10 años, desde las crisis

financieras de 1995 y 1997. Ya desde entonces fueron acremente cuestionados los tecnócratas y se reclamó por “más política” y por una intervención regulatoria del Estado; se promovieron *políticas públicas* porque el mercado es “imperfecto”; con caminos “intermedios” o terceras vías: “tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario”; se desarrollaron programas de atención a la pobreza y todo se hacía para generar empleo. Más: el “nuevo Consenso Posliberal” fue oficializado en la Segunda Cumbre de las Américas de 1998 en Santiago de Chile, durante la presidencia de William Clinton, como la estrategia “progresista” para América Latina, para “ir más allá del Consenso de Washington”. Los éxitos de ese *progresismo* explican en alguna medida la crisis actual, aunque las responsabilidades son siempre de “otros”. Pero hoy vuelven a aparecer muchas de aquellas ideas en las discusiones sobre “alternativas posneoliberales”.

No hay espacio suficiente para describir aquí el proceso de gestación y ejecución del Consenso Posliberal, una estrategia articulada entre los centros del poder capitalista –países, empresas transnacionales, instituciones financieras internacionales– y las élites económicas, políticas e intelectuales de América Latina, para lo cual remito a algunos trabajos de mi autoría²⁷. Este proceso demuestra que las “reformas posliberales” se impulsaron para reforzar políticamente a los beneficiarios del denominado Consenso de Washington pese a que se hicieron para “ir más allá” de él. Era una estrategia política para hacer frente a la crisis de gobernabilidad (de la estabilidad de la dominación) que emergía en la segunda mitad de los noventa por el ascenso de los rechazos y resistencias populares en América Latina al neoliberalismo; la crisis financiera de México en 1995, que se extendió a Brasil y Argentina, así como la que estalló en Asia en 1997, configuraban un contexto de mayor inestabilidad económica que agregaba riesgos políticos al capital transnacional en la región. La estrategia incluye una intensa ofensiva ideológica de la derecha para recuperar influencia política y para incidir en los debates sobre “alternativas al neoli-

27. Entre ellos, al texto de 2002: “Estrategias dominantes ante la crisis”, publicado en Naum Minsburg (coord.) *Los guardianes del dinero. Las políticas del FMI en Argentina*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2003, y en *Revista Espacio Crítico* número 1, Segundo semestre de 2004, Bogotá. El texto de 2004: “El posliberalismo y la izquierda en América Latina”, publicado en *Revista Espacio Crítico* n° 2, Enero-Junio de 2005, Colombia. Ambos disponibles en: http://america_latina.xoc.uam.mx. Y el texto de 2005: “La tercera vía en América Latina: de la crisis intelectual al fracaso político”, publicado en Jairo Estrada (Ed.), *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

beralismo”, de modo de hacerlas inocuas para el capitalismo. Esa estrategia posliberal ha pasado por distintos momentos y énfasis, y es evidente que sigue operando refrescada por la crisis de 2008.

La gestación del “nuevo consenso posliberal” comienza claramente en 1996, en el que se multiplican los espacios de elaboración de la élite política, empresarial e intelectual latinoamericana con sus pares europeos y estadounidenses. El “nuevo consenso” cobra relevancia pública desde el Banco Mundial en 1997, tras la llegada de Joseph Stiglitz como Vicepresidente y Economista Jefe del Banco, tras dejar el cargo de Jefe de Asesores Económicos del presidente Clinton. Stiglitz es un ideólogo de la Tercera Vía con la que se impulsó la expansión global de Estados Unidos en los noventa. La publicación por el Banco Mundial del *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación* impacta como el primer manifiesto “antineoliberal” contrario a lo que Soros denominó fundamentalismo de mercado pocos meses después. En septiembre de 1998, el BM publica el todavía más impactante *Más allá del Consenso de Washington. La hora de la reforma institucional*²⁸, dedicado específicamente a América Latina. Sus autores son Guillermo Perry, Economista Jefe para la Oficina Regional para América Latina y el Caribe, y Shahid Javed Burki, vicepresidente de esa comisión. El propósito de estos documentos resulta más nítido a la luz de un texto de noviembre de 1996, mucho menos conocido, elaborado también por Perry y Javed Burki, titulado *La larga marcha*²⁹.

En éste se dice que la euforia por el crecimiento económico que hubo hasta 1993 había terminado con la crisis financiera de 1995, que contenía el riesgo de la salida neta de capitales de América Latina porque no contaban con las seguridades requeridas en los derechos de propiedad. Las reformas de comienzos de los noventa se habían hecho para atraer capital extranjero; pero debían hacerse otras complementarias para retenerlo. Éstas no eran contrarias sino continuación de las primeras. El Estado debía “regular y supervisar” para ofrecer las garantías para un “sano mercado financiero” que no afectara la confianza en la apertura comercial. Para evitar *corridas* bancarias eran necesarios seguros estatales, como el Fondo Bancario de Protección al

28. Shahid Javed Burki y Guillermo Perry, *Más allá del Consenso de Washington. La hora de la reforma institucional*. Washington DC, Banco Mundial, septiembre de 1998.

29. Shahid Javed Burki y Guillermo E. Perry, *The Long March: A Reform Agenda for Latin America and the Caribbean in the Next Decade*, Washington DC, The World Bank, August 1997.

Ahorro que México había implementado recuperando la estabilidad (que por cierto le costó más de 100 mil millones de dólares al país) y medidas para extender la penetración del mercado financiero. Para “proteger” al país de la inestabilidad financiera internacional se necesitaba ampliar el financiamiento interno con la privatización de los fondos de pensiones y seguros. Para asegurar la inversión extranjera en infraestructura y en servicios públicos y sociales, que contribuiría a mantener la necesaria disciplina fiscal, debían reformarse los marcos regulatorios para ampliar la inversión privada y crear fondos estatales de manejo de riesgos. Es decir, que las “regulaciones financieras” se reclaman para fortalecer al capital financiero.

Esa asociación público-privada en infraestructura y en servicios públicos y sociales liberaría al gobierno de ser el proveedor exclusivo o principal, pero el nuevo papel del Estado “en la regulación de la provisión y en garantizar que los proveedores privados no abandonen a los pobres” será un papel “más exigente” que el de proveedor. Sería el ingreso a una época de “posprivatización”, en la que la provisión la harán los privados, “que lo hacen mejor”, con el financiamiento público y sin que esa infraestructura y servicios perdieran el status jurídico estatal. Esta es una de las características del *Estado social de derecho* consagrado por la Constitución de 1990 en Colombia, en cuya elaboración había participado Guillermo Perry como miembro de la Asamblea Constituyente, quien posteriormente fue ministro de Hacienda y Crédito Público del gobierno de Ernesto Samper hasta 1995, cuando pasó al Banco Mundial.

Conviene retener esta idea de asociaciones público-privadas como “posprivatización” porque, supuestamente alejada de la obsesión privatizadora neoliberal, es uno de los ejes del social-liberalismo: desarrollar políticas sociales focalizadas con financiamiento público, con lo que se transfieren inmensas sumas del fondo de consumo de los trabajadores y de los consumidores pobres –vía impuestos al salario, impuestos indirectos y tarifas– al capital que provee los servicios para los extremadamente pobres. Políticas socialliberales que favorecen una mayor concentración del capital, al mismo tiempo que legitiman a los gobiernos y les crean una base social clientelar y desorganizada políticamente.

Para retener al capital externo, continúa *La larga marcha*, habría que avanzar prioritariamente en la reforma del mercado laboral (mayor flexibilización y disminución de costos para el capital); en la reforma jurídica y administrativa que garantizara e hiciera más eficientes los derechos de propiedad del capital; en políticas de atención a la pobreza para reducir la inestabilidad social;

en reformas educativas que generaran “capital humano”³⁰. Y de manera muy importante, en políticas de titulación de tierras para introducir las al mercado inmobiliario, sin decir obviamente que eso favorecerá la apropiación legal de los recursos naturales. Como concepción general de la acción del Estado, Perry y Burki indican que la descentralización es positiva para reducir las presiones sobre el gobierno central, pero que éste debe concentrar más las decisiones económicas fundamentales, sin someterlas al sistema político, máxime en condiciones de ingobernabilidad.

En el Informe del BM de 1997, que se realiza bajo la dirección general de Joseph Stiglitz, se plantea que la benéfica globalización aún no ha concluido, y se da la señal de alarma de que la necesaria apertura económica está en riesgo por posibles reacciones de varios países ante la crisis financiera. Movidado por esta preocupación es que afirma que “La oscilación del péndulo hacia el Estado minimalista de los ochenta ha ido demasiado lejos”³¹. Es responsabilidad del Estado evitar esos peligros mediante un nuevo papel regulatorio con reformas de segunda generación, en las mismas líneas temáticas planteadas por *La larga marcha*. Las acciones deben contemplar las circunstancias políticas de cada país para eludir eficazmente los obstáculos, por lo que deben ser hechas “a la medida” de cada uno, y no de manera uniforme como las han recomendado los tecnócratas del FMI. Esa es la crítica principal que se le hace: en el *cómo*, y no en el *qué*.

En *Más allá del Consenso de Washington*, Perry y Burki sólo mencionan su documento anterior, pero significativamente no incluyen en éste su apología al capital financiero ni demás recomendaciones económicas de aquél, sino que despliegan una potente retórica responsabilizando a los “gobiernos malos” por el síndrome de ilegalidad que no garantiza plenamente la propiedad (déficit legales, burocratismo e ineficacia judicial); la información es insuficiente (transparencia), como también lo es la confiabilidad de la burocracia media y baja (corrupción); persisten las

30. El “capital humano” alude, en la teoría neoclásica, sólo a aquellas habilidades que posee el “factor trabajo” que al mercado le interesa emplear. Tanto los neoliberales como los socialliberales asignan al Estado la función de financiarlas (educación, salud), pero sólo las que interesan al mercado pues de lo contrario ese es un “costo de oportunidad” desperdiciado. La “equidad” liberal o socialliberal, la “igualdad de oportunidades”, consiste en que todos tengan acceso a esas habilidades mínimas, y a partir de ahí dejando librados al desempeño de los individuos en el mercado cuáles sean los resultados en bienestar que alcancen. Con la “posprivatización” posliberal, la “igualdad de oportunidades” es un lucrativo negocio para el capital.

31. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación*, p. 26.

imposiciones de los intereses creados (patrimonialismos particularistas) que se oponen al interés general; los políticos no garantizan sus compromisos porque los subordinan a los vaivenes de los tiempos electorales (clientelismo). Estos altos costos de transacción desalientan la inversión, se debilita el crecimiento, la pobreza no se resuelve. Los gobiernos deberán ser reformados, para lo cual se necesita “fortalecer a la sociedad civil”, típico eufemismo para referirse a los empresarios, además de las señaladas organizaciones no gubernamentales, algunas incluso promovidas por el BM. Muchos de los críticos del neoliberalismo en América Latina se identificaron con ese diagnóstico, *hecho a la medida* por la derecha para conducir las críticas de los dominados. Pero lo fundamental del documento son sus recomendaciones para manejar los obstáculos políticos a las reformas: la modificación de la *velocidad y secuencia* de las reformas para legitimarlas; acciones para conquistar indecisos y para neutralizar oponentes; el papel de la política y del sistema político para aceptar las reformas. Se trata de un manual táctico conservador pero “crítico” del “Consenso de Washington”.

El ir “más allá” (*beyond*) no es *contra*, sino corregir lo necesario para continuar con las reformas de primera generación identificadas como “neoliberales”. Estos posliberales críticos del “mercado perfecto” –supuesto neoclásico que ni siquiera Hayek compartía³²– señalan las “imperfecciones” del mercado (costos de transacción, información imperfecta, etc.) precisamente para corregirlas, no para negar al mercado, esto es, al dominio del capital. Para ello apelan al Estado y a la política, en eso consiste su Nueva Economía Política neoinstitucionalista.

Su gran éxito ideológico fue reducir el neoliberalismo a su focalización en el “Consenso de Washington”, por un lado; y a presentarlo como una imposición “externa”, por otro. Pero el cuestionamiento posliberal al decálogo de políticas del “Consenso de Washington” se limitó a su déficit de “regulación financiera”, además en los términos en que la entendían, no a las otras políticas. Por su parte, al “exteriorizar” al neoliberalismo se exculpa a la gran burguesía latinoamericana -con sus respectivas escalas relativas a cada país– y se oculta la fusión de sus intereses en esa clase mundial para una reproducción capitalista que acrecienta las ganancias con múltiples mecanismos de expropiación. Y se hace pasar por alto que las “externas” instituciones financieras inter-

32. Véase Friedrich von Hayek, “La competencia como proceso de descubrimiento”, *Estudios Públicos*, n° 50, Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, otoño 1993, pp. 5-21.

nacionales tienen en sus puestos directivos, mandos medios y asesores a latinoamericanos. La “exteriorización” incluye personalizar como responsable del neoliberalismo al FMI, en tanto que los posliberales Banco Mundial y BID se autoeximen.

Esas focalización y exteriorización no se habían hecho en la primera mitad de la década de 1990. De hecho, hasta 1996, salvo contadas excepciones no se hablaba del “Consenso de Washington”, y la ejecución de esas políticas había sido justificada como una necesidad *realista* de América Latina emanada de los efectos de la “década perdida”: estancamiento en el crecimiento, descapitalización por deuda y empobrecimiento. Que se los atribúan al recesivo “monetarismo de *laissez faire*” (aunque nunca fue ausencia de intervención estatal), que era el modo como se definió al neoliberalismo en las décadas de los setenta y ochenta, siempre a partir de los instrumentos de política económica.

Contra aquel “monetarismo de *laissez faire*”, a comienzos de la década de 1990 los ideólogos del capitalismo promovieron un “nuevo consenso” para el “crecimiento” y para “resolver la pobreza”. La “reforma estructural” era para producir para la exportación (nótese que era un consenso para lo “productivo”), que dada la descapitalización por la deuda debía financiarse con capital externo; para que éste no migrara a los ex países socialistas, se le debía atraer con apertura y liberalización; hasta que el crecimiento produjera la derrama de riqueza a toda la sociedad, y para mantener el sano equilibrio fiscal y el control de la inflación, la pobreza sería atendida con los recursos obtenidos de las privatizaciones y con la intervención del Estado con políticas públicas focalizadas (equidad socialliberal); el Estado tenía una función de promoción (subsidiaria) que cumplir, para lo cual debía reformarse. Ese “nuevo consenso” de la primera mitad de la década de 1990 era contrario al *laissez faire* y al *populismo*. En tanto que era formulado para corregir los efectos del “neoliberalismo” de los años setenta y ochenta, aunque parezca absurdo, el que después fue oficialmente denominado Consenso de Washington habría sido, ateniéndonos literalmente a los discursos, el primer “posliberalismo”.

En la promoción de ese nuevo consenso como respuesta necesaria y realista de América Latina, el ex canciller uruguayo y presidente del BID desde 1988, Enrique V. Iglesias, decía en 1992 que:

[...] estas respuestas no se originan unilateralmente en las instituciones bancarias estadounidenses ni en los organismos financieros internacionales, sino en una combinación –en proporciones discutibles– entre sus recomendaciones y

los esfuerzos de modernización económica y de apertura externa realizados en distintas etapas por los propios países latinoamericanos. Lo que es más, tampoco [Consenso de Washington] se trata de una denominación generalmente aceptada, sino de un título afortunado puesto a este conjunto de prescripciones por una institución y por un autor perteneciente a ella. Se trata, con todo, de un nombre apropiado para identificar fácilmente el conjunto de medidas propuesto en los últimos años a los países latinoamericanos. Parecería más apropiado concluir en que estas medidas se han ido gestando en respuesta a la gradual formación de un consenso político y económico latinoamericano. En el fondo, el 'Consenso de Washington', más que un conjunto de ideas y prescripciones nuevas, representa la recuperación de la fuerte influencia que siempre ejerció en nuestros países el 'mainstream economics' frente a las alternativas planteadas por la teoría latinoamericana del desarrollo.³³

Iglesias, del posliberal BID en la segunda mitad de los noventa, antes se congratulaba porque la afortunada coincidencia entre la respuesta endógena latinoamericana y las recomendaciones externas la haría más viable. Eso mismo defiende John Williamson: dice que acuñó la frase para sintetizar lo expresado por latinoamericanos en un seminario en Washington en noviembre de 1989³⁴; y que –aclaró años después– tenía por objetivo sensibilizar a la nueva administración de Estados Unidos sobre el proceso de reforma en marcha en América Latina. Dígase que fue tan eficaz la sensibilización, que plasmó poco después (1990) en la *Iniciativa para las Américas* del presidente George H. Bush (padre) para crear un área de libre comercio desde Alaska a Tierra del Fuego. Williamson rechazó que se le adjudicara la paternidad nominal del neoliberalismo³⁵. Y ya en plan

33. E. Iglesias, *Reflexiones sobre el desarrollo económico. Hacia un nuevo consenso latinoamericano*, ob. cit., p. 56.

34. John Williamson, "What the Washington Consensus Means by Policy Reforms?" en J. Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How Much has Happened*, Washington DC, The Institute for International Economics, 1990. En éste se refiere a los diez temas de política económica sobre los que había consenso: 1) disciplina presupuestaria; 2) cambios en las prioridades del gasto público (de áreas menos productivas a sanidad, educación e infraestructuras); 3) reforma fiscal encaminada a buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados; 4) liberalización de los tipos de interés; 5) búsqueda y mantenimiento de tipos de cambio competitivos; 6) liberalización comercial; 7) apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas; 8) privatizaciones; 9) desregulaciones; 10) garantía de los derechos de propiedad.

35. Williamson no estaba de acuerdo con que se interpretara "que las reformas de

autocrítico se lamentó de que, en la formulación del decálogo, él no hubiera tenido más cuidado en atender a los tiempos y recaudos con que debían hacerse las reformas para evitar crisis financieras³⁶, pero sólo eso.

Como se ve, en el terreno discursivo los estrategas capitalistas no son dogmáticos: cambian de argumentos, critican lo que antes propusieron cuando son inocultables sus efectos negativos y generan problemas políticos, y ofrecen “ahora sí” la “nueva oportunidad histórica” de cambio. De consenso en consenso. Estas constantes metamorfosis discursivas para dirigir desde el sistema las críticas al neoliberalismo son posibles porque explotan el carácter contestatario de buena parte del *pensamiento crítico*: que contesta a los asertos sistémicos atrapado en su terreno discursivo y en su iniciativa ideológica.

Volviendo a las “reformas de segunda generación” para ir “más allá del Consenso de Washington”, éstas habrían sido, siguiendo la secuencia, el segundo posliberalismo. Pero tras un lustro de implementación, fue cuestionado por los que lo promovieron. En el nuevo siglo, para responder a la expansión de las movilizaciones mundiales contra la globalización y a las crisis sociales y políticas que estallan en América Latina, los posliberales dicen que las reformas a las reformas estuvieron mal hechas o incompletas y que resultaron en un “neoliberalismo plus”. Entonces para conquistar auditorios se solidarizan con el *malestar en la globalización* (Stiglitz *dixit*), y se introducen al *élan* anti-globalización adjetivándola como “globalización neoliberal” por el peso decisivo del capital financiero, que sigue produciendo convulsiones. Así, “neoliberalismo” es ahora sólo especulación, que se la achaca a la irresponsabilidad de los “malos ejecutivos”, resguardando la credibilidad del capital.

Y tras esa crítica posliberal al posliberalismo, se abre paso una nueva fase de posliberalismo: la “superación del neoliberalismo” vendrá con contrarrestar la especulación financiera con mayor inversión “productiva”. El

liberalización económica de las dos décadas pasadas fueron impuestas por las instituciones de Washington, en lugar de haber sido el resultado de un proceso de convergencia intelectual, que es lo que yo creo que subyace a las reformas [...] y en el que participó también el Banco Mundial”.

Decía molestarle que el “término haya sido investido de un significado que es notablemente diferente del que yo pretendí y que hoy sea usado como sinónimo de lo que a menudo se llama ‘neoliberalismo’ en América Latina, o lo que George Soros (1998) ha llamado ‘fundamentalismo de mercado’.” En “What Should the World Bank Think about the Washington Consensus”, Washington DC, *The World Bank Research Observer*, vol. 15, n° 2 (August 2000), pp. 251-252.

36. John Williamson, “Did the Washington Consensus Fail?”, conferencia del 6 de noviembre de 2002 publicada en la página electrónica del Peterson Institute for International Economics.

posliberalismo se manifiesta ahora como un “neodesarrollismo”, opuesto también al *laissez faire* y al *populismo*.

El neodesarrollismo posliberal

El neodesarrollismo está orientado a la inversión en infraestructura en energéticos y explotaciones hídricas, en minería, en monocultivos genéticamente modificados, y en un sistema multimodal de comunicaciones y transportes para abaratar la extracción de aquellos productos y de otras formas de biodiversidad desde la región.

Donde no son políticamente factibles las privatizaciones de territorios y recursos naturales, bajo la lógica de la “posprivatización” se promueven “asociaciones” del Estado con las inversiones privadas del capital trasnacional –incluidas las empresas *translatinas*, como las ha denominado la CEPAL– en las que el Estado financia una parte de la inversión; o “asociaciones” en las que el Estado transfiere la explotación y comercialización de los recursos naturales con la *enajenación del uso*, por la que cobra impuestos, pero sin haber sido enajenada su propiedad legal. Algunas “asociaciones” del Estado con capital externo se hacen con esas empresas formalmente estatales pero bajo control privado, por lo que ese tipo de asociación “pública-pública” seguirá estando en alguna de las modalidades anteriores.

El nuevo posliberalismo neodesarrollista tiene dos polos de hegemonía regional: Brasil, que impulsa en el año 2000 la Iniciativa para la Integración Regional de Sudamérica (IIRSA); y México que oficializa en 2002 el Plan Puebla Panamá (proyectado años antes, y rebautizado recientemente como Proyecto Mesoamérica), vanguardizado por Carlos Slim con su Impulsora para el Desarrollo y el Empleo en América Latina (IDEAL).

La inversión en infraestructura es de valorización más lenta. Permite “sacar plusvalor” del mercado. Pone a salvo a una parte del capital de los riesgos especulativos y de su rápida desvalorización. Es una estrategia de acumulación más a largo plazo pero de ganancias seguras por la “asociación” con el Estado.

Esa inversión que se hace en América Latina no está dirigida a resolver necesidades sociales; genera poco empleo por su alta tecnificación; y es una estrategia neocolonialista de *acumulación por desposesión*, como la denomina David Harvey³⁷, en cuanto una “acumulación originaria”

37. David Harvey, *El nuevo imperialismo* (2003), Madrid, Ediciones Akal, 2004.

permanente de control territorial y saqueo, para abatir al capital sus costos en energéticos, materias primas, agua y biodiversidad, recursos además escasos. Y que se lleva a cabo de manera simultánea con la brutal desposesión de la fuerza de trabajo latinoamericana. El intervencionismo militar es un instrumento de esta acumulación por desposesión.

Esas inversiones productivas del gran capital son vistas por varios de los nuevos gobiernos nacionales de izquierda como una “alternativa progresista” al neoliberalismo –entendido como especulación financiera– y como *locomotora* del desarrollo nacional. Mientras en algunos casos se adoptan posturas más confrontativas contra las instituciones financieras y contra la ilegítima deuda externa, se otorga seguridad jurídica a esas inversiones incluso con leyes específicas, como en el caso de la minería a cielo abierto.

El posliberalismo neodesarrollista separa las aguas entre un “capital malo” (financiero) y un “capital bueno” (bienes y servicios de la “economía real”); entre los cuales no habría conexión (no obstante la evidencia empírica de su fusión y de que el capital “productivo” se dedica también a funciones financieras); y atribuye al primero los “excesos” de la globalización. Esto es comúnmente aceptado entre segmentos del llamado pensamiento crítico.

Un documentado estudio de Orlando Caputo sostiene la tesis contraria: “En América Latina, el capital productivo y el capital financiero, a través de las transnacionales, actúan en forma conjunta y potenciada”. Con datos contruidos a partir de informes oficiales, Caputo muestra que esto ocurre desde la década de 1990 y que, significativamente, se acentúa desde 1996. “[E]l pago de renta bajo la forma de utilidades y dividendos de la IED más las rentas remesadas por las inversiones en cartera equivale e incluso superan el pago de intereses. En 2004, las utilidades y dividendos de las IED representan un 38%, un 18% corresponde a remesas de las inversiones en cartera, sumando ambas un 56%, comparado con un 42% correspondiente a los intereses de la deuda externa.” Dice que entre utilidades, intereses, amortizaciones y depreciaciones del capital extranjero y otras salidas de capital de América Latina, salen aproximadamente 230 mil millones de dólares anuales. Y concluye que en América Latina “La relación entre el capital y el trabajo es la predominante en las últimas décadas y no la relación entre capitales”³⁸.

38. Orlando Caputo Leiva, “El capital productivo y el capital financiero en la economía mundial y en América Latina”, 2007, verso.

Cuánto de esa inmensa masa de dinero ha ido a nutrir el “casino” especulativo y su inflamamiento como capital ficticio, que estalla en la crisis de 2008, pero cuyo origen es la expropiación de valor a los asalariados y consumidores pobres latinoamericanos, además del valor expropiado neocolonialmente a los países como tales. Esto ratifica la significación del posliberalismo como estrategia conservadora capitalista con sus tres soportes: neoinstitucionalismo, socialliberalismo y neodesarrollismo.

Posliberalismo o anticapitalismo

La revolución pasiva posliberal es visible en varias de las formulaciones de izquierda sobre las alternativas al neoliberalismo.

Más recientemente, en el campo de izquierda aparecen audaces planteos en el sentido de que el neodesarrollismo podría ser la versión “realista” de un “Socialismo del Siglo XXI”. Algunas justificaciones al neodesarrollismo se hacen a nombre de Marx, argumentando que: a) es el camino para el desarrollo de las fuerzas productivas; b) es un objetivo pendiente en América Latina y ello corresponde al aserto de Marx en el Prólogo de 1859 de que ninguna sociedad desaparece antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener; y c) puesto que el “estatismo socialista” se desbarrancó junto con la URSS, las asociaciones público-privadas son la manera de hacer madurar a la sociedad hacia el socialismo³⁹.

En cuanto a las dos primeras afirmaciones, no es la primera vez –así lo han hecho Schumpeter y seguidores suyos como Douglass North– que se presenta a Marx como un *teórico del desarrollo* capitalista invocando el críptico Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859. Obra en la que Marx pensaba sintetizar sus estudios económicos de 1857 y 1858, que dejó inconclusa y retomó en la elaboración de *El Capital*. Esos estudios económicos fueron publicados como los *Grundrisse* por primera vez en Moscú durante la guerra, entre 1939 y 1941, y tras varias ediciones europeas en los cincuenta y sesenta se publicó en castellano en 1971. Como se ha mostrado más arriba, nada autoriza a caracterizar a Marx como un “desarrollista”. En cuanto a la tercera afirmación, tomando en cuenta que las inversiones privadas de esos montos sólo puede hacerlas el gran capital, no requiere de réplicas adicionales a lo argumentado en este trabajo. Lo cual no significa que esté suficientemente discutido el problema del Estado en

39. Véase, entre otros, del uruguayo Gonzalo Pereira, “A Marx y Engels, lo que es de Marx y Engels”, (2008) *La onda digital* (www.laondadigital.com).

el socialismo, como Estado ampliado *en y de* una nueva sociedad, y no sólo como aparato; y lo que ello significa en la superación de la dicotomía liberal Estado-mercado y en el replanteo de la relación público-privado.

Al mismo tiempo, se formula un “socialismo realista de la era posneoliberal” que defiende el socialliberalismo con una argumentación marxista “renovada”. El socialismo es definido así: “`Socialismo´ significa focalizar en los individuos peor colocados en la escala social, hacerlos `subir´, por así decirlo: invertir el concepto de óptimo de Pareto con vista a evitar que se profundice la desigualdad social –un concepto que se aproxima a lo que John Rawls llamó el `principio de diferencia´”⁴⁰. Dígase que este postulado⁴¹, formulado de manera abstracta como toda la filosofía política del socialliberal Rawls, bajo la apariencia de ser una concepción de igualdad en la diversidad, se llena de contenido en su obra como una justificación de la acumulación capitalista: al producir crecimiento, su ausencia perjudicaría a los menos aventajados.

La argumentación “marxista renovada” es sustentada en una *mirada realista de los cambios en el mundo del trabajo*, según la cual se ha llegado al “fin de la relación salarial”, y con ello habría desaparecido la explotación porque ya no es central la relación trabajo vivo/trabajo muerto (FT/maquinaria) industrial, que hace que se pase del “obrero productor” al “trabajador consumidor” (representado con la universalización de los celulares); la explotación desaparece pero se mantiene un control total del capital sobre la subjetividad y las prácticas (biopoder) de los individuos, convertidos en productores autónomos en red. De acuerdo con esta formulación, el conflicto con el capital se dirime sólo en el mercado como dominación; y por eso el objetivo socialista de reducir la desigualdad se lleva a cabo con las políticas sociales para reducir la desigualdad de género, étnica, educativa

40. Fernando Haddad, “Introducción” al libro de Tarso Genro y otros autores: *O mundo real. Socialismo na era pós-neoliberal*, Porto Alegre, L&PM Editores, octubre de 2008, p. 15. Haddad es ministro de Educación del gobierno de Luiz Inacio Lula da Silva desde 2005.

41. El “principio de diferencia” consiste en que: “Las desigualdades sociales y económicas habrán de ser conformadas de modo tal que a la vez que: a) se espere razonablemente que sean ventajosas para todos, b) se vinculen a empleos y cargos asequibles para todos”. Es así que: “Mientras que la distribución del ingreso y de las riquezas no necesita ser igual, no obstante tiene que ser ventajosa para todos, y al mismo tiempo los puestos de autoridad y mando tienen que ser accesibles para todos”. Este principio de diferencia se formula también con la fórmula del *maximin*: las desigualdades son benéficas si, en ausencia de ellas, los menos aventajados estarían peor. John Rawls, *Teoría de la justicia* (1971), México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 68. Véase también *Justicia como equidad. Una reformulación*, de octubre de 2000.

y de manera focalizada para hacer “subir” a los más desventajados en sus ingresos; así como acciones para crear una nueva hegemonía cultural.

Este socialismo es concebido, además, como: “un ‘movimiento’ por ‘dentro’ y por ‘fuera’ del Estado –de sucesivas transformaciones que obstruyen la reproducción de las desigualdades y amplían las condiciones de igualdad”, que no está pensado en relación con algún “modo de producción determinado”⁴². Sin embargo, es visible que la base material de ese socialismo realista está pensada desde el neodesarrollismo. En este movimiento que lo es todo, el incrementalismo democrático liberal-republicano no parece encontrar ningún límite en la reacción del capital para preservar su poder, es una acumulación democrática sin sobresaltos.

Dígase, en primer lugar, que esa formulación “marxista renovada” se sustenta en una mirada eurocéntrica, enfocada principalmente a la clase media profesional o técnica, que de ser empleada asalariada por el Estado pasa a la condición de *empresario individual* que vende de manera *independiente* su *producto de la era del conocimiento*, y que constituye la *nueva sociedad civil* de la Tercera Vía. Esa “desaparición” de la relación salarial, en buena medida por la relocalización productiva a la periferia –en ésta con agudizados rasgos expropiatorios que llegan a la relación esclavista– tampoco ha desaparecido de Europa, tal y como estamos viendo en las huelgas y ocupación de empresas en 2009. Mirando hacia América Latina, desde luego que ha cambiado la morfología del mundo del trabajo. La flexibilización laboral en el mercado de trabajo formal elimina las regulaciones jurídicas y contractuales sobre la relación trabajo-salario hacia un “resultado” individual por productividad; salario, tiempo de trabajo y demás condiciones laborales son precarizadas con la excusa ventajosa del desempleo; se elimina la negociación colectiva hacia una subordinada negociación individual del trabajador con el empresario; en algunos casos se terceriza la relación laboral a otras empresas, y en otros el trabajador es obligado a constituirse como una empresa individual que vende sus servicios a la empresa capitalista. La relación salarial no desaparece. En el sector informal también hay empresarios capitalistas y trabajadores. En todas estas formas de relación salarial, la esencia de la explotación en cuanto a la relación entre *trabajo necesario* y *plustrabajo apropiado privadamente*, no sólo no desaparece sino que se intensifica. Y en el caso de los trabajadores

42. Tarso Genro, “E possível combinar democracia e socialismo?”, *O Mundo real. Socialismo na era pós-neoliberal*, ob. cit., p. 20. Tarso Genro es ministro de Justicia de Brasil desde 2007.

informales convertidos en “empresarios” (micro, autoempleo), aunque la relación asalariada formal que supone ciertas reglamentaciones desaparece, se mantiene la condición asalariada sustantiva del no propietario, que supone obtener el ingreso con la venta del trabajo propio.

Pese a todas las críticas morales que estos “socialismos posliberales” le hacen al capitalismo por opresivo, por generar cultura individualista y enajenación, sus propuestas de reformas realistas no están en la dirección de superar al capitalismo sino de administrarlo.

Una vez más, la discusión actual no es de medios sino de fines, sobre la dirección hacia donde caminar. Reformulada como *posliberalismo o anticapitalismo*, apunta precisamente a exhibir el objetivo de las “reformas posliberales” de perpetuar al capitalismo realmente existente, y de que sólo reduciendo el poder del capital se puede superar al neoliberalismo.

En el seno de la izquierda anticapitalista también se está hablando de “posneoliberalismo”. En principio parece tan sólo una desafortunada utilización del mismo término que ha acuñado la derecha desde hace tiempo, pero no es ajena del todo a ciertas caracterizaciones del neoliberalismo que he discutido en este trabajo.

Desde luego, aunque esté claro hacia dónde quiere caminarsse, para recorrer el camino que debilita el poder del capital, que no es lineal y tiene obstáculos a vencer, es necesario acrecentar la fuerza de los explotados y dominados, que el capitalismo en su modalidad histórica *neoliberal* redujo violentamente. Acrecentarla en términos económicos, sociales, políticos, institucionales y culturales. Lo que, en América Latina, está intrínsecamente entrelazado con el antimperialismo, pero no solamente.

La discusión posliberalismo/anticapitalismo no alude principalmente a los hitos del camino que pasan por una eventual sucesión gradual de acciones para ir desmontando las políticas económicas neo(pos)liberales, que está condicionada por la correlación de fuerzas existente, que no siempre permite hacer lo deseable en los tiempos requeridos. Pero debe tenerse claro que con una dirección equivocada, esas acciones no aseguran que la correlación de fuerzas se modifique a favor de los pueblos, y menos si se convierte la necesidad en virtud. Nunca hubo una relación de fuerzas continentales más favorable para enfrentar la destrucción imperialista. Iniciativas como el Alba son fundamentales, pero tampoco están libres de las ya analizadas concepciones posliberales de la derecha en la izquierda, o de las que surjan desde el sistema en el nuevo contexto de crisis general del capitalismo.

En este nuevo contexto cabe interrogarse si el capitalismo podría reformarse. No es descartable, pero no parece muy factible que pueda volver a converger con la reforma social como en sus “años dorados”, más allá de los discursos del momento. Hasta ahora, el reclamo por “regulación financiera” está pensado de la misma manera que hace 10 años, dirigida a reforzar al gran capital parasitario, tanto financiero como productivo, que sigue imponiéndose como interés general de la clase. Es posible que en el centro del sistema, si las presiones políticas son contundentes, aumente el gasto social para medidas compensatorias. Pero nunca debe olvidarse que las reformas en el centro del sistema se han sustentado exprimiendo a la periferia dependiente.

En América Latina, es muy previsible que con la crisis la burguesía se radicalice conservadoramente, apuntando a mayor represión contra las luchas populares o, con una táctica más política, con “pactos por el empleo” con más flexibilización, precariedad y disminución de los ingresos, explotando los temores de los trabajadores.

Esta radicalización conservadora incluye la desestabilización de los gobiernos de izquierda y centroizquierda. Que podrían seguir ganando elecciones en el corto plazo porque los pueblos saben que, aunque algunas de esas experiencias sean insatisfactorias, han sido mejores que bajo gobiernos de derecha. Pero a mediano plazo eso deberá seguir demostrándose. En las nuevas condiciones, no se podrán mantener los niveles de compensación social con la que algunos gobiernos han ido administrando la crisis y conservado una base social, a menos que los gobiernos utilicen el poder estatal que poseen para reducir el poder del capital: recuperar soberanía sobre los recursos naturales y sobre sus condiciones financieras; ampliar las áreas sociales de la economía; modificar las “reglas del juego” capitalistas hacia el trabajo; acrecentar el poder social y político de los dominados. Esto implica admitir el conflicto de clases como necesidad, hasta para la permanencia de los gobiernos de izquierda mediante elecciones.

En nuestra región, es notable la extensión de las luchas populares por la defensa territorial y los recursos naturales. Aunque todavía dispersas, tienen una profunda esencia anticapitalista porque resisten al gran capital imperialista, y también porque confrontan la dimensión energética, ambiental y alimentaria de la crisis civilizatoria del capitalismo. No tienen igual extensión las luchas contra la explotación de los trabajadores, formales e informales, regulares y precarios. No se trata solamente de luchar para impedir la salida de riqueza social de nuestros países, sino también de

enfrentar la concentración interna del capital, que ningún régimen fiscal progresivo resuelve efectivamente a menos que se modifique la relación del trabajo y el capital. Para avanzar, es evidente que el neodesarrollismo y el socialliberalismo no son las alternativas de la izquierda aunque se autodenominen socialistas.

La crisis ha puesto la larga duración del análisis del sistema histórico capitalista en tiempo mucho más corto, y hasta episódico en lo que refiere a los problemas del poder y de la construcción del sujeto popular que lo hace posible. En las preguntas actuales han “vuelto” Marx y Rosa, pero también Lenin. Las respuestas a aquellas preguntas son más claras hoy, porque no estamos ante el capitalismo en maduración sino en senilidad. Pero éste no está derrotado, no renuncia a defender los privilegios, y aunque tiene poco margen para reformas que absorban las contradicciones que genera, todavía conserva una desproporcionada capacidad de dirección ideológica. Las exigencias son hoy mayores porque está en juego la sobrevivencia de la humanidad y del planeta, y ese derrotero debe ser efectivamente disputado.

Bibliografía

- Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación*, Washington D.C.
- Bernstein, Eduard (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI Editores, México (obra compilada por José Aricó).
- Bobbio, Norberto (1994). “Bobbio defiende compromiso entre liberalismo e socialismo”, entrevista en *Folha de Sao Paulo, Mais!*, 5 de diciembre.
- Burki, Shahid Javed y Perry, Guillermo E. (1998). *Más allá del Consenso de Washington. La hora de la reforma institucional*, Banco Mundial, Washington DC, septiembre.
- (1997). “The Long March: A Reform Agenda for Latin America and the Caribbean in the Next Decade”, World Bank, Washington DC, August.
- Caputo Leiva, Orlando (2007). “El capital productivo y el capital financiero en la economía mundial y en América Latina”, en Gambina, Julio y Estay, Jaime (compiladores) *¿Hacia dónde va el sistema mundial?*, compiladores Julio C. Gambina y Jaime Estay. REDEM / FISYP / RLS / CLACSO, Buenos Aires.
- Castañeda, Jorge G. (1993). *La utopía desarmada. Intrigas, dilema y promesas de la izquierda en América Latina*, Joaquín Mortiz, México.

- Genro, Tarso (2008). “E possível combinar democracia e socialismo?” en Genro, Tarso; Cocco, Giuseppe; Cárcova, Carlos María y Guimarães, Juarez, *O Mundo real. Socialismo na era pós-neoliberal*, Ed. L&PM, Porto Alegre, octubre.
- Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la cárcel*, tomo 4, Ediciones Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Haddad, Fernando (2008). “Introducción” en Genro, Tarso; Cocco, Giuseppe; Cárcova, Carlos María y Guimarães, Juarez, *O Mundo real. Socialismo na era pós-neoliberal*, Ed. L&PM, Porto Alegre, octubre.
- Harvey, David (2003). *El nuevo imperialismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2004.
- Hayek, Friedrich von (1993). “La competencia como proceso de descubrimiento”, *Estudios Públicos*, nº 50, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile.
- (1944). *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- Hobsbawm, Eric (1989). *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Editorial Labor.
- Iglesias, Enrique V. (1992). *Reflexiones sobre el desarrollo económico. Hacia un nuevo consenso latinoamericano*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington DC.
- Keynes, John Maynard (1927). “The end of laissez-faire”, *Hogarth Press*, London.
- Luxemburgo, Rosa (1899). *Reforma o revolución*. Grijalbo, México, 1967.
- Marx, Karl (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, tomo I, Siglo XXI Editores, México.
- Pereira, Gonzalo (2008) “A Marx y Engels, lo que es de Marx y Engels”, *La onda digital*, Montevideo.
- Polanyi, Karl (1944). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México. 2003.
- Rawls, John (2000). *Justicia como equidad. Una reformulación*, Paidós, Barcelona.
- (1971). *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
- Rosselli, Carlo (1930). *Socialismo liberal*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1977.
- Schumpeter, Joseph A. (1983). *Capitalismo, socialismo y democracia*, Ediciones Orbis, Barcelona.
- Soros, George (1998). “What Should the World Bank Think about the Washington Consensus”, *The World Bank Research Observer*, vol. 15, nº 2, Washington DC, August 2000.

- Stolowicz Weinberger, Beatriz (2007). “Los desafíos del pensamiento crítico”, en revista *Periferias* n° 115, Buenos Aires, 2007.
- (coordinadora) (2007). *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Ediciones Aurora, Bogotá, D.C.
- (2005). “La tercera vía en América Latina: de la crisis intelectual al fracaso político”, en Estrada, Jairo, *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- (2004). “El posliberalismo y la izquierda en América Latina”, Revista *Espacio Crítico* n° 2, Colombia, enero-junio de 2005.
- (2002). “América Latina: Estrategias dominantes ante la crisis”, en Minsburg, Naum (coordinador) *Los guardianes del dinero. Las políticas del FMI en Argentina*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2003, y en Revista *Espacio Crítico*, n° 1, Bogotá, segundo semestre de 2004.
- Williamson, John. (2002). “Did the Washington Consensus Fail?”, conferencia en *Peterson Institute for International Economics*, noviembre.
- (1990). “What the Washington Consensus Means by Policy Reforms?” en Williamson, John. (editor), *Latin American Adjustment: How Much has Happened*, The Institute for International Economics, Washington DC.

La crisis capitalista y la respuesta

política de la izquierda¹

WALDEN BELLO²

Semana tras semana, asistimos a la contracción de la economía global a un ritmo peor que el pronosticado por el más agorero de los economistas. Es claro: no nos hallamos en una recesión común y corriente, sino que estamos a punto de entrar en una depresión global que podría durar muchos años.

Lo que haré hoy aquí es, primero, discutir brevemente los orígenes y la dinámica de esta crisis; y segundo, explorar las posibilidades de una estrategia para la izquierda global capaz de responder a la presente crisis en el contexto de los desafíos procedentes tanto del centro capitalista tecnocrático como de la derecha capitalista populista..

La crisis fundamental es de sobreacumulación

La teoría económica ortodoxa dejó hace mucho de ser útil para comprender la crisis. La teoría económica no-ortodoxa, en cambio, puede ahora arrojar potentísimos vislumbres de las causas y de la dinámica de la actual crisis. Desde una perspectiva progresista, lo que estamos observando es la intensificación de una de las crisis centrales –o “contradic-

1. Texto de la conferencia dictada en la *Conferencia sobre la Crisis Global* organizada el 21 de marzo de 2009 en Berlín por el Partido de la Izquierda alemán.

Traducido por Amaranta Süß y publicado originalmente por *Sin Permiso*.

2. Presidente de la *Freedom from Debt Coalition*; investigador principal del *Focus on the Global South* y profesor de Economía política en la Universidad de Filipinas

ciones”– del capitalismo global: la crisis de sobreproducción, también conocida como crisis de sobreacumulación o de sobrecapacidad. Se trata de la tendencia del capitalismo a generar, en el contexto de una aguda competición intercapitalista, una tremenda capacidad productiva, la cual rebasa holgadamente la capacidad de consumo de la población debido a las desigualdades de ingreso que limitan el poder adquisitivo popular. Lo que trae consigo una erosión de la rentabilidad y conduce a una espiral económica bajista.

Para entender el presente colapso, tenemos que retrotraernos a la llamada Edad de Oro del capitalismo contemporáneo, el período entre 1945 y 1975. Fue un período de rápido crecimiento, tanto en las economías centrales como en las economías subdesarrolladas: un crecimiento disparado, en parte, por la masiva reconstrucción de Europa y del Este asiático luego de la devastación de la II Guerra Mundial, y en parte también por los nuevos dispositivos y los nuevos instrumentos resultantes de un histórico compromiso de clase entre el capital y el trabajo que se institucionalizó bajo el nuevo Estado keynesiano. Pero ese período de elevado crecimiento llegó a su fin a mediados de los 70, cuando las economías centrales fueron presa de la estanflación, es decir de la coexistencia de bajo crecimiento y elevada inflación, una amalgama supuestamente imposible para la teoría económica neoclásica.

La estanflación, sin embargo, no era sino el síntoma de una causa más profunda: la reconstrucción de Alemania y de Japón, y el rápido crecimiento de economías en vías de industrialización, como Brasil, Taiwán y Corea del Sur, vino a añadir un tremendo volumen de nueva capacidad productiva e incrementó la presión competitiva global, mientras que, en cambio, las desigualdades dentro de los países y entre países limitaban el crecimiento del poder adquisitivo y de la demanda, erosionando así la rentabilidad. Eso se agravó con los drásticos incrementos del precio del petróleo experimentados en los 70. La expresión más dañina de la crisis de sobreproducción fue la recesión global de comienzos de los 80, que fue la más grave que se abatió sobre la economía internacional desde los tiempos de la Gran Depresión, es decir, antes de la crisis presente. El capitalismo ensayó tres vías de escape para zafarse de la sobreproducción: la reestructuración neoliberal, la globalización y la financiarización.

Primera vía de escape: la reestructuración neoliberal

La reestructuración neoliberal cobró la forma del reaganismo y del that-

cherismo en el Norte y del Ajuste Estructural en el Sur. Objetivo: revigori-
zar la acumulación de capital, y eso de dos maneras: 1) la remoción de las
restricciones estatales al crecimiento, al uso y a los flujos de capital y riqueza;
y 2) la redistribución del ingreso de los pobres y de las clases medias
hacia los ricos, en la idea de que eso daría incentivos a los ricos para inver-
tir y relanzar el crecimiento económico. El problema con esa fórmula era
que con la redistribución del ingreso hacia los ricos lo que haces es yugular
los ingresos de los pobres y de las clases medias, reduciendo así la deman-
da, sin necesariamente inducir a los ricos a invertir más en producción. Lo
cierto es que podría ser más rentable invertir en especulación. Además,
y aun teniendo éxito, esa estrategia, a largo plazo, no haría sino agravar el
problema básico, puesto que la inversión en producción habría de traer
consigo volúmenes todavía mayores de capacidad productiva instalada.

Ello es que la reestructuración neoliberal, que se generalizó en el Norte
y en el Sur en los 80 y 90, tuvo un paupérrimo registro en materia de cre-
cimiento: el promedio del crecimiento global en los 90 fue del 1,1%, y de
1,4% en los 80. En cambio, cuando imperaban las políticas de intervención
pública fue muy superior: en los 60 fue del 3,5% y en los 70, del 2,4%. La
reestructuración neoliberal no podía superar el estancamiento.

Segunda vía de escape: la globalización

La segunda vía de escape que ensayó el capital global para contrarrestar
el estancamiento fue la “acumulación extensiva” o globalización, es decir,
la rápida integración de áreas semicapitalistas, no-capitalistas o precapita-
listas en la economía global de mercado. Rosa Luxemburgo, que no sólo
fue una gran dirigente política de la izquierda radical, sino también una
gran economista, observó hace mucho tiempo en su gran clásico *La acu-
mulación de capital* que ese fenómeno resultaba necesario para levantar la
tasa de beneficio en las economías metropolitanas. ¿Cómo? Pues ganando
acceso a trabajo barato, ganando nuevos y prácticamente ilimitados
mercados, ganando nuevas fuentes de productos agrícolas baratos y de
materias primas baratas, y dando origen a nuevas áreas de inversión en
infraestructura. La integración se consigue a través de la liberalización del
comercio, removiendo obstáculos a la movilidad del capital global y abo-
liendo fronteras para la inversión extranjera.

China es, ni que decir tiene, el ejemplo más destacado de un área no-ca-
pitalista integrada en la economía global a lo largo de los pasados 25 años.

A mediados de la primera década del siglo XXI, entre un 40 y un 50 por

ciento de los beneficios de las corporaciones estadounidenses procedían de sus operaciones y ventas en el extranjero, especialmente en China.

El problema con esta forma de escapar al estancamiento es que exacerba el problema de la sobreproducción, porque lo que hace es añadir capacidad productiva. Un imponente volumen de capacidad manufacturera es lo que ha venido a añadirse en China en los últimos 25 años, lo que ha tenido un efecto depresor sobre precios y beneficios. No es por casualidad que, desde 1997, los beneficios de las corporaciones estadounidenses dejaran de crecer. De acuerdo con una estimación, la tasa de beneficios de las 500 primeras corporaciones de la lista de *Fortune* pasó de un 7,15% en 1960-69 a un 5,30% en 1980-90, luego a un 2,29% en 1990-99 y a un 1,32% en 2000-2002. A fines de los 90, con un exceso de capacidad industrial en prácticamente todas las industrias, el hiato entre capacidad productiva y ventas era ya el más grande desde los tiempos de la Gran Depresión. Vistas así las cosas, desde la perspectiva de la sobreproducción, la globalización no ha sido, contrariamente a lo sostenido por muchos de sus apologetas y por muchos de sus críticos, una etapa superior del capitalismo, sino un esfuerzo a la desesperada para salir del pantano de la sobreproducción. La globalización no tuvo elemento alguno de progreso.

Tercera vía de escape: la financiarización

Dados los limitados beneficios arrojados por la reestructuración neoliberal y la globalización en punto a contrarrestar el impacto depresivo de la sobreproducción, la tercera vía de escape –la financiarización– resultaba crucial para mantener y elevar la rentabilidad y las tasas de beneficio. Con unas inversiones industriales y agrícolas que arrojaban magros beneficios por causa de la sobreproducción, andaban en circulación ingentes volúmenes de fondos excedentes, o se invertían y reinvertían en el sector financiero. Es decir: el sector financiero giraba sobre sí mismo.

Resultante de ello fue un incremento de la bifurcación entre una economía financiera hiperactiva y una economía real estancada. Como observara un ejecutivo financiero en las páginas del *Financial Times*, “en estos últimos años, hemos asistido a una creciente desconexión entre las economías real y financiera. La economía ha crecido (...) pero de ninguna manera como la economía financiera, hasta que estalló”. Lo que no nos dijo este observador fue que la desconexión entre la economía real y la financiera no se dio por casualidad; que la economía financiera estalló precisamente porque terminó abriéndose camino el estancamiento generado

por la sobreproducción de la economía real.

Un indicador de la archirrentabilidad del sector financiero es que mientras los beneficios del sector manufacturero llegaron a representar el 1% del PIB de los EE.UU., los del sector financiero llegaron a representar el 2%. Otro es el hecho de que el 40% del total de los beneficios de las corporaciones estadounidenses financieras y no financieras llegó a quedar a disposición del sector financiero, aun cuando éste sólo representaba el 5% del PIB de los EE.UU. (y aun este último porcentaje está probablemente sobrestimado).

El problema de invertir en operaciones del sector financiero es que monta tanto como exprimir valor de valor ya creado. Puede crear beneficio, desde luego, pero no crea valor nuevo: sólo la industria, la agricultura, el comercio y los servicios crean valor nuevo. Puesto, pues que el beneficio no se basa en valor creado, las operaciones de inversión terminar siendo hartamente volátiles, y los precios de las acciones, de las obligaciones y de otras formas de inversión pueden llegar a desviarse radicalmente de su valor real. (Por ejemplo: las acciones de empresas de innovación en Internet pueden llegar a alcanzar precios astronómicos, empujadas únicamente por estimaciones financieras que provocan alzas en espiral.)

Los beneficios, así pues, dependen de la oportunidad de empezar cobrando ventaja con unos precios al alza despegados del valor del producto, para luego vender antes de que la realidad fuerce una “corrección” que los retrotraerá drásticamente a los valores reales. La radical subida de los precios de un activo, mucho más allá de los valores reales, es lo que se llama formación de una burbuja. Al depender la rentabilidad de golpes de fortuna especulativos, no resulta sorprendente que el sector financiero vaya de burbuja en burbuja, de una manía especulativa a otra. Puesto que está activado por la manía especulativa, el capitalismo financieramente activado ha experimentado ya cerca de 100 crisis financieras desde que los mercados de capitales fueron desregulados y liberalizados en los 80, siendo la crisis más grave, antes de la presente, la crisis financiera asiática de 1997.

La dinámica de la implosión *subprime*

No entraré en detalle en la dinámica de la actual crisis, originada en el colapso del mercado inmobiliario estadounidense, fenómeno conocido también como “implosión *subprime*”. Algunas dimensiones clave de esa implosión (como el estímulo que Alan Greenspan proporcionó a la burbuja financiera al recortar en junio de 2003 los tipos de interés hasta un

1% –los más bajos en 45 años– y mantenerlos a ese nivel durante todo un año, a fin de contrarrestar los efectos recesivos del estallido de la burbuja tecnológica de comienzos de los 90) ya se mencionaron ayer. Permittedme tocar, ya sea someramente, dos o tres puntos más.

La crisis hipotecaria *subprime* no fue un caso de oferta que rebasa la demanda real. La “demanda” había sido, y por mucho, urdida por la manía especulativa de promotores y financieros que querían sacar grandes beneficios de su acceso a la moneda extranjera (el grueso de ella, de origen asiático y chino) que inundó los EE.UU. en la pasada década. Se vendieron agresivamente gigantescos paquetes hipotecarios a millones de personas que normalmente no habrían podido permitírselo ofreciendo tasas de interés “insultantemente” bajas, que luego habrían de reajustarse a fin de aumentar las cuotas de pago de los flamantes nuevos propietarios de vivienda.

¿Cómo llegaron a convertirse en un problema tan gigantesco unas hipotecas problemáticas? Es que esos activos estaban “securizados”, esto es, convertidos en unos productos o mercancías espectrales llamados “obligaciones de deuda colateralizada” (CDO, por sus siglas en inglés), las cuales permitían especular con la posibilidad de que los créditos hipotecarios no fueran devueltos. Esos activos fueron entonces empaquetados junto a otros activos y comerciados por los originadores de las hipotecas, que trabajaban con distintos tipos de intermediarios tan conscientes del riesgo, que se quitaban de encima el producto a toda velocidad ofreciéndolo a otros bancos e inversores institucionales. A su vez, esas instituciones traspasaron esos títulos a otros bancos e institutos financieros foráneos.

La idea era vender al punto, hacerse con el dinero y lograr un buen y tranquilo beneficio, dejando el riesgo para los incautos que estaban al final de la cadena: para los centenares de miles de instituciones y de inversores individuales que compraban los títulos vinculados a hipotecas. A eso se le llamó “dispersión del riesgo”, y se veía como Buena cosa, porque aligeraba los balances contables de las instituciones financieras, permitiéndoles embarcarse en ulteriores actividades de préstamo.

Cuando se elevaron los tipos de interés de los préstamos *subprime*, de las hipotecas variables y de otros préstamos inmobiliarios, se terminó la partida. Hay cerca de cuatro millones de hipotecas *subprime* que entrarán probablemente en situación de impago en los próximos dos años, y cinco millones de impagos, en los próximos años, a causa de los tipos hipotecarios variables. Pero títulos cuyo valor total asciende a no menos de 2 billones de dólares han sido ya inyectados, cual si de letales virus se tra-

tara, en el sistema financiero global. El gigantesco sistema circulatorio del capitalismo global ha sido fatalmente infectado. Y, como en una plaga, no sabemos quiénes ni cuántos están fatalmente infectados hasta que vayan emergiendo, porque el conjunto del sistema financiero ha llegado a ser superlativamente opaco a causa de la falta de regulación.

Colapso de la economía real

Nos hallamos ahora en una coyuntura en la que, en vez de cumplir con su tarea primordial de prestar para facilitar la actividad productiva, los bancos se aferran a su tesorería, o compran entidades rivales a fin de robustecer la propia base financiera. No puede sorprender: con el sistema circulatorio del capitalismo global infectado, era sólo cuestión de tiempo hasta que la economía real se contagiara como lo ha hecho, y a una velocidad aterradora, en estas últimas semanas. Woolworth, todo un emblema de la venta al por menor, ha quebrado en Gran Bretaña, la industria automovilística en EE.UU. está en cuidados intensivos, los beneficios de BMW se han desplomado cerca de un 90%, y hasta la poderosa Toyota ha experimentado un declive sin precedentes en sus beneficios. Con una demanda en caída libre de los consumidores norteamericanos, China y el Este asiático han visto hacinarse sus productos en los muelles de descarga, lo que ha traído consigo una aguda contracción de sus economías y despidos masivos.

La globalización ha hecho que economías que ligaron sus destinos en la época de auge, caigan ahora también de consuno a una velocidad sin precedentes: y no se vislumbra el final. Permitidme ahora una pausa para declarar la razón de que haya entrado con cierto detalle en las causas y en la dinámica de la crisis: es que he querido destacar el hecho de que lo que hemos visto desarrollarse ante nuestros ojos hasta ahora no es una crisis de la variante neoliberal del capitalismo, sino la crisis del capitalismo.

La respuesta capitalista: socialdemocracia global

Con el colapso de la globalización y con el mercado desregulado yéndose al garete, la metafísica neoliberal con que se adornó el capitalismo contemporáneo ha quedado totalmente desacreditada, por bien que –la cosa no ofrece duda– se siga batiendo todavía en algunas acciones de retaguardia.

Yo creo que, entre las filas del *establishment*, han cundido realmente el pánico y la confusión, y les embarga el sentimiento de que las cosas irán

todavía a peor antes de empezar a mejorar. Se percatan de que las viejas instituciones neoliberales, como el FMI, la OMC y el G-20 resultan irrelevantes, aun si los métodos keynesianos de gasto con déficit e inyección de liquidez en el mercado pudieran llegar a tener efectos muy limitados. Cada vez más, los intelectuales más inteligentes del *establishment* comienzan a percatarse de que no estamos sino al comienzo de una caída libre global, de que no sabemos realmente cuándo tocaremos fondo y ni de si, cuando lo toquemos, la economía global permanecerá mucho tiempo allí. La mejor imagen de la economía real que se me ocurre a mí es la de un submarino alemán de la II Guerra Mundial que, tocado en pleno Atlántico por las descargas de algún destructor británico, se va rápidamente a pique en dirección al fondo oceánico y, alcanzado el fondo, nadie sabe cómo logrará la tripulación reflotar el submarino. ¿Ocurrirá como en la clásica película de Wolfgang Petersen (*Das Boot*), y conseguirán las penosas maniobras de la tripulación inyectar aire comprimido bastante en los tanques de lastre como para regresar a superficie? ¿O seguirá el submarino indefinidamente en zonas abisales? ¿Funcionarán hoy los métodos keynesianos de reflotamiento? Los pensadores más críticos del capitalismo, como Martin Wolf o Paul Krugman, no apuestan por ello.

Has dos cosas de las que podemos estar seguros. La primera: los enfoques neoliberales han quedado totalmente desacreditados. Y la segunda: los tercios hechos de base, y no cualesquiera restricciones ideológicas, son los que impondrán con su dictado lo que hayan de hacer quienes se empeñen en salvar el sistema. Así pues, liberémonos ya nosotros para empezar de la idea, según la cual los principios neoliberales constituirán las líneas rojas infranqueables de su política venidera.

Permitidme ser un poco más de concreción. Yo creo que las acciones de la nueva administración Obama en Washington constituyen una ruptura con el neoliberalismo. Una cuestión importante, huelga decirlo, cuán decisiva y definitiva será esa ruptura con el neoliberalismo. Pero otras cuestiones van a la médula del capitalismo mismo. ¿Se se recurrirá a la propiedad pública, a la intervención pública y al control público simplemente con el propósito de estabilizar el capitalismo, para luego devolver el control a las elites granempresariales? ¿Estamos en puertas de una segunda oleada de capitalismo keynesiano, en el que el Estado y las elites granempresariales se asocian con el mundo del trabajo en una política de fomento de la industria, del crecimiento y de los salarios altos, esta vez con una dimensión verde? ¿O seremos testigos del comienzo de un proceso de desplazamien-

tos fundamentales en la propiedad y en el control de la economía en una dirección más popular? Es verdad que hay límites para las reformas en el sistema de capitalismo global, pero en ningún otro momento en el pasado medio siglo han parecido esos límites más fluidos y porosos que ahora.

En este momento, el gasto masivo en estímulos a niveles record –un anatema para los neoliberales– se ha convertido en práctica generalizada, siendo las únicas divergencias entre las elites del Norte giran en torno al monto que deben tener esos gastos para lograr reflotar el submarino. En eso, Obama se ha revelado el superkeynesiano. También está en curso la nacionalización de los bancos –otra práctica condenada por el neoliberalismo–, y las cuestiones que dividen a las elites se refieren al grado de agresividad que debe tener el gobierno al ejercer el control sobre las participaciones mayoritarias de las acciones y a si devolverá los bancos a la gestión privada una vez pasada la crisis.

Al contrario de lo que se mantuvo aquí ayer en algunas intervenciones, la reprivatización no es un hecho predeterminado. Son los hechos de base los que determinarán la respuesta a todas estas cuestiones, pues la tarea que tiene entre manos los gestores de la crisis del capitalismo no es la hacer que las soluciones adoptadas estén en línea con una doctrina de todo punto desacreditada, sino la de salvar el capitalismo. Más allá del gasto con déficit y de la nacionalización, yo creo que, en el seno del *establishment*, prosperará un debate sobre si conviene seguir la senda de lo que yo llamo “socialdemocracia global”, o SDG, para responder a la desesperada necesidad dual que tiene el capitalismo de tanto de estabilización como de legitimidad.

Aun antes de que se desarrollara plenamente la crisis financiera, los partidarios de la SDG habían ido ya tomando posiciones a favor de la misma como alternativa a la globalización neoliberal, avisados como estaban de las tensiones y los agobios generados por ésta. Una personalidad vinculada a eso es el primer ministro británico Gordon Brown, quien encabezó la respuesta europea inicial al desplome financiero a través de la nacionalización parcial de los bancos. Visto generalmente como el padrino de la campaña “Hagamos que la pobreza sea historia” en el Reino Unido, Brown, siendo todavía ministro de hacienda británico, propuso lo que llamó un “capitalismo de alianza” entre el mercado y las instituciones estatales, capaz de reproducir a escala global lo que, según él, hizo Franklin Roosevelt para una economía nacional: “asegurar los beneficios del mercado domando sus excesos”. Tiene que ser un sistema, continuaba Brown, que “se haga con todos los beneficios de los mercados globales y los flujos de capita-

les, minimice el riesgo de crisis, maximice las oportunidades de todos y sostenga a los más vulnerables: se trata, en una palabra, de restaurar en la economía internacional los fines públicos y los ideales elevados”.

En la articulación del discurso socialdemócrata global se ha sumado a Brown un grupo diverso compuesto, entre otros, por el economista Jeffrey Sachs, George Soros, el antiguo Secretario General de la ONU, Kofi Annan, el sociólogo David Held, el Premio Nobel Joseph Stiglitz, y hasta Bill Gates. Hay, evidentemente, diferencias de matiz en las posiciones de estas gentes, pero el impulso de sus perspectivas es el mismo: implantar un orden social y articular un sólido consenso a favor del capitalismo global.

Entre las posiciones clave promovidas por los partidarios de la SDG están las siguientes:·

- La globalización es esencialmente beneficiosa para el mundo; los neoliberales no han sabido ni gestionarla ni venderla a la opinión pública.
- Es urgente salvar a la globalización de los neoliberales, porque la globalización es reversible y hasta puede que se halle ya en proceso de franca retrogresión.
- El crecimiento no tiene por qué ir acompañado de una creciente desigualdad.
- Hay que evitar el unilateralismo, preservando al propio tiempo, aun si fundamentalmente reformadas, las instituciones y los acuerdos multilaterales.
- La integración social global, la reducción de las desigualdades tanto dentro de los países como entre los países, tiene que acompañar a la integración en el Mercado global.
- La deuda global de los países en vías de desarrollo tiene que ser cancelada o drásticamente reducida, a fin de que los ahorros de ellos resultantes puedan emplearse para estimular las economías locales, contribuyendo así a la reflación global.
- La pobreza y la degradación medioambiental han llegado a al punto de gravedad, que se hace preciso poner por obra un programa de ayudas masivas al estilo del “Plan Marshall” del Norte para el Sur en el marco de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.
- Hay que impulsar una “segunda revolución verde”, especialmente en África, mediante el uso generalizado de semillas genéticamente modificadas.
- Hay que dedicar ingentes recursos a encarrilar la economía global por una senda más sostenible medioambientalmente, desempeñando los gobiernos un papel rector (“keynesianismo verde” o “capitalismo verde”).

Los límites de la socialdemocracia global

No se ha prestado demasiada atención a la socialdemocracia global, tal vez porque, como los generales franceses al romper la II Guerra Mundial, muchos progresistas siguen combatiendo en la guerra anterior, es decir, contra el neoliberalismo. Se precisa urgentemente de una crítica, y no sólo porque la SDG es el más probable candidato a suceder al neoliberalismo; más decisivo es el hecho de que, aunque la SDG tiene varios elementos positivos, tiene, como la vieja socialdemocracia de impronta keynesiana, muchos rasgos problemáticos.

Se puede comenzar la crítica destacando cuatro problemas centrales en la perspectiva de la SDG.

Primero: la SDG comparte con el neoliberalismo el sesgo favorable a la globalización, diferenciándose aquí sólo por su promesa de ser capaz de promover mejor la mejor que los neoliberales. Globalización significa para ellos una rápida integración de la producción y de los mercados, pero con una regulación eficaz, según lo planteó el Director General de Finanzas de la UE, Jan Koopman, que se dice keynesiano. Eso monta, sin embargo, tanto como decir que basta añadir la dimensión de la regulación, junto con la de la “integración social global”, para que un proceso esencialmente destructivo y desvertebrador, social y ecológicamente hablando, resulte digerible y aceptable. La SDG parte del supuesto de que las gentes desean realmente formar parte de una economía global funcionalmente integrada en la que hayan desaparecido las barreras que distinguen lo nacional de lo internacional. ¿No será, al contrario que, hartas como están las gentes de los comportamientos erráticos de la economía internacional, lo que preferirían es más bien formar parte de economías sujetas a control local? Y ocurre, en efecto, que la actual deriva bajista de las economías interconectadas viene a confirmar con hechos harto contundentes la validez de las críticas centrales del movimiento antiglobalizador al proceso de globalización.

Segundo: la SDG comparte la preferencia del neoliberalismo por los mercados como mecanismo principal de producción, distribución y consumo, diferenciándose sobre todo por predicar la acción del Estado en punto a corregir los fallos del mercado. El tipo de globalización que necesita el mundo, de acuerdo con Jeffery Sachs en *The End of Poverty*, implicaría “engancharse al carro (...) de la notoria potencia del comercio y la inversión, reconociendo y enfrentándose a sus limitaciones mediante una acción colectiva compensatoria”. Eso es muy otra cosa que decir que la ciudadanía y la sociedad civil son quienes deben tomar las decisiones

económicas clave, siendo el mercado, como la burocracia estatal, un mero mecanismo de realización de decisiones democráticamente tomadas.

Tercero: la SDG es un proyecto tecnocrático, con expertos sirviendo menús y lanzando reformas sociales desde su poltrona, no un proyecto participativo en el que las iniciativas discurran de abajo arriba.

Cuarto: la SDG, aunque crítica con el neoliberalismo, acepta el marco del capitalismo monopolista, que refuerza en lo fundamental el control privado concentrado de los medios de producción, deriva beneficio de la extracción explotadora de valor excedente generado por el trabajo, va de crisis en crisis por causa de sus tendencias a la sobreproducción y, encima, en su búsqueda de rentabilidad, tiende a poner al medio ambiente al límite e sus capacidades. Como ocurriera con el keynesianismo en el marco nacional, la SDG busca en el marco global un nuevo compromiso de clase que venga acompañado de nuevos métodos para contener o minimizar la tendencia del capitalismo a la crisis. Así como la vieja socialdemocracia y el New Deal estabilizaron el capitalismo nacional, la función histórica de la socialdemocracia global sería la de allanar las hirsutas contradicciones del capitalismo global y relegitimarlo tras la era de crisis y caos dejada en herencia por el neoliberalismo.

De de la cruz a la fecha, la SDG lidia con cuestiones de gestión social. La izquierda, en cambio, tiene que lidiar con cuestiones de emancipación social. La SDG se atiene a la gestión tecnocrática; la izquierda, a la democracia participativa desde la raíz, desde las mismas empresas. La SDG busca reconfigurar el capitalismo monopolista, como hiciera en su día el viejo keynesianismo, pero esta vez a escala global. La izquierda, obligada a plantearse el problema de las relaciones de propiedad, tiene que buscar la creación de un sistema postcapitalista. La SDG quiere perfeccionar la globalización. La izquierda quiere la desglobalización. La SDG ve el futuro en el capitalismo verde. La izquierda ve la descapitalización como condición previa a cualquier organización social planetaria ecológicamente benigna.

Como el presidente brasileño Lula, el presidente Obama tiene el talento retórico para tender puentes entre diferentes discursos. En lo tocante a economía, es una *tabula rasa*. Como Roosevelt, no se ata a fórmulas del *ancien régime*. Como Lula y como Roosevelt, es un pragmático cuyo criterio básico es el éxito en la gestión social. Como tal, está en una posición única para encabezar esa ambiciosa empresa reformista. Nuestra tarea no puede únicamente consistir en dar apoyo a los aspectos positivos del programa de la SDG que promuevan el bienestar popular y oponernos a los

que lleven a la re-estabilización del capitalismo. También tenemos que ser capaces, y eso es todavía más importante, de diferenciar, mientras dure el proceso, nuestro proyecto del de la SDG y ganar apoyos para nuestra visión y para nuestro programa estratégicos.

El desafío procedente de la derecha

Sin embargo, la opción la que nos enfrentamos en el periodo que se acerca no pasa por elegir entre la Izquierda y la Socialdemocracia Global. ¿Sería una elección hartamente sencilla! Porque lo cierto es podría comenzar a articularse una respuesta que fuera anti-neoliberal en materia económica, al menos retóricamente, populista en materia social, pero excluyente en sus políticas, es decir, evocadora de solidaridades de tribu, no de pueblo. Ya hemos empezado a ver algo de eso en la actitud del presidente francés Sarkozy. Tras declarar que “el capitalismo de *laissez-faire* ha muerto”, creó un fondo de inversión estratégico de 20 mil millones de euros para promover la innovación tecnológica, mantener las industrias más avanzadas en manos francesas y conservar puestos de trabajo. “El día que dejemos de construir trenes, aviones, automóviles y barcos, ¿qué quedará de la economía francesa?”, se preguntó retóricamente hace unos días. “Recuerdos. Yo no quiero hacer de Francia una mera reserva turística”. Este tipo de política industrial agresiva, tendente a reagrupar a los sectores clave de la clase capitalista francesa y a ganar ascendente sobre la clase obrera blanca tradicional del país, puede muy bien ir de la mano con las políticas excluyentes y anti-inmigratorias con que ha venido asociándose al presidente francés.

El populismo conservador de Sarkozy es relativamente templado. Los hay más radicales aguardando en los márgenes, como el movimiento antimusulmán de Gerd Wilders en Holanda, al que se augura un 28% de escaños en las próximas elecciones parlamentarias merced a una oportuna amalgama de solidaridad comunal, teoría económica populista y liderazgo autoritario. Por doquiera en el mundo desarrollado hay movimientos de este tipo, y lo que a mí me preocupa es que la crisis en curso pueda abrirles el camino para lograr alcanzar una masa crítica.

Porque las cosas irán a peor, a mucho peor, antes de comenzar a ir mejor, y la crisis global no es algo que pueda gestionarse tecnocráticamente, como si se tratara del aterrizaje suave realizado hace unas semanas por el piloto de US Airways en el río Hudson en Nueva York. Si la Socialdemocracia Global fracasa en su intento de revigorar el capitalismo y la Izquierda es incapaz de articularse con una visión programática fundada en

la igualdad, la justicia y la democracia participativa que resulte atractiva para el pueblo en un período de crisis grave y duradera, entonces otras fuerzas se aprestarán a llenar el vacío, como ocurrió en los años 30 del siglo pasado. Si hay algo que Rosa Luxemburgo, Gramsci y Lenin pueden enseñarnos hoy es que no bastan la buena voluntad, los valores y la visión; que, al final, es decisiva la política, entendida como una visión de poder, como una estrategia efectiva de construcción de coaliciones y como astutas y flexibles tácticas de formación de una masa crítica para ganar poder, como una actividad con dimensiones parlamentarias y extraparlamentarias. La naturaleza tiene horror al vacío, y nosotros tenemos que estar dispuestos a llenar el vacío. O perderemos. Y eso no podemos permitirnoslo ahora.

La izquierda tiene que despertar

Para resumir. Mientras los progresistas estaban inmersos en una guerra total contra el neoliberalismo, el pensamiento reformista iba calando en los círculos del *establishment*. Ese pensamiento se está convirtiendo ahora en política, y la izquierda tiene que trabajar el doble para hacer lo propio. No es solo cosa de pasar de la crítica a la prescripción. Se trata de rebasar las limitaciones de la imaginación política de la izquierda impuestas por la agresividad del desafío neoliberal en los 80, que vino a combinarse con el colapso de los regímenes socialistas burocráticos a comienzos de los 90. La izquierda debería atreverse a aspirar de nuevo a paradigmas de organización social que tendieran sin recato a la igualdad y al control democrático participativo tanto de la economía nacional como de la economía mundial: porque esas son condiciones necesarias de la emancipación individual y colectiva y –hay que añadirlo– de la estabilización ecológica.

Esa una perspectiva por la que deberíamos poder combatir, no simplemente librando una batalla por la consciencia del gente, sino también por sus corazón y su alma. Y aquí la lucha es, por un lado, contra los esquemas capitalistas tecnocráticos de reestabilización capitalista de la socialdemocracia global y, por el otro, contra los esquemas con base de masas de la reestabilización capitalista del populismo nacionalista y fundamentalista. Las ideas no bastan, y lo que será decisivo es el modo de traducir nuestras ideas y nuestros valores y nuestra visión a una estrategia y a unas tácticas con vocación ganadora que puedan triunfar democráticamente. Tenemos que salir del economicismo al que quedó reducida la izquierda global en la era neoliberal: la política tiene que volver a tomar el mando.

Espacio crítico Ediciones

COLECCIÓN  movimiento